



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

From the Library of

Luis Alberto Sanchez

7-d



**THE PENNSYLVANIA
STATE UNIVERSITY
LIBRARIES**

SIR CLEMENTS R. MARKHAM

LOS

INCAS DEL PERÚ

VERSION CASTELLANA

DE

MANUEL BELTROY

PROLOGO DEL Dr. JULIO C. TELLO

LIMA - PERU
MCMXX

• Dr. Luis Alberto Sánchez

Agosto del 9 20

Cuzco

✓

LOS INCAS DEL PERÚ



SIR CLEMENTS R. MARKHAM
K. C. B. F. R. S.
NACIDO EN 1830, MUERTO EN 1916.

GEORGE HENRY, PINX.

FRANCIS R. MARSHALL

F. R. S. (Camb.) F. R. S. F. R. C. S. (Ed.)

miembro de la Real Academia de Historia de Méjico y de la Real Academia de la Lengua en Perú y Bolivia

LOS INCAS DEL PERÚ

VERSION CASTELLANA

DE

MANUEL BELTROY

PROLOGO DEL DR. JULIO C. TELLO

CON ILUSTRACIONES

LIMA - PERU
MCMXX



SIR CLEMENTS R. MARKHAM
K. C. B. F. R. S.
NACIDO EN 1830, MUERTO EN 1916.

GEORGE HENRY PHA

A mi querido Luis Alberto Sánchez, con la simpatía de siempre por su persona y su obra en pro de nuestras letras

SIR CLEMENTS R. MARKHAM, K. C. B.

D. Sc. (Camb.), F. R. S., F. R. G. S., F. S. A.

Miembro correspondiente de la Real Academia de Historia de Madrid y de las Sociedades Geográficas del Perú y Bolivia.

Manuel Beltroy
Lima, 19 de Agosto de 1920.

LOS

INCAS DEL PERÚ

VERSION CASTELLANA

DE

MANUEL BELTROY

PROLOGO DEL Dr. JULIO C. TELLO

CON 16 ILUSTRACIONES

LIMA - PERU
MCMXX

ES PROPIEDAD —
DEL TRADUCTOR

PREAMBULO

A poner mano en la versión castellana de «Los Incas del Perú» del ilustre Sir Clements R. Markham, ha poco finado, hánme movido dos poderosas razones: personal y privada la una y la otra pública y general.

Fué la primera mi vehemente deseo de rendir homenaje de profunda gratitud al eminente británico que consagró la mejor y mayor parte de su vida al estudio de nuestro país, así de su pasado como de su presente, así en lo histórico como en lo geográfico y en lo literario. Y era este mi deseo tanto más vivo y urgente como que tendía a reparar el bochornoso olvido en que la nación, el gobierno y hasta las propias instituciones históricas y geográficas, especialmente obligadas a enaltecerla, han tenido relegada hasta hoy la obra que para honra y prez del Perú y aun para su provecho, erigiera, con el esfuerzo de cincuenta años de vida el benemérito inglés.

Increíble parece que la incuria y la apatía de una nación lleguen al extremo de olvidar, con mengua y daño propios, al extranjero que, no contento con exhumar de áridas ruinas y de rancios manuscritos el alma antigua de aquella nación, la transporta en alas de sus libros a los más apartados climas, vestida con las amorosas ga-

las del entusiasmo y de la simpatía. Infelizmente ello acaece en estas tierras, con alarmante frecuencia, (pero a la que ya nos estamos habituando) que es forzoso atribuir al menosprecio del patrimonio intelectual y al alza correspondiente de los valores materiales. Díganlo si nó los libros de tantos y tantos peruanistas como abundan en el extranjero, y que enriquecen las bibliotecas ajenas, totalmente desconocidos en nuestra patria, a la que particularmente interesan, o apenas conocidos por una minoría escogida pero cortísima. Al decir esto acuden a los labios infinitos nombres de arqueólogos, geógrafos, eruditos, historiadores, sociólogos, de diversas nacionalidades, cuyas obras si incrementan el acervo de la ciencia universal, en nada influyen en el progreso del Perú, cuyos problemas esclarecen y cuya vida estudian.

Entre esa falange de nobles olvidados que, ante la indiferencia del Perú, trabajan por su causa, se cuenta el autor del libro que hoy damos a la stampa para bien de la patria y mayor honra de quien lo escribió. No hemos de incurrir en el extremo de afirmar que Sir Clements R. Markham nos es tan desconocido como Squier o Bandelier, para no citar a los más recientes peruanistas extranjeros, cuyos nombres ni siquiera se conocen; ni diremos tampoco que sus obras, como las de otros menos afortunados entre sus coetáneos, no están al alcance de los lectores peruanos, pues nos daría un solemne desmentido la «Historia del Perú», cuya versión castellana de D. Enrique Benites rueda por todas las manos en los bancos de las escuelas, desde hace dos decenios, familiarizándonos con su autor. Pero, si bien se mira, descontado ese libro elemental, que obedeció a fines pedagógicos, Mark-

ham sigue siendo desconocido en lo principal y duradero de su obra, en lo que hace de él uno de los más altos arqueólogos y originales investigadores de la tierra peruana. Libros como «Las posiciones geográficas de las tribus que formaron el Imperio de los Incas», «Las Tribus Amazónicas», «Cuzco y Lima», «Viajes por el Perú y la India» y «Los Incas del Perú» no llegan sino a las manos de los escasos eruditos con que aún contamos, sin trascender a las aulas estudiantiles donde serían semilla de la cosecha histórica de que tan ayuno vive el Perú y que tanta falta le hace.

Apena verdaderamente pensar que mientras papel, tinta y dinero se malgastan a diario en libracos baladíes, por lo común vehículos de pueriles vanidades egolátricas cuando nó viles instrumentos de lucro o vertederos de sandeces, yacen inéditos entre la herrumbe de escondidos anaqueles libros preciosos, en donde, como crisálida, duerme la idea vivificadora que, alada y suelta, remontaría todas las miradas al azul. O ya son libros impresos, mas tan agotados a fuer de antiguos y de la cortedad de su tirada, que están pidiendo a voces resurrección y reimpresión, como el monumental *Diccionario Histórico Biográfico* de D. Manuel de Mendiburu o los *Documentos Literarios e Históricos* de Odriozola a la par que *Las Revoluciones de Arequipa* del Deán Valdivia y la *Historia del Perú Independiente* de D. Mariano Felipe Paz-Soldán.

Estas consideraciones constituyen el segundo de los motivos que me han inducido a intentar lo que de otra suerte no habría osado, valido sólo de la poquedad de mis fuerzas y de la timidez de mis pasos así en el campo de la lengua inglesa como en el de la antigua historia del

Perú. De no haber bastado a decidirme la razón ya expuesta, de mi personal agradecimiento de peruano, habríame arrastrado siempre a poner manos en la obra la convicción del provecho que reportará la instrucción pública patria de libro tan indispensable para la difusión de la más gloriosa época de la historia nacional, como el que forman estas páginas.

No holgará, a mi ver, el que justifique yo, ambos móviles de mi traducción, bosquejando en muy breves líneas la vida y la obra del insigne inglés en lo que atañe a nuestra patria, vida y obra que se cifran y resumen en el presente libro de «Los Incas del Perú».

A la temprana edad de catorce años y sirviendo como guardiamarina abordo de la fragata «Collingwood» llegó por vez primera Sir Clements R. Markham al Perú y a las aguas del Callao, en el año de 1844. Desde el castillo de proa de la gallarda nave británica, sintió, en silencio, latir su corazón emocionado, ante el espectáculo de la legendaria Ciudad de los Reyes, que reclinaba sus muelles torres blancas en el regazo de la Cordillera formidable que se eleva ciclópea en el azul. Y aquel latir de su noble y fuerte corazón inglés, cuyo ritmo no había de acallar la nieve de los años, fué revelación cierta e indicio claro de una vocación que acababa de encontrar su cauce y su derrotero. En el prefacio con que su ya trémula mano anciana encabezó el que había de ser su penúltimo libro, y que a continuación ha de leerse, todavía se advierte aquella prístina vibración juvenil, y allí mismo queda pormenorizada la historia del nacimiento de su afición por el país de los Incas, para que me crea dispensado de repetirla.

A los primeros raptos de entusiasmo siguió la preparación metódica y concienzuda, como obligado preámbulo al estudio serio de las primitivas civilizaciones peruanas que el joven marino resolvió definitivamente emprender. El aprendizaje de la lengua quechua en la Gramática de Holguín y con ayuda del Diccionario de Torres Rubio y la lectura apasionada de la admirable «Historia de la Conquista del Perú» de Prescott, que a la sazón acababa de publicarse, fueron los primeros pasos que con tal propósito diera el novel peruanista en 1848, mientras navegaba entre los témpanos árticos, «Siguiendo las huellas de Franklin».

Al tornar a Inglaterra tras la infructuosa búsqueda de aquel arrojado navegante, decidió el joven Markham dar el paso definitivo que, apartándolo de la carrera naval, lo encaminase por la tan suspirada vía de los Incas. Para aquilatar en su justo valor el precio de esta resolución hay que tener presente el brillante porvenir en la Real Armada de Su Majestad a que renunciaba el joven teniente, porvenir que le aseguraban de consuno su linaje distinguido y la foja de servicios ya escrita. No hemos de detenernos en la relación del uno ni de la otra, por ser ambos, desde ha tiempo, del dominio público. Mas si algún lector deseara conocerlos en detalle, lo remitimos al libro que sobre la vida del eminente peruanista acaba de publicar su sobrino en Londres. En el propio libro queda referida, con todo detalle, la crisis que sufriera el novel oficial de la armada británica al separarse de la carrera que tan halagüeña se le abría, para aventurarse en las remotas serranías y en los solitarios desiertos del Perú.

Al cabo, y tras una visita al anciano historiador Prescott, en su mansión campestre de Boston, con el propósito de pedirle instrucciones y consejos acerca de su expedición, comienza en nuestra tierra la visita larga y detenida de todas sus regiones y el estudio, no sólo del fenómeno histórico, sino de todos los que en aquél influyen, como son el geográfico, el telúrico, el étnico, el botánico y el económico, inseparables, por ende, de toda concienzuda investigación histórica. Al propio tiempo, perfeccionábase en el conocimiento de la lengua quechua, trababa relaciones con las más altas autoridades históricas del país y se documentaba abundantemente en sus bibliotecas.

A esta época de su larga estadía en el Perú debió la mayor parte del material histórico con que más tarde cimentara su obra, y, en especial, su primer libro acerca del Perú, que intituló «Cuzco y Lima».

De regreso a Europa, consagróse a ordenar y a organizar sus datos y documentos y a estudiar cuidadosamente y a verter al inglés a los principales cronistas españoles que durante el Coloniaje almacenaran en sus escritos todo el inmenso e inestimable caudal de noticias sobre las culturas antiguas del Perú, con cuyas noticias la crítica reconstruye ahora la historia de aquellas civilizaciones. De tan laboriosa e interesante faena viene a distraerlo, si bien para llevarlo nuevamente al teatro de sus investigaciones, la comisión que en 1856 le confió el Gobierno de Su Majestad Británica, de estudiar en las selvas amazónicas las condiciones de cultivo de los árboles de cascarilla para transplantarlos eficazmente al Indostán y dotar así al mundo con nue-

vas fuentes del precioso febrífugo que encierran. En el desempeño de esta comisión, pudo Markham recorrer nuevamente parte de las regiones peruanas que ya había visitado, y explorar otras que le eran desconocidas, como los bosques de Carabaya, de los que obtuvo buena parte de los elementos de su monografía sobre las tribus amazónicas.

Cumplido eficazísimamente su cometido, tornó Markham a su patria, en donde nuevos trabajos, ya del todo ajenos a sus estudios peruanos, vinieron a ocupar su atención y su tiempo, de vez en cuando. Mas, no bien acabados aquéllos, enderezaba con mayor ahinco sus pasos por el camino predilecto, como si aquellas represas y compuertas sólo sirvieran para engrosar y robustecer el caudal de su afición por esta apartada sección del mundo.

Entretanto iba acreciendo considerablemente el acervo de su contribución a la historia peruana con sus versiones y estudios críticos de las crónicas coloniales, cuya lista se verá en el prefacio aludido, y que hizo por encargo de la Sociedad Hakluyt, que más tarde presidiera.

Acariciando el propósito de componer una vasta historia del Perú Antiguo con la gran copia de materiales reunida, que fuese digna coronación de su vida de peruanista, sorprendiéronle los ochenta años, tan laboriosa y fecundamente empleados en servicio de las ciencias históricas y geográficas. Y como se diese exacta cuenta de lo inasequible de tan ansiado ideal y no se resignase, al propio tiempo, a dejar volar en revistas y folletos dispersos sus investigaciones de tantos años, en las que cifraba su más honda predilección, resolvió resumirlos y, por decirlo así, con-

densarlos en un libro de carácter general y de índole vulgarizadora que, más que para eruditos y sabios (quienes puedan acudir directamente a las monografías), fuese para el gran público, para aquel que lejos de las aulas y de las academias, necesita tanto como el otro conocer las enseñanzas de la Historia, y difundiese en su vasto ámbito la de una civilización que recién se despoja de los velos de la fábula y que, no obstante, siempre parecerá fabulosa.

Tal es el carácter de «Los Incas del Perú». No es un libro de alta crítica histórica ni de profunda investigación arqueológica; pero tampoco es un manual *ad usum scholarum*. Es un trabajo de vulgarización de las modernas investigaciones histórica y arqueológica hecho por un peruanista de corazón que fué a la par sociólogo e historiador, lingüista y arqueólogo y que en sus páginas quiso compendiar y resumir el fruto de sus investigaciones, para difundir por el mundo la historia de las primitivas civilizaciones del Perú y hacer amar con el fervor que él pudo, una patria, que, desde tiempos remotísimos, fué cuna de sociedades que al progreso material unieran la elevación mental y sorprendentes ideales políticos y morales.

De todos modos, y cualquiera que pueda ser la crítica que esta versión suscite, y cualquiera que sea el espíritu con que se la juzgue, harto feliz se considerará el traductor si su modesta mediación sirve para el mejor conocimiento de la historia patria y merecida gloria de quien consagró la mitad de su existencia a edificarla.

Lima, 16 de julio de 1920.

MANUEL BELTROY,

PROLOGO

ESTE libro, escrito por un americanista que durante casi toda su vida estudió la historia y geografía del Perú, representa una bella síntesis de los hechos y acontecimientos de nuestra historia aborígen. Nó como crítica, sino como sincero tributo de admiración y homenaje a la memoria del notable hombre de ciencia, voy a comentar ligeramente el importantísimo capítulo dedicado a la Era Megalítica, dejando para otra oportunidad los que se refieren a la historia de los Incas.

Se puede distinguir en la Historia Antigua del Perú, como lo hace Markham, dos eras o épocas: la Prehistórica, que se basa en materiales o fuentes de información puramente arqueológica, y la Histórica, en los testimonios de los cronistas y antiguos historiadores de Indias. En mi concepto, en la primera época podría considerarse tres períodos: 1°. El de la cultura Arcaica; 2°. El de la cultura Media y 3°. El de la cultura Alta.

I

Cultura Arcaica.—No existiendo prueba alguna arqueológica o lingüística que científicamente permita trazar la filiación genética de las más altas civilizaciones desenvueltas en el Perú

y las existentes en el Viejo mundo o en otros lugares de este mismo continente, se hace indispensable suponer, aunque fuere hipotéticamente, que al período de las culturas locales diferenciadas o altas debió preceder un período de cultura embrionaria o primitiva. Muy largo debió ser el tiempo transcurrido entre la aparición del hombre por vez primera en este escenario geográfico y el período del desenvolvimiento de las culturas andinas, que supone la existencia de una población de vida sedentaria, numerosa y organizada. Por cualquier parte por donde hubiera penetrado el hombre, salvaje o bárbaro, no pudo haber emprendido grandes obras sino después de haberse multiplicado gracias al cultivo de ciertas plantas alimenticias como la papa, el maíz o la yuca y la domesticación de ciertos animales como el llama y la alpaca. Exceptuando la yuca, que parece originaria de la región amazónica o de los valles formados por las vertientes orientales de la Cordillera, y tal vez el maíz, cuyo origen e introducción en el Perú se ignora, las principales plantas alimenticias cultivadas son aborígenes de las altas mesetas y de los valles interandinos. Y es precisamente en esta región interandina, en la región de la papa, alimento principal del antiguo peruano, donde se hallan restos arqueológicos que no pueden ser atribuidos sino al período arcaico. Habitaciones—tumbas rectangulares, formadas por grandes piedras a manera de dólmenes; hileras de enormes piedras verticalmente colocadas, restos quizás de antiguos adoratorios; huellas evidentes de antiquísimos corrales de llamas, y una clase especial de cerámica constituida por ejemplares groseros que originaron evidentemente los tipos fundamentales del arte andino más elevado, cons-

tituyen las ilustraciones más salientes del período arcaico, y corresponden a un pueblo bárbaro, seminómade, más pastor que agricultor, que debió recorrer y dominar casi toda la región andina.

Al cultivo de la papa debe atribuírse principalmente el desenvolvimiento de las diferentes civilizaciones locales, porque ha sido la principal preocupación de los antiguos peruanos. En los riscos y quebradas de los Andes quedan las huellas de una intensa actividad agrícola que no pueden corresponder sino a un largo período de vida sedentaria; el arte de preparar terrenos especiales de cultivo en los declives y faldas de los cerros y a grandes altitudes, mediante la construcción de andenes o terrazas; las acequias de irrigación que recorren grandes distancias, venciendo gigantesca dificultades, han constituido los fundamentos de las civilizaciones locales elevadas.

II

Cultura Media.—El segundo período o de la Cultura Media puede denominarse el período de las culturas locales del antiguo Perú; corresponde al crecimiento de todas ellas, así en la sierra como en la costa. Es conveniente tener en cuenta que en la mayoría de los centros arqueológicos se descubren, por lo menos, dos períodos o estratos culturales; en la sierra el proceso evolutivo es continuo; se pasa insensiblemente de un período a otro; en la costa, casi siempre discontinuo: sobre la cultura local floreciente se superpone la cultura irradiada de la sierra y en algunos lugares, como en Huarmey, se muestra evidente la total derivación andina, desde su origen, de las culturas allí presentes. La habitación—tumba rectangular, que

fué el tipo de habitación de la cultura arcaica, forma el arquetipo arquitectural de las construcciones completas del Departamento de Ancachs, como Yayno en Pomabamba. A este mismo arquetipo pueden referirse la chaucalla mono y policelular del Norte y Centro de la región andina y las chullpas aymaras. Asimismo las construcciones en las que se hace uso de grandes piedras verticales y dispuestas en hilera, alternando cada una de ellas por muros formados con pequeñas piedras apilonadas, tal como aparecen en los cimientos de Akapana. en el cerco de Kalassaya y en Yayno, Chavín y Katak, son también derivaciones del tipo arcaico. Los templos piramidales de Chavín, los del Callejon de Huaylas y la pirámide de Vilcashuaman son derivaciones indudables de las primitivas habitaciones-tumbas del período arcaico. El desenvolvimiento evolutivo de las más complejas construcciones de la sierra, así en lo que respecta al estilo general como a los detalles arquitecturales, puede ser seguido paso a paso e identificado en sus diferentes etapas: la piedra de tipo almohadillado del Cuzco y valle del Urubamba aparece en un estrato muy superior, así en el centro como en el Norte del Perú. Las mismas pirámides de la costa, como las denominadas fortalezas de Paramonga y Tambo de Mora son derivaciones andinas. Los tipos de la cerámica valiosa del Callejón, aquella conocida en la ciencia como cerámica de Recuay, son derivados de una clase de cerámica de forma más sencilla y grosera, cuyo nacimiento se encuentra en el mismo callejón, como en Copa y Marcará. Y, por último, muchas formas consideradas como peculiares de la costa proceden de las de la cerámica de Recuay.

Hay, además, ciertos caracteres generales en toda la región andina, como el uso de las cabezas escultóricas humanas y de felinos que se destacan como ornamentos en las ruinas de Chavín, Aija, las del Callejón, Pomabamba, Huánuco Viejo, Cuzco y Tiahuanaco. El uso común de las cabezas humanas y otras partes del cuerpo, como manos y pies, y de las cabezas de animales que profusamente se hallan representadas en las estatuas, como trofeos u ornamentos de los sacerdotes o guerreros, también confirma la exactitud de esta observación.

En todas las manifestaciones del arte andino más elevado, así en Chavín como en Aija, Tiahuanaco, y en todas las de la Costa, aparece la representación de un dios felino antropomorfizado. Esta es la divinidad representada en el gran monolito que se halla dentro de uno de los templos de Chavín; este es el mismo que aparece simplificado en el Callejón, el mismo que, con la lengua afuera, ostentando grandes caninos y garras, aparece representado en la cerámica y objetos de oro de Lambayeque; el mismo que, ostentando también grandes caninos y garras y dos enormes serpientes en la espalda, aparece en la cerámica del Valle de Chicama presenciando los sacrificios humanos realizados para obtener cosecha abundante de papas; y es este mismo dios felino antropomorfizado e idealizado la más importante divinidad de Nasca y Tiahuanaco. Esta divinidad, conservada desde el período arcaico, es también, probablemente, el dios Wiracocha de los Incas y de Pachacámac. A este dios se elevaron templos, y al fervor religioso con que se mantuvo su culto se debió el gran desarrollo del antiguo arte peruano en general.

Si alguna vez llegaron a la costa peruana pueblos pescadores o agricultores diferentes de los autores de la cultura andina, éstos seguramente perdieron su carácter cultural o fueron aniquilados por los andinos. No se halla en la sierra rastro alguno arqueológico que permita suponerle una procedencia costeña. Aun las más altas culturas, como la de Chicama y Nasca, se han desenvuelto en una región muy limitada; no han irradiado al interior y parecen más bien derivadas de la cultura arcaica andina. En el Valle de Huarmey se ha identificado un estrato cultural derivado de Aija y el callejón de Huaylas, y el estrato superior es de cepa genuina de Tiahuanaco y Cuzco.

Durante este segundo período florecieron, como se ve, muchas culturas locales así en la sierra como en la costa; algunas de la sierra se propagaron a la costa, no hallando aquí huella de cultura o culturas antecedentes, como en Huarmey. Otras culturas, como las de Nasca y Chicama, fueron contemporáneas con las de la sierra en este segundo período; y cuando las de la costa florecían, manteniéndose en una región limitada, las de la sierra—en el Norte, Chavín, y en el Sur, Tiahuanaco, amalgamada a la de los Incas—se propagaban por todo el Perú, dejando en la costa un sedimento bastante grueso que permite hoy reconocerlas.

III

Cultura Alta.—El tercer período puede denominarse de apogeo o de irradiación de las culturas andinas. En el valle de Chicama y en la región de las vertientes occidentales de la cordillera norte del Perú se ha encontrado un estrato cultural

del estilo genuino de Chavín, y, a juzgar por la calidad y ornamentaciones de los ejemplares de cerámica, podría afirmarse que la irradiación de la cultura de Chavín hacia la costa fué casi contemporánea con el desenvolvimiento más alto del arte de Chicama. Además, en casi toda la región andina, centro y norte del Perú, y podría decirse también en casi toda la costa del Pacífico, aparece un estrato cultural conteniendo restos de la cultura genuina de Tiahuanaco. El estilo, impropriamente denominado por Uhle epigonal, de Tiahuanaco es el mismo de los hermosos vasos policromos que se ha encontrado al norte del valle de Huarmey y en casi toda la región del Departamento de Ancachs. También por los ornamentos y la calidad o técnica de los tejidos y cerámica de esta cultura epigonal podría asegurarse que ella fué contemporánea durante un tiempo y sucedió evidentemente a las culturas altas de la Costa. La última y tal vez la mas importante irradiación de una cultura andina por todo el Perú fué la de los Incas; ella sucedió y actuó conjuntamente con la de Tiahuanaco, porque sólo así se explica la presencia frecuente, así en la costa como en la sierra, de tumbas del estilo de Tiahuanaco que contienen objetos culturales de ambos estilos.

Aunque en algunos detalles la teoría aquí expuesta no concuerda por completo con las opiniones emitidas por Sir Clements Markham, cumpro gratísimo deber al recomendar la lectura de esta obra, inspirada en el cariño fervoroso a la historia de nuestros aborígenes.

Museo Arqueológico de la Universidad.
Julio de 1920.

JULIO C. TELLO.

PREFACIO

EL Dr. Robertson relató a nuestros padres la fascinadora historia de la civilización incaica en su «Historia de América», que salió a luz en 1778, y a nuestra generación refirió aquélla Prescott en su «Conquista del Perú», que publicó en 1843 (1) y que se supone conocida por la mayoría de la gente culta. Mas, desde la publicación de este último libro, ha venido acumulándose gran copia de material histórico, descubierto por los investigadores, que ha modificado completamente nuestro criterio respecto de ciertos puntos y que ha inundado otros con nueva luz. Apesar de esto, la obra de Prescott no perderá jamás su encumbrado rango de historia amenísima y fidedigna.

Hace más de sesenta años que el que estas líneas escribe sintió el influjo de aquella fascinación, cuando, desde su puesto de cadete naval

(1) En el ejemplar de que me sirvo para la presente traducción, el que perteneció al finado peruanista insigne D. Manuel González de la Rosa, (por obsequio que de su propio libro le hizo el autor, afectuoso amigo suyo, según reza la dedicatoria), se ve en el margen correspondiente una enmendatura de esta fecha, trazada con lápiz por la mano ya vacilante del anciano erudito que borrando el 3 lo sustituye con un 7, y que indica que la primera edición de la historia de Prescott vió la luz recién cuatro años más tarde de lo que creyó Markham (N. del T.),

del *Collingwood*, buque insignia de la escuadra británica del Pacífico divisó, por vez primera, la tierra de los Incas. El gallardo crucero simondita contorneó el cabezo septentrional de la isla de San Lorenzo y enderezó el majestuoso rumbo a su fondeadero de la rada del Callao. Acababa yo de cumplir catorce años, bajo la custodia del Teniente Peel, que contaba diecinueve (el valiente Sir William Peel de futuros años) y era mi oficial de guardia en el castillo de proa. Contemplábamos los dos el panorama que se extendía ante nuestros ojos: la verde llanura luciente que subía en gracioso declive a los cerros, sobre cuyas distantes laderas destacábanse las blancas torres de Lima, y a cuyas espaldas se alzaba la gigante cordillera, ceñida de nubes. En los cuatro años de nuestro crucero en las costas sudamericanas fondeamos cinco veces en el Callao, deteniéndonos en una ocasión varios meses. Llegué a conocer Lima perfectamente y a trabar algunas amistades, entre quienes figuraban la hermosa Grimanesa Althaus a quien tanto debiera más tarde en lo relativo a mis investigaciones (1), y la anciana señora O'Higgins, hija del Virrey español del Perú desde 1796 hasta 1801. Recorrí detenidamente las orillas del Rímac desde la desembocadura de este río hasta la Capital y visité los grandes montículos artificiales o *huacas* de la llanura. En aquellos días se enseñaba a los guardiamarinas que hacíamos nuestro servicio en el Pacífico, francés y castellano con el mismo escrúpulo que náutica.

Tan sólo al volver a la patria, en 1848, logré conseguir un ejemplar de la «Conquista del

(1) Véase el Capítulo IX.

Perú» de Prescott, cuyas páginas devoré repetidas veces, con creciente entusiasmo. Durante mi servicio de invierno en las regiones árticas, consagréme a estudiar el Diccionario Quechua de Torres Rubio, que había comprado en Lima, y con ayuda de la Gramática de Holguín, que poseía el médico de abordó, llegué aprender algunas nociones de la lengua de los Incas. De regreso a Inglaterra, estudié a todos los escritores de historia peruana que hube a mi alcance, y en agosto de 1852 decidí emprender una expedición al Perú. Era ya experto en la observación de los cuerpos celestes para fijar longitudes y latitudes y hallábame capacitado para trazar planos de ruinas y levantar mapas de mis recorridos.

Mi primer cuidado fué obtener la aprobación de Mr. Prescott a mi proyecto, y fuíme a buscarlo a Boston, provisto de cartas de presentación de Lord Carlisle y del Deán de San Pablo (Milman). Invítome, al punto, el escritor a su casa de campo de Pepperell, en donde disfruté de su compañía y de la de su familia, por espacio de diez días harto placenteros. Formaban el hogar Mr. Prescott y su señora, Amory, su hijo, su secretario, y, era huésped yo. Componíase la casa de un largo edificio de madera, con galería techada que abarcaba la mitad de su extensión y coposos árboles que sombreaban la fachada, en mitad de un prado que la separaba de un tranquilo camino rural. Detrás se extendía una agradable alameda umbrosa, paseo favorito de Mr. Prescott, quien, aunque ya veía muy poco, no estaba ciego del todo: podía aún ver lo suficiente para caminar en torno de la casa y hasta para aventurarse más lejos, pero nó para leer,

Conversábamos en su espacioso estudio, mientras él anotaba en una pizarra con rayas lo que oía leer a su secretario. Enseguida éste le descifraba lo apuntado, y, tras breve meditación, el historiador comenzaba a dictar. Hablábamos del Perú y él me explicaba con suma lucidez el valor correlativo de los cronistas de que se había servido para componer su obra, añadiendo que probablemente habría otros de igual importancia, que él ignoraba. En una ocasión dijo que no podía concederse mucho crédito a las historias escritas por personas que no conocían el país sobre que versaban aquéllas. Dábame valiosos consejos y me decía que le interesaría mucho saber el resultado de mi expedición. Durante mi hospedaje, gustábame pasear por la campiña en una carretela y bogar en el apacible Nissississet con Amory. Mi residencia de diez días en Pepperell, en compañía del gran historiador, fué una etapa de mi viaje que siempre me complazco en recordar con sentimientos de dicha y gratitud. Sirvió de adecuado prefacio a mis investigaciones en el suelo peruano.

Ya en el Perú, y partiendo de Lima, emprendí varias excursiones y exploré la costa desde esa ciudad hasta Nazca. Después de franquear un paso poco frecuentado de los Andes de Ica, hice varias giras, desde mi centro de operaciones de Ayacucho, y me dirigí, finalmente, de allí al Cuzco. Permanecí algunas semanas en la capital incásica examinando minuciosamente las ruinas y aprendiendo mucho de folkloristas de la talla del Dr. Julián Ochoa y de la señora Astete. Del Cuzco me encaminé al valle de Vilcamayo, siguiendo el curso de mis investigaciones, y ascendí luego a los Andes a pasar una quince-

na en Laris, en casa de un descendiente de los Incas, el Dr. Justiniani, con el objeto de copiar sus manuscritos. Mi jornada siguiente fué a Paucartambo, de donde partí a internarme en la Montaña boscosa y pasé, por último, del Cuzco a Arequipa por el altísimo puerto de Rumihuasi.

Al volver de nuevo a Inglaterra, proseguí mis estudios de historia peruana, que interrumpí desde 1859 hasta 1861, época en que desempeñé la importante comisión pública de aclimatar en la India inglesa el cultivo de las diversas especies de plantas de cascarilla que crecen en las selvas sudamericanas. En aquel mi viaje al Perú tuve el gusto de conocer al magnífico veterano General Miller, quien me reveló nuevas fuentes de información en los «Papeles Varios» de la Biblioteca Nacional. En las expediciones de mi cargo llegué a explorar gran parte de la región septentrional de la hoya del Lago Titicaca así como la Montaña de Carabaya, y coleccioné varios cantares quechuas. En aquellas excursiones por el territorio peruano recibí dondequiera la más cordial acogida y fuí objeto de la más franca hospitalidad y consideración. Los tres indios que me acompañaron a las selvas de Carabaya fueron agradecidos, diligentes y leales y mi trato así con ellos como con otros me dejó una impresión muy favorable del carácter del indígena peruano.

Desde que volví del Perú, hace cosa de cincuenta años, me he seguido informando de la labor de los historiógrafos peruanos por correspondencia con mis amigos de aquel país y por los libros y folletos que éstos me han enviado. Mis corresponsales más distinguidos

fueron D. Eugenio Larrabure y Unánue, D. Manuel González de la Rosa, D. José Toribio Polo y D. Ricardo Palma. Recibí también benévola ayuda de mis malogrados amigos españoles D. Pascual de Gayangos y D. Marcos Jiménez de la Espada, en especial de este último. Los trabajos históricos de éstos y otros autores, así peruanos como españoles, tienen alto valor. Desde entonces enderecé mis esfuerzos a adquirir pleno dominio sobre todos los escritores originales de historia y civilización incaicas. Mas, para conseguir tal dominio, no basta bucear en las vidas y en las obras de aquéllos, pues los problemas que suscita el estudio de la civilización incaica son amenudo complejos, reclaman considerable peso de certidumbre y son difíciles de resolver. Mis propios trabajos han ocupado muchos años durante los cuales he traducido y anotado a los principales cronistas, he compuesto índices (1),

(1) Mis trabajos abarcan un período de cincuenta años, contados desde 1859 hasta 1909, y comprenden las siguientes publicaciones:

1. «Las Primeras Expediciones al Valle del Amazonas» 1859
2. «La Crónica» de Cieza de León. Primera Parte.... 1864
3. " " " " Segunda Parte.... 1883
4. «Los Comentarios Reales» del Inca Garcilasso de la Vega 1869 y 1871
5. «Relaciones sobre el Descubrimiento del Perú» por Jerez y Astete 1872
6. «Ritos y Leyes de los Incas» por Molina 1872
7. «Antigüedades del Perú» por el indio Salcamayhua. 1872
8. «Relación de las Idolatrías y Supersticiones de Huarochirí» por Avila..... 1872
9. «Relación» de Polo de Ondegardo sobre la administración incaica 1872
10. «Historia Natural de las Indias» por Acosta 1879
11. «Viajes» de Pedro Sarmiento..... 1894
12. «Historia de los Incas» por Sarmiento..... 1907

y he confrontado en cada punto los diferentes asertos de aquéllos. Dificilmente podrá justificarse el investigador que, huérfano de tal preparación, se interna en investigaciones tan árdas y enmarañadas.

Mis ochenta años me han forzado a abandonar el proyecto que un tiempo acaricié de escribir una historia detallada del Perú antiguo, pero he juzgado que la publicación de una serie de ensayos basados en mis investigaciones, sería útil, en todo caso, ya que su asunto es de interés general por su carácter a la par novelesco e histórico, y supuesto, también, que algún valor han de tener estudios, que, como los míos, han consumido la mitad de una vida. Confío en que dichos ensayos, con la forma que les he impuesto, interesarán al público en general, a la vez que ofrecerán provechoso material de estudio al cultor de la historia.

He puesto en dos apéndices una traducción mía del drama incaico *Ollantay* (1) y una curiosa

(Todas las obras que hasta aquí se indican han sido publicadas por la Sociedad Hakluyt).

Traducciones de crónicas que todavía están en manuscritos:

13. *Montesinos*.

14. *El Jesuita Anónimo* (Blas Valera)

15. *Balboa*

16. *Betanzos*

17. *Santillán*

18. *Martín de Morúa*.

Contribuciones a una gramática y a un diccionario quechuas

Traducción del drama *Ollantay*.....1864

Diccionario quechua revisado.....1908

(1) Que, naturalmente, no insertamos, porque holgaría traducir del inglés lo que ha sido traducido directamente del original quechua por traductores como el poeta Constantino Carrasco, en verso, y en prosa por el sabio D. Sebastián Ba-

historia de amor que le refirieron los Amautas a Morúa por los años de 1585. Es una de las poquísimas reliquias del primitivo folklore incaico.

El mapa adjunto que ilustra este libro se ha incluido con licencia del Consejo de la Real Sociedad Geográfica de Londres. Su compilación original y su dibujo se hicieron sobre una escala de 1:1,000,000, en cuatro hojas, pero la publicación hubo de reducir aquélla a una de 1:2,000,000. El referido mapa abarca desde los 8° hasta los 18° S. y desde los 65° hasta los 74° O, lo que da una área de 418,000 millas cuadradas. No existe ningún plano general de esa región ni tampoco se prepara proyecto alguno, de ahí que el levantamiento del mapa haya debido sujetarse, en general, a los itinerarios de viaje, de valor sumamente variable, pero bastante eficaces siempre que se han refrendado con observaciones astronómicas.

La compilación y el dibujo han durado dos años y han exigido la confrontación y determinación del valor de muchísimo material cartográfico y de muchas observaciones.

Hemos considerado cerca de sesenta posiciones observadas para latitudes y veinte para longitudes, y el material consultado comprende treinta y dos mapas recientes e informaciones. Nuestro mapa abarca el país natal de los Incas, la hoya del Lago Titicaca y la Montaña Oriental (1).

ranca, cuyas traducciones no tienen aquí cabida por no ser del autor. (N. del T.)

(1) Tampoco lo incluimos a causa de las dificultades de la impresión cartográfica. (N. del T.)

Agradezco al Gobierno peruano así como a la Sociedad Geográfica de Lima y a otras muchas instituciones la valiosísima ayuda que me han prestado en el acopio de materiales. El trabajo harto difícil de la compilación ha sido ejecutado con notable perfección por Mr. Reeves, excelente Cartógrafo de la Real Sociedad Geográfica de Londres y por Mr. Batchelor, competentísimo dibujante.

CLEMENTS R. MARKHAM

21 Eccleston Square, S. W.

Julio de 1910.

INDICE

CAPITULOS

	Páginas
I. Los Historiadores	1
II. La Era Megalítica.....	19
III. La Lista de Reyes.....	35
IV. El Mito de Paccari-tampu.....	43
V. Encumbramiento de los Incas.....	51
VI. El Niño robado.....	59
VII. El Imperio.....	69
VIII. Religión de los Incas.....	85
IX. El Calendario Incaico, las Fiestas y los Vestidos del Soberano y de la Reina....	101
X. Lengua y Literatura de los Incas.....	119
XI. Organización Social.....	137
Nota del capítulo que versa sobre la orga- nización social peruana.....	146
XII. Ttahu-Ntin - suyu.....	149
I. Cunti - suyu.....	149
II. Chinchay - suyu.....	153
III. Colla - suyu.....	160
IV. Anti - suyu.....	165
XIII. Los Valles de la Costa.....	171
XIV. El Chimu.....	177
XV. La Confederación de Chíncha.....	195
XVI. El Cataclismo.....	207
XVII. El Inca Garcilasso de la Vega.....	225
XVIII. El Último Inca.....	245

APENDICES

A.	Nota sobre el Capítulo de la Lista de Reyes.	261
B.	Nota acerca de las denominaciones Quechua y Aymara.....	267
C.	Nota sobre la Arquitectura y las Artes de los Incas.....	273
D.	El Drama Incaico <i>Ollantay</i>	277
E.	Folklore Incaico: La historia de amor inserta en la Crónica de Morúa.....	287

GRABADOS

Sir Clements R. Markham	Frontispicio
	Página
Portada Monolítica de Tiahuanaco.....	22
Parte de una orla labrada de la portada de Tiahuanaco	24
Fortaleza de Sacsahuaman del Cuzco.....	28
Piedra de Chavín.....	30
Puente sobre el Apurímac.....	70
Muros del templo del Sol	92
Conopa del Maíz.....	98
Tocado del Sumo Sacerdote.....	104
Topu o alfiler de oro.....	
Pectoral de oro del Cuzco	
Gigantesco monolito de la ciudadela de Ollantay-tampu.....	130
Terraza superior de la ciudadela de Ollantay-tampu)	
Puente sobre la quebrada del río Pampas.....	151
Selva del Anti-suyo.....	166
Colcampata (Cuzco)	246

LOS INCAS DEL PERU

CAPITULO I

LOS HISTORIADORES

NATURAL parece, antes de pasar a contemplar el panorama de la historia y de la civilización de los Incas, asunto de interés nada común, querer trabar relaciones con los escritores que de civilización y de historia incaicas han tratado. No es esto decir que hayamos de enfrascarnos en un profundo estudio crítico de sus obras, cosa que ya se ha hecho en otra parte (1); bastará, para nuestro propósito, una información más general acerca de los historiadores aludidos.

Entre los toscos y vandálicos conquistadores hispanos del Perú, que, en puridad, lo fué la mayor parte, y, en opinión del vulgo, todos, destacáronse varios espíritus superiores que simpatizaron con la nación sojuzgada, que se sintieron poseídos de asombro ante el espectáculo de la civilización y los beneficios del gobierno de dicha nación, y que tuvieron ánimo bastante para consagrarse a escudriñar su historia y a poner por escrito sus propias impresiones. Y no se crea que tales espíritus fueron privilegio de las clases letradas, antes que éstas y mejores, habíalos dado la milicia. De las crónicas militares

(1) Véase la *Historia Narrativa y Crítica de América* (Nueva York y Boston, 1889) vol. II, cap. IV, p. 259.—

2 LOS INCAS DEL PERU

algunas se han perdido, pero conservamos cuatro, por lo menos, y entre éstas ocupa el primero y más honroso lugar la de Pedro de Cieza de León.

Imaginad a un rapazuelo de catorce años abrazando la vida del conquistador aventurero en los bravíos despo- blados de la América del Sur, para trocarse, luego, sin más escuela, en la suprema autoridad en historia incaica. Y, en efecto, por inverosímil que parezca, Cieza de León se embarcó, a la temprana edad de catorce años, con rumbo al Nuevo Mundo. Nació en 1519 en Llerena de Extre- madura, que, a cosa de diecinueve leguas al este de Ba- dajoz, álzase, al pie de la Sierra de San Miguel, cual ciudad morisca, ceñida por una muralla torreada, de cinco portadas. Fué cuna de varias celebridades, como Juan de Pozo, el relojero que puso la *giralda* en la torre de la catedral sevillana. Deslizóse la infancia de Pedro de Cieza en Llerena; mas, no bien entrado en la mocedad, se embarcó en Sevilla para América, en donde militó, bajo las órdenes de Pedro de Heredia, fundador y primer Gobernador de Cartagena, en Tierra Firme. Poco después, en 1538, alistábase el mozo Cieza en la expedi- ción de Vadillo que iba a remontar el valle de Cauca, y, en edad en que la mayoría de los muchachos van a las aulas, arrostraba las innúmeras penalidades y los riesgos de la vida del maduro veterano y descubría ya faculta- des de observación muy superiores a sus años.

En tan ruda y feroz escuela hubo, pues, de formarse el carácter de nuestro soldado-cronista, y es, en verdad, de maravillar que creciese tan hermoso entre los infinitos horrores de las guerras de la Conquista: humano, gene-roso, rebosando nobles simpatías, obediente y metódico, en el espectáculo de la crueldad, del pillaje y del más de- senfrenado vandalismo, propicio para engendrar el tipo contrario. Consideradas las circunstancias en que vivió Cieza desde la más tierna edad, ha de tenerse su libro así por el más raro como por el más precioso fruto de su

carrera militar y de sus investigaciones. Empezó a escribir un diario en 1541, mientras servía a órdenes de Robledo en el valle de Cauca. Dice allí: «Y como notase tan grandes y peregrinas cosas como en este Nuevo Mundo de Indias hay, vínome gran deseo de escrebir algunas dellas, de lo que yo por mis propios ojos había visto, y también de lo que había oído a personas de gran crédito». En otro lugar, escribe: «Muchas veces cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo. Mas ni esto ni las asperezas de tierras, montañas y ríos ya dichos, intolerables hambres y necesidades, nunca bastaron para estorbar mis dos oficios de escrebir y seguir a mi bandera y capitán sin hacer falta».

Nuestro cronista fué por tierra a Quito y recorrió luego todo el Perú, recolectando informaciones. Terminó la primera parte de su «Crónica» en Septiembre de 1550, a la edad de treinta y dos años. Es aquélla, principalmente, una descripción geográfica del país, que comprende direcciones para la navegación costanera y una relación de los puentes y caminos incaicos. En la segunda parte, revisó el regimen político de los Incas y los sucesos de cada reinado, y no escatimó esfuerzos para conseguir las mejores y más auténticas informaciones, en cuya busca se encaminó al Cuzco en 1550, a conversar con un Inca sobreviviente. Dan peculiar encanto a su crónica la simpatía que manifiesta por la nación sometida, que lo lleva a apreciar generosamente las muchas virtudes de ésta.

Por todo ello ocupa Cieza de León el primer puesto en la primera categoría de cronistas de la civilización incaica (1).

(1) El Inca Garcilasso cita la Primera Parte treinta veces, más menudo que cualquiera otra crónica, y copia largos e importantes pasajes de la misma, que fué publicada en 1554.

Prescott cita asimismo a Cieza con más frecuencia que a los demás cronistas si se exceptúa a Garcilasso: a éste lo cita 89 veces; a aquél 45.

4 LOS INCAS DEL PERU

Otro cronista militar fué Juan de Betanzos. Quien primero nos habla de su libro es Fray Gregorio de García en su «Origen de los Indios», que publicó en 1607. Anunció allí que poseía el manuscrito de Betanzos y harto lo aprovechó, copiando casi íntegramente sus dos primeros capítulos. El manuscrito trunco existente en El Escorial, que hizo copiar Prescott, sólo encierra los primeros dieciocho capítulos y una parte de otro y fué editado e impreso en 1880 por Jiménez de la Espada; y el completo, que perteneció a García, se ha perdido. Fué Juan de Betanzos, probablemente, oriundo de Galicia, y llegó al Perú con Hernando Pizarro. Avecindóse en el Cuzco y casó con una hija de Atahualpa. Costóle mucho aprender el quechua, y actuó como negociador con los Incas refugiados en Vilcabamba. Fué intérprete de la Audiencia y de varios Virreyes. Escribió su obra principal, titulada «Suma y Narración de los Incas» por mandato del Virrey D. Antonio de Mendoza; concluyóla en 1551 pero no llegó a publicarla por impedírselo la muerte del Virrey. Redactó también una «Doctrina» y dos vocabularios que se han perdido. Ignórase la fecha de la muerte de este cronista, pero se sabe de cierto que vivía aún veinte años después de escrita la «Suma y Narración». Habíase empapado en el espíritu indígena y ha pintado el carácter y los sentimientos de los naturales como no lo hubiera hecho ningún peninsular. Trae una relación magnífica y casi dramática de la guerra de los Chancas con los Incas, y sus versiones de los mitos primitivos son

La Segunda Parte tiene curiosa historia. La narración manuscrita que Prescott atribuía a Sarmiento no es otra que aquélla. La confusión provino de que Cieza la dedicó a Juan Sarmiento, Presidente a la sazón del Consejo de Indias, a quien Prescott creyó autor de la crónica. El manuscrito se archivó en el Escorial, de donde se sacó la copia que usó Prescott, y editaron aquél el Dr. González de la Rosa en 1873 y Jiménez de la Espada en 1880, en Madrid. El que esto escribe virtió al inglés y editó, por encargo de la Sociedad Hakluyt, la Primera Parte en 1864 y la segunda en 1883.

importantes. Sigue inmediatamente a Cieza en cuanto autoridad histórica.

Pero la más alta, en lo tocante a la historia externa de la época incaica es el marino Sarmiento, por más que su obra sólo haya visto la luz recientemente. El primoroso manuscrito, ilustrado con blasones, fué a parar a la biblioteca de Gronovio y lo adquirió en 1785 la de la Universidad de Gotinga, en donde permaneció ignorado por espacio de ciento veinte años, hasta que, en Agosto de 1906, su erudito bibliotecario Dr. Pietschmann lo descubrió y lo publicó en Berlín, en esmerada edición, anotada y precedida por valioso prólogo (1).

Pedro Sarmiento de Gamboa fué un navegante distinguido y uno de los jefes de la expedición de Mendaña a las islas Salomón (2). Acompañó al Virrey Toledo en su visita por el Perú, y escribió por su mandado una historia de los Incas que es, a no dudarlo, la más auténtica y fidedigna que poseamos en punto a la relación de los sucesos, pues fué compuesta sobre la base de las declaraciones juradas y rigurosamente compulsadas que prestaron los propios Incas, las que suministraron a Sarmiento informaciones más exactas que las que hubieron los demás cronistas. Redactada la obra, leyéronse sus capítulos a los cuarenta y dos Incas declarantes, en su propio idioma, y con sus dichos se hicieron las enmiendas finales. Esta crónica fué concluída y enviada a España en 1572.

Pedro Pizarro, primo del Marqués, vino al Perú en calidad de paje de aquél cuando apenas contaba quince años, y acabó por avecindarse en Arequipa, en donde escribió sus «Relaciones» que concluyó en 1571. Prescott poseyó una copia del manuscrito, que sólo se ha editado

(1) Tradújolo al inglés Sir Clements Markham, en 1907, por encargo de la Sociedad Hakluyt.

(2) Para conocer la vida aventurera de Sarmiento consúltese la introducción de Sir Clements Markham a sus viajes (Sociedad Hakluyt 1895).

6 LOS INCAS DEL PERU

muy recientemente (1). Hubo otros cronistas militares, señaladamente Francisco de Chávez, pero sus obras se han perdido.

Entre los legistas, Zárate escribió una relación, que se publicó en 1555 harto diferente del manuscrito original, que no tiene mayor mérito. Mucho más importantes son los escritos del Licenciado Polo de Ondegardo. Ejerció éste el cargo de Corregidor del Cuzco en 1560 y diez años después acompañó al Virrey Toledo en su visita de inspección. Investigó acerca de las leyes y administración de los Incas, pero conocía escasamente el idioma indígena. Sus dos «Relaciones» que escribió en 1561 y en 1570 hasta ahora no se han impreso (2). Prescott poseyó copias de ambas. En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva otra «Relación» del mismo autor. Describe allí la división y dominio de las tierras y da ciertos detalles relativos a la administración. Casi el mismo valor tiene la «Relación» de Fernando de Santillán, que fué escrita por la misma época. (3). Trata principalmente, de las leyes y costumbres referentes a la tributación. Contemporáneo de Ondegardo y de Santillán fué el Licenciado Juan de Matienzo que trató de las instituciones antiguas del Perú con el mismo objeto que aquéllos. Su manuscrito se conserva en el Museo Británico. En la siguiente centuria Juan de Solórzano compiló las numerosas leyes coloniales en su «Política Indiana» y la copiosa legislación del Virrey Toledo fué incorporada en las «Ordenanzas del Perú» que se publicaron en Lima en 1683. Todos los legistas que estudiaron la organización

(1) En la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, vid. págs. 201 a 338.

(2) Los señores Urteaga y Romero han publicado ambas relaciones, junto con otras siete que andaban dispersas en las colecciones de documentos del Archivo de Indias, en los tomos III y IV de su *meritísima Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú* que se editaron en 1916 y 1917, respectivamente (N. del T.)

(3) Editada e impresa por Jiménez de la Espada en 1879.

jurídica peruana rinden homenaje de admiración al régimen incaico.

Los geógrafos eran funcionarios locales encargados de redactar informes topográficos de sus respectivas provincias. La mayor parte de esos informes se escribieron entre 1570 y 1590 y, naturalmente, tienen valor muy diverso. Las «Relaciones Geográficas de Indias» (Perú) se publicaron en Madrid en cuatro grandes volúmenes, entre 1881 y 1897.

Pero los investigadores más diligentes de la religión indígena y de sus ritos y ceremonias fueron los religiosos. El primer fraile que llegó al Perú con Pizarro fué el dominico Fray Vicente de Valverde, Escribió éste una «Carta Relación» sobre el estado de la Colonia y otras varias que encierran informaciones originales, a Carlos V; pero salió del país en 1541 y residió en él harto poco para que atribuyamos especial valor a sus escritos. El más famoso entre los cronistas eclesiásticos del Perú antiguo fué el Jesuita José de Acosta, que nació en Medina del Campo en 1540 y residió en el Perú desde 1570 hasta 1586, recorriendo todo su territorio. Trasladóse más tarde a Méjico y murió en Salamanca en 1600. Su monumental obra titulada «Historia Natural (*) de las Indias» publicóse completa por vez primera en el año de 1590 en Sevilla. Hakluyt y Purchas la extractaron y Eduardo Grimston tradujo al inglés la obra íntegra en 1604. Esta crónica fué muy consultada por cronistas posteriores. El Inca Garcilasso la cita veintisiete veces y Prescott, diecinueve. La historia de Acosta será siempre valiosa, por más que su autor fuese narrador superficial y quechuísta mediano, y aunque lo sobrepujen en distintas materias de su historia varios escritores cuyas obras se han descubierto últimamente.

El más importante entre éstos es Cristóbal de Molina, religioso del hospital de indios del Cuzco, quien escribió

(*) y Moral (N. del T).

8 LOS INCAS DEL PERU

una «Relación de las Fábulas y Ritos de los Incas», que dedicó al obispo Lartaun (1), entre 1570 y 1584. Tuvo Molina oportunidades especiales para recolectar informaciones exactas, pues, quechuísta insigne como era, interrogó a caciques y a letrados indios que podían recordar los esplendorosos días del Imperio, y su cargo en el hospital del Cuzco hízole intimar con el carácter indígena. Trae noticias muy interesantes acerca de las grandes festividades periódicas y de la religión indígena, y consigna doce plegarias en quechua. Estrechamente relacionada con la de Molina aparece la crónica de Miguel Cabello Balboa, quien la escribió en Quito entre 1576 y 1586. En la dedicatoria al obispo Lartaun con que empieza su crónica, alude Molina a una relación anterior que enviara al prelado, en que trataba de los orígenes, historia y gobierno de los Incas, relación que, según parece, buscó y de que se apropió Balboa, pues nos dice que su historia se basa en los sabios escritos de Molina.

Fué Miguel Cabello Balboa un soldado que abrazó órdenes sagradas en edad provecta y que se dirigió al Perú en 1566. Establecióse en Quito y se consagró allí a componer su obra titulada «Miscelánea Austral». Es el solo cronista que consigna tradiciones relativas al origen de las tribus costeñas, y trae además una excelente narración de la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, narración que comprende la historia de amor de Quilacu (2).

La historia de los Incas por Fray Martín de Morúa se halla todavía en estado de manuscrito. Morúa poseía el quechua, y su obra, que concluyó en 1590, ofrece copiosas e importantes informaciones. El Dr. González de

(1) El texto dice Artaun pero al margen una enmendatura hecha con lápiz, de puño y letra del finado Dr. González de la Rosa, indica que debe leerse Lartaun, como parece fué el nombre del prelado (N. del T.)

(1) El original castellano de Balboa se ha extraviado. Sólo poseemos una traducción francesa de Ternaux Compans, publicada en 1840,

la Rosa sacó, en 1909, una copia del manuscrito de los archivos de Loyola (1).

Los informes de los Jesuitas que se empeñaron en extirpar la idolatría en el Perú arrojan luz sobre las leyendas y supersticiones de los antiguos pobladores de la costa y de sus cercanías. Constan en la rarísima obra de Arriaga (1621) y en la relación de Avila sobre las leyendas y mitos de Huarochirí. Se ha perdido la crónica de otro Jesuita llamado Luis de Teruel, en que daba cuenta de sus trabajos en pro de la extirpación de la idolatría, así como la de Hernando de Avendaño, de cuyos sermones en quechua poseemos, en cambio, varios. Fray Alonso Ramos Gavilán en su «Historia de la Iglesia de Copacabana» (1620), esclarece las emigraciones de los *mitimaes* o colonos del Collao y da ciertos detalles nuevos con respecto a las vírgenes del Sol, a los sacrificios y a los ídolos venerados a orillas del Lago Titicaca. La «Corónica Moralizada» por Antonio de la Calancha (1638 a 1653) es una abultada historia de la orden agustiniana en el Perú. Contiene mucho de interesante y de valioso, perdido en un fárrago de consejas de martirios y de milagros de los frailes agustinos. Trae muchos pormenores relativos a usos y costumbres de los indios y a la topografía del país. Es el único cronista que informa acerca de la religión del Chimú y el que da la versión más exacta del calendario incaico. Mucho menos importante es la crónica de los franciscanos por Diego de Córdova y Salinas, que se publicó en Madrid en 1643 (2).

Fernando Montesinos, natural de Cuenca, abfázó órdenes sagradas y fué licenciado en derecho canónico. Parece que llegó al Perú en 1629, en el séquito del Virrey Conde de Chinchón. Tras desempeñar algunos cargos,

(1) El Dr. González de la Rosa ha enmendado el margen, con su puño y letra: Lima 1657. (N. del T.)

(2) Y comenzó a editarlo a su costo, en Lima, el año de 1909, llegando sólo a publicar unos cuantos fascículos hasta su muerte acaecida en la misma ciudad en 1912.

10 LOS INCAS DEL PERU

consagróse por entero a investigaciones históricas y a especulaciones mineras y viajó por todo el país. En 1639 se estableció en Lima, en donde le fué encomendada la relación del auto de fe que se realizó en el propio año en la capital. Publicó también un libro sobre beneficio de metales. La última fecha de su estadía en el Perú es el año de 1642. De regreso a España fué Cura de una aldea próxima a Sevilla, y en 1644 elevó un memorial al Rey, en que pedía alguna dignidad como recompensa a sus servicios (1).

Su crónica se titula «Ophir de España, Memorias Historiales y Políticas del Perú». La larga lista de reyes peruanos que allí inserta no fué obra suya, sino de cronistas primitivos, muy anteriores a él. Verdad es que recolectó, por su parte, varias tradiciones interesantes; pero su absurda teoría de que el Perú fué poblado por Armenios acaudillados por Ofir, biznieto de Noé, priva de toda fe a sus asertos.

Muñoz descubrió la crónica de Montesinos en el convento de San José de Sevilla y se apropió los manuscritos, de que Ternaux Compans sacó una copia, que virtió al francés y publicó en 1840. Aquéllos fueron a dar a Madrid, en donde Jiménez de la Espada publicó en 1882 el segundo libro, que contenía la larga lista de monarcas peruanos (2).

Pero el más grande, con mucho, de los cronistas religiosos del Perú incaico tuvo el privilegio de la sangre mestiza. Blas Valera, hijo del conquistador Luis de Valera en una ñusta de la corte de Atahualpa, nació en Chachapoyas por los años de 1540. Educóse en Cajamarca y luego en Trujillo, en donde residió hasta los veintiún años. Allí aprendió latín, y sabía ya el quechua, como que era su lengua materna. Se ordenó a la

(1) El memorial se conserva en el Museo Británico.

(2) Vid. José de la Riva Agüero «La Historia en el Perú», Lima, 1910 y Pablo Patrón «La Veracidad de Montesinos», *Revista Histórica*,

edad de veintiocho años e ingresó en la Compañía de Jesús. Enviado al Cuzco de catequista en 1571, permaneció en dicha ciudad por lo menos diez años; de allí se encaminó a Juli y a la Paz y estuvo años después en Quito y en otras comarcas del Perú septentrional. Hacia 1594 embarcóse en el Callao con rumbo a Cádiz, y se hallaba en esta ciudad cuando fué tomada por los ingleses del Conde de Essex en 1596, quien, antes, concedió a los Jesuítas que saliesen con sus papeles. Valera murió poco después.

Poseía calidades y ventajas que no alcanzó ninguno de sus congéneres. Es verdad que el Inca Garcilasso supo también el quechua, pero era un mozo de apenas veinte años cuando partió para España. Sólo tras un lapso de cuarenta años ocurriósele escribir acerca de su tierra natal. Valera, en cambio, sobre ser mestizo como Garcilasso y, como el mismo, haber aprendido el quechua en el regazo materno, en vez de partir a España a la temprana edad del Inca, trabajó en pro del Perú y de sus indígenas durante treinta años, consagrado al estudio de la historia, de la literatura y de las costumbres primitivas de sus paisanos, escuchando sus memorias y leyendas de labios de los antiguos Amautas y Quipocamayos que recordaban el regimen incaico y las dinastías de sus soberanos. Su dominio pleno de la lengua indígena capacitábalo para realizar tal empresa con amplitud que no alcanzó ningún cronista peninsular.

Al irse a España, llevóse Valera consigo sus escritos, sin duda con ánimo de publicarlos. Tenía escrita en latín una «Historia del Perú» que, después de su muerte, fué entregada al Inca Garcilasso, quien la aprovechó abundantemente (1). Según los bibliógrafos Antonio y León Pínelo, Valera escribió otra obra intitulada «De los Indios del Perú, sus costumbres y pacificación», que se perdió;

(1) Véase la vida de Garcilasso en el capítulo especial que se le dedica.

12 LOS INCAS DEL PERU

pero en 1879 Jiménez de la Espada descubrió un valiosísimo manuscrito anónimo sobre el mismo asunto y lo publicó bajo el rubro de «El Jesuíta Anónimo». El Dr. González de la Rosa ha aducido argumentos, aparentemente decisivos, y que en otro lugar reproducimos, sosteniendo que el Jesuíta anónimo no fué otro que Blas Valera. Otra obra del erudito mestizo, también perdida, titulábase «Vocabulario Histórico del Perú»; en 1604 la llevó de Cádiz al Colegio de La Paz el Procurador de los Jesuítas, Diego Torres Vásquez. Era este libro el que encerraba las largas listas de reyes, como aparece claramente de la aseveración del Padre Anello Oliva en su historia de los varones ilustres de la Compañía de Jesús (1), que escribió en 1631. Oliva vió el «Vocabulario Histórico del Perú» y aprendió en él la remota antigüedad del imperio peruano; y Montesinos copió asimismo su lista del propio «Vocabulario» que, según dijimos, estaba en La Paz. La prematura muerte de Blas Valera así como la dispersión de sus valiosos manuscritos constituyen la pérdida más deplorable para la historia de la civilización incaica (2).

A la diligencia de Jiménez de la Espada debemos la exhumación de la crónica de un escritor más reciente. Tal es la «Historia del Nuevo Mundo» por el Padre Bernabé Cobos (3), que consta de cuatro grandes volúmenes. Enriquece considerablemente el acervo de documentos sobre el antiguo Perú y tiene especialísima importancia por sus capítulos en que ofrece copiosas informaciones

(1) *Historia del Perú y Varones Insignes en santidad de la Compañía de Jesús por el Padre Anello Oliva de la misma compañía*, editada por el Sr. Varela en Lima.

(2) Acerca de la tan debatida cuestión de la originalidad de Garcilaso así como de las que han suscitado los escritos de Blas Valera, consúltese el acabado libro de D. José de la Riva Agüero, «La Historia en el Perú».

(3) Impresa en Sevilla en 1900 por la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces* y editada por don Marcos Jiménez de la Espada

sobre minerales, plantas medicinales, alimentos vegetales y fauna peruana.

Hace poco que Don Carlos A. Romero sacó a luz en la *Revista Histórica* de Lima (1) una narración escrita por los años de 1605 por un fraile dominico llamado Reginaldo de Lizárraga. Lleva el título de «Descripción de las Indias» y consta de dos partes, geográfica la una, y la otra, principalmente biográfica. Lizárraga recorrió todo el país, desde Quito hasta la región más meridional de Chile, e invistió al cabo la dignidad de obispo de Asunción del Paraguay, ciudad donde falleció, cerca de 1612. Sus descripciones geográficas son meros bosquejos, harto inferiores a las de Cieza de León y revelan muy poca simpatía respecto de los Incas o de los desdichados indios. Ocupan buena parte de su crónica biografías cortas de Prelados y de Virreyes, pero el mayor espacio lo llenan las providencias de Toledo. Sólo encontramos en ella dos informaciones interesantes. Alude la una a la muralla construída en el paso de Vilcanota como lindero divisorio de las tierras de los Incas de las de los Collas, y la otra refiere la versión indudablemente verdadera del episodio del juego y pérdida en una noche de la gran efigie del sol por Mancio Sierra de Leguizamo, informaciones que citaremos en su oportunidad.

Blas Valera y el Inca Garcilasso son los dos únicos cronistas mestizos, y tan importante el último que hemos dedicado a su biografía un capítulo especial. Gomara y Herrera no estuvieron en el Perú, y no es posible reputar originales, por lo demás, a cronistas que como ellos escribieron a fines del siglo XVII.

Ocupémosnos ahora de dos indios de pura raza, cuyos escritos tienen muchísima importancia. Fué el primero un cacique que habitaba en los confines de Collagua, al sur del Cuzco, que se llamaba a sí propio Juan de Santa

(1) *Revista Histórica* (Lima, 1907) tomo II, trimestres III y IV.

14 LOS INCAS DEL PERU

Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua y que escribió su relación sobre las antigüedades del Perú por los años de 1620. Yo descubrí el manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid y la Sociedad Hakluyt publicó la versión que de él hice, en 1873. Más tarde, Jiménez de la Espada editó y publicó el texto castellano. La citada relación refiere las tradiciones incaicas tales como las transmitieron los nietos de los Incas que vivían en tiempos de la Conquista a sus nietos. Dichas tradiciones revisten cierta autoridad, y las acompañan tres plegarias quechuas al Ser Supremo, de extraordinario interés.

La obra del segundo cronista indio se descubrió recientemente. Hallóla en 1908 el bibliotecario de la Universidad de Gotinga, Dr. Pietschmann, en la Universidad Real de Copenhague. Titúlase «Nueva Corónica y buen Gobierno» de Don Felipe Huaman Poma de Ayala, y forma un abultado in-quarto de 1179 páginas casi todas ilustradas con abundantes y expresivos dibujos a pluma. Comprende una relación especial de la genealogía del autor, quien no sólo descendía de Yarrovilca, Cacique de Huánuco, sino que además era hijo de una hija del gran Inca Túpac Yupanqui. Su padre salvó la vida a un español llamado Ayala en la batalla de Huarina y usó en lo sucesivo aquel apellido a continuación del suyo, costumbre que siguió observando nuestro cronista. Empieza el libro con una carta del padre del autor, Martín Huaman Malqui de Ayala, a Felipe II, en la que recomienda a la consideración real la obra de su hijo. El propio Huaman Poma de Ayala fué cacique de Lucanas.

Comienza la crónica con un relato de la creación, del diluvio y demás sucesos bíblicos hasta la entrega de las llaves de la Iglesia por San Pedro al Papa, relato que ocupa cincuenta y seis páginas, que ilustran primorosos dibujos a pluma. Siguen luego noticias de las primitivas tradiciones de la historia peruana y de la llegada de San

Bartolomé al país. Vienen a continuación doce retratos de Incas (que acompañan sendas páginas explicativas), cuyo alto valor estriba en los magníficos dibujos de vestiduras y de armas. Aparecen, luego, retratos de las Ccoyas o Reinas y de quince guerreros famosos. Cosa de sesenta páginas, que ilustra un dibujo que representa al Inca en medio de sus consejeros, traen de las ordenanzas y de las leyes. Todos los meses del calendario incaico están descritos e ilustrados con dibujos que figuran, entre otras cosas, los instrumentos agrícolas con sus formas exactas. Siguen detalles de las huacas o ídolos, de la adivinación, de los ayunos y entierros, e ilustraciones muy gráficas de los castigos con que se penaban varios delitos. Un capítulo trata de las Vírgenes del Sol, está ilustrado y trae diversos cantares quechuas de cosecha, caza, baile y amor. A continuación, Huaman Poma describe los palacios y relata las tareas de las clases populares a distintas edades.

Llega el turno de la Conquista. El autor da retratos de Atahualpa, de Pizarro, de Almagro, y de sus propios parientes, quemados vivos por Pizarro. Vemos galerías de retratos de los ocho primeros Virreyes y de los últimos caciques, vestidos a la usanza española. Luego sigue una larga serie de cuadros de ciudades peruanas, casi todas imaginarias, y listas de las garitas o *tambos* de los diversos caminos. Pero el rasgo más notable, con mucho, de esta crónica constitúyelo un ataque desembozado y valeroso a la cruel tiranía del gobierno hispano. Ni al corregidor ni al cura perdonan el escritor y el dibujante coaligados. Se ven gentes flajeladas, apaleadas y colgadas de los talones. A una mujer la desnudan, arrancándole las ropas, y la azotan porque faltaron dos huevos a su tributo; y desfilan ante nuestros ojos el vergonzoso trato dado a las niñas, el inhumano flajelamiento de los niños, los matrimonios forzados y el juego de curas con corregidores.

16 LOS INCAS DEL PERÚ

El cronista había viajado por todo el Perú investido de cierto cargo, intercediendo por su infortunado pueblo y procurando protegerlo. Escribió por espacio de treinta años desde 1583 hasta 1613. Termina su obra prediciendo el trato que le darán los cristianos del orbe entero. «A algunos», piensa, «arrancará lágrimas; a otros dará risa, a otros, hará prorrumpir en maldiciones; éstos lo encomendarán a Dios; aquéllos, de despecho, querrán destruirlo; unos pocos querrán tenerlo en sus manos».

Está dedicado a Felipe II, y el cronista tuvo la temeridad de llevar a Lima el manuscrito para enviarlo a España. Acariciaba la esperanza de que lo nombrasen Protector de los Indios. No sabemos cómo acabó sus días. Será siempre misteriosa la escapatoria de las llamas y la llegada a la Península de ese libro plagado de ilustraciones tan condenatorias. Algo daríamos por saber la suerte de su autor, tan compasivo para con sus malaventurados paisanos, diligente recopilador de toda especie de informaciones, orgulloso de su estirpe, artista privilegiado, generoso, e impávido en desenmascarar la injusticia y la crueldad. Huaman Poma fué un héroe que honraría a cualquiera nación. Por su estilo corre una vena humorística. Ha de reputarse casi milagrosa la escapatoria de su libro de las llamas; felizmente, esta importantísima obra se encuentra ahora en buenas y afectuosas manos, que la difundirán por el mundo entero, ya que tanto lo merece por constituir, sin excepción alguna, la nuestra más notable a la par que más interesante del genio indígena, que poseamos.

Vemos, pues, que han narrado la historia de los Incas, religiosos, soldados y juristas, mestizos e indios de pura raza. Espectadores de los mismos actos y sucesos desde diversos puntos de vista, instruidos por distintos informadores, influidos por prejuicios que tienden a oscurecer la verdad; acuciosos los unos de exactitud; más

atentos los otros a probar sus causas; de honradez acrisolada algunos y otros de menor, en escala variable, huelga decir que hay que someter sus obras, tras estudiarlas cuidadosamente, al tamiz de una rigurosa crítica. Fruto de semejante trabajo de quien ha consagrado largos años de investigación a la más interesante y fascinadora de las historias, son los ensayos que a continuación van a leerse.

CAPITULO II

LA ERA MEGALITICA

LA meseta del lago Titicaca ampara un enigma no descifrado aún, cuya interesantísima historia narrarían las piedras de sus ruinas si tuviesen el dón de la palabra. Buena parte de la dificultad de su solución estriba en la topografía actual de esa comarca, cuyo misterio desafía aún a los investigadores. Forzoso es, pues, echar una ojeada geográfica sobre el país, antes de abordar el problema en sus términos presentes.

A una latitud de 14°28' Sur las grandes cordilleras de los Andes únense en el nudo de Vilcanota para separarse luego y formar, por un lado, la Cordillera Oriental que coronan el Illimani y el Illampu (las más altas cumbres medidas de América, a excepción del Aconcagua y del Huascarán), y, por el otro, la Cordillera Marítima. Entre ambas cadenas de montañas extiéndese una vasta y altísima meseta a 13 o 14 mil pies sobre el nivel del mar, meseta que alberga en su centro al lago llamado Titicaca o Inticaca. Es éste el mayor entre todos los sudamericanos, pero antaño era mucho más grande aún. Su superficie queda a 12,508 pies sobre el nivel del mar, varios centenares de pies, por término medio, debajo de la altiplanicie. Las montañas que la circundan constituyen una región de heladas y de nieves. Hábitanla vigorosos llamas y alpacas que pacen las matas de una

20 LOS INCAS DEL PERU

hierba brava llamada hicho (*ychu*) (1), y esbeltas vicuñas que aun arrostran el frigidísimo ambiente de alturas superiores. Además del hicho, crece en su suelo un pequeño arbusto llamado *tola* (2), que puede servir de combustible. La *quinua* (3), perteneciente a la familia de las espinacas, sólo se da más arriba y produce un pequeño grano insuficiente por sí solo para el alimento humano.

Mas la meseta, denominada el Collao, no es llana en manera alguna: entrecrúzanla cadenas de cerros no muy elevados, y hacia el norte se erige, como accidente característico, la encumbrada eminencia de Pucara. Tres especies diversas de árboles durísimos dan cierto relieve al paisaje, no obstante su achaparramiento, y aun forman en ciertas quebradas al abrigo de la intemperie, pintorescos bosquecillos sobre los que gravitan suspendidos peñoles. La especie que arraiga en lo más alto se llama *queñua* (4); las otras dos, que retuercen sus ramas y troncos ásperos, reciben los nombres de *colli* (5) y *quisuar* (6) (que los españoles denominaron *Oliva sylvestre* por una semejanza imaginaria de sus hojas) y son los únicos árboles que cubren la altiplanicie. Cultívanse papas, que con la *oca* (7) y otros tubérculos comestibles constituyen el alimento principal de la región; pero, en cambio, no se dan cereales y el verde alcacel sólo se aprovecha para forraje. En los cerros pululan el *yutu*, que es una especie de perdiz, y un roedor grande llamado *viscacha* (8) y puebla el lago variedad de peces y de aves acuáticas.

Semejante región sólo puede dar sustento a una escasa población de recios trabajadores montañeses, y el enig-

(1) *Stipa Ychu* (K).

(2) *Baccharis Incarum* (Weddell) mencionada por Molina y Cobos, pág. 486.

(3) *Chenopodium Quinoa* (L) mencionada por Cobos, pág. 350.

(4) *Polylepis racemosa* (R. P.)

(5) *Buddleia coriacea*

(6) *Buddleia Incana* (R. P.)

(7) *Oxalis tuberosa* (L).

(8) *Lagidium Peruvianum*.

ma consiste precisamente en la existencia, hacia el sur del lago, de las ruinas de una gran ciudad, de cuyos constructores nada sabemos.

Dicha ciudad, que ocupa una área considerable, fué edificada por habilísimos arquitectos con monolitos descomunales, de los que uno mide 36 pies de largo por 7 de ancho y pesa 170 toneladas, y otro, 26 pies de largo por 16 de ancho y 6 de grosor, como no los hay mayores en las ruinas de edificios primitivos del mundo entero, si se exceptúan los del Egipto antiguo. El acarreo y colocación de tales monolitos presupone una población densa, un gobierno regular y, desde luego, el cultivo de la tierra en gran escala y la organización de una intendencia encargada de transportar los abastecimientos y de distribuirlos entre los trabajadores. Debió ser un regimen que unió el genio y la destreza al poder y a la capacidad administrativa.

Después de la colosal dimensión de las piedras lo que más sorprende es su magnífico tallado. Las líneas son perfectamente rectas, los ángulos están muy bien trazados y las superficies, niveladas. Los monolitos verticales tienen muescas y rebordes para que encajen y descansen en ellos las losas horizontales que completaban los muros. Las labraduras son a la par complicadas y simétricas, y la ornamentación está impecablemente dibujada y esculpida. No menos sorprendentes son las estatuas con cabezas que adornan tocados de curiosas formas. Recientemente se han excavado peldaños de escalinatas de piedra, cuya existencia se explica por la ubicación de la antigua ciudad, que, distante ahora varias millas del lago, se encontraba antes en sus orillas. Cada trozo de piedra yacente aquí y allá atestigua la notable maestría de los arquitectos, como, por ejemplo, los codos de un acueducto, un marco de ventana con nueve vanos en una sola pieza, de esmerada ejecución, e innumerables nichos y molduras. Son prueba bastante del notable ade-

22 LOS INCAS DEL PERU

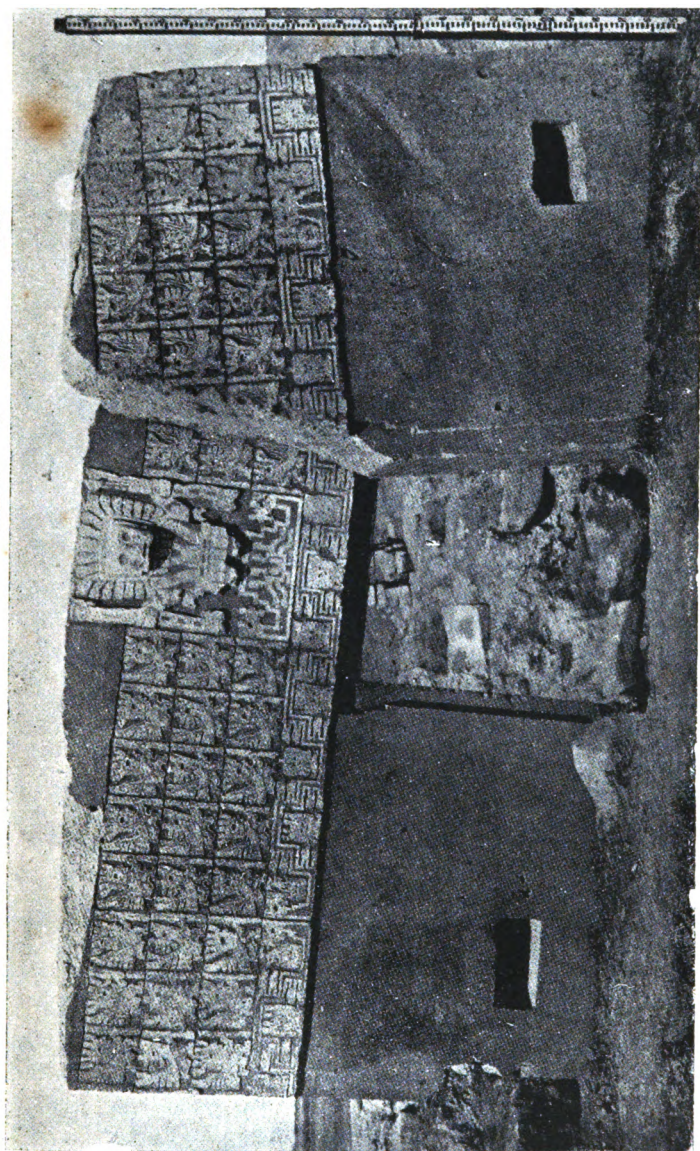
lanto que alcanzaron sus autores en el arte de la construcción (1).

En la historia de los Jesuitas del Perú de Anello Oliva encontramos ciertos detalles curiosos, relativos a las ruinas de que tratamos, que se deben a un indio *quipocamayo*, o sea intérprete de quipos, llamado Catari, que vivió en Cochabamba a fines del siglo XVI. Parece que el canónigo de Chuquisaca Bartolomé Cervantes entregó a Oliva un manuscrito dictado por Catari, del que copió el Jesuita y trasladó a su libro la interesante aserción de que no es posible tener idea cabal de la arruinada ciudad por su simple aspecto exterior, pues casi toda fué subterránea. El profesor Nestler de Praga se ha encaminado a Tiahuanaco con el propósito de hacer excavaciones a la luz de la información de Catari (2).

La famosa portada monolítica de la ciudad está fracturada, probablemente a consecuencia de un terremoto. Como aún no se ha excavado su base, ignórase si ambos estribos están unidos o separados por debajo. Es muy posible que el primoroso labrado del frontispicio, que pasamos a describir, dé la clave del misterio. En el centro de aquél, ábrese un espacio de diecisiete pulgadas y media de largo en el que está esculpida la figura principal; dicho espacio es casi cuadrado y se halla rodeado por una orla de billetes. Ostenta la figura dos hendiduras redondas a guisa de ojos, y tiene nariz, boca y tres huequitos en cada mejilla. La ornamentación de billetes repárese en los cetros y en el cinturón. De la orla que circunda la cabeza irradian adornos en forma de cintas y en número de veintidós, que terminan en cabezas o en círculos. En la parte central y superior de la propia orla se ve una cabeza humana, de cuyos lados, salen dos cin-

(1) Las mejores descripciones de las ruinas de Tiahuanaco son la de R. Inwards en su «Templo de los Andes», publicado en 1884, y la del Conde de Créquy Montfort, presidente de la «Misión Científica Francesa» (1904).

(2) Esta noticia la debemos al Dr. González de la Rosa.



PORTADA MONOLÍTICA DE TIAHUANACO.

tas ornamentadas con billetes y terminadas en círculos, y de los ángulos de aquélla parten cintas más largas que rematan en cabezas de animales. Las siete cintas que acabamos de enumerar forman, junto con la cabeza humana, la parte superior de la ornamentación que, a manera de rayos, rodea la cabeza mayor. De cada lado de ésta sale una cinta que remata en una cabeza de animal, de cuyos lados, a su vez, salen dos rayos que terminan en círculos, lo que suma un total de diez cintas o rayos a ambos lados de la cabeza grande, bajo la que hay una cinta central que concluye en un círculo grande que tiene a sus lados dos círculos menores, lo que da una suma total de veintisiete cintas en derredor de la cabeza. No es improbable que representen rayos, semejantes a los del sol, pero su disposición y diferencias corresponden, a la vez, a cierto significado simbólico.

Ciñe, además, a la figura central una faja que bajando del cuello por ambos lados del pecho, llega al cinturón. Las partes del pecho muestran tres divisiones exactamente iguales a cada lado. En la de arriba hay cuatro círculos pequeños; en la del medio, otro igual y además dos figuras en forma de V, y en la de abajo una figura en forma de diamante que encierra otra. Yo me inclino a creer que estos curiosos labrados destináronse a representar emblemas de meses o estaciones. En mitad del pecho y entre las cintas vése un adorno convencional formado por dos cintas terminadas en cabezas de pájaros bajo de otro símbolo de mes o estación. El cinturón que abraza la figura consta de una cinta de tres billetes, que remata en cada extremo en una cabeza de animal.

De los costados de la figura salen dos brazos, describiendo una curva, con cabezas humanas pendientes de los codos. Las manos, que muestran tres dedos largos y el pulgar, empuñan dos cetros, exactamente iguales debajo de aquéllas y consistentes en tres junturas con un billete cada una, que rematan en una cabeza de pájaro; y

24 LOS INCAS DEL PERU

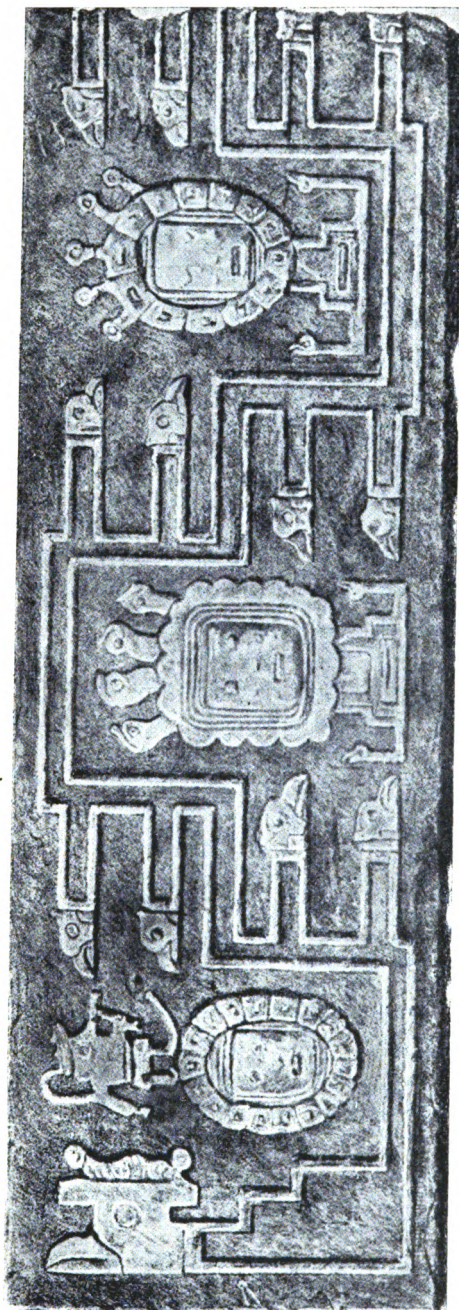
diferentes por encima de las mismas, pues el derecho consta de cinco junturas ornamentadas con billetes y una figura como de ave pequeña; y el izquierdo está dividido en dos partes que terminan en cabezas de pájaros.

Bajo del cinturón se ve una faja de la que pende una orla formada por seis cabezas humanas. La efigie central termina en las rodillas, precisamente sobre una ornamentación ricamente labrada que se presume representó un trono, ornamentación que se compone de cintas que terminan en doce cabezas de pájaros y que remata a ambos lados en una cabeza grande de animal que tiene un adorno especial frente a la boca. Véanse también tres cuadrados, de los cuales los dos exteriores encierran otros, de donde, a su vez, nacen otros, con cintas cortas que rematan en un círculo que comprende otro, a ambos lados.

A cada lado de la mencionada efigie se ven cuarenta y ocho figuras arrodilladas mirando a aquélla: dieciséis con cabezas de pájaros y treinta y dos con cabezas humanas, aladas, coronadas y con cetros en las manos todas ellas. Los adoradores alados con cabezas de pájaros portan cetros iguales al izquierdo, al paso que los que ostentan cabezas humanas empúñanlos semejantes al derecho de la efigie central. Adórnanse los primeros con cintas ornamentales que rematan en cabezas de peces, mientras ciñen a los segundos fajas terminadas en cabezas de pájaros.

Después de examinar el frontispicio, difícil es no llegar a la conclusión de que su figura central representaba a la deidad suprema que regía, por una parte, a los seres humanos, y por la otra, a los animales.

Bajo las hileras de adoradores se extiende un friso primorosamente labrado, hecho de líneas dobles terminadas en cabezas de pájaros, que circundan cabezas humanas adornadas con orlas de cuadrados y billetes, de cuyas cabezas una remata en su parte superior en cinco bandas que acaban en círculos, otra, en cuatro



PARTE DE UNA ORLA LABRADA DE LA PORTADA DE TIAHUANACO.

cabezas de peces, y la tercera en una figura humana armada.

No hay indicios de escultura ni del menor sentido de las proporciones en el dibujo de la figura humana; pero, en cambio, quedan suficientes muestras de admirable destreza y gusto en arquitectura. La ornamentación está cuidadosamente diseñada y trabajada y el estilo corresponde perfectamente a la representación simbólica; tiende a las líneas rectas y a los rectángulos y nó a las curvas.

He allí, pues, el enigma: una gran ciudad que encerraba en su área palacios, templos, tribunales o lo que la imaginación reconstruya con las ruinas actuales; una ciudad sembrada de estatuas, de piedras ricamente labradas y de obras maestras arquitecturales, en mitad de una comarca en donde el trigo no crece y que, por ende, no pudo, probablemente, albergar una densa población. Está perfectamente averiguado que la nación incaica ignoró en absoluto así el origen como la historia de esos edificios, que eran para ella como lo son hoy para nosotros, ruinas misteriosas, hasta el punto de dar pie sus estatuas para un mito que refería la primitiva creación, por una divinidad que emergió del lago (1), de hombres y mujeres a quienes por su desobediencia la referida deidad metamorfoseó en las dichas estatuas. El nombre de Tiahuanaco, con el que se conoce a la ciudad, es moderno (2). Dícese que mientras un Inca visitaba las ruinas de que hablamos, acaecióle recibir un mensaje, y para encarecer la rapidez del mensajero díjole, comparándolo con el animal más veloz que se conocía entonces: «Tia, huanacu» («Siéntate, huanaco»), denominación con que se designó

(1) Este mito del Titicaca es de origen puramente incaico y se forjó para explicar la existencia de las ruinas. Lo refieren, de diversos modos, Garcilasso de la Vega, Cieza de León, Molina, Betanzos, Salcamayhua y Sarmiento, y no lo mencionan Acosta, Balboa ni Montesinos.

(2) Catari (en Oliva) dice que el primitivo nombre era Chucara. Véase *Les Deux Tiahuanacu* del Dr. M. González de la Rosa, pág. 406.

el lugar en lo sucesivo. A la llegada de los Españoles, las ruinas presentaban el mismo aspecto que ahora. El Jesuita Acosta que midió las piedras habla de ellas como de ruinas de edificios antiquísimos. Cieza de León menciona dos estatuas gigantescas que estaban muy averiadas por la intemperie y que ostentaban huellas de mucha antigüedad; y un viejo condiscípulo de Garcilasso descríbele, en una carta, las propias ruinas como vetustísimas. Con justicia puédesse considerar a sus constructores como a hombres megalíticos, hijos de una época prehistórica, en la que acarreaban piedras ciclópeas con las que erigían fábricas descomunales.

Patentizan su lejana antigüedad la arquitectura y el labrado simbólico, sin constituír la única prueba al respecto, pues los progresos que alcanzaron en agricultura y en domesticación de ciertos animales hubieron de ganarlos en períodos seculares. El maíz, que llegó a un alto grado de cultivo, supone asimismo, largas centurias de trabajo escrupuloso y sistemático, que debió empezar en tan remotos tiempos que aun hoy no se sabe con certeza de qué planta silvestre procedió la actual. Conocemos, en cambio, la papa silvestre: es un pequeño tubérculo, aproximadamente del tamaño de una avellana, que apenas ha engrosado en un siglo de esmerado cultivo; mas los indígenas andinos, tras muchos siglos de cultivo semejante, llegaron a transformar ese tubérculo en magníficas papas de variadas especies, que bautizaron con distintos nombres. Cosa igual puede decirse de la *oca* y de la *quinua*, con lo que puede concluirse que los progresos agrícolas de las tribus andinas del Perú evidencian la remota antigüedad de su raza en dicha región. La domesticación del llama y de la alpaca refuerzan las pruebas de la antigüedad peruana. No existe llama salvaje, y la vicuña y el huanaco son animales distintos. Hubieron de pasar siglos antes de que la domesticación del llama fuese tan completa que hiciese de este animal bestia de carga y servir

su lana para tejidos y su carne para alimento. Llamas hay cuyo pelaje ostenta diversos matices, como ocurre con todo animal domesticado, en tanto que el huanaco salvaje sólo tiene flecos de un color. La domesticación de la alpaca debió exigir igual tiempo y paciencia y astucia aún mayores, pues no se ha encontrado la alpaca salvaje y este dócil animal necesita la ayuda del hombre para realizar la mayor parte de sus funciones. Edades íntegras debieron transcurrir para dar a su vellón la sedosa finura que lo avalora.

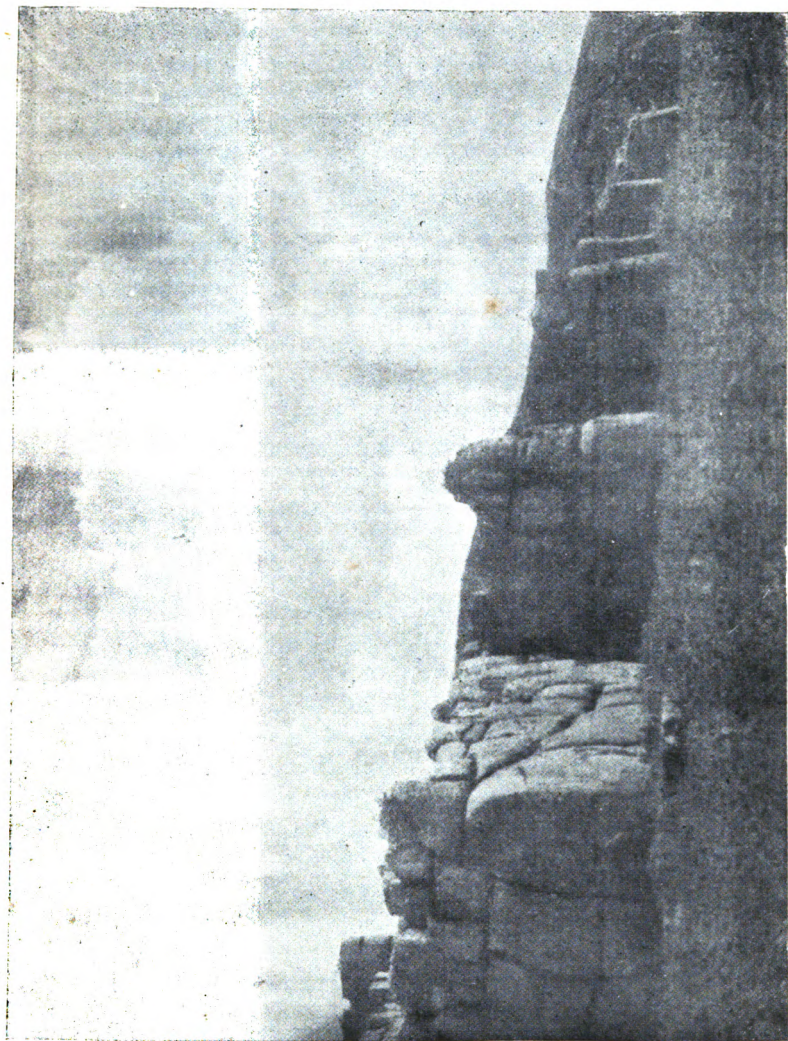
Hay, pues, razones suficientes para atribuir considerable antigüedad a la civilización del pueblo megalítico. De las premisas anteriores se deduce también la conclusión de que el trabajo de las canteras, el acarreo de los monolitos ciclópeos desde largas distancias y su colocación, así como el cultivo y el suministro de abastecimientos para los obreros exigió una población densa; todo lo cual supone, a su vez, vastos estados y cierta ondulación social.

En cuanto al país de procedencia de ese pueblo, sólo poseemos tradiciones. Concuero en absoluto con la opinión del Dr. Brinton de que « la civilización de la raza andina es una planta indígena, desarrollada por sí sola y que no debe ninguno de sus gérmenes a razas extrañas ». Mr. Squier dedujo idéntica conclusión en cuanto al Perú y Mr. Maudslay en cuanto a los Mayas de Centroamérica. La organización del imperio megalítico supone, desde luego, grandes desplazamientos geográficos de tribus andinas, una evolución social secular y un imputso centralizador que partió de cierta dirección. ¿Cuál fué esa dirección? La tradición señala el Sur, hacia Charcas y Tucumán y hacia comarcas situadas más allá del trópico meridional, como cuna de los fundadores del imperio, y es significativo oír a Garcilasso de la Vega apellidarse « Indio Antártico » en una de sus cartas. Cieza de León, el primer recopilador de tradiciones indígenas, nos dice que el pue-

blo megalítico vino del Sur, y Betanzos también hace proceder a los civilizadores del mismo punto. Salcamayhua dice que todas las naciones del Perú vinieron del Sur y que se establecieron en diversas regiones según iban avanzando. Molina trae la misma tradición. Montesinos alude a una gran invasión realizada en tiempos remotísimos y procedente de la misma dirección; dice que los anales peruanos narran la llegada posterior de un gran ejército, de Tucumán, y menciona, por último, la venida de una tercera invasión considerable procedente asimismo del Sur, durante el reinado de su monarca sexagésimo segundo. Como se ve, hay perfecta unanimidad entre los cronistas sobre este tópico. El gran pueblo, de cuya vida dan mudo testimonio las ruinas de Tiahuanaco, representa una serie de invasiones venidas del Sur.

Esas ruinas presuponen también, según ya lo dijimos, un dilatado imperio, cuya localización y extensión sólo podremos fijar buscando en todo el territorio del Perú, fuera de Tiahuanaco, monumentos ciclópeos y primorosa ornamentación arquitectónica semejantes a los que allí encontramos.

En la *Calle del Triunfo* del Cuzco se ve un edificio ciclópeo que encierra en sus muros un enorme monolito denominado «la piedra de los doce ángulos». Ciertas partes de las antiguas ruinas de Ollantaitambo son también construcciones megalíticas, así como la *Inca-misana* y la *Ñusta-tiana*, labradas en la roca viva; pero el más formidable e imponente monumento de la arquitectura megalítica fué la fortaleza del Cuzco. El cerro de Sacahuaman en que se erguía la fortaleza, dominando la ciudad, era prácticamente inaccesible por dos de sus lados y de fácil defensa por otro; pero el lado oriental abría cómodo acceso, y de ahí que se construyera en ese sitio el grandioso monumento ciclópeo. Consta de tres muros paralelos, de 330 varas de longitud, provistos de 21 baluartes que permitían a sus defensores enfilar desde



FORTALEZA DE SACSABUAMAN (CUZCO).

cualquier sitio al ejército atacante. El muro exterior tiene en sus baluartes piedras de las siguientes dimensiones: de 14 pies de alto por 12 de ancho, y de 10 de alto por 6 de ancho. La erección de esta soberbia fortaleza, de la que nada sabemos, obedeció, sin duda, a poderosas razones defensivas. Su origen nos es tan desconocido como el de las ruinas tiahuanacuenses, y lo fué también para los Incas. Garcilasso habla de torres, murallas y puertas construídas por éstos, y hasta menciona los nombres de los arquitectos; pero éstas fueron obras posteriores levantadas dentro de la gran fortaleza ciclópea (1). Las partes exteriores hay que atribuírlas a la edad megalítica. No hay en el mundo entero construcción de su género que pueda comparárseles. También se encuentran monumentos ciclópeos en Chavín, en el valle del Marañón, y en Chachapoyas.

Al buscar rastros de la civilización megalítica en el faustoso labrado de las piedras, encontramos, desde luego, los grandes monolitos de Concacha, en las cercanías de Abancay y la piedra de Chavín. La disforme piedra de los sacrificios de Concacha es caliza y mide cerca de 20 pies de largo por 14 de ancho y 12 de espesor. Tiene labraduras en forma de canales para escurrir líquidos, y en otras formas, y pertenece a la época megalítica, así como la piedra redonda, bellamente labrada en alto relieve, los grandes asientos tallados en monolitos y la escalinata de peldaños de piedra que simula una cascada artificial (2). En la piedra de Chavín encontramos de nuevo a la Deidad que empuña dos cetros en la portada de Tiahuanaco.

Esa piedra fué descubierta por los años de 1840 en la parroquia de Chavín de Huántar, en el valle del Marañón. Allí existen unas curiosas ruinas incaicas conoci-

(1) Sarmiento (pág. 152) deplora la demolición de la ciudadela incaica que obedeció a la necesidad de allegar materiales para la construcción de casas de españoles en el Cuzco.

(2) Vid. Squier, p. 155 y Wiener p. 285.

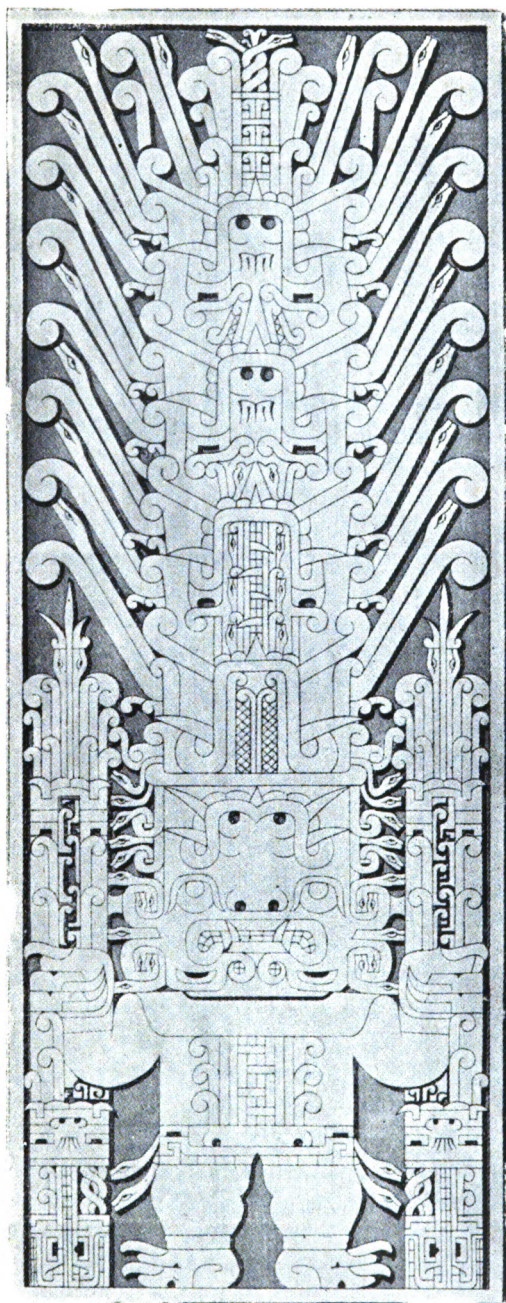
30 LOS INCAS DEL PERU

das con el nombre de Pucara de Chavín. La piedra se había desprendido de lo alto de las ruinas, lo que no prueba que fuera contemporánea de las mismas; probablemente, en remotos tiempos, formó parte de un edificio mucho más antiguo y sirvió más tarde de adorno en la reciente fortaleza incaica. En 1874 fué llevada, por orden del gobierno, a Lima, en donde puede vérsela actualmente. Es de diorita y mide 25 (1) pies de largo por 2 pies 4 pulgadas de ancho. La labradura es muy recargada y reviste la superficie entera de la piedra, en cuya mitad inferior se destaca la figura principal. La ornamentación es más pomposa y complicada que la de la portada de Tiahuanaco. La cabeza de la figura es cuadrada como la tiahuanacuense, pero se diferencia de ésta, principalmente, en la ancha boca provista de dientes y colmillos. Los rayos no circundan toda la cabeza sino sólo tres lados, son más curvos y rematan en cabezas semejantes a las de las serpientes. Tal fué la ornamentación convencional del último estilo arquitectónico de la edad megalítica. En Tiahuanaco, las cabezas son manifiestamente de animales, pájaros y peces; en Chavín todas son iguales y parecen de culebras, pero yo me inclino a creer que éstas últimas son meros adornos convencionales que rematan las cintas o rayos, de los cuales dos salen de cada rodilla de la figura principal.

Como la de Tiahuanaco tiene ésta dos brazos, cuyas manos empuñan sendos cetros, pero se diferencia de la misma en que sus cetros, si bien más gruesos y más ricamente ornamentados, han perdido el significado simbólico. Ambos ostentan dos cintas largas que terminan en cabezas.

Corona la figura central una composición ricamente ornamentada. A lo largo de su centro superpónense hileras de dientes, con colmillos y tres cabezas a cada lado,

(1) Esta cifra está equivocada. La verdadera longitud de la piedra es de 1 metro 95 centímetros, como puede verse en la monografía de D. José Toribio Polo «La Piedra de Chavín», Lima, 1900. (N. del T.)



LA PIEDRA DE CHAVIN

entre líneas curvas y colmillos que alternan con cintas terminadas en volutas. De cada lado salen 17 cintas que rematan alternadamente en volutas y en cabezas, y en la cúspide enróscanse dos cintas que terminan en cabezas. La composición íntegra que corona la figura central parece representar una inmensa tiara ricamente adornada.

Una misma concepción parece expresarse en las dos figuras centrales de Tiahuanaco y de Chavín. Representan el genio de un mismo pueblo y de una misma civilización, si bien en distintos períodos, de los que el último corresponde a Chavín. La idea que predomina en ambas es la imagen de una divinidad que empuña un cetro con cada mano; iguales son en las dos las cintas o rayos que terminan en cabezas o círculos o volutas. En Tiahuanaco todas las partes del esculpido parecen tener significado simbólico: el artista evitaba las curvas y prefería las líneas rectas y los rectángulos perfectos. Todo parece allí esconder una intención o un significado, al contrario de la piedra de Chavín, en que la concepción más confusa y la ejecución más recargada, parecen convencionales y exentas de simbolismo.

Puede, pues, concluirse que ambas composiciones son obra del mismo pueblo, y expresión de un mismo arte, un mismo culto e iguales tradiciones, si bien separadas por un probable intervalo de uno o dos siglos. En un tiempo debieron haber otras piedras semejantes a las que acabamos de estudiar. Probablemente hubo una en Cacha y otra en el Cuzco, que, de ser descubiertas, podrían permitirnos bosquejar la transición del estilo primitivo, sencillo y plenamente simbólico de Tiahuanaco, al refinado y decaído de la piedra de Chavín.

La ubicación de las ruinas megalíticas y de las piedras labradas en el territorio peruano nos inducen a la tentadora conclusión de que el primitivo imperio dominaba en las regiones andinas desde una latitud desconocida al sur de Tucumán hasta Chachapoyas, teniendo

32 LOS INCAS DEL PERU

por capital política y cultural a Tiahuanaco, según llamamos hoy a la ciudad megalítica, por ignorar su verdadero nombre. Podemos también sentar dos conclusiones provisionales: una relativa a la gran antigüedad de la civilización megalítica, y otra, referente al área que abarcó.

Mas ello nos lleva a encarar nuevamente, la faz más ardua del problema, esto es, las condiciones climatéricas. ¿Cómo pudo la región descrita al comienzo de este capítulo, en cuyo suelo no se daba el maíz, sustentar a la población de una gran ciudad situada a 12,000 pies sobre el nivel del mar? ¿Fué su altura menor? ¿Es ésta una hipótesis que rebasa las posibilidades geográficas? Lo cierto es que la altura de la meseta es hoy de 12,500 pies sobre el nivel del mar, a una latitud de 16°22' Sur.

Los estudios recientes de geología y botánica (1) sudamericanas inducen a creer en la primitiva unión de Sudamérica con las tierras del Continente Antártico; pero en una remota época geológica Sudamérica no existía aún y en su lugar habían sólo tres masas terrestres separadas por tres grandes ensenadas marítimas, a saber: las Guayanas, el Brasil y la Plata. Tampoco existían aún los Andes. Luego vino la era del surgimiento de las montañas, fenómeno que parece haber sido muy lento, gradual y de larga duración. Los Andes no existían ni por asomo en el período jurásico ni aún en el cretáceo: relativamente hablando, son muy recientes. En Ulloma, localidad de Bolivia que está a 13,000 pies sobre el nivel del mar, se han descubierto huesos de mastodonte, animal que no pudo vivir a esa altura. Además, en los desiertos de Tarapacá se han hallado sepultados en las paredes de las quebradas numerosos esqueletos de gigantescos tamándolas, mamíferos que sólo habitan en las frondosas selvas. Los desiertos en que se encuentran sus restos debieron ser en su época vastas florestas. Al absorber la

(1) *Die Vegetation der Erde. Grundzüge der Pflanzenverbreitung in Chile von Dr. Karl Reiche* (Leipzig, 1907).

humedad de los vientos alisios, la barrera de los Andes transformó a Tarapacá en un desierto. Cuando la Cordillera era más baja aquellos vientos podían llevar su humedad hasta la faja de tierra costaña que hoy es un árido arenal, fecundizarla y hacerla producir vegetación arbórea y, por ende, alimento para los gigantes tamándoas. Cuando los mastodontes vivían en Ulloma y los tamándoas en Tarapacá, los Andes, en su paulatino surgimiento, estarían dos o tres mil pies más bajos de lo que hoy están; el maíz crecería entonces en la hoya del lago Titicaca y el paraje de las ruinas de Tiahuanaco podría sustentar la población que construyó la ciudad ciclópea. De haber sido tales las condiciones climatéricas en que vivieron los constructores megalíticos, el problema está resuelto; si aquella hipótesis es geológicamente imposible, el enigma permanece indescifrable (1).

Tenemos, pues, indicios de la civilización megalítica, del país de su procedencia, de su remota antigüedad y de la extensión de su primitivo imperio, que hemos deducido de sus ruinas y de sus piedras labradas, y algo alcanzamos también de sus ideas religiosas, por el estudio de la figura central que en la portada tiahuanacuense adoran hombres y animales; pero ahí se detienen nuestras noticias acerca de tan misterioso pueblo, a no ser que lo inunde con nueva luz el estudio de las largas listas de reyes, que será tema del siguiente capítulo.

(1) En los tiempos modernos el suelo se ha levantado 1,300 pies cerca de Valparaíso (Darwin, p. 32) y 500 en la isla de San Lorenzo (Ibid, p. 48) (*Observaciones geológicas en Sud América*. Smith, Elder & C.º, 1846).

CAPITULO III

LA LISTA DE REYES

EN las «Memorias Historiales» de Fernando Montesinos, cronista español que residió en el Perú desde 1629 hasta 1642, figura una larga lista de cien monarcas peruanos, en que están comprendidos los Incas. El citado cronista era crédulo y poco crítico y coleccionó sus informaciones un siglo después de la Conquista, cuando ya habían desaparecido todos los indios letrados que podían recordar la época imperial, por lo que, hasta ahora, se ha dado poco crédito a su referida lista; pero hace poco el Dr. González de la Rosa sostuvo con argumentos sólidos (1) la tesis de que Montesinos sólo copió la lista que consigna, la que era harto conocida de antemano. Dicha lista fué, casi de seguro, compilada por Blas Valera en época en que todavía vivían indios ilustrados del régimen incaico, sobre ser el propio Valera hijo de madre india y el quechua, por ende, su lengua materna. Así la lista viene amparada por la más alta autoridad histórica peruana, como genuina tradición indígena conservada por los letrados incaicos, circunstancia que la coloca en situación superior a la que ocupó hasta hoy y la hace merecedora de serio análisis.

La lista de soberanos del Perú, cuya compilación se atribuye a Blas Valera, provino de los antiguos anales

(1) Que transcribimos en una nota del Apéndice.

36 LOS INCAS DEL PERU

conservados en los quipos, que descifraban y referían intérpretes y letrados imperiales, llamados Amautas y Quipocamayos, a cuyo cargo corría la conservación de los referidos anales durante el Imperio. Y tal conservación se explica fácilmente si se tiene en cuenta que los antiguos peruanos, como ha ocurrido con otros muchos pueblos en igual grado de civilización, fueron genealogistas y que emplearon un número crecido de vocablos para denominar los distintos grados del parentesco. La cronología de la lista, según aparece de la duración de los reinados, no es exagerada: da a cada uno un promedio de veinticinco a veintisiete años (1). Verdad es que si la lista entera representa una sucesión de padres e hijos, nos haría retroceder hasta novecientos cincuenta años antes de Jesucristo; pero hay que descontar de esta cifra las sucesiones de hermanos o primos y las repeticiones, que reducirían su fecha inicial a sólo doscientos años antes de Cristo.

La lista empieza con los nombres de la Divinidad ILLA TICI UIRA-COCHA. Leemos que la palabra inicial ILLA, significa «Luz», TICI quiere decir «cimiento o principio de todas las cosas». Se dice que la voz UIRA es corrupción de PIRUA, que equivale a «depósito o almacén de lo creado», pero aquí hay cierta confusión porque la lista designa al primer monarca primitivo con el nombre de PIRUA PACCARI MANCO (2) y el texto que la comenta afirma que aquella divinidad era el dios a quien adoraba este soberano. En el quechua actual *Pirua* significa granero o almacén, por donde UIRA vendría a significar el granero

(1) Veintidós años es el promedio de los reinados que se han sucedido en Inglaterra desde Enrique II hasta Eduardo VII, y en Francia desde Felipe Augusto al actual Duque de Orléans. En España es de ventiséis, desde Alfonso VII a Alfonso XIII, así como en Portugal, desde Alonso Enríquez a Manuel II; y el tiempo que abarcan los reinados de esas varias dinastías es de 897 años, que es el de la duración del reino de Portugal.

(2) *Paccari* significa aurora y *Manco* carece de significado en lengua quechua.

o depósito de todas las cosas, de la creación entera. La acepción vulgar de COCHA es lago, pero aquí dice el texto que significa abismo, profundidad. Con lo que la frase entera que designa a la Divinidad vendría a decir: «El esplendor, el origen, el creador, el infinito Dios». En ocasiones se le añadía el vocablo YACHACHIC, esto es «El Maestro».

Es muy probable que el esculpido de la portada monolítica de Tiahuanaco sea un esfuerzo de representación simbólica de aquel concepto de la Divinidad, cuyos nombres, que acabamos de analizar, revelan la sublimidad religiosa que alcanzaron los antiguos Peruanos al considerar al Ser Supremo como causa infinita, principio fundamental, luz del mundo, gran maestro.

El monarca que encabeza la lista y cuyo dios queda así descrito, es Pirua Paccari Manco. Su dinastía, que podemos llamar la dinastía Pirua, comprendería los dieciocho primeros reyes de la serie, que probablemente fueron soberanos megalíticos. Quizá sus nombres alumbren con un destello la obscuridad de su época. Suman veintiuna palabras, de las que dieciséis tienen significado en el quechua actual. Tres de éstas son títulos que se repiten con frecuencia; tales son: CCAPAC, que aparece once veces; YUPANQUI, cuatro, y PACHACUTI, dos, en la dinastía Pirua. CCAPAC quiere decir «Rico», pero como sobrenombre regio significa por extensión «rico en todas las virtudes» (1). La voz YUPANQUI es un equivalente; literalmente vale tanto como «puedes contar», pero en este caso quiere decir «puedes contarte poseedor de todas las virtudes». La palabra PACHACUTI se compone de las voces, PACHA, que equivale a «tiempo» o a «mundo», y CUTINI que significa «yo cambio, repongo o reformo», y se aplicaba a los soberanos en cuyos reinados se hacían cambios en el calendario o se emprendían grandes reformas o acaecía algún suceso notable.

(1) Garcilasso de la Vega.

38 LOS INCAS DEL PERU

Aquellos tres vocablos eran títulos y los restantes, nombres propios de los monarcas; entre éstos los que pertenecen a la lengua quechua significan lo siguiente: príncipe, augusto, fuerte, asolador, sol, aurora, cristal, música, lindero, adobe, serpiente y nivelador de tierra o *cozque*, de donde procede el nombre de Cuzco. Hay también un nombre proveniente de un lugar, Huáscar, que significa también sogá. Por último, encontramos tres nombres que carecen de significado en quechua (a excepción de *Pirua*, que según dijimos equivale a granero) y que acaso son arcaicos, probablemente megalíticos, a saber: AYAR, MANCO y PAULLU. Este último procede, quizá de un lugar.

Don Vicente Fidel López ha enunciado la hipótesis de que la dinastía Pirua acabó con el décimooctavo soberano y que con el décimonono comenzó una nueva, que llama AMAUTA; y apoya su teoría en el argumento único de que en la relación que acompaña a la lista se llama al sucesor del rey décimooctavo sóloamente su heredero y nó, como hasta entonces, su hijo y heredero, en lo cual se engaña López, pues de otros cinco reyes piruas tampoco se dice que fueron hijos de sus predecesores. No obstante, su teoría es aceptable, pero tal vez por razones más sólidas. El título AMAUTA aparece por vez primera después del rey décimooctavo y se aplica a trece de los cuarenta y seis monarcas siguientes, que por ello son tenidos como miembros de la dinastía Amauta. Dábase dicho nombre a los sabios o letrados, analistas y astrónomos. La dinastía de los Magos de Persia no alcanzó en el solio imperial vida tan larga como su congénere del Perú. Las voces ATAUCHI y AUQUI aparecen por vez primera como títulos en esta dinastía, y significan, la primera, príncipe consorte, y la segunda, simplemente príncipe en lengua quechua y además, padre en el dialecto meridional. Ocurren asimismo los nombres RAYMI y HUQUIZ, que no tiene significado en quechua: Dícese que el monarca que llevaba el

primero de ambos nombres lo impuso a las festividades que instituyó, y que el que usaba el segundo hizo lo propio con los días intercalados. El nombre HUANACAURI se da dos veces y su partícula CAURI, sólo una. Este vocablo tiene especial importancia porque era el nombre con que se conocía uno de los más venerados ídolos incaicos de las cercanías del Cuzco. Carece de significado quechua, aunque por su eufonía parezca voz de esta lengua. *Huan* significa «con», y *Huanac* (1), «advertencia» o «amonestación». *Caura* vale tanto como llama cargada, en el dialecto meridional; pero huelga seguir inquirendo. Dos reyes llevan el sagrado nombre de la Divinidad y otro, el de UILCANOTA, proveniente de un paraje donde derrotó a los invasores del imperio. Los nombres propios restantes que no están comprendidos en la dinastía Pirua tienen significado en quechua, si se exceptúa a dos o tres que se han corrompido. Dichos significados son: luz, fuego, oro, sagrado, caudillo, niño, fulgor, tocado, zurdo, sangre, tabaco, buitre, paloma y pie. Hay un nombre, MARASCO, muy evocador, pues parece derivado de MARAS, voz que corresponde al nombre de una de las tribus que siguieron a los hijos del sol en el mito de Paccari-tampu, de que trataremos en el próximo capítulo.

La civilización primitiva feneció, según es fama, por obra de una formidable invasión procedente del Sur, que derrotó y dió muerte al soberano reinante, en una batalla habida cerca de Pucara en la región del Collao, y que desmenuzó el imperio en una infinidad de pequeñas tribus que regresaron a la antigua barbarie y a sus viciosas costumbres y recayeron en las primitivas luchas intestinas, tradición ésta que puede corresponder perfectamente a un hecho histórico. Los AMAUTAS restantes, con sus secuaces, refugiáronse en un lugar llamado TAMPU-

(1) Garcilasso de la Vega, I, VI, p. 29.

40 LOS INCAS DEL PERU

TOCCO (1), cercano al gran río Apurímac, en donde conservaron el culto de la Divinidad y ciertos rezagos de la civilización extinta, en tanto que la religión se degradaba en el resto del país, porque cada cacique adoraba a un objeto de la naturaleza como antepasado suyo, olvidando a aquella Divinidad. Al civilizarse los reyes de Tampu-tocco con el transcurso del tiempo, apellidáronse hijos del sol.

En la lista que estudiamos figuran veintisiete reyes de Tampu-tocco, cuyos reinados pueden abarcar un período de 650 años y entre cuyos nombres pocos son nuevos. De éstos, el más importante es ROCCA, que parece arcaico por no tener significado en quechua; vienen luego RANTI ALLI (por corrupción ARANTIAL), de cuyas dos voces componentes, RANTI significa diputado, y ALLI, bueno; HUAYNA, que equivale a joven; ATAÚ, a afortunado en la guerra; TOCCO, a ventana; HUARI y HUISPA, que son voces corrompidas, y CUIS que parece provenir de CUY, conejo de Indias. El último soberano de Tampu-tocco fué INTI MAYTA CCAPAC, octavo PACHACUTI. La palabra MAYTA aparece por vez primera en este nombre y se le ha querido dar un significado, descomponiéndola en dos partículas, MAY, que significa dónde y TA, hacia, lo que daría acaso una pregunta: «¿Hacia dónde voy?» que recordaría los últimos versos del Emperador Adriano.

El análisis de la lista de soberanos del Perú primitivo que trae Montesinos, ¿esclarece el problema de la era megalítica y de las ruinas de Tiahuanaco? Me inclino a creer que puede darnos ciertas vislumbres. La relación de los nombres y atributos de la Divinidad adorada por los constructores ciclópeos es importante. El aniquilamiento de la primitiva civilización por los invasores en una gran batalla, la disgregación consecuente y la supervivencia de

(1) *Tampu* significa taberna o posada y *tocco*, ventana, y era un lugar situado en la provincia de Paruro del departamento del Cuzco, cuya posición exacta ignoramos.

ciertos restos de aquella civilización y de su culto en el refugio de Tampu-Tocco, explican lo que siguió, esto es, el predominio y superioridad de los llamados hijos del sol sobre las tribus congéneres. Es posible que las dinastías PIRUA y AMAUTA representen a los monarcas del imperio megalítico. A su decadencia y caída sucedieron siglos de tan obscura barbarie que la población casi perdió el recuerdo de su existencia, mientras en el Collao se establecían tribus de otra raza, hijas probablemente de los invasores. Pero así como la Biblia, la literatura y el arte de Grecia y de Roma se guarecieron durante los siglos bárbaros al amparo de los monasterios feudales, así la religión y la cultura del imperio megalítico conserváronse entre los Amautas de Tampu-tocco; y de igual modo que en el primer caso a la edad tenebrosa sucedió el brillante Renacimiento, en el segundo, disipó las tinieblas el esplendente Sol de los Incas.

CAPITULO IV

EL MITO DE PACCARI-TAMPU

TODOS los cronistas peninsulares del Perú antiguo consignan en sus relaciones un mito que les fué referido por sus informantes indígenas y que aquéllos relatan, a su vez, con ciertas variantes. Entre aquellas versiones considérase como la más auténtica la escrita por Sarmiento sobre la base de las declaraciones oficiales prestadas por los Incas. Al paso que el mito del Titicaca fué forjado con el propósito manifiesto de explicar la existencia de las ruinas y de las estatuas antiquísimas que yacen en las orillas de Lago, y carece por lo mismo de valor histórico, el de Pacaritambo es, a no dudarlo, exponente de una tradición efectiva y versión fabulosa de un remoto acontecimiento histórico.

El citado mito nos transporta a TAMPU-TOCCO, el país donde se refugiaron los fugitivos Amautas, —que está defendido contra las invasiones por la profunda quebrada del Apurímac,—en tiempos en que los antiguos emigrados se habían multiplicado ya abundantemente y en que sus descendientes, más civilizados, y por ende más poderosos que sus vecinos, ansiaban conquistar territorios más extensos y mejores que los que poseían. La idea de ventanas que hallamos en este mito fué sugerida acaso por la voz TOCCO, que significa ventana en quechua. El escenario de la fábula recibe el nombre de PACCARI-TAMPU «Posada de la Aurora», en las relaciones,

44 LOS INCAS DEL PERU

y TAMPU-TOCCO, se denomina el cerro que tiene las tres cavidades o ventanas, respectivamente llamadas MARAS (1), SUTIC y CCAPAC.

Refiere la leyenda cómo de la ventana de MARAS salió una tribu que llevaba el mismo nombre, y de la de SUTIC, otra, denominada TAMPU. De la del centro, o CCAPAC, salieron, a su vez, cuatro augustos personajes, que tenían todos el título de AYAR, apelativo que se da a varios monarcas primitivos, en la lista estudiada, y que se llamaban MANCO, el príncipe; AUCA (2), el Ayar belicoso o jovial; CACHI, el Ayar sal, y UCHU, el Ayar pimienta, acompañados por sus respectivas esposas, OCLLO, la princesa augusta; HUACO, la princesa guerrera; IPACURA (3), la tía anciana, y RAUA.

Reunidos los cuatro hijos del sol con sus mujeres, celebraron consejo y acordaron una decisión importante. «Hemos nacido fuertes y sabios», se dijeron, «y ayudados por nuestro pueblo, somos poderosos. Partamos en demanda de tierras mas fértiles que las que poseemos y al llegar a ellas, sojuzguemos a sus pobladores y demos guerra a quienquiera que no nos reciba por señores». Acaudillaban fuerzas considerables, sin contar las dos tribus que salieron de las ventanas MARAS y TAMPU del cerro de TAMPU-TOCCO, y bajo sus banderas se alinearon otros ocho ayllus o linajes, cuyos nombres conserva la leyenda, a saber: la tribu CHAVIN, que obedecía al Ayar sal, a la que acompañaban la ARAYRACA, la CUYCUSA, la MASCA (4), la URU (5), y la SAÑOC; la TARPUNTAY, que era probablemente la casta sacerdotal y encargada de los sacrificios, y la HUACAY TAQUI, que era asimismo una corporación

(1) Nombre de un monarca primitivo, MARAS (TO)CO. SUTIC equivaldría a «nombrado» y CCAPAC sería un título regio.

(2) Garcilasso y Montesinos escriben SAUCA, al paso que Betanzos, Balboa y Sarmiento dicen AUCA. SAUCA significa placer, alegría.

(3) O CURA, como dicen otros autores. IPA es voz que designa a una tía.

(4) Mascari, buscar.

(5) Uru, araña.

religiosa que dirigía las ceremonias y las festividades musicales. La agrupación de estas diez tribus parece representar un verdadero éxodo, encabezado por los Ayares, pues los guerreros no sólo llevaban sus armas, sino también su propiedad mueble, sus mujeres y sus hijos.

El rumbo de la expedición fué hacia el noreste y su meta estaba no más lejos de veinticinco millas, que, a no dudarlo, y desde el comienzo, era el Cuzco, cuya ventajosa situación central hartó conocían y codiciaban los expedicionarios, por haberlo habitado sus padres, los primitivos civilizadores, como lo atestiguaban sus ruinas megalíticas. Al abandonar sus hogares de TAMPU-TOCCO avanzaban con calculada lentitud y aun se detenían a sembrar y a cosechar. Ayar Manco acaudillaba a los emigrantes. Llevaba consigo una vara de oro que había de indicar el alto definitivo al caer, lanzada por la mano del caudillo, en tierra vegetal tan fértil donde se incrustase íntegramente; y cargaba, en una suerte de bannasta, un ave semejante a un buitre, pájaro que el pueblo reputaba sagrado, y que no está averiguado si era verdadero o artificial, sino que era el *totem* gentilicio de los Ayares a quien éstos llamaban su HUAUQUI o hermano.

Su primera jornada condujo a este ejército de fundadores de imperio a un lugar denominado Huanacancha, en donde hicieron una larga etapa; y la siguiente se efectuó en las aldeas vecinas de Tampu-quiru y Pallata, en donde permanecieron varios años sembrando y cosechando; pero, insatisfechos del paraje, reanudaron la marcha y se encaminaron a otro valle, llamado HUIS QUISRU.

La leyenda pasa luego a relatar los ardides de que se valió Manco para deshacerse de sus tres hermanos, con el fin de reinar solo. Pinta el Ayar sal tan cruel y tiránico que sus hermanos temieron que las violencias del mismo hicieran desertar a sus secuaces y los dejaran a ellos abandonados, y tan hercúleo y diestro en el manejo de la honda, que descuajaba cerros y colmaba abismos

a cada tiro, y que los precipicios que se ven en la que fué su ruta abríoles arrancando peñascos a guisa de proyectiles. El Inca Garcilasso apunta que el epíteto de sal (CACHI) que se da a este Ayar simboliza instrucción espiritual, mas parece que sus enseñanzas hubieron de ser más bien corporales. Lo cierto es que sus hermanos le temían y conspiraban contra su vida.

Tramaron un plan tan hábil como cruel. Llamaron al susodicho Ayar y le dijeron que habían olvidado ciertas insignias preciosas en la cueva de donde salieron o CCAPAC TOCCO (eran los vasos de oro llamados TUPAC CUSI y la NAPA o figura sagrada del llama) y que convenía al bien común que regresase a buscarlas. El citado Ayar rehusó al principio, pero la sagaz MAMA HUACO le enrostró su conducta con estas palabras hirientes: «¿Es posible que aliente tamaña cobardía un mozo tan fuerte como tú?», y añadió: «Disponte a partir, ve a Tampu-tocco y haz como se te ha ordenado». Confuso ante esta increpación, partió el Ayar sal a cumplir su encargo, en unión de un compañero llamado Tampu-chacay, cómplice de los fratricidas. Al llegar a Tampu-tocco, penetró aquél en la cueva a buscar los tesoros que, en realidad, no estaban allí, y entretanto su pérfido acompañante rodó, con gran celeridad, un peñasco hasta la boca de la gruta con la que tapió ésta y se sentó encima, emparedando al desdichado Ayar y condenándolo a muerte. El engañado príncipe agotó su colosal pujanza procurando remover la peña, con gritos que hacían retemblar las montañas; pero todo fué inútil, y al exhalar el último aliento denunció al traidor, y profetizó que se trocaría en piedra antes de poder dar cuenta de su crimen. Y, en efecto, desde entonces se puede ver cerca de Ccápac-tocco al traidor convertido en piedra. Así acabó el Ayar sal. Tocábale el turno al Ayar pimienta.

A la sazón, el ejército de los Ayares seguía su muy cauteloso avance, y llegó a un paraje denominado Qui-

rirranta que dista apenas pocas millas del valle del Cuzco, donde se alzaba un cerro que, al decir de Sarmiento, llamóse en lo sucesivo HUÁNACAURI. Refiere la leyenda que los hermanos divisaron una sagrada HUACA o ídolo en su cúspide y que resolvieron llevársela consigo. Instaron al Ayar pimienta a que se acercase a cogerla, mas no bien puso éste la mano en el ídolo cuando se metamorfoseó en piedra, pudiendo apenas exclamar: «Proseguid, hermanos dichosos. Mas cuando celebréis el *Huarachicu* adoradme como a padre de los noveles guerreros, pues aquí he de permanecer eternamente». Garcilasso dice que el apelativo de pimienta (UCHU) que se da a este Ayar significa simbólicamente el placer que proviene de la vida racional. El HUANACAURI (1) o HUAYNA-CAPTIY (2) llegó a ser una de las huacas más veneradas por el pueblo peruano. El primero de ambos vocablos parece referirse a la gran festividad en que, por decirlo así, se armaba caballeros a los mancebos, ceremonia que se realizaba al pie de la *Huaca*; y en cuanto al segundo, *Huayna*, significa mozo, *Cauri* en voz corrompida y carece de significado, pero *Captiy* es el presente de subjuntivo del verbo auxiliar. En aquel cerro de Huanacauri conservóse la memoria del infortunado Ayar pimienta y allí fué éste adorado por muchas generaciones en la solemne festividad anual en que se consagraba a los jóvenes guerreros.

Ayar Manco habíase desembarazado ya de dos de sus hermanos y faltábale sólo deshacerse del tercero, del Ayar belicoso o jovial, cuyo fin se acercaba rápidamente. Entretanto, la marcha seguía *festina lente* y los emigrantes pasaron dos años aún sembrando y cosechando en un lugar llamado Matahua, que está ubicado precisamente a la entrada del valle del Cuzco. La leyenda relata, enseguida, cómo Ayar Manco arrojó la vara de oro que lleva-

(1) Cieza de León narra también la misma historia. Garcilasso alude cuatro veces a Huanacauri como a lugar muy venerado, y Molina lo menciona amenudo.

(2) Salcamayhua escribe HUAYNA CAPTIY.

ba hasta Huanay-pata, en cuyo suelo desapareció, por lo que supo que esa tierra era fértil y buena para asiento de su pueblo; pero antes precisaba eliminar al Ayar jovial. En el sitio que ocupó más tarde el templo del Sol, erguíase una pila de piedras, y Manco ordenó a su último hermano, que era alado, que volase hasta allí y que tomase posesión de la tierra. Así lo hizo el Ayar jovial, mas al sentarse en el montículo, trocóse en piedra, ante el estupor de los presentes. El montículo o pila de piedras recibió en lo sucesivo el nombre de cuzco, de donde provino el de la futura ciudad, que significa literalmente terrón o tierra áspera y baldía. *Cuzquini* quiere decir nivelar la tierra o romper sus terrones para hacerla llana.

Ya desapareciesen los tres Ayares por tan milagroso modo o sin alteración de las leyes naturales, lo cierto es que Manco no tenía en adelante rivales que le disputasen el poder. Ocupó, pues, al frente de su ejército una sólida, posición cerca del Cuzco, tan fatal para el Ayar alegre, y sometió por la fuerza a los Alcavizas y demás tribus que poblaban el valle desde antiguo.

Este mito de Paccari-tampu descansa, a mi ver, en un importante acontecimiento histórico: alude al éxodo de los descendientes de los civilizadores megalíticos que se refugiaron en Tampu-tocco huyendo de los invasores venidos del Sur. Eran reconstructores de su imperio, que marchaban al Cuzco, con sus creencias religiosas y sus ceremonias regias, sus usos y costumbres inmemoriales y sus dioses domésticos.

A 13°30' de latitud Sur y a 11,380 pies sobre el nivel del mar, extiéndese el valle del Cuzco, por espacio de varias leguas, entre un anfiteatro de montañas, sobre las que se yergue, hacia el este, el imponente cerro de Sacsahuaman coronado por la antiquísima fortaleza ciclópea. Separan a este célebre monte de los cerros contiguos, hondas quebradas, por las que se precipitan dos torrentes llamados el Huatanay y el Tulumayo, que al llegar al ni-

vel de la ciudad rebasan con frecuencia sus márgenes y se desbordan, formando pantanos insalubres, y dañando las tierras, y que confluyen, al cabo, en un río que corre valle abajo hasta perderse en el Vilcamayo. En la confluencia de ambos torrentes, que está a cosa de una milla de la base del Sacsahuaman, fijó Manco su residencia, y erigió allí la casa del Sol o INTI-CANCHA, que por mucho tiempo fué fortaleza antes que templo. El fundador y sus descendientes subyugaron a los antiguos habitantes del valle, y las diez tribus conquistadoras que salieron de Tampu-tocco se apropiaron sus tierras y constituyeron la fuerza militar de la civilización renaciente. Algunas de ellas se alejaron de la ciudad a medida que fué ensanchándose el dominio común: tal sucedió con la tribu Maras, que dió su nombre a la aldea de Maras, que está situada en la meseta que otea el hermoso valle de Vilcamayo; con la tribu Uru que se estableció en Urupampa, en medio del mismo valle y con la Tampu, que se fijó más abajo.

La fecha del éxodo a que alude el mito de Paccaritampu puede fijarse alrededor de cuatro siglos antes de la llegada de los Españoles al Perú, o sea por el año 1100 de J. C., poco más o menos. Sarmiento la hace retroceder hasta el año 565 de J. C., atribuyendo a cada generación un siglo de vida.

Prácticamente, concuerdan los cronistas en lo tocante a los nombres de los cuatro primeros sucesores de Manco, quienes fueron: SINCHI ROCCA, LLOQUE YUPANQUI, MAYTA CAPAC y CCAPAC YUPANQUI, apelativos que en su mayoría son meros títulos. Los nombres propios de los tres primeros son: ROCCA, LLOQUE y MAYTA; el cuarto carece de nombre y sólo lleva títulos. Estos soberanos continuaron residiendo en la INTI-CANCHA y repartieron a sus súbditos los terrenos comprendidos entre los dos torrentes, dividiéndolos en cuatro barrios, a saber: QUINTI-CANCHA, o sea el paraje angular en que confluyen los to-

50 LOS INCAS DEL PERÚ

rrentes; CHUMPI-CANCHA o el lugar de los montones de piedras, acaso ruinas; SAYRI-CANCHA o sitio en que se cultivaba la planta *Sayri*, y YARAMPUY-CANCHA, otro lugar de cultivo. No se recuerda ninguna empresa notable de aquellos cuatro reyes. Sólo Mayta Ccápac demostró cierta energía al subyugar a las tribus que poblaban el valle del Cuzco. Los caciques vecinos tributaron a estos soberanos de Inti-cancha homenaje de respeto como a hijos del sol y seres superiores en ciencia y civilización; enviábanles embajadas, portadoras a veces de ofertas de sumisión, y, a su vez, los Incas, sagazmente cimentaban ventajosas alianzas, casándose con las hijas de los más poderosos caudillos. Los matrimonios con sus hermanas fueron sólo una costumbre tardía, fruto de la soberbia concepción imperialista de los últimos monarcas.

Parece que estos primeros sucesores de Manco, gracias a cierta superioridad, ejercían una suerte de presidencia, apenas de señorío feudal, sobre una laxa confederación de tribus circunvecinas que hablaban el mismo idioma, situación que no correspondía en manera alguna al ideal político de Ayar Manco, que había inculcado⁹ a los suyos ambiciones imperialistas. Sentíase, pues, una corriente de descontento e inquietud, que brindaba magnífica oportunidad a la audacia del aventurero genial que naciese.

CAPITULO V

ENCUMBRAMIENTO DE LOS INCAS

HONDA inquietud desazonaba a los hijos de los inmigrantes que, conducidos por los Ayares, habían conquistado el Cuzco. Indiferentes a la corrupción de las costumbres, los caudillos adormecíanse inertes en el Inti-cancha y el progreso de la joven nación se había detenido pero todavía el pueblo sentíase vigoroso y anhelaba únicamente un jefe intrépido, capaz de comandarlo, que dirigiese y encaminase sus destinos.

Entre los descontentos se contaba una mujer ambiciosa, de alta alcurnia (la tradición afirma que era de sangre real), quien, de acuerdo con su hermana, hechicera de las famosas por entonces, decidió encender la revolución. Llamábase SIUYACU, o sea «el anillo que se va ensanchando» (1), y era astuta, cautelosa y resuelta.

Había escogido a su hijo Rocca como instrumento de la revolución que acariciaba para salvar a su pueblo. Era Rocca un mozo de veinte años, de complexión robusta, gallardo, valiente e imbuído en altos ideales, que encabezaba ya a los jóvenes descontentos, quienes le llamaban en la intimidad INCA o SEÑOR.

La princesa SIUYACU descubrió a su hijo sus propósitos con estas palabras: «Hijo mío», empezó, «bien sabes la situación próspera de que disfrutaron nuestros mayores

(1) *Siui*, anillo; *yacu*, partícula que denota avance o crecimiento gradual, de donde la forma degenerada CIUACO.

mientras se consagraron a las faenas militares y mientras vivieron en conformidad con el espíritu de nuestro gran padre el Sol y con el del Supremo Creador Illa Tici Uira-Cocha. Por aquella senda la ciudad florecía, sucedíanse pacíficamente los soberanos, dilatábase el reino, éranos próspero el curso de los sucesos y triunfábamos siempre de nuestros enemigos, de todo lo cual queda el recuerdo en nuestros quipos. Hoy las cosas han cambiado. El país yace en la mísera condición que ves, por lo que he decidido hacerte rey, a fin de que, con la ayuda del Ser Supremo, en quien confío, y ejercitando tu arrojo y tu talento, restaures a la ciudad y al reino en su antiguo esplendor.

Dijo, y de sus ojos manaron lágrimas, mientras aguardaba ansiosamente la respuesta de su hijo. Medió un largo silencio. Rocca parecía sumido en honda meditación. Al cabo, al valeroso mancebo habló. «¡Madre y Señora!» dijo, «lo que has proyectado ha de redundar, de seguro, en beneficio del reino. En cuanto a tu propuesta, la acepto sumisamente, confiado en tu sabiduría, y te declaro que, de poderlo, mil veces daría mi vida por ayudarte a realizar tus nobles aspiraciones».

Satisfecha quedó Siuyaco con esta respuesta, pues sabía el tesón con que su hijo realizaba toda empresa que acometía, sin arrepentimientos ni vacilaciones, y estaba persuadida de su sagacidad, que lo inclinaba a aceptar los buenos consejos, y de su aptitud para ejecutar los más atrevidos planes. Abrazólo, confesándole que no había esperado otra cosa de su arrojo y de su noble espíritu, y acabó demostrándole la necesidad de la más absoluta reserva y recomendándole que observase al pie de la letra las instrucciones que le impartiesen así ella como la hechicera, su tía.

En seguida la princesa fué a buscar a su hermana, y le refirió la entrevista que acababa de tener con su hijo, recalcando la atención con que éste había escuchado su propuesta y la docilidad con que la había aceptado. Tan

buena disposición auguraba el triunfo de la causa, y entusiasmadas las hermanas, resolvieron proceder sin dilación. La hechicera encargó a varios artífices, previo juramento de secreto, que fundiesen una gran cantidad de láminas cuadradas de oro fino, horadadas en los ángulos. Una vez fabricadas, hízolas coser en una larga túnica que bajaba del cuello a los talones, que recamó con refulgente pedrería. Así aderezada, la dalmática relumbraba con el esplendor solar. Entonces las hermanas ensayaron al mozo repetidas veces para decidir cómo debía manifestarse al pueblo y, acordada ya la forma, condujéronlo, al cabo, a una cueva llamada Chingana, abierta en una escarpadura del cerro de Sacsahuaman que mira a la ciudad. Revistiéronlo allí con el áurea dalmática y le ordenaron que, pasados cuatro días, saliese, al llegar el sol al cenit, a una eminencia que domina la ciudad, donde pudiese verlo todo el pueblo, y que enseguida regresase a su escondite, en donde encontraría víveres suficientes.

Y dejándolo allí, las dos hermanas bajaron a la ciudad y congregaron al pueblo y le dijeron que mientras su hijo y sobrino Inca Rocca dormía en su morada, el sol bajó de lo alto y lo arrebató al cielo, ceñido con sus rayos, diciendo que en breve lo devolvería convertido en rey y predilecto hijo suyo. Siete parientes del mozo confirmaron, en calidad de testigos, la solemne relación, y, en parte por confiar en los testigos y en parte por estar habituado a ver en Rocca al hijo de la fortuna, casi todo el pueblo dió crédito a la historia, y si abrigó dudas, pronto se desvanecieron éstas.

A la nueva del milagro, innumerable gentío acudió desde lejanas comarcas al Cuzco, y al cuarto día de hallarse escondido Rocca, celebráronse sacrificios al sol desde el amanecer, acompañados con fervientes plegarias por el regreso del mozo.

En la explanada que se extiende delante del Inti-cancha hormigueaba una inmensa muchedumbre. Por fin lle-

54 LOS INCAS DEL PERU

gó el mediodía y el impaciente zumbido de las voces se apaciguó y sucedióle un silencio de asombro, porque allá arriba, en la cúspide del Sacsahuaman, ante las miradas del pueblo, erguía una visión dorada que centelleaba a los rayos del sol y que de súbito desapareció, pero dejando en millares de ojos su rutilante fulgor. El entusiasmo fué indescriptible. Aquella visión mágica era, sin duda, Rocca que el sol manifestaba al pueblo, correspondiendo a sus plegarias.

Al anoecer, la princesa Siuyacu se encontraba en la Chingana instruyendo a su hijo sobre su próxima aparición, que en forma igual a la primera, debía realizarse al cabo de dos días. En el intervalo, el pueblo, en suspenso y poseído de viva ansiedad, aguardaba el fin de tan milagrosos acontecimientos. Efectivamente, a los dos días, la dorada visión se dejó ver de nuevo, por breves instantes, en la cúspide del Sacsahuaman, y llevó a su colmo la exaltación popular. Siuyacu aprovechó el momento propicio. Reveló al pueblo que el Sumo Creador, ILLATICI, le había ordenado que se encaminase a la cueva Chingana, en donde encontraría a su hijo, para que de allí lo condujese al templo, a fin de que el pueblo oyese de sus labios el divino mensaje y lo obedeciese en todo, como inspirado por Dios. La muchedumbre se preparó para la busca de Rocca, vistiendo sus trajes de fiesta, en medio de los mayores regocijos; y, llegado el momento, escaló tras de la princesa el cerro, bordeando las murallas de la fortaleza megalítica, con rumbo a la cueva Chingana. Reclinado sobre el muro, bajo una piedra labrada, y al parecer dormido, encontraron al mancebo, que, al sentir el tumulto, se despertó e incorporándose, dijo al pueblo, con tono de gran autoridad, que lo acompañara al templo en donde, por mandato de su padre el Sol, le revelaría el mensaje que éste le había confiado.

El regreso a la ciudad fué más solemne y se realizó en medio de religioso silencio. Al llegar al templo, Rocca

se sentó en un trono de oro que había en el recinto, en el centro de la enorme multitud, ávida de escuchar el mensaje, y, rompiendo el profundo silencio con que, recogida, la enorme concurrencia aguardaba su elocución, comenzó a hablar, según se dice, en estos términos: «Nadie dudará hermanos míos, del acendrado amor que nuestro padre el Sol nos profesa. Si debilitó el poder de la nación hasta el punto de que ésta se disgregó, cuidó al propio tiempo de remediar esta situación. Los vicios y el ocio habían minado su grandeza y reduciéndola casi a una partícula imperceptible. Nuestra política se trocó en un sistema de gobierno en que cada cual hacía su capricho y en que todos nos contentábamos con recordar que en otros tiempos habíamos sido gobernados. El tributo que las provincias deben pagar es reemplazado por el menosprecio al Estado, y hasta vosotros, en vez de conducirlos como hombres, obráis como animales y habéis caído en tal degradación que ni recordáis ya para qué sirven la honda o la flecha».

«Mi padre el sol ha permitido esta decadencia, pero, no obstante, os ha preservado de la esclavitud, y su providencia quiere, ahora, poner remedio al mal. Por eso me envía, para que me obedezcáis en todo, como a su hijo. Mi primer decreto es que os dediquéis a los ejercicios guerreros, y así debéis hacerlo porque sólo la disciplina y la destreza militar pudieron hacer a nuestros antepasados amos del Mundo, según nos refieren los quipocamayos. Así ocupados, desaparecerá la holganza, retornará la obediencia, recobraréis lo perdido y reconquistaréis finalmente la pasada gloria. Para esta empresa contad con la ayuda de mi padre, el Sol. En lo sucesivo, ni sus rayos secarán la tierra, ni la luna escatimará sus lluvias, plagas éstas que han azotado a nuestro país en diversas épocas. Mis leyes serán las de los antiguos monarcas, pues no inventaré nada. El carácter venturoso de mis promesas consiste en que proceden de mi padre el sol y, por ende,

son infalibles. Si lo desobedecéis, os castigará con el trueno que os sobrecogerá, con las tempestades que asolarán vuestras tierras, con la lluvia que talará vuestras cosechas y el rayo que os matará».

Pronunció Rocca este discurso con tan solemne entonación que nadie osó discutir sus palabras; antes el pueblo, unánime, aclamólo soberano, coronando así la revolución. El novel monarca comenzó a reinar con el título de Inca Rocca. Su primera medida consistió en su traslación de la Inti-cancha, que desde entonces dejó de ser residencia real para convertirse exclusivamente en templo del sol, a la parte alta de la ciudad, en donde fijó su residencia en un vetusto edificio de la época megalítica, en uno de cuyos muros puede verse aún la descomunal piedra de los doce ángulos.

La interesante tradición que acabamos de referir consta en la crónica de Montesinos y, probablemente, tiene mucho de cierto, pues en las historias de Acosta, de Morúa y de otros cronistas hay indicios de una especie de revolución que estalló al subir al trono Inca Rocca.

Importante acto administrativo del nuevo monarca fué dividir a los habitantes de todos los distritos en dos barrios, el alto y el bajo, HANAN y HURIN, a cuya medida se dió alta trascendencia, si bien no ha llegado a esclarecerse del todo la causa y el fin de tal institución. Decretóse que en el Cuzco todos los descendientes de Inca Rocca fuesen Hanan Cuzcos y que se estableciesen en el barrio alto de la ciudad, y que también lo fuese la mitad de los ayllos que acompañaron a Ayar Manco en la conquista del país. Dichas tribus respondían a los siguientes nombres:

CHAVIN,
ARAYRACA,
SAÑOC,
TARPUNTAY (Sacrificadores) y
HUACAY TAQUI (músicos sagrados).

La situación privilegiada de estas cinco tribus obedeció acaso a su mayor adhesión a la causa revolucionaria que las otras. Los descendientes de los predecesores de Rocca así como las cinco tribus restantes, a que hemos aludido, debían habitar el barrio bajo de la ciudad, con el nombre de Hurin Cuzcos. Estos últimos cinco *ayllos* llamábanse:

TAMPU (establecido en Ollantay-tampu),
 CUYCUSA,
 MASCA (*Mascani*, busco),
 MARAS (establecido en Maras) y
 URU (establecido en Urupampa).

Quizá la división de los distritos en barrios altos y bajos correspondió a la organización militar, rigurosamente implantada por Inca Rocca. Los descendientes de los diez *ayllos* primitivos reunían ya en su tiempo más de 20,000 combatientes, con cuyas fuerzas emprendió el Inca diversas campañas y sometió a varias tribus vecinas, como Muyna, Pinahua, Cayto-marca y otras, si bien no llegó a ocupar permanentemente su territorio. Aquella cifra era base suficiente para un gran ejército, destinado a conquistar y someter toda la región andina. Esas diez tribus primitivas constituyeron la guardia imperial, núcleo del formidable ejército futuro. Los simulacros eran frecuentes, y tanto Vicaquirau, hijo del Inca como Apu Mayta, su sobrino, los más grandes generales que haya producido la raza americana, se formaron ante la mirada vigilante de Inca Rocca. El genio militar y las hazañas de ambos caudillos crearon el Imperio de los Incas, durante los tres reinados siguientes.

Bajo todos respectos parece que Inca Rocca fué el verdadero fundador del Imperio. Su madre, la princesa Siuyacu, aparece por última vez en la tradición, instando al monarca a que no vacile en combatir los hábitos per-

versos y holgazanes del pueblo, mandato que cumplió aquél por medio de leyes rigurosamente sancionadas. Fundó también escuelas, llamadas *Yachahuasi*, para educar a los adolescentes en los oficios de contadores y analistas. Las paredes de dichas escuelas todavía arrostran el rigor del tiempo. La gran ciudad imperial nació, en realidad, con este Inca, Los torrentes del Huatanay y del Rodadero que se precipitan en las quebradas de los lados del Sacsahuaman, se desbordaban por entonces periódicamente e inundaban la llanura, formando charcos y ciénegas, de las que una ocupaba el sitio en que hoy se alza la Catedral. Inca Rocca encauzó ambos torrentes entre sólidos muros, desecó el área de la futura ciudad y construyó acueductos para la irrigación del valle, de suerte que las tierras colindantes, merced al sistema de cultivo de terrazas, pudieron abastecer a una población mucho mayor.

La costumbre establecida entre los Incas, sus parientes y los diez ayllos primitivos, de horadarse las orejas y alargar sus lóbulos desmesuradamente con pesados anillos, valióles el apodo de *Hatunrincryoc* (1), o pueblo de orejas largas, apodo que los españoles tradujeron en *Orejones*. Este epíteto se repite a cada paso en las primitivas crónicas y narraciones y es voz propia para designar a los nobles Incas.

Hemos visto ya que los Incas y sus Orejones, merced a su mayor poder y civilización y a su prestigio de hijos del sol, habían alcanzado cierto predominio sobre la mayoría de las tribus vecinas; mas no faltaban algunas que defendían tenazmente su independencia, aun a doce leguas del Cuzco, y otras que, como los Ayamarcas, erguíanse hostiles en actitud provocadora.

(1) *Ccollasca Rinceri* orejas horadadas; *ccolla* significa tierno, pero *ccalla*, herido.

CAPITULO VI

EL NIÑO ROBADO

UN acontecimiento extraño e imprevisto ensombreció, aunque por breve tiempo, la vida de Inca Rocca. Habíase casado éste con una bellísima doncella llamada Micay, hija de un cacique vecino que gobernaba una pequeña tribu denominada PATA HUAYLLACAN (1); y había tenido en ella cuatro hijos: Cusi Hualpa, el príncipe heredero, Páucar, Huaman y Vicaquirau, el futuro general. Refieren las crónicas que Micay, la consorte regia, había sido prometida por su padre, antes de su casamiento con el Inca, a Tocay Ccápac, el poderoso cacique de los Ayamarcas, tribu ésta mucho más numerosa que la de los Huayllacanes; y que el matrimonio de la princesa con el Inca enemistó mortalmente a ambas tribus. Largo tiempo duraron las hostilidades, hasta que, al cabo, pidieron la paz los Huayllacanes. Fuéles concedida, pero con la condición secreta de que el cacique Huayllacán atrajese a su lado al primogénito y heredero del Inca y lo entregase al jefe de los Ayamarcas, rival del soberano. De no cumplirse esa condición, declaraba Tocay Ccápac que proseguiría la guerra hasta el completo exterminio de los Huayllacanes.

(1) *Huaylla*, verde, fresco; *can*, él es.

60 LOS INCAS DEL PERU'

Aquellos AYAMARCAS (1) eran una tribu poderosísima que vivía en una región montañosa situada casi a veinte millas al S. S. O. del Cuzco, al paso que los Huayllacanes ocupaban un valle feraz ubicado entre el país de los Ayamarcas y aquella ciudad.

Cumpliendo lo pactado, urdieron los contratantes un artero complot. Enviaron al Inca un afectuoso mensaje en el que le rogaban que permitiese al joven Cusi Hualpa, su heredero, visitar a sus parientes maternos para conocerlos. Ajeno el Inca a toda sospecha, accedió a lo solicitado, y envió al infante, que ya tenía ocho años de edad, a MICUCANCHA o PAULU, capital de los Huayllacanes, con un séquito de veinte guerreros. Acogieron aquéllos al presunto heredero con grandes festivales que duraron varios días. A la sazón era verano; el sol lucía abrasador y obligaba al niño a pasar el día a la sombra de una galería o glorieta llamada *arapa*, que festoneaban flores polícromas.

Mas, de improviso, se anunció un día que la tribu entera debía encaminarse a cierto paraje para empezar la cosecha, y como la estación era muy calurosa, el cacique huayllacán instó al joven príncipe a que permaneciese en la ciudad a la sombra de su alojamiento, en vez de acompañar a los cosechadores a los lejanos campos, bajo el sol reverberante. Los servidores del príncipe accedieron, y la tribu entera, compuesta de jóvenes y viejos, mozos y mozas, subió por los cerros a cosechar, entonando cantos coreados. En torno suyo relumbraba la tierra bajo el sol, en tanto su *haylli* o canto de cosecha celebraba la sombra:

(1) *Marca* designa una terraza o aldea edificada en un cerro. Ayar era el título de Manco y de sus hermanos; pero en este nombre Cieza de León, Garcilasso de la Vega, Sarmiento y Salcamayhua, suprimen la erre y lo convierten en Aya, esto es, «muerto» Molina dice que el mes de octubre se llamaba *Ayamarca Raymi*, porque en él celebraban los Ayamarcas sus principal festividad.

«Busquemos la sombra, busquemos la umbría,
Guarezcámonos en la bendita sombra.

Yahahaha,
Yahaha.

«¿En dónde está? ¿Dónde, dónde, oh, dónde?
Aquí está, aquí, aquí, oh, aquí.

Yahahaha,
Yahaha.

«Donde florece el lindo *cantut* (1),
Donde sonríe la flor de la *chihua* (2),
Donde se inclina el suave *amancay* (3).

Yahahaha,
Yahaha.

«¡Allí está! ¡Allí, allí, oh, allí!
Sí, respondemos, allí, oh, allí.

Yahahaha,
Yahaha».

Quedóse el niño escuchando los cantares hasta que los cosechadores se perdieron de vista, y luego, se puso a jugar entre las flores enmedio de sus siervos. El lugar había quedado completamente solitario, y una vez que se apagó en la lejanía el eco de los cantos, reinó el más profundo silencio. De súbito, sin la menor prevención, resonó en todos los ámbitos el grito de guerra «¡Atau! ¡Atau!» y el pequeño grupo vióse rodeado por gente de guerra. Los Orejones lucharon fieramente en defensa de su preciosa carga hasta ser completamente victimados por los agresores, quienes se llevaron al joven príncipe. Tocay Ccápac aguardaba noticias del éxito del alevoso

(1) *Pariphragmos uniflora* (R. P.) Es una flox.

(2) *Chihuyayhua* o sea una calceolaria. *Chihua* es una especie de higo.

(3) *Amancay*, *Amaryllis aurea*. (R. P.)

62 LOS INCAS DEL PERU

atentado en su mansión principal, llamada "Ahuayracancha o sea «el lugar de la trama y de la urdimbre». Y ante él llegaron sus soldados, conduciendo al infante y gritando: «Mira al prisionero que te traemos». Entonces dijo el caudillo: «¿es éste el hijo de Mama Micay, la que debió ser mi esposa?», a lo que respondió el tierno príncipe: «Soy el hijo del gran Inca Rocca y de Mama Micay». Sin ablandarse ante la tierna edad del niño ni ante su parecido con su hermosa madre, ordenó el feroz caudillo a sus soldados que se lo llevasen y que le dieran muerte.

Entonces ocurrió un suceso extraordinario, Enmedio de sus crueles enemigos que lo miraban con ojos implacables, el tierno Cusi Hualpa, que sólo contaba ocho años, se atrevió a retarlos. Debíó revelarse hijo del Sol y mantenedor de la honra de su linaje. Brillantes los ojos de indignación, increíble en sus años, profirió una maldición contra sus raptos. Su aguda voz infantil vibraba en el tremendo silencio, en los oídos de sus enemigos: «Os predigo», exclamó, «que apenas me asesinéis, caerá sobre vosotros y sobre vuestros hijos una maldición tal que seréis todos exterminados y no quedará el menor recuerdo de vuestra raza». Dijo, y, ante el asombro de sus captores, fluyeron de sus ojos lágrimas de sangre. «¡Yáhuar huáccac! ¡Yáhuar huáccac!» «¡Llora sangre, llora sangre!», profirieron aquéllos horrorizados, y la maldición y el inaudito fenómeno sobrecogieron con terror tan supersticioso a los Ayamarcas, que retrocedieron ante el crimen. Tocay Ccápac y su pueblo creyeron vislumbrar un terrible misterio en la execración y en el llanto sangriento del niño y no se atrevieron a matarlo, quedando así éste incólume entre sus manos.

Convencióse el pérfido cacique de que sus súbditos no se atreverían a matar al joven príncipe por entonces, ni nunca con sus propias manos; pero no desistió de sus propósitos de venganza; y resolvió deshacerse del niño

valiéndose de un plan de extenuación y abandono. Encomendólo a los pastores que apacentaban rebaños de llamas en las altísimas eminencias que dominan la vasta llanura de Suriti, sierras cuyo clima es en extremo riguroso, y les ordenó que redujesen paulatinamente los alimentos del infante, hasta que muriese de inanición. Pero Cusi Hualpa tenía el dón de la simpatía. Y los pastores con quienes vivió no osaron dejarlo morir de hambre, si bien lo sometieron durante un año a grandes privaciones, que en aquellas frías alturas robustecieron su salud y endurecieron su cuerpo.

Al cabo, el Inca se enteró de la misteriosa desaparición de su hijo, junto con su séquito. El caudillo huayllacán dió grandes muestras de dolor, y pretendió haber llevado a cabo diligentes investigaciones para buscar a los desaparecidos. Inca Rocca sospechó de los Ayamarcas, pero no se arriesgó a atacarlos desde luego, temiendo exponer al niño, si aún vivía, a la represalias de sus raptos, y, según pasaba el tiempo, desesperaba el acongojado padre de volver a ver a su adorado hijo.

Entretanto vigilaban severamente al príncipe los pastores y una guardia numerosa, enviada para asegurar su reclusión en la ignota cautividad. Pero la salvación estaba cercana: una de las concubinas de Tocay Ccápac, llamada Chimpu Urma, o sea «la Aureola caída», ya fuera por haber presenciado la conmovedora escena en que el niño lloró sangre, o sin razón alguna, penetróse de compasión hacia el desvalido príncipe, y decidió ayudarlo. Era oriunda de Anta, pequeña ciudad no muy distante del Cuzco, y como favorita de Tocay Ccápac disfrutaba de libertad para ir donde le plugiera, dentro de la circunscripción de los dominios de aquél y de los del cacique de Anta, padre de la favorita.

En Anta, Chimpu Urma persuadió a sus deudos y amigos a que la secundasen en su proyecto de salvar al infante. Por entonces los pastores y los guardianes de

éste preparaban para cierto día una carrera de niños, **entre** los que se contaba Cusi Hualpa, hasta la cumbre de **un cerro** fronterizo a sus cabañas. Sabedora de esto, **apostó** Chimpu Urma a sus amigos de Anta, bien armados, **al otro** lado del cerro. El día fijado, al darse la señal, **partieron** los corredores, y en breve el príncipe los aventajó, **ganando** la cumbre, en donde cayó en brazos de sus **salvadores** de Anta, quienes se dieron a una fuga **precipitada**. A la voz de alarma de los otros niños, los **custodios** (pastores y soldados) se lanzaron en persecución de los **fugitivos**. Viendo los de Anta que iban a ser alcanzados, **hicieron** alto en las orillas de una laguna llamada Huayllapunu, y allí se trabó una sangrienta refriega entre **ambos** bandos que terminó con la completa derrota de los Ayamarcas. Los vencedores prosiguieron su jornada y **entraron** en la ciudad llevando al príncipe sano y salvo, **enmedio** de grandes muestras de regocijo.

Cusi Hualpa se ganó por entero el afecto de los **añeños**, que no se resignaban a entregarlo a sus padres, y lo **ocultaron** con gran reserva, aplazando el envío de las buenas nuevas al Inca. Anta es una pequeña ciudad edificada en la falda de un cerro que es el lindero sur de la vasta llanura de Suriti. Desde allí se divisa un espléndido **panorama**, pero el clima es muy áspero. Al cabo, casi después de un año, el pueblo de Anta envió mensajeros al Inca, con noticias de lo acaecido. Ya en la corte, se daba al niño por perdido, y se había abandonado toda **esperanza**. Rocca interrogó personalmente a los emisarios; pero aún dudaba. Creía las nuevas harto halagüeñas para ser ciertas; y para descubrir la **verdad**, despachó a Anta un espía disfrazado de mendigo, quien regresó trayendo pruebas de que el infante estaba efectivamente sano y salvo en el lugar referido.

Libre ya de dudas, **dió** el Inca rienda suelta a su júbilo, y envió al cacique de Anta una embajada de Orejones con valiosos presentes de oro y plata, y con la

orden de que devolviese al Cuzco al heredero imperial. Respondió el cacique que los votos del pueblo, dictados, por su amor al príncipe, eran por que Cusi Hualpa se quedase; pero que estaban dispuestos, no obstante, a entregarlo a sus padres. Excusóse de recibir los presentes, y acabó poniendo una condición para la entrega del infante: que tanto él como los suyos fuesen tratados en adelante como parientes del Inca. Con lo cual pudo el joven príncipe tornar al lado de los suyos, quienes lo recibieron gozosos. Inca Rocca partió, enseguida, a visitar personalmente el pueblo de Anta, y declaró que en lo sucesivo éste y su cacique quedaban elevados a la categoría de Orejones. Los Huayllacanes se humillaron servilmente y fueron perdonados por la generosa intercesión de Cusi Hualpa. Huaman Poma corrobora curiosamente la tradición del niño robado: entre todos los Incas que dibuja en su libro, sólo Rocca aparece con un niño: y el cronista indígena ignoraba la tradición o, por lo menos, no la menciona en su obra. Todo lo que supo fué que Inca Rocca debía ser retratado con un niño (1).

Falleció Inca Rocca tras largo y glorioso reinado, en el que echó sólidas bases para un gran imperio. Sucedióle, a la edad de diecinueve años, su hijo Cusi Hualpa, a quien conocía el pueblo por su sobrenombre de «YAHUAR HUACAC» o «llora sangre». Su reinado fué memorable por el cambio acaecido en la táctica y en el fin de las campañas militares, que dejaron de ser, en adelante, meras incursiones contra tribus rebeldes u hostiles. Vicaquirau, hermano del Inca, y Apu Mayta, su primo, fueron tan hábiles administradores como ilustres generales; coronaban sus guerras con anexiones totales de las tribus vencidas; y según iba divulgándose su fama crecía el número de tribus que se sometían pacíficamente. A las que resistían se les escarmentaba terriblemente, y se guarnecía sus ciudades, con tropas, en caso necesario. Los Ayamarcas

(1) Morúa menciona también la leyenda del rapto.

fueron completamente aniquilados. Así el reino del Inca se extendía y se consolidaba al propio tiempo, con el correr de los años.

Cusi Hualpa tuvo cinco hijos: Páhuac Hualpa, Mayta, así llamado por su agilidad de corredor (1); Hatun Túpac, Vicchu Túpac, Marca Yutu (2), y Rocca. Los Huayllacanes, olvidando el perdón de su anterior deslealtad, conspiraron nuevamente con el propósito de hacer a Marca Yutu sucesor de su padre, porque era pariente cercano de su cacique; y con tal objeto atrajeron a Páhuac Hualpa a una celada y lo asesinaron. Este crimen no podía ya merecer perdón, y la tribu entera fué exterminada por los generales incaicos. Quedó, así, heredero del trono Hatun Túpac, segundogénito del Inca.

El nuevo heredero real había agregado sacrílegamente a su nombre propio de Hatun Túpac el sobrenombre de Uira-cocha, con que se conocía al Ser Supremo. Unos cronistas explican esto diciendo que hallándose este príncipe en Urcos, ciudad distante casi veinticinco millas del Cuzco, se le apareció en sueños una visión del dios. Cuando a la mañana siguiente refirió lo ocurrido a sus servidores, su tutor Hualpa Rimachi felicitó y saludó al joven príncipe con el título de Inca Uira-cocha. Otros dicen que tomó ese nombre cuando adoptó al dios como patrono al ser armado caballero, con gran ceremonial, en la festividad del Huarachicu. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que siempre se llamó a sí propio Uira-cocha. Recordando su padre la deuda de gratitud que había contraído con el pueblo de Añta, casó a Hatun Túpac con una hija del cacique del mencionado pueblo, llamada Runtu Caya (3), sobrina de Chimpu-Urma, la libertadora del príncipe.

(1) *Pahuani*, yo corro.

(2) *Perdiz* de las laderas.

(3) *Runtu*, huevo, y *Caya*, partícula que denota una idea abstracta. Así, por ejemplo, *Runa*, significa hombre y *Runa Caya*, humanidad; *Runtu*, huevo, y *Runtu Caya* cosa oval.

Posteriormente, sucedió a Cusi Hualpa (Yáhuar Huáccac) su hijo Hatun Túpac, que, según hemos visto, llamábase a sí propio Uira-Cocha. Los eminentes generales Vicaquirau y Apu Mayta prosiguieron su política guerrera y anexaron y consolidaron dentro del reino de los Incas toda la región situada entre los ríos Apurímac y Vilcamayo. Uira-cocha tuvo en Runtu-caya a Rocca, Túpac y Cusi (1) y en una hermosa concubina llamada Ccurichulpa a dos bastardos: Urco y Sucusu. Por amor a Ccurichulpa favoreció a estos hijos y aun declaró por su heredero al bastardo Urco. Su primogénito fué un valeroso guerrero, formado en la escuela de Vicaquirau y Apu Mayta, que al llegar a la mayor edad fué compañero de ambos capitanes; pero Cusi era el mozo que más prometía en la nueva generación: dotado con raras prendas, bello y robusto, poseía además valor indomable y era universalmente querido.

(1) Alegre.

CAPITULO VII

EL IMPERIO

¡EL país de los Incas! ¡La tierra de la ciudad imperial! ¡La región del valle sagrado! ¡El territorio que, en el transcurso del tiempo, habíase trocado de hogar de muchas tribus contendientes en asiento de un reino gobernado por un solo rey y señor! Este cambio se debió al notable genio militar y a la sagacidad administrativa de Apu Mayta y Vicaquirau, los famosos generales incaicos, quienes emplearon muchos años en tan magna empresa, pero al cabo llegaron a coronarla.

La tierra de los Incas medía 250 millas de longitud por 60 de latitud. Limitaba por el oeste con el río Apurímac, «Señor de los ríos que hablan» (1), que rueda en una profunda quebrada de flancos acantilados. Al oriente quedaba el Vilcamayo, «el río sagrado» (2), que nace del «lago sagrado» (*Vilca uñuta*) al pie de la altísima cumbre nevada visible desde el Cuzco y que se alza majestuosa en el azul. A diferencia del Apurímac, el Vilcamayo riega un ancho y fértil valle, de hermosura sin par en el mundo entero. Por el sur separa a esta clásica tierra de la hoya del lago Titicaca el nudo de Vilcanota, que enlaza la Cordillera Marítima con la Oriental. Por el norte, las bravas sierras de Vilcabamba descienden, finalmente, a perderse en los bosques tropicales del Amazonas.

(1) *Apu*, señor; *Rimac*, hablador, oráculo.

(2) *Vilca*, sagrado; *Mayu*, río.

70 LOS INCAS DEL PERU

Entre ambos ríos se extienden cuatro zonas, de diversa apariencia topográfica, que depende, principalmente, de su mayor o menor elevación sobre el nivel del mar. Hacia el sur se ensancha una meseta alta y espaciosa, de asperísimo clima, en que hay algunos lagos y en cuya extensión pacían rebaños de llamas y se desparramaban aquí y allá unas cuantas aldeas. Más al norte, está la región de valles y montañas que forman la cuenca de los mencionados ríos. Esta fué la zona más densamente poblada, por producir maíz y tubérculos comestibles. Ocupa su centro el Cuzco, con sus dos torrentes, Huatanay y Tulumayo, que se unen y en un solo caudal fluyen por el extenso valle para confluír con el río sagrado. Esta zona abarcaba además otros valles, con lagos pintorescos, y quebradas vestidas de árboles y floridos chaparros. Pueblan los lagos grandes gansos (*huallata*), dos especies de patos (*nuñuma* y *huachua*), flamencos, grullas, garzas, airones, ibis negros y gaviotas (*quellua*). En las faldas de los cerros escalonábanse terrazas de cultivos; y en los declives superiores pululaban perdices (*yutu*), codornices (*chuy*), avefrías (*llecco-llecco*) y liebres andinas (*uis-cacha*). A veces colúmbrase en el cielo, a vertiginosas alturas, como una mancha negra, al cóndor que se cierne majestuoso, y pueden verse, de cuando en cuando, águilas (*anca*) y buitres (*alcamari* y *huaman*) revolando en el aire. Viven también en tan considerables alturas la *chihua*, suerte de tordo, el *chanquiri* o cuervo, y varios individuos de la especie de los pinzones.

En esta región de lagos y valles profusamente regados hallábase, hacia el lado del Apurímac, el distrito de Tampu-tocco de donde Ayar Manco salió con rumbo al Cuzco. Allí también quedaban las comarcas de los Muynas, Pinahuas, Huayllacanes, Canchis, Caviñas, Ayamarcas y demás tribus. Altura tan considerable sólo tolera una flora algo pequeña; no obstante es la tierra indígena del airoso *Schinus molli*, de hojas pennadas y ra-



PUENTE SOBRE EL APURIMAC.

cidos de bayas granates. A su lado crecen varios grandes arbustos floridos, llamados *chilca*, compósitas que pertenecen a la especie *Baccharis Molina*, *Eupatorium* y *tasta* (*Stereoxylon patens*). Más arriba se encuentran los árboles *queñua*, *ccolli* y *quisuar* y el arbusto *tola*, de que hablamos en otro lugar. Hay también helechos y variedad de flores silvestres, entre las que se destacan el lirio dorado (*Amaryllis aurea*), una liliácea roja y el *cantut*, flor de vivos matices, que se usaba para festonar guirnaldas. Alegran praderas y quebradas salvias, valerianas, calceolarias, altramuces, ciertas compósitas grandes amarillas, una convólvula, un tropoelium y muchas hierbas medicinales.

Dominando tan pintorescos valles y a ambos lados del Cuzco, asiéntanse dos elevadas y desiertas mesetas que sólo frecuentan los pastores con sus rebaños. Entre la capital y el valle de Vilcamayo se extiende una de ambas. la de Chita; del lado del Apurímac, la otra, la comarca inhospitalaria, que fué destierro del infante raptado por el cacique ayamarca. Aun más al norte, la tercera zona encierra la vasta llanura de Suriti o Ychupampa y la meseta que mira al valle sagrado. De la cima de la quebrada del Apurímac el camino sube a los deliciosos valles de Mollepata y Rimac-tampu, y, por suave pendiente, escala, luego la anchurosa planicie cubierta de hierba y cañas, en donde se forman, de vez en cuando, pantanos y ciénegas. Circundan a esta llanura cerros, en cuyas faldas reposan pintorescas aldeas, como Suriti y Anta, y en cuyo extremo sudoeste una quebrada desciende, por Izcuchaca, al Cuzco, distante cosa de doce millas. Vense pantanos, pero también grandes campos de *ychu* o hierba silvestre, que sirve de pasto a los rebaños de llamas de Anta. A fines del invierno barren el llano vertiginosas tormentas de relámpagos, truenos y lluvias. Es indescriptible el espectáculo grandioso de los contrastes de luz y sombra que forman esas borraças fugitivas sobre el

panorama reverberante de sol, que arremolinan sobre las ciénegas bandadas de airones nevados y chorlitos ni-gérrimos

Al este de la llanura de Suriti, soberbio campo de batalla, se encumbra una altiplanicie que domina el valle de Vilcamayo, y que al horde de la cuesta suspende los caseríos de Maras y Chincheros, enmedio de parcelas cultivadas.

Pero la joya de la tierra incaica es el valle sagrado, el «Valle» por excelencia, como se le llamaba. Naciendo en el lago sagrado que yace al pie de la nevada eminencia del Vilcanota, el valle de Vilcamayo gana en belleza y feracidad según desciende el río. Su más hermoso paraje se extiende de Pissac a Ollantay-tampu, donde los gigantes Andes yerguen, por un lado, sus nevadas crestas, y ahondan, por el otro, sus escarpados abismos. Alegran sus frondosos bosquecillos de hermosos árboles multitud de pájaros cantores: el *checollo*, que emite un canto semejante al de nuestro ruiseñor, los lindos *tuyas* y *chaynas*, el *ccamantira* de plumaje polícromo, el *chocla-poccochi* y el *ccenti* o picaflor. Se ven también palomas y tórtolas, *urpi* y *cullcu*, *quitus* de dorado pecho y bandadas de verdes periquitos. En las faldas de los cerros se alzan espléndidos maizales, de belleza insuperada, en terrazas dispuestas simétricamente; y en las huertas fructifican chirimoyos, paltos, lúcumos y pacaes, en los que se enroscan ñorbos de refrescante fruta. En este edénico valle tenían los Incas su delicioso palacio campestre de Yucay, dotado con grandes baños y jardines. En vano se buscaría en todo el orbe un paraje de tan encantadora belleza como el valle sagrado de los Incas.

Ocupa la zona más septentrional entre ambos ríos el áspero distrito montañoso de Vilcabamba, que queda a cuarenta millas de distancia del valle sagrado.

Tiempo hacía que el país de los Incas disfrutaba de la paz que asegura todo gobierno estable; pero en el Cuzco fer-

mentaban la intriga y el descontento. Uira-cocha Inca, anciano ya, y dominado por su concubina Ccuri-chulpa había declarado por su heredero, posponiendo a todos sus hijos legítimos, al bastardo Urco; mas los generales veteranos Apu Mayta y Vicaquirau y los hijos desposeídos, resolvieron que tal no sucedería, y estallaron disturbios internos, al tiempo que una amenaza mayor venida de fuera cerníase sobre la nación. Mientras los Incas consolidaban su dominio en las tierras que encerraban ambos ríos, en las comarcas vecinas hacían lo propio los jefes de otras confederaciones, entre las que se alzaba formidable la de los Chancas. Fundadores del poderoso reino chanca fueron dos caudillos llamados Uscovilca y Ancovilca. Establecieron su asiento principal en el extenso y fértil valle de Andahuaylas, y sus descendientes se anexaron la mayor parte de los distritos andinos del occidente y del norte. Dichos caudillos eran hostiles y ambiciosos y comandaban ejércitos considerables.

Los jefes actuales de la confederación chanca eran dos hermanos llamados Asto-huaraca y Tomay-huaraca, guerreros insolentes y soberbios que no se resignaban a sufrir vecinos independientes, cualesquiera que fuesen. El río Apurímac separaba su territorio del de los hijos del Sol, y resolvieron someter a éstos. Enviaron un emisario al Cuzco a pedir la sumisión del Inca, y, sin aguardar respuesta, cruzaron el Apurímac con un numeroso ejército y avanzaron hacia la vasta llanura de Suriti o Ychupampa. Solían llevar en sus campañas, al frente de sus tropas la efigie de su fundador Uscovilca, que hasta entonces los había conducido a la victoria, y a la que daban el nombre de ANCO AYLLU.

Las nuevas del rápido avance de tan formidable ejército consternaron al Cuzco, en mitad de las intrigas suscitadas por la designación de Urco como sucesor del trono. No sintiéndose con ánimo bastante para enfrentarse al enemigo, decidió el anciano Inca refugiarse en

74 LOS INCAS DEL PERÚ

una plaza fuerte llamada Caquia Saquis-ahuana, que, desde una eminencia, mira a Pissac en el fondo del valle; y su ruta lo condujo a la altiplanicie de Chita. Siguiéronlo sus hijos ilegítimos Urco y Sucusu y gran número de Orejones acompañados por sus familias, y el Cuzco quedó desierto y abandonado a su propia suerte. Acampó el Inca en la meseta de Chita, en espera de los acontecimientos, antes de acabar por encerrarse en Caquia Saquis-ahuana, pues abrigaba la esperanza secreta de negociar con los Chancas.

Tanto los generales veteranos como los hijos legítimos de Uira-cocha se negaron a abandonar el Cuzco, declarando que querían morir en defensa de sus hogares y de su dioses domésticos, y otros tres jefes imitaron su ejemplo, mas toda la fuerza que alcanzaron a reunir sumaba apenas unos cuantos hombres más que sus servidores personales.

¿A quién tocaba el comando de los abandonados defensores de la capital? No había minuto que perder en vacilaciones: el enemigo estaba a las puertas, y los generales aclamaron al menor de los hijos del Inca, el Príncipe Cusi que acababa de cumplir veinte años. Estaba predeterminado para una gran empresa: Rocca había echado los cimientos; Cusi debía edificar el imperio, y fué notable tributo a su genio el que no sólo los caudillos veteranos sino también sus hermanos mayores lo reconociesen por jefe y le fuesen fieles hasta lo último. Sus siete capitanes eran entusiastas; pero ello no bastaba. Los augurios eran siniestros y al parecer desesperados. Sólo siete caudillos y cosa de setecientos soldados acompañaban al joven príncipe. Los caudillos eran:

- 1.—*Vicaquirau*, su tío paterno;
- 2.—*Apu Mayta*, su primo hermano, dos veces removido; ambos, generales y héroes de cien combates;
- 3.—*Rocca*, su hermano mayor, y,
- 4.—*Páucar*, el que seguía a éste también mayor; los dos, capitanes hábiles y expertos.

5.—*Urco Huaranca*, caudillo de Quilliscancha, arrabal del Cuzco;

6.—*Chima Chaui Pata*;

7.—*Mircay-maña*, tutor del príncipe Cusi.

Cusi cuidó, ante todo, que cada hombre estuviese bien equipado y adiestrado, y que tuviese fe en el triunfo; y no ocultó los presagios, pero aseguró, en cambio, a la pequeña tropa de héroes que Dios estaría con ellos. Envio a sus vasallos, mensajeros en demanda de auxilio, con éxito escaso o nulo; y exhortó a los pocos que permanecieron en los suburbios a que defendieran sus hogares. Encaminóse, en especial, al suburbio de Quilliscancha, acompañado por su valiente capitán Urco Huaranca. Allí había cierto entusiasmo y era ostensible que sus habitantes se disponían a la defensa. Por lo demás, el Príncipe dispuso que un explorador de este arrabal informase al ejército sobre los movimientos del enemigo. Gobernaba dicha localidad una princesa valerosa y fuerte llamada Chañan-ccuri-coca, en cuya lealtad confiaba el Príncipe. Hechos todos los preparativos que permitían los escasos recursos disponibles, retiróse Cusi a un paraje solitario para encomendarse a su dios. En un lugar recóndito entre Izcuchaca y el Cuzco mana una fuente llamada SUSUR PUQUIO, formada por un riachuelo que se deshila entre rocas, a la sombra de unos molles. Allí se arrodilló a orar el príncipe Cusi. Y tuvo una visión. Apareciósele una imagen esplendente y deslumbradora, en la que el mancebo reconoció a su padre el Sol, quien lo consoló y dió bríos para la lucha, asegurándole que vencería a los Chancas. El Príncipe tornó a reunirse con sus compañeros y les comunicó el entusiasmo que le había infundido la visión.

Entretanto, llegaba a la capital, desde lejos, multitud de vasallos, más dispuestos a contemplar la lucha que a intervenir en ella, para cuyo propósito encaramáronse en los cerros que rodeaban el campo de batalla,

Avanzaban los Chancas en desórden, formando grandes masas, confiados en su superioridad y esperando no encontrar resistencia o hallarla sólo débil. Entretanto, uno de los exploradores de Urco Huaranca se precipitaba en la tienda del Príncipe, gritando: «¡A las armas! ¡A las armas! ¡El enemigo a la vista!

Los Chancas penetraron en el Cuzco pero se estrellaron con la tenaz resistencia del suburbio de Quilliscancha. Aguardábalos ya el Príncipe Cusi, listo para el combate y trazados sus planes. Seguido muy de cerca por sus veteranos, sus hermanos mayores y su séquito, en falanje compacta, embistió de pronto rápida y fieramente contra el flanco enemigo y abriendo una brecha en él se precipitó directamente sobre la efigie y el estandarte de Uscovilca. Mientras se encarnizaba la refriega en los arrabales, Asto-huaraca y Tomay-huaraca reorganizaban su guardia en torno a su estandarte; pero el ataque de flanco era tan enérgico y tan bien mantenido que los Chancas se atemorizaron y confundieron. El Príncipe Cusi esgrimía su arma con tal destreza que era incontrastable, y se iba abriendo paso hacia el estandarte, hábilmente secundado por su guardia, en medio de una terrible carnicería. Por fin, los jefes chancas se acobardaron y ordenaron la retirada.

Al ver el desbande, la muchedumbre de indios desleales apostada en los cerros, bajó a engruesar el reducido ejército incaico, y cambió la retirada en derrota. El estandarte y los despojos del campamento chanca cayeron en manos de los vencedores.

Esta victoria extraordinaria que salvó el reino incaico de su total destrucción, fué tan asombrosa como inesperada, e hizo que el pueblo aclamase al Príncipe Cusi Inca Pachacútec, noveno de este título, si se considera a los soberanos de las antiguas dinastías, con cuyo título se le conoció en adelante. El nuevo monarca rehusó celebrar su propio triunfo y despachó, en cambio, a Urco

Huaranca con el botín de los vencidos a la meseta de Chita donde acampaba su padre, para que éste hollara los trofeos, según lo establecía la costumbre; pero Uiracocha se negó a hacerlo personalmente, y delegó en su hijo Urco, en calidad de heredero suyo, esa ceremonia. Indignado Urco Huaranca respondió que un cobarde no se glorificaría con las hazañas de Pachacútec, y regresó al Cuzco con el botín.

La tradición no vuelve a mencionar a los eminentes generales Vicaquirau y Apu Mayta, por lo que es de presumirse que o sucumbieron gloriosamente en el campo de batalla o murieron poco después, a avanzada edad. El caudillo en quien cifró Pachacútec toda su confianza fué su hermano mayor Rocca. Con el estímulo de la victoria no fué difícil en adelante alistar tropas, y se organizó un poderoso ejército bien adiestrado y armado con arcos, flechas, hachas y porras para combatir a los Chancas, que, si bien rechazados, no habían sido en manera alguna, deshechos. Retiráronse a la gran llanura de Ychupampa, en donde recibieron considerables refuerzos del otro lado del Apurímac, con los que se prepararon a marchar de nuevo sobre el Cuzco. Pero ya el Inca Pachacútec era suficientemente fuerte para tomar la ofensiva, y efectuó una marcha tan rápida que sorprendió al ejército chanca acampado aún en la vasta llanura. Reanimados los jefes de éste con la ayuda recibida, habían recobrado la fe en el triunfo. Sus soldados eran tan numerosos como antes de la derrota y estaban armados principalmente con largas lanzas. Cuando los caudillos chancas vieron aproximarse las fuerzas incaicas, enviaron al Inca un insolente mensaje en el que amenazaban empapar en la sangre del hijo del Sol sus lanzas si al punto no se les sometía y se confesaba su tributario. Respondió Pachacútec, serenamente, que no había tiempo que perder en palabras y que Dios dispensaría la victoria a quien le pluguiese. E hizo avanzar a sus tropas sobre las huellas de los emisarios.

Los ejércitos rivales empuñaron un mortífero combate cuerpo a cuerpo, y la batalla se mantenía porfiadamente indecisa, cuando de pronto Pachacútec, asistido por su guardia, se abrió paso entre las filas enemigas hasta llegar al sitio en que peleaba Asto-huaraca. Trabóse un duelo entre ambos caudillos, que concluyó con la muerte del jefe chanca. Su compañero Tomay-huaraca había caído poco antes. El Inca ordenó que clavasen las cabezas de ambos en las puntas de sus lanzas, cuya vista produjo tal pánico entre los suyos que se dispersaron y se dieron a la fuga. Los Orejones los persiguieron, haciéndoles gran matanza, de la que poquísimos escaparon en la terrible garganta del Apurímac.

El poder de la gran confederación había sido definitivamente quebrantado. Fué un duelo a muerte en que, por largo tiempo, la balanza pareció inclinarse del lado de los Chancas, pero en el que pesaron más, al cabo, el valor y el genio de Cusi, cuya recompensa fué el Imperio. Los vasallos de los Chancas, que ocupaban vastos territorios, apresuráronse a prestar homenaje a sus nuevos señores; algunos tras débil resistencia, pero los más, voluntariamente y de buen grado.

Pachacútec se dirigió en persona a visitar a su padre, que ahora se había encastillado en su fortaleza de Caquia Saquis-ahuana, llevándole los prisioneros y el botín que tomara al enemigo, para que el anciano monarca los hollase, según el rito. Persistía éste en su deseo de que Urco lo hiciese en lugar suyo, mas al cabo, dejóse persuadir y efectuó personalmente la ceremonia, que se denominaba *Muchanacu*.

De regreso al Cuzco, después de un solemne sacrificio al sol, el Inca Pachacútec fué coronado con la borla y aclamado único soberano y señor, en vida de su padre. La mayoría de los Orejones que huyeran con Uira-cocha tornaron con él al Cuzco. Apenas entronizado, enteróse Pachacútec de que Urco había reunido fuerzas en el valle,

sin que se sepa si fué en connivencia con su padre o nó. El Inca marchó al punto contra los insurgentes, acompañado por su hermano Rocca. En mitad de la refriega, Urco, herido en el cuello por una piedra que le lanzara Rocca, cayó al río y fué arrastrado por la corriente hasta un peñasco llamado Chupillusca, una legua abajo de Ollantay-tampu, en donde intentó ganar la orilla, pero fué rematado por sus hermanos (1). Procuraron éstos, luego, tener una entrevista con su padre, quien rehusó ver al Inca, pero Rocca se abrió paso hasta la presencia del anciano y le enrostró su conducta. Uira-cocha siguió viviendo en su castillo de Caquia Saquis-ahuana, en donde murió y fué sepultado. Gustaba en su mocedad de la ostentación faustuosa y refieren las crónicas que inventó cierta rica tela o brocado llamado TOCAPU. El nombre de la fortaleza parece referirse a aquella afición del monarca, pues AHUANA significa telar. CAQUIA puede traducirse por «mi posesión» o «propiedad» (2).

El Príncipe Cusi asentó el Imperio sobre los cimientos echados por Rocca. El complicado ceremonial religioso, el sistema de recordación cronológica, la organización militar y el automático regimen social fueron obra suya. Parecería increíble que un solo hombre erigiese la portentosa fábrica de la civilización andina lo que, en realidad, sería quimérico; pero Cusi no fué el constructor sino meramente el reformador, PACHACUTI. En todas las comarcas que conquistó reinaban las mismas ideas e iguales costumbres, hablábanse dialectos desprendidos del

(1) Urco es, efectivamente, considerado sucesor de su padre por Cieza de León, Herrera, Fernandez y Salcamayhua. Herrera incluye su retrato entre los de los Incas, que orlan la portada de la crónica de este autor.

(2) HAQUIS, la *Xaquis* de otros cronistas, puede significar «lo que queda atrás», pero esta palabra es dudosa. *Xaquixaguana* es la denominación que varios cronistas han dado a la vasta llanura de Suriti o Ychupampa; pero lo fué seguramente por error, porque el refugio a que se acogió Uira-cocha no pudo ser el lugar del campo de batalla, del que huyó.

.. Primitivo tronco de la sola lengua original y se conservaban idénticos recuerdos vagos de su pasado, casi olvidado ya. Pachacútec cimentó su Estado sobre esos elementos, con el tino y la previsión de un profundo estadista. Y realizó cumplidamente la obra magna, pues integró los fragmentos dispersos en un organismo homogéneo, tan perfectamente ajustado, aun en sus mínimos detalles, que pudo funcionar casi automáticamente.

Este monarca fué tan gran conquistador como gobernante. Consecuencia inmediata de su victoria decisiva sobre los Chancas y del aniquilamiento de esta confederación fué el agregamiento de su inmenso territorio al de los Incas (1). Enseguida se sometieron el país que queda al otro lado del Apurímac, entre este río y el Pachachaca, que era la región de los Quechuas, parientes cercanos de los Incas, y la región ubicada entre los ríos Pachachaca y Pampas, que encierra el hermoso valle de Andahuaylas, capital que fué de los Chancas, quienes engruesaron con su valioso contingente el ejército incaico. Más allá del Pampas sometieron también, tras breve lucha, los Soras y Lucanas, rudos montañeses. Tales fueron los primeros frutos de la derrota chanca. Luego Pachacútec invadió la hoya del Titicaca y se anexó toda esta región, después de tres arduas campañas contra los Collas.

Más tarde emprendió una campaña que incorporó al Imperio la región septentrional de los Andes, hasta Cajamarca.

A la sazón, era Pachacútec entrado en años y había pensado en un tiempo en designar como sucesor suyo a su primogénito, Amaru Túpac, notabilísimo y afortunado

(1) Sarmiento enumera dentro del país de los Incas, a seis tribus, que fueron subyugadas *después* de la guerra chanca por Pachacútec y por su hermano Rocca, a saber: AYAMARCA, OLLANTAY-TAMPU, CUGMA, HUATA, HUANCARA y TOGUARO. Sospecho que este sea un error del cronista, que proviene de confundir a Rocca el general hermano de Pachacútec, que sirvió a órdenes de éste, con Inca Rocca, que fué, en realidad, quien sometió a esas tribus, *antes* de la guerra chanca.

general; pero la sucesión del trono era asunto asaz importante que requería algo más que el título de capitán victorioso. Tenía el Inca en su esposa Anahuarqui otro hijo, llamado también Túpac, en quien el gran estadista vislumbró destellos del genio necesario para la dirección del Imperio. Tras una entrevista con su padre, el primogénito renunció a sus derechos en favor de su hermano y le fué leal hasta la muerte. Después de armado caballero, partió el joven Túpac al norte a emprender una gran campaña. Anexó al Imperio las comarcas de Huamanga, Jauja, Huánuco, Cajamarca y Chachapoyas, así como los valles de la costa; sometió a los Cañaris y dilató sus conquistas hasta Quito. Bajó luego a la costa y conquistó el país de Manta, con sus minas de esmeraldas, y aun realizó una expedición por el Océano Pacífico hasta las islas Galápagos.

El gran Emperador falleció, al cabo, tras un memorable reinado de más de medio siglo. Sintiendo llegar su fin, congregó en su derredor a sus hijos y consejeros y, dirigiéndose a Túpac, le dijo: «Ya sabes, hijo mío, cuántas grandes naciones te dejo en herencia, así como el esfuerzo que me han costado. Recuerda que es tu deber conservarlas y acrecentarlas». Hizo que sus otros hijos arasen surcos y ordenó que les diesen armas, en señal de la obediencia y ayuda que en adelante deberían a su soberano, y volviéndose nuevamente hacia Túpac le dijo: «Ampáralos, y ellos te servirán». Expresó su última voluntad con respecto a sus exequias, ordenando que trasladasen su cadáver a su palacio de Pata-llacta; y empezó a canturrear con voz triste y apagada:

«Nací como una flor de la campiña;
Como una flor mimaron mi niñez.
Llegué a la madurez, me volví viejo;
Marchito estoy, y al fin desaparezco».

82 LOS INCAS DEL PERU

Dijo a los que le rodeaban que iba a descansar al lado de su padre el Sol, y dejó de existir el soberano más grande que haya producido la raza aborígen de América.

Digno sucesor de su padre, Túpac continuó y consolidó su obra. A medida que el poderío y la extensión del Imperio crecían, desplegaban los Incas mayor boato y magnificencia. Probablemente con Pachacútec, y de seguro con Túpac, empezó la costumbre del consorcio de los Incas con sus hermanas: como los Tolomeos, los emperadores del Perú se valieron de esta institución para hacer de su familia un linaje especial, superior al resto de sus súbditos y semidivino.

Sólo a su padre fué inferior Túpac como administrador y general. Su primera campaña regia fué en extremo penosa: se internó en la selvas vírgenes del oriente de los Andes y subyugó por entero a los Collas y a las tribus de Chile, hasta el río Maule. Consagró principalmente su largo reinado de más de sesenta años a la consolidación del Imperio. Asentó un gobierno firme y sólido sobre los cimientos construídos por su padre. Cuando sintió que llegaba su fin, retiróse a su palacio de Chincheros, desde el cual se domina el sagrado valle y se abarca el soberbio panorama de las cumbres nevadas. Los muros de este palacio todavía están en pie. El moribundo monarca llamó a sus parientes y consejeros y les participó que designaba por su heredero y sucesor al tierno príncipe Cusi Hualpa, su hijo legítimo en Mama Ocllo, su esposa y hermana. Reclinóse luego en su lecho, y expiró a la avanzada edad de ochenta y cinco años.

Hallábase Cusi Hualpa, a la sazón, en el valle de Quispicanchis, acompañado con sus tutores. Llévaronlo al Cuzco, invistiéronlo con las insignias de la realeza y lo presentaron al pueblo en la Rimac-pampa, explanada contigua al templo del sol. Sorprendidos los súbditos ante el juvenil aspecto del nuevo soberano, unieron a sus aclamaciones los gritos de «¡Huayna! ¡Huayna!» («¡El rey

niño! ¡El rey niño!¹), título con que se le conoció en adelante. Tras breves años de administración en el Cuzco, visitó el joven Inca todos sus dominios, desde Chile hasta Quito. Empleó los últimos años de su reinado en una campaña admirable por los límites septentrionales de su Imperio, y murió en Quito en el año de 1525, último de los grandes Emperadores Incas, grande en la paz como en la guerra.

Los reinados de los seis Incas desde Rocca, hasta Huayna, abarcan aproximadamente un período de 300 años, a partir de la llegada de Ayar Manco al Cuzco en el año 1100 de Jesucristo.

CAPITULO VIII

RELIGION DE LOS INCAS

HARTO difícil es formarse cabal y claro concepto de las creencias religiosas de un pueblo como el peruano, cuya mentalidad y tradiciones fueron del todo distintas a las de las naciones del viejo mundo, porque, además de la dificultad relativa a la inteligencia de su propensión espiritual, que se tradujo en las peculiares prácticas religiosas que la tradición ha conservado, se tropieza con muchas otras. Desde luego, los cronistas que pusieron por escrito esas tradiciones fueron sacerdotes católicos muy supersticiosos, sugestionados por hondos prejuicios contra las creencias de la nación conquistada y que sólo poseían rudimentos de la lengua indígena. Apenas un cronista importante aprendió el quechua desde su infancia. Por otra parte, los manuscritos fueron amenudo copiados incorrectamente por copistas ignorantes, que plagaban los textos de erratas y de adulteraciones y que hacían contradecirse a sus autores. Es de felicitarse que se dieran escritores tan pintorescos y concienzudos como Blas Valera, Cieza de León y Molina, en cuyo testimonio puede confiarse, en todo caso, como en su impresión imparcial. Es fuerza, no obstante, pesar detenidamente el crédito que se conceda a los diversos cronistas, atendiendo a su carácter, situación y circunstancias; así como confrontar el mismo aserto en varias crónicas, a fin de juzgar cuál es la versión más cercana a la verdad y llegar así

a aproximarse en lo posible a la exactitud. Tal examen es cuestión de años, mas la materia sobre que versa merece, bajo todos respetos, estudio tan serio y dilatado.

Según lo hemos visto ya, el dios que en la época megalítica era considerado como creador y providencia del universo fué ILLA TICI UIRA-COCHA. Estos nombres se transmitieron por tradición, de padres a hijos, a través de los siglos, hasta el tiempo de los Incas, quienes los emplearon en sus plegarias y en sus alusiones al Ser Supremo. Ha de tenerse bien presente que dichos nombres les fueron trasmitidos y no fueron invención suya, como se ha creído. Representábanles al ordenador del Universo, cualquiera que fuese su significado, pues así los Incas como los miembros más reflexivos de la nobleza, abrigaban la persuasión de que los dioses venerados por el pueblo eran inferiores y subordinados a cierta fuerza irresistible y desconocida pero ordenadora. A esta Divinidad Suma adoraban los Incas y procuraban, férvidamente, conocer y comprender. Tanto Molina como Salcamayhua dicen que en el Cuzco había un templo especial para el Ser Supremo y que su culto estaba incluído en el complicado ritual de los últimos Incas. Molina inserta las plegarias que se rezaban a Uira-cocha, cuyo santuario según la tradición era distinto del templo del sol. Salcamayhua refiere que el Supremo Creador estaba representado en dicho templo por una lámina de oro de forma oval, colocada encima de las efigies del Sol y de la Luna. Las plegarias aludidas impetraban salud y fuerzas, buenas cosechas y multiplicación de los rebaños, victorias sobre los enemigos y prosperidad. Molina consigna en su relación nueve de tales oraciones, en quechua, y Morúa trae también otra. La más notable es una compuesta en alabanza del sol, a quien llamaban PUNCHAU, en la que se reconoce abiertamente que los movimientos y atributos de aquel astro dependen de Uira-cocha.

La noción de un ser invisible y todopoderoso que crea y gobierna el mundo visible, fué, probablemente, patrimonio exclusivo de las mentes más cultivadas, que disponían de tiempo y estaban mejor preparadas para pensar y reflexionar. El bajo pueblo buscaría objetos tangibles que adorar. Mas para los Incas el culto de Uiracocha fué en verdad, real y efectivo; la Divinidad colmaba sus ideas acerca de la vida y de la muerte y ellos suplicábanle en sus plegarias que se les manifestase. Varios de esos himnos al Todopoderoso se conservan en un manuscrito redactado a principios del siglo XVII por un indio llamado Yamqui Pachacuti Salcamayhua. El que esto escribe publicó por vez primera dichos himnos, en la versión que editó de la crónica de Salcamayhua el año de 1873, transcribiendo el original quechua. Pocos años después publicó en Madrid la misma crónica D. Marcos Jiménez de la Espada, insertando los himnos, todavía en quechua, hasta que, al cabo, D. Samuel A. Lafone Quevedo los virtió al castellano.

Desgraciadamente el original quechua estaba muy adulterado, las palabras mal deletreadas y unidas unas con otras y la restauración del significado del texto habría requerido un quechuísta más profundo. El Sr. Lafone Quevedo se valió de la ayuda del Dr. Miguel Mossi, boliviano, ya finado, y sin disputa el mejor quechuísta de los últimos tiempos. Frutos de los esfuerzos de ambos fué la publicación de las versiones castellana de los Himnos a Uiracocha, que vió la luz en 1892 (1). En esos himnos palpita el ansia de conocer al dios invisible, de seguir sus pasos, y de que escuche las plegarias que lo instan a que se revele: demuestran un hondo sentido del poder divino regulador de las estaciones y del curso de los cuerpos

(1) *Revista del Museo de La Plata*. T. III, p. 320. *Ensayo mitológico. El Culto de Tonapa. [Los himnos sagrados de los reyes del Cuzco, según el Yamqui Pachacuti por Samuel A. Lafone Quevedo (Talleres del Museo de la Plata, 1892).*

celestes y director providente de la universal reproducción. Encontramos en uno de ellos una extraña exclamación admirativa con respecto al sexo de la Divinidad, que sólo revela asombro y nó, como pretende Lafone Quevedo, alusión a un culto fálico. Vibra ciertamente una nota plañidera en esos clamores a la Divinidad, que impetran la visión de lo invisible, nota verdaderamente conmovedora en su ingenuidad:

¡Oh, Uira-cocha! Señor del Universo,
 Ya seas varón,
 Ya seas hembra,
 Señor de la reproducción,
 Ya seas lo que fueres,
 Oh, Señor de la adivinación,
 ¿En dónde estás?
 Ya estés encima,
 Ya estés debajo,
 O acaso en derredor
 De tu espléndido trono y cetro,
 ¡Oh, escúchame!
 En el alto cielo
 En donde tal vez moras,
 En el hondo mar
 Donde tal vez residas,
 Creador del mundo,
 Hacedor del género humano,
 Señor de Señores,
 Mis ojos son débiles
 Para mi ansia de verte,
 Para el sólo deseo de conocerte.
 ¡Fuérame dado verte,
 Fuérame dado conocerte,
 Fuérame dado considerarte,
 Fuérame dado comprenderte!
 ¡Oh, dígnate mirarme,
 Pues tú me conoces!
 El sol y la luna,
 El día y la noche,
 La primavera y el invierno
 No en vano ordenaste,
 ¡Oh, Uira-cocha!

Todos ellos recorren
 El camino que les señalaste;
 Todos ellos llegan
 A la meta que les destinaste,
 Adondequiera que quisiste.
 Tu cetro real
 Portas.
 ¡Oh, escúchame!
 ¡Oh, elígeme!
 No permitas
 Que me fatigue,
 Que muera.

Uno de los himnos parece compuesto por un Inca anciano en su lecho de muerte, en súplica de luz y revelación de la Divinidad.

Oh creador de los hombres,
 Tu siervo te habla,
 Dígnate mirarlo,
 Oh, acuérdate de él,
 Del Rey del Cuzco.
 A vosotros también os reverencio, Tarapaca (1).
 Oh, Tonapa, mírame,
 No me olvides.
 Oh, tú noble Creador,
 Oh tú, objeto de mis ensueños.
 ¿Será posible que me olvides
 En el trance de la muerte?
 ¿Querrás desdeñar mi plegaria
 O consentirás en darme a conocer
 Quién eres?
 Bien puedes ser lo que imagino,
 Tal vez eres un fantasma,
 Un ente que inspira terror.
 ¡Oh, si me fuera dado conocerte!
 ¡Oh, si quisieras revelárteme!
 Tú, que me sacaste de la tierra
 Y me hiciste de barro,
 ¡Oh, mírame!

(1) Servidores de Uira-cocha según Salcamayhua. Sarmiento escribe Tahuapaca. Cieza de León alude asimismo a Tuapaca; pero ningún otro cronista los menciona.

90 LOS INCAS DEL PERU

¿Quién eres, oh Creador?
Mira que ya estoy muy viejo.

Salcamayhua atribuye a Inca Rocca otro himno a Uira-cocha.

¡Oh, ven, pues,
Grande como los cielos,
Amo de la tierra,
Gran Causa Primera,
Creador de los hombres!
Diez veces te adoro;
Con los ojos siempre
Vuelto a la tierra
Y ocultos por las pestañas
Te busco ahora.
¡Oh, dignate mirarme!
Como a los ríos,
Como a las fuentes
Cuando jadeo de sed,
Te busco.
Aliéntame,
¡Ayúdame!
Con toda la fuerza de mi voz
Te llamo;
Pensando en tí
Nos alegraremos
Y regocijaremos.
Esto diremos
Y nada más.

Estos fragmentos han llegado, al cabo, a nuestras manos como astillas de un naufragio considerable. Por ellos sabemos que en lo íntimo de su corazón un grupo inteligente e ilustrado entre los Incas y sus súbditos anhelaba conocer al invisible autor del Universo, aunque dirigiéase públicamente el culto de ciertos objetos que sabía ciertamente que eran meras obras de Dios. Garcilasso de la Vega consigna los dichos de varios Incas relativos a la obediencia del sol, en su curso diurno y anual, a los mandatos de un poder supremo. Hay dos o tres tópicos refe-

rentes a Uira-cocha que todavía están confusos y de que será preferible tratar al pie de estas líneas (1).

El culto de Uira-cocha fué entre los Incas patrimonio de unos pocos. La religión popular era el culto del antepasado o tronco de cada *ayllo* o clan, y como el antepasado de los Incas era el sol, naturalmente el pueblo entero adoraba ante todo al antepasado de sus soberanos, sin descuidar el culto secundario de la luna, el trueno, el relámpago, el arco iris y la aurora, representada por la estrella matutina, *Chasca*. Además, cada clan o *ayllo* tenía una *huaca* propia, o dios ancestral, a quien sus miembros adoraban en común, fuera del culto especial tributado por cada familia a los dioses domésticos.

En la centuria que precedió a la Conquista, o acaso

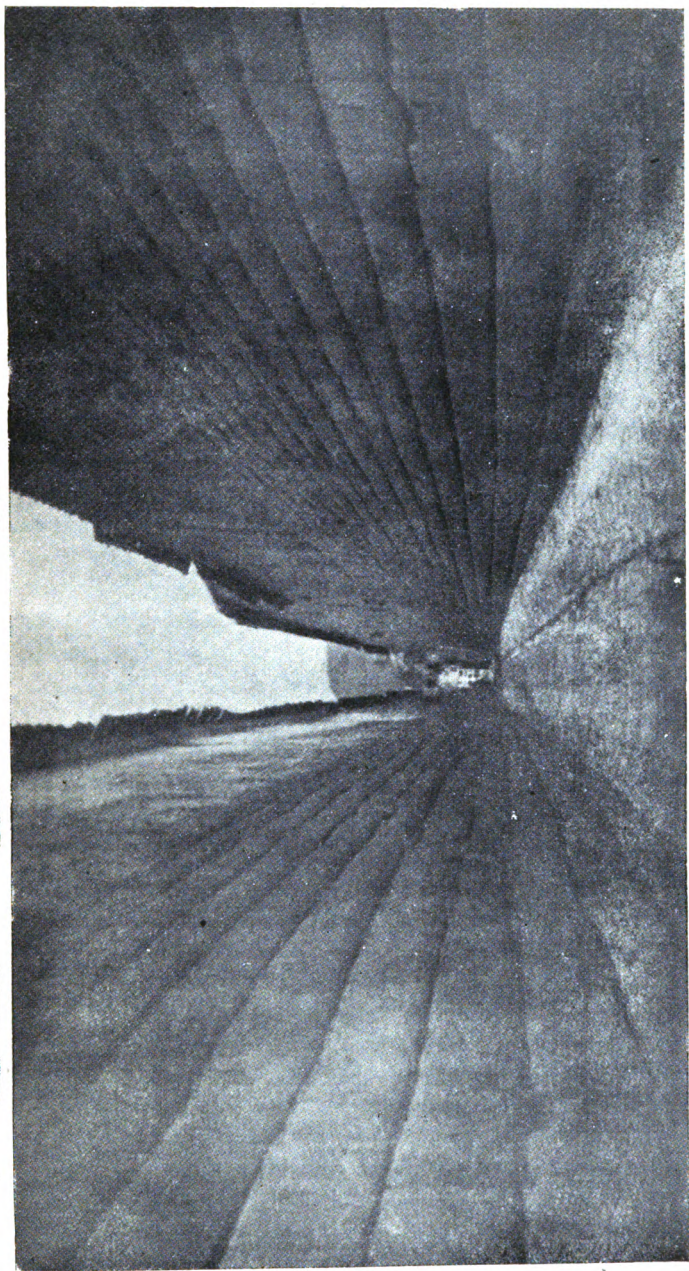
(1) Gomara y Betanzos afirman la existencia de otro dios que llaman *Con* y que ningún otro autor menciona. El primero nunca estuvo en América; pero refiere la leyenda de un ser llamado *Con*, hijo del sol, que creó hombres y que más tarde, airado contra ellos, trocó los campos en desiertos y suspendió las lluvias, de suerte que en adelante aquéllos sólo tuvieron el agua de los ríos. Este mito es evidentemente costeño y viene a ser una simple versión del de Huarochirí; y en cuanto al *Con* de Gomara, no es otro que el *Coniraya Uira-cocha*, la divinidad que rige el calor solar y que fué supeditado en la costa por el dios-pezu y oráculo *Pachacámac*. Autoridad más importante es Betanzos, porque residió muchos años en el Perú y habló el quechua. Hace de *Con titi* un prefijo del nombre Huira-cocha, prefijo que los demás cronistas escriben *Illa Titi*. El manuscrito dice *Con titi*, pero el editor lo ha transformado en *Con Titi*, para acercarse a los otros autores. *TITI* es, indudablemente, una errata del copista. Probablemente debió ser *Inti*, como lo sería en *Conip Inti* que significa el sol que calienta; como *Coniraya*, perteneciente al calor, es decir, atributos del dios y nó entes distintos de él. El nombre *Con* se repite nueve veces en el primero y segundo capítulos de Betanzos y no vuelve a aparecer en ningún otro capítulo.

Al referir una versión del mito del Titicaca, menciona Salcamayhua a dos servidores de Uira-cocha, llamados *Tonapa* y *Tarapaca*. Sarmiento lee *Tahuapaca*. Cieza de León escribe *Tuapaca*. Sólo Salcamayhua menciona a *Tonapa*. Este cronista, según ya dijimos en el primer capítulo, fué oriundo de Collagua, región en donde la C se convierte en T, y así *Conapa* viene a ser una simple modalidad de *Coniraya*. Las partículas componentes de la voz *Conapa* son *Ccon*, que significa calor y *apac* «conducir» por lo que aquella voz equivaldría a «el que conduce calor o lo soporta», viniendo a ser así otra modalidad del atributo del calor de la Divinidad y nó un ente distinto.

Se ha suscitado infinidad de conjeturas e hipótesis eruditas en torno de la palabra *Con*; y don Samuel A. Lafone Quevedo ha escrito un ensayo muy notable sobre el culto de *Tonapa*.

desde la anterior, las prácticas rituales y ceremoniales del culto del Sol en el Cuzco, cobraron extraordinario esplendor. El soberbio templo estaba construido con cantería, fábrica hasta hoy no superada por la belleza y simetría de sus porporciones y por la justeza con que las piedras encajaban unas en otras. Cornisas, efigies y utensilios eran de oro puro. Y al concurrir el Inca con su corte a las ceremonias religiosas debió ofrecer el recinto un espectáculo de maravillosa esplendidez.

El complicado ritual y ceremonial exigió para su desempeño una numerosa jerarquía, dividida en muchos grados. En la cúspide se hallaba el Sumo Sacerdote, funcionario del más alto rango, por lo común, hermano del monarca. Llamábase *Uillac Uma*, esto es, « la cabeza que aconseja ». Era supremo juez y árbitro en todo asunto religioso y en toda cosa relativa al culto. Su vida había de transcurrir en medio de la contemplación religiosa y de la abstinencia. Era rígido vegetariano y sólo bebía agua. Consistía su vestido ordinario en una túnica que descendía hasta los tobillos, sobre la cual venía un manto gris de lana de vicuña; pero cuando celebraba las festividades en el templo, ceñía la gran tiara llamada *Uilca Chucu*, que se componía de una patena circular de oro que figuraba el sol, y de una media luna de plata que venía bajo la barba. Adornaban el tocado las plumas del guacamayo o gran macaco y el vestido entero se aderezaba con joyas y placas de oro. El tocado completo se llamaba *Huámpar Chucu*. La túnica ceremonial, sin mangas, llegaba al suelo, desceñida; recubrirla una corta sobrepelliz de lana blanca, guarnecida de rojo, que, bajando hasta las rodillas, se recamaba de oro y pedrería. Calzaba sandalias de lana fina y ostentaba brazaletes de oro. Al concluir las ceremonias, despojábase del hábito de gala y conservaba el ordinario. Recibía pingüe renta, que en su mayor parte distribuía a los ciegos y otros lisiados. Además de pertenecer a ilustre linaje, el Sumo Sacer-



MUROS DEL TEMPLO DEL SOL DEL CUZCO.

dote había de ser *Amauta* o letrado. Nombraba a los visitadores e inspectores encargados de informar acerca de los templos y de los ídolos del Imperio, y a los confesores (*Ichuri*) que escuchaban a los pecadores y les imponían penitencias, y supervigilaba la recordación de los hechos, que atañía a los *Amautas* y *Quipocamayos*. A su muerte, embalsámabase su cadáver y se le daba sepultura con gran pompa, en alguna elevada montaña.

Subordinábanse al *Uillac Uma* diez o doce sacerdotes principales repartidos en las provincias y llamados *Uilca*, que ejercían autoridad sobre los numerosísimos que atendían a las huacas, llamados *Huacap Uillac*, y sobre aquellos que escuchaban y anunciaban los oráculos de dichas huacas, que se llamaban *Huacap Rimachi*.

Institución interesante y digna de atención fué la de las vírgenes escogidas para el servicio del Sol, llamadas *Aclla*. Llamábaseles también *Intip Chinan* o *Punchau Chinan*, o sea servidoras del Sol, y eran escogidas por inspectores reales en todas las provincias del Imperio. Todos los templos del sol tenían vírgenes, y las del Cuzco venían principalmente de los alrededores de la ciudad, de Huánuco y de Chachapoyas. Después de examinadas, eran puestas bajo la custodia de matronas llamadas *Mama Cuna* y habían de sufrir un noviciado. En el Cuzco había más de tres mil; a cada diez cuidaba una matrona y a cada una asistía una sirvienta. El noviciado duraba tres años, en cuyo tiempo se enseñaba a las doncellas a coser, tejer, hacer pan fino y tortas, barrer y asear el templo y alimentar el fuego sagrado y perpetuo llamado *Nina Uilca*. Muchas princesas e hijas de nobles acudían a educarse junto con las novicias, aun cuando no se destinasen a *acllas*. Al cumplirse los tres años, las novicias tomaban el nombre de *Huamac* y eran llevadas ante el Inca y el *Uillac Uma*. A las que no sentía vocación se las casaba y a las que deseaban ser vírgenes del Sol se les vestía de blanco, se ceñían sus frentes con cintas de oro (*Ccuri*

Uincha), se les consagraba de por vida al Sol, se les empleaba en el servicio del templo y en tejer telas finas para las imágenes de los dioses, para el Inca, su familia y el *Uillac Uma*. Nunca salían sin escolta armada y se les tributaba profundo respeto. Al sobrevenir el desorden de la Conquista, muchas se hicieron monjas y recibieron amparo en los conventos, otras se casaron con indios bautizados y las restantes huyeron en diversas direcciones.

Otra clase numerosa que formó parte de aquella complicada jerarquía sacerdotal fué la de los adivinos y agoreros, llamados *Huatuc*. Vestían de gris, eran célibes mientras ejercían su ministerio, se alimentaban con hierbas y raíces y solían parar en los atrios de los templos. Los que adivinaban por el vuelo de las aves y por los intestinos de los animales sacrificados recibían el nombre de *Hamurpa*. Los *Llaychunca* adivinaban por pares y nones; los *Pacchacuc*, por las patas de una araña grande y peluda; los *Socyac* por pilas de maíz; los *Hualla*, *Achacuc*, *Canchu*, *Canahuisa*, *Layca* y *Yarcacaes* por distintos modos. Los *Macsa* curaban por sortilegios.

Existía un sistema intrincado de sacrificios que exigía enormes gastos. Ofrecíase llamas, huanacos, vicuñas y sus crías, pumas, antas o tapires, pájaros y sus plumas, maíz, raíces comestibles, coca, conchas, telas, oro, plata, maderas finas, conejos de Indias, perros, en suma, todo lo que tenía algún valor. Llamábase a los sacrificadores *Tarpuntay*; al ayudante que despedazaba las víctimas, *Nacac*; y al cronista, *Uilca Camayoc*. El propio sacrificio era denominado *Arpay*. Queda en pie la cuestión de los sacrificios humanos o *Ccápac Cocha*. El concepto del sacrificio es el de la ofrenda de lo más apreciado. El sacrificador dice a su dios: «Lo que más amé, eso te lo doy». Abraham se dispuso a sacrificar a su hijo y el rey de Moab lo hizo. Es la consecuencia lógica de la doctrina del sacrificio. ¿Realizaron los Peruanos esa conclusión lógica,

habitualmente, o sólo en casos extremos? El peso de la evidencia se inclina contra la acusación hecha, por vez primera, por el Licenciado Polo de Ondegardo, en 1554, época en que este funcionario llevaba a cabo averiguaciones históricas en el Cuzco. Dice este autor que en diversas festividades se sacrificaban hombres y niños, y que doscientos de estos últimos fueron inmolados en las ceremonias de entronización de Huayna Ccápac. Valera niega valor al testimonio de Polo, quien, dice, apenas alcanzó algo del idioma, careció de intérpretes en esa época (1) y no dispuso de medios de información acerca de las antiguas costumbres, de suerte que pudo escribir muchas cosas completamente distintas de lo que le dijeron los indios. Polo fué seguido en sus acusaciones por Molina y por otros, en especial por Sarmiento, que recibieron instrucciones oficiales para hacer aparecer como execrables la política y el gobierno incaicos. Valera declara, por el contrario, que existió una ley que prohibía todo sacrificio de seres humanos, la que era estrictamente obedecida. Verdad es que se sacrificaban *Huahuas*, o niños, y *Yuyacs* o adultos, pero las *Huahuas* eran vicuñas tiernas, nó niños, y por *Yuyacs* se entendía llamas grandes, nó hombres. Apoyan a Valera, Garcilasso de la Vega y otros autores, y el peso de las pruebas se inclina decididamente del lado opuesto al de las acusaciones de Polo. Queda en su favor la tendencia lógica y extrema del concepto del sacrificio, del ofrecimiento de lo que es más querido y valioso, al par que el reconocimiento por Blas Valera de la existencia de una ley contra los sacrificios humanos, que parece implicar que no eran desconocidos. Cieza de León, el más libre de prejuicios y seguro de todos los cronistas españoles, dice que si en algún tiempo se realizaron sacrificios humanos ello debió ocurrir muy rara vez. Y esto es probablemente lo cierto. Las terribles ofrendas

(1) Los cuales se desbandaron cuando el alzamiento de Girón.

no fueron comunes ni habituales, pero es sabido que se verificaron, si bien en ocasiones muy raras y excepcionales.

Junto con el culto de los antepasados, *Paccarisca*, ascendientes míticos de los clanes, ya fuesen el sol, la luna, las estrellas, un cerro, una peña, una fuente o cualquier otro objeto de la naturaleza, los Peruanos alimentaban ciertas creencias peculiares que llenaban su vida cotidiana. Tenían especiales dioses personales en cuyo auxilio confiaban. Los soberanos llevaban siempre consigo sus imágenes y les daban el nombre de *Huauqui*, o hermano. El del Inca Uira-cocha se llamaba *Inca Amaru* y tenía probablemente forma de serpiente. Fué encontrado por Polo de Ondegardo juntamente con los restos de aquel Inca. Pachacútec tenía un *Huauqui* de oro muy grande, llamado *Inti Illapa*, que fué enviado en trozos a Cajamarca para satisfacer el rescate de Atahualpa. *Cusi Churi* era el nombre del *Huauqui* de Inca Túpac que fué hallado en Calis Puquio, cerca del Cuzco, por Polo. Hasta ahora no se ha encontrado el *Huauqui* de Huayna Cápac, que era una efigie de oro de alto valor y se llamaba *Huaraqui Inca*. Fué tradición transmitida de generación en generación en la familia imperial que el *Huauqui* de Manco Ccápac era un pájaro sagrado llamado *Inti*, encerrado en una especie de banasta; que el de Sinchi Rocca se llamaba *Huanachici Amaru* y el de Lloque Yupanqui, *Apu Mayta*. El resto de los Orejones y muchos otros nobles tenían su especial *Lar* o hermano que se sepultaba junto con el cadáver de su poseedor.

Era creencia general entre los Peruanos que todas las cosas de la Naturaleza tenían una esencia o complemento espiritual, al que se debían tributar sacrificios y ofrecer plegarias, si correspondía a alguna fuerza reproductiva de la naturaleza, o si los sacrificios redundaban en su provecho, cuando se trataba del espíritu de un deudo o amigo difunto. De ahí la costumbre de los entierros, y los ritos y las ceremonias que se observaban en

bienestar del fallecido. Creíase que mientras el cuerpo embalsamado se conservaba cuidadosamente, asegurábase junto con la persona física del muerto la dicha para su espíritu ausente. Mientras se colocasen debidamente los alimentos y demás objetos al lado de la momia, su espíritu disfrutaría de la esencia espiritual de todas las cosas materiales que se le ofrecían. Tales eran las curiosas creencias que ocupaban los pensamientos y la vida del pueblo.

Las ceremonias funerarias de los Incas se realizaban con magnificencia y pompa dignas de su gran imperio. Embalsamábase el cadáver del soberano y se le adornaba espléndidamente. Reservábase su palacio para habitación del *Malqui* o sea de su momia, escogíase un cuerpo de vasallos para su servicio y se le asignaban tierras, cuyos productos proveyesen ofrendas para los sacrificios. Invitábase a los amigos y a los siervos a que se inmolaran en la tumba de su Señor, para acompañar a su espíritu a la otra vida; pero en tiempos posteriores se aceptaban en reemplazo de aquéllos, llamas, a los que se daba el nombre de la presunta víctima humana. En las procesiones y en las grandes solemnidades y ceremonias se sacaban en andas las momias regias. Durante la Conquista el infortunado pueblo escondió las de sus amados soberanos para preservarlas de profanaciones, pero el ojo de hurón de Polo de Ondegardo supo buscarlas diligentemente y encontrarlas, con excepción de una. El cuerpo del insigne guerrero y estadista Yupanqui Pachacútec fué, al cabo, sepultado en el patio del Hospital de San Andrés de Lima. Tan sólo Yáhuar Huáccac, el niño robado, se libró de la profanación, pues nunca pudo hallarse su momia.

Los Orejones y demás personas importantes eran, por lo común, enterrados en hóvedas, *Machay*, que constaban de dos habitaciones, una destinada a la momia y a su «hermano» o *Lar* y otra a los objetos de su propiedad

y a las ofrendas del pueblo. Abríanse esas bóvedas en lugares desiertos o en las escarpaduras de las montañas. Los cerros que dominan el hermoso valle de Yucay están materialmente acribillados por cuevas funerarias, profanadas todas por los españoles buscadores de tesoros.

Aquella curiosa creencia en una esencia espiritual de toda cosa relativa al bienestar cotidiano del pueblo explica la abundancia de *huacas*, oráculos. Cada hogar poseía una *Sara Mama*, que representaba la esencia espiritual del maíz, y a la que se ofrecían plegarias y sacrificios. A veces era una figura cubierta con mazorcas de maíz; otras, simplemente, un vaso modelado en forma de mazorca. Asimismo se veneraba la *Llama Mama*, o espíritu de los rebaños; pero la *Pacha Mama* o espíritu de la tierra, era objeto de especial veneración. Sus ofrendas consistían en estatuillas de llamas, toscamente labradas, que tenían en sus lomos una cavidad para poner el objeto ofrendado, y eran enterradas en los campos. Las ofrendas consistían en chicha, otras bebidas espirituosas y coca, los bienes más caros al humilde labriego. El Dr. Max Uhle y la Princesa Teresa de Baviera han descubierto que las ceremonias de ofrenda de esos objetos a la *Pacha Mama* aún persisten, apesar de la vigilancia del clero católico. Todavía hoy se venden llamas de piedra o de barro en los mercados; el Dr. Uhle vió algunas en Sicuani. El rito actual consiste en enterrar las figuras, acompañadas con ofrendas, en los pastos de llamas y de alpacas. La figura se coloca entre piedras y se cubre con otra piedra. Cada año se renueva el sacrificio con el entierro de otra figura, que se coloca bajo la anterior, más cerca de la *Pacha Mama*. Llámase a esta especie de sacrificio *Chuya*, el que demuestra que ninguna persecución llega a desarraigar las antiguas prácticas y creencias de los indios (1).

En resumen, la religión de los antiguos Peruanos se

(1) *Las llamas de piedra del Cuzco* Dr. Max. Uhle (Lima, Septiembre de 1906).



CONOPA DEL MAIZ.

componía de diversas creencias, más o menos comunes todas a las tribus andinas, si se exceptúa la adoración del Ser Supremo, que sólo predominaba en los espíritus más altos e ilustrados. A no dudarlo, algunos Incas buscaron sinceramente una Causa Primera, que llamaron Uiracocha. El culto del antepasado mítico o fundador de cada aylo o clan fué general, y como se creyó al Sol antepasado del soberano, su culto se sobrepuso al de los demás. La peculiar creencia en una esencia espiritual de todos los objetos de la naturaleza necesarios para la vida, fué patrimonio del pueblo y hasta hoy no ha podido ser desarraigada. Explica la existencia de sus innumerables *huacas* y dioses domésticos y la infiltración de la idea de la presencia de lo sobrenatural en los actos todos de su vida. Esta diversidad de creencias y de ritos, firmemente adheridos al corazón y a la mente de todas las clases sociales, nos dará una idea de las causas que condujeron al pueblo andino al establecimiento de un tipo de gobierno basado en el sistema de los ayillos o comunidades de aldea. La creencia arraigada en la *Paccarisca* o común antepasado de cada aylo, asentaba su organización de comunidad de aldea en muy sólidas bases y, al confirmar los Incas todos los usos locales y las supersticiones de los ayillos sojuzgados, parece que basaron su Imperio a la vez sobre un sentimiento de devota lealtad y de veneración al Sol, antepasado suyo. Es evidente que las creencias religiosas del pueblo se armonizaban perfectamente con la admirable organización social sobre que reposaba el gobierno incaico.

CAPITULO IX

EL CALENDARIO INCAICO, LAS FIESTAS Y LOS VESTIDOS DEL SOBERANO Y DE LA REINA

LA religión con sus prácticas rituales y ceremoniales, dependía de la repetición anual de fenómenos agrícolas tales como la labranza de la tierra, el sembrío, la cosecha; y así aquélla como éstos dependían, a su vez, del calendario. En las crónicas de los antiguos reyes se registran los progresos crecientes en el cálculo del curso de las estaciones, que en la época de los Incas había alcanzado cierta exactitud. Se observaban cuidadosamente los solsticios y los equinoccios. Al oriente y al occidente del Cuzco se erguían ocho pilares de piedra para la observación de los solsticios. Estaban dispuestos en dos hileras, de cuatro pilares cada una, altos los de los extremos y bajos los del centro, y a veinte pies de distancia unos de otros. Coronaban los pilares discos huecos que dejaban pasar los rayos del sol, que caían en un espacio del suelo que estaba marcado, nivelado y pavimentado. Consistían aquellas marcas en rayas que indicaban los movimientos del sol, siguiendo la dirección de sus rayos al penetrar por los huecos de los pilares. Llamábase a éstas *Sucanca*, de *Suca*, voz que significa camellón o surco, por el aspecto de surcos que tenían las fajas alternadas de luz y sombra.

Para averiguar la época de los equinoccios servía una columna de piedra colocada en una explanada fron-

teriza al templo del sol, en el centro de un vasto círculo. Una raya dividía el área pavimentada de este a oeste. Los vigías observaban de qué lado de la raya caía la sombra de la columna, desde la salida del sol hasta su ocaso, y el momento en que no había sombra, al mediodía. Llamaban a esa construcción *Inti-huatana*, voz que significa el lugar en que el sol está aprisionado o circuido. Fuera del Cuzco quedan también *Inti-huatanas* en las alturas de Ollantay-tampu, en Pissac, en Hatuncolla y en otros sitios.

El primitivo nombre del sol era *Uilca*. Como dios se le conocía por *Inti* (1). Como dispensador de la luz del día llamábasele *Punchau* o *Lupi*.

El nombre de la Luna considerada como diosa, era *Pacsa Mama*; *Quilla*, como dispensadora de la luz nocturna, y recibía diversos nombres en sus diferentes fases.

Llamábase *Illapa* al trueno, al relámpago y al rayo, emisarios del sol. *Chuqui Illayllapa*, *Chuqui Illa Iní*, *Illapa* eran los nombres que recibía el dios del trueno. *Liníac* era el relámpago.

Observaron también las estrellas y a muchas les dieron nombres. Valera trae los de cinco planetas, y otros quince citan Acosta, Balboa, Morúa y Calancha. Carece de base sólida la hipótesis que pretende ver los doce signos del zodiaco en esos nombres de estrellas. Las únicas observaciones de cuerpos celestes de que hay testimonios evidentes son las del sol, que tenían por objeto fijar el tiempo de los solsticios y equinoccios.

Llamábase al año *Huata*, de la voz *Huatana* que significa cabestro, derivada del verbo *Huatani*, yo cojo por donde *Huata* venía a significar el lugar donde el sol es amarrado o cercado. El año peruano se dividía en do-

(1) Con el tiempo la voz *UILCA* sirvió para designar toda cosa santa. *INTI* era el nombre del espíritu familiar o *Huauqui* de Manco Ccápac, que tenía la forma de un buitre, cuyo remontado vuelo se confundía con el sol. Al cabo, esta voz llegó a designar al sol como deidad.

ce *Quillas* o lunas, de treinta días cada una, más cinco días finales llamados *Allcanganquis*. La regla que agregaba un día cada cuatro años, regularizaba el calendario. El año lunar constaba de 354 días, 8 horas y 48 minutos, que se hacía corresponder al solar añadiéndole once días, repartidos entre los meses. Regulábase la intercalación de esos días por medio de señales puestas en el horizonte, que indicaban dónde nacía y se ponía el sol en los días de los solsticios y en los de los equinoccios. El sol era observado mensualmente.

No están de acuerdo los cronistas que dan los nombres de los meses, respecto a éstos. Algunos traen los mismos nombres pero los atribuyen a distintos meses, al paso que otros traen nombres distintos. Tras escrupuloso análisis, he llegado a la conclusión de que la lista dada por Calancha, Polo de Ondegardo, Acosta, Morúa y Cobos, que fué la aceptada por el segundo Concilio de Lima, es la más exacta. Cualquiera de los cronistas restantes (1) concuerda más en sus nombres con la lista de Calancha que con las de sus otros congéneres. Acosta coincide con aquélla completamente, pero sólo menciona ocho meses. En mi opinión, el calendario verdadero era así:

Del 22 de Junio al 22 de Julio. INTIP RAYMI (el 22 de Junio), solsticio de invierno. Fiesta de la cosecha.

Del 22 de Julio al 22 de Agosto. CHAHUAR QUIS.

Del 22 de Agosto al 22 de Septiembre. CCAPAC SITUA (el 22 de Septiembre), equinoccio de primavera. Fiesta expiatoria.

Del 22 de Septiembre al 22 de Octubre. CCOYA RAYMI (el 22 de Septiembre), equinoccio de primavera.

Del 22 de Octubre al 22 de Noviembre. UMA RAYMI.

Del 22 de Noviembre al 22 de Diciembre. AYAMARCA (el 22 de Diciembre), solsticio de verano o CANTARAY.

Del 22 de Diciembre al 22 de Enero. CCAPAC RAYMI (el 22 de Diciembre), solsticio de verano. Fiesta del *Huarachicu*.

(1) Molina, Betanzos, Fernandez, Velazco, y Huaman Poma. Montesinos sólo menciona uno o dos meses.

104 LOS INCAS DEL PERU

Del 22 de Enero al 22 de Febrero. CAMAY.

Del 22 de Febrero al 22 de Marzo. HATUN PUCUY (el 22 de Marzo), equinoccio de Otoño. Epoca de la madurez.

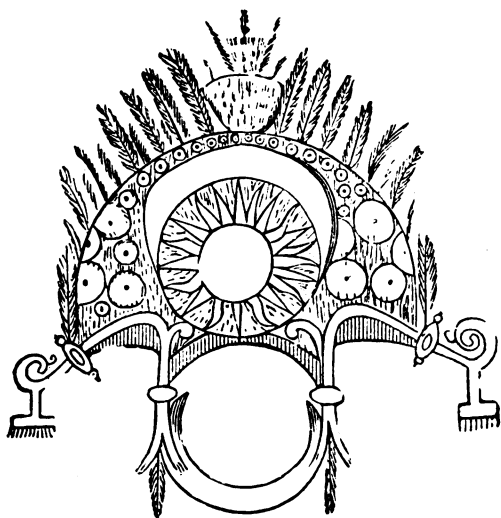
Del 22 de Marzo al 22 de Abril PACHA PUCUY (el 22 de Marzo), equinoccio de Otoño. *Mosoc Nina*.

Del 22 de Abril al 22 de Mayo. AYRIHUA.

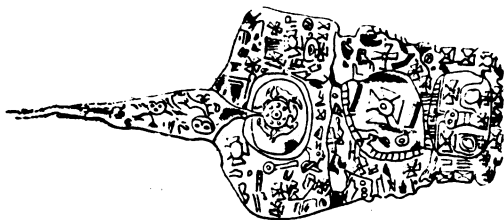
Del 22 de Mayo al 22 de Junio. AYMURAY (el 22 de Junio), solsticio de invierno. Cosecha.

Los Incas y los grandes consejeros llevaban en el pecho patenas de oro de 5 pulgadas $3/10$ de diámetro, orladas por un borde que parece destinado a figurar los meses mediante signos especiales. Los Españoles saquearon estos ornamentos y los destruyeron bárbaramente dondequiera cayeron en sus manos. Muchos se perdieron y algunos fueron obsequiados en 1853 al entonces Presidente del Perú, General Echenique. Había entre ellos un pectoral de oro, un topu o alfiler del mismo metal que tenía por cabeza una superficie chata de cuatro pulgadas por dos, grabada a buril; cuatro medios discos que formaban dos globos y un tallo largo y una pieza chata de oro, también con tallo largo. Creemos que la pieza chata semejante a una hoja y los discos procedían del jardín de oro del sol y que una hebilla o broche de oro pertenecía al tocado de una ccoya. El Presidente llevó estos objetos a la casa de Don Manuel Cotes de Lima, para que yo los viese, el 25 de octubre de 1853, y yo saqué una copia del pectoral de oro y del topu. La señora Grimanesa Althaus de Cotes, por entonces la más hermosa dama limeña, sujetaba el papel mientras yo sacaba la copia. La patena era hecha de una lámina muy delgada y sus figuras habían sido estampadas en relieve, de suerte que aparecían convexas por la cara exterior y cóncavas por la interior. Su diámetro externo medía 5 pulgadas y $3/10$, y el interno, sólo 4. Esta reliquia incaica es, con mucho, la más interesante que conozcamos (1). Yo creo que las figuras grabadas en

(1) Hoy no queda rastro de ella. Recientemente el Dr. Max. Uhle hizo averiguaciones con el hijo del General Echenique, pero no logró saber nada.



TOCADO DEL SUMO SACERDOTE.



TOPU O ALFILER DE ORO.



PECTORAL DE ORO DEL CUZCO.
(Que fué obsequiado al General Echenique en 1853).

la orla representan los meses del año, y que los cinco espacios que las separan, situados uno arriba y cuatro abajo, designan los cinco días intercalados, *Allcacanquis* (1). Según describa los meses peruanos y sus festividades, colocaré cada figura de la orla del pectoral frente al mes que creo que representa, describiéndole.

El primer mes del año peruano INTIP RAYMI, principia en el solsticio del invierno, el 22 de Junio (2). La figura que le corresponde en el pectoral se repite cuatro veces en los dos meses que comienzan y en los dos que acaban en un solsticio. Los diamantes que están a la derecha y abajo indican quizá dirección.

La gran fiesta de la cosecha del *Intip Raymi* está pintorescamente descrita por Valera. Era el tiempo en que se recogía la cosecha. Con tal motivo, realizábase un gran banquete en el *Cusi Pata*, una de las plazas principales del Cuzco, con cuya ocasión los Orejones renovaban sus homenajes.

Descollante sobre los demás edificios, hacia el norte, todavía hoy puede verse la hermosa fachada del templo de Pachacútec, con la granja sagrada de Sausiru, y sobre aquél la escarpadura del Sacsahuaman, coronada por la fortaleza. A los lados de dicha plaza se asentaban los templos de Uira-cocha y otros edificios construídos con piedra y techados con paja. Sacábase procesionalmente las efigies de Uira-cocha, del Sol y del Trueno y se las colocaba en sus andas de oro. Enseguida el Inca y la Ccoya entraban en la plaza a la cabeza de largo séquito, precedidos por el estandarte, el *Túpac Yauri* o cetro de oro y las armas reales.

La persona suprema del Inca soberano aparecía constantemente en todas las grandes festividades. Con

(1) *Allca*, que faltan o están perdidos; *canqui*, tú estás.

(2) Balboa, Fernandez, Cobos y Huaman Poma llaman a este mes *Aucay Cuzqui*. Molina dice *Cuzqui Raymi*; Betanzos, *Hatun Cuzqui*. El Concilio de Lima, Calancha, Polo, Morúa, Acosta y Velasco dicen *Yntip Raymi*.

ayuda de los retratos de la Iglesia de Santa Ana, de los dibujos del curioso manuscrito de Huaman Poma y de las descripciones de los cronistas, podemos imaginar el aspecto del monarca peruano.

Muchas generaciones de civilización y de gobierno hicieron del indio peruano un tipo muy diferente del actual. Consideremos a los Incas tales como aparecen en los cuadros de la Iglesia de Santa Ana del Cuzco. El color de la tez tenía un matiz mucho más claro que el que vemos en los descendientes de sus súbditos esclavizados; la frente es despejada, ligeramente aguileña la nariz, enérgicas la boca y la barba y el rostro entero respira majestad, finura e inteligencia. El cabello estaba cuidadosamente peinado, y ceñía la frente la insignia de la soberanía. Parece que el *llautu* consistía en una delgada franja roja que cubría la frente, y que se ataba a la cabeza por dos cintas. Usábala el Inca habitualmente, pero se despojaba de ella para orar y la ponía en el suelo ante sí. El tocado ceremonial era la *mascapaycha*, o mitra semicircular de oro, en cuya parte inferior y delantera se sujetaba el *llautu*. Plumas de vivos colores adornaban sus lados y en su cima se alzaba un penacho. De los lóbulos de las orejas pendían sobre los hombros grandes anillos de oro. La túnica y el manto eran de diversos colores y se tejían con la más fina lana de vicuña. En tiempo de guerra el manto se suspendía y abrochaba, ya sobre el hombro izquierdo o bien alrededor de la cintura. En el pecho ostentaban los Incas el pectoral circular de oro que representaba al sol, y que estaba bordeado con una orla de figuras que simbolizaban los meses. Los últimos Incas usaban una riquísima veste de brocado, hecha con bandas cosidas en forma de ancho cinturón. Estas bandas se dividían en cuadrados en que había bordados ornamentales que, a juzgar por su repetición, algo debieron simbolizar. La tela se llamaba *tocapu* y se usaba, por lo común, formando un ancho ceñidor hecho de tres bandas cosidas.

Algunos Incas llevaban la túnica entera de *tocapu* (1). Los calzones eran negros y bajaban en pliegues sueltos hasta las rodillas. Las *usutas* o sandalias eran de lana blanca.

Equipado para la guerra el Inca embrazaba un ancho escudo cuadrado, de madera o de cuero, ornamentado con dibujos y del que colgaba una tela, ornamentada también y franjeada. Dicho escudo tenía por detrás una correa para llevarlo al hombro. El monarca portaba en una mano una vara de madera de cosa de dos pies de largo, uno de cuyos extremos remataba en una estrella de bronce de seis u ocho puntas, que la convertían en formidable porra de combate; y en la otra, una larga percha que remataba en el hacha de combate, llamada *huaman champi* o *cunca cuchun*. En las ceremonias o fiestas públicas el Inca no llevaba las armas reales, sino que iba precedido por ellas.

La Ccoya o emperatriz, vestía la *lliclla* o manto, abrochado sobre el pecho por un enorme afiler de oro o *topu*, cuya cabeza ornamentaban hermosas figuras y relieves. La *lliclla* o manto y el *acsu* o falda, eran de diversos colores. Adornaban la cabeza diademas de oro y flores.

Tan magníficos trajes daban aspecto de grandeza imperial a las solemnes festividades, que apenas realzaban menos los arreos de los demás Incas y Orejones.

Su carácter ascético vedaba al Sumo Sacerdote la asistencia a las grandes ceremonias, pero, en cambio, concurrían a éstas los demás sacerdotes, los augures y adivinos. Los consejeros, grandes dignatarios y generales agrupábanse sentados, según su rango y precedencia, en derredor del trono que ocupaba el monarca, alzado sobre una plataforma y cobijado por un palio. Al sentarse el Inca y su cortejo, desembocaba una gran muchedumbre que venía de todas direcciones a participar de las fiestas.

(1) Atribúyese a Inca Rocca la invención de otra tela finísima llamada *cumpi* y la del *tocapu* a su nieto Uira-cocha.

No bien concluído el homenaje de los vasallos y los sacrificios, poníanse las mesas y se cubrían con manteles blancos de algodón que se regaban con flores. Luego acudían las *Acllas* o vírgenes del sol, vestidas con blancas túnicas y ceñidas las frentes con diademas de oro. Llegaban a servir el banquete. Empezando por el Inca y la Ccoya, repartían a todos los comensales los manjares y la chicha, a profusión. Por último, regalaban a cada concurrente con un pedazo del *Illay Ttanta* o pan sagrado, que se consideraba como el más precioso obsequio y se conservaba como una reliquia.

Terminada la fiesta, traían las vírgenes las telas que habían tejido durante todo el año y obsequiaban las mejores y más curiosas piezas al Inca, a su familia y después a los señores principales y a sus familias. Las telas eran tejidas con lana de vicuña, semejante a la seda. También obsequiaban a la Corte, vestidos, guirnaldas, aderezos y muchos otros objetos. Al pueblo distribuíanle tela más basta de lana y de algodón; y seguían las fiestas de la cosecha por varios días.

Chahuar Quiz (1), el siguiente mes, que comprendía desde el 22 de Julio hasta el 22 de Agosto, era el tiempo de la labranza de las tierras, por rotación de los trabajadores y sin descanso. La figura correspondiente en el pectoral parece indicar la continuidad de las faenas bajo la luz del sol, de la luna y de las estrellas.

Ccápac Situa (2) era el tercer mes y la época del sembrío. La figura que le corresponde en el pectoral representa, en un lado, surcos, y en el otro, la acción de echar

(1) Betanzos escribe *Cahuaquis* o *Chahuar Huarqui*, de acuerdo con Polo, Acosta, Cobos y Fernández. Molina dice *Tarpuy Quilla* y *Moron Passa*. Huaman Poma trae *Chakra Cunacuy*. *Passa* debe ser *Paksa*, la luna, y *Tarpuy Quilla*, significa el mes de la siembra. *Cunacuy* quiere decir consultarse mutuamente y *Chakra*, granja; Balboa escribe *Chahuar-quis*.

(2) Polo, Acosta, Balboa y Cobos escriben *Yapaquis*; Huaman Poma, *Chakra Yapuy*; Betanzos, *Ccápac Siquis*; Fernández *Tuzqua quis*. *Yapuy* significa arar.

semillas en una parcela preparada. *Yapaquis* era otro nombre de este mes, proveniente de *Yapa* que significa en este caso algo que se añade a la tierra, esto es, la tierra arada, pues *Yapuna* es arado. Duraba desde el 22 de Agosto hasta el 22 de Setiembre.

Ccoya Raymi, que abarcaba desde el 22 de Septiembre hasta el 22 de Octubre, era el cuarto mes y comenzaba con el equinoccio de primavera. Era el mes de las grandes fiestas expiatorias nocturnas llamadas *Situa* (1). Los signos que le corresponden en el pectoral representan el carácter nocturno de la festividad. Su objeto era rogar al Creador que le pluguiese librar al pueblo de enfermedades y apartar todo mal de la tierra. Empezaba, congregándose un gran multitud de hombres provistos de lanzas y armados de punta en blanco, en la *Inti Pampa* o vasta plaza fronteriza al templo del sol, en donde el Sumo Sacerdote anunciaba la fiesta. Entonces los guerreros prorrumpían en esta exclamación: «¡Oh enfermedades, desastres y desgracias, huíd de esta tierra!».

Cuatrocientos eran los suplicantes y pertenecían a los ayillos o clanes del más alto rango. También estaban allí representados tres ayillos de linaje real, cuatro de los cuales descendían de los compañeros predilectos de los *Ayares*, y veinte o veinticinco guerreros escogidos en diecinueve ayillos. Colocábanse cien mirando al Sur, cien al oeste, cien al este, y cien al norte, y exclamaban nuevamente y en coro: «¡Huíd males!» Enseguida los cuatro grupos rompían a correr con gran velocidad hacia las direcciones en que se hallaban. Los que miraban al sur corrían hasta Acoyapuncu (2), cosa de dos leguas, y acababan por bañarse en el río de Quiquisana; los que miraban al oeste corrían al Apurímac y se bañaban en él; los situados al este ascendían a la meseta de Chita y descendían

(1) Todos los cronistas concuerdan en este nombre, salvo Betanzos y Fernández, quienes escriben *Situa Quis*.

(2) Paraje denominado hoy Angostura.

110 LOS INCAS DEL PERU

luego al valle de Vilcamayo para bañarse en Pissac, y los colocados al norte partían en esa dirección hasta dar con otro río, en el que también se bañaban. Suponíase que los cuatro ríos llevaban en sus aguas los males al mar. Al comenzar la ceremonia con la partida de los guerreros, todo el pueblo salía a las puertas de sus casas y sacudiendo sus mantos exclamaba: «Que los males se alejen. ¡Oh, Creador del Universo, permite que alcancemos otro año y que veamos otra festividad como ésta!» Incluso el Inca, todos bailaban enseguida durante toda la noche, y al amanecer se bañaban en ríos y fuentes. En la danza agitaban grandes antorchas de paja entrelazadas con cintas, que encendían y con las que jugaban, pasándoselas de mano en mano. Llamaban a esas teas *Pancurcu*. Entretanto en las casas se preparaban budines de tosca harina de maíz, llamados *Sancu*, que los indios pegaban a sus rostros, suspendían de los dinteles de las puertas y ofrendaban a las divinidades y a las momias. En tal día todas las gentes, así de alta como de baja condición, habían de divertirse juntas; nadie insultaba a su prójimo ni profería injurias. En los días siguientes, realizábanse magníficas ceremonias religiosas y sacrificios. Tal era la gran festividad *Situa*.

Llamábase *Uma Raymi* el quinto mes y comprendía desde el 22 de Octubre hasta el 22 de Noviembre. Llamábase así porque en este mes el pueblo de Uma, distante dos leguas del Cuzco, celebraba la fiesta del *Huarachicu*. Era el tiempo en que se elaboraba la chicha, empleando un procedimiento usado sólo para las grandes festividades. La figura correspondiente en el pectoral parece aludir a la apertura de las colmenas y a la eclosión de los capullos que se verificaba en tal mes; pero éste se consagraba principalmente, como decimos, a la fabricación de la chicha, cuyos efectos es fuerza confesar desempeñaban un papel muy importante en todas las fiestas.

Del maíz extraían los indios un licor fermentado que

los españoles llamaban chicha, pero que aquéllos conocían con el nombre de *acca*. Primeramente las mujeres y los niños masticaban los granos del maíz hasta convertirlos en pulpa, pues se creía entonces que la saliva tenía virtudes medicinales. El maíz así masticado era enseguida hervido y colado a través de varios cedazos de algodón fino hasta que, al cabo, se exprimía el licor. Luego venía la fermentación. Amenudo se aromatizaba la *acca* con las bayas del *Schinus Molle* y otros frutos que le daban acidez. Más tarde los peruanos emplearon una suerte de destilación, con la que obtenían un licor espirituoso que llamaban *uinapu* o *sora* (1). Los excesos en la bebida eran frecuentes en las fiestas y el pueblo admiraba grandemente a los que bebían mucho y no se embriagaban. Tan frecuente embriaguez en los regocijos indujo a la clase popular a otros vicios y fué la costumbre más nociva que tuvo el pueblo peruano.

Ayamarca (2), el sexto mes, abarcaba desde el 22 de Noviembre hasta el 22 de Diciembre, terminaba con el solsticio de verano y estaba figurado en el pectoral por un signo parecido al del mes del solsticio de invierno. Su nombre provenía del de una antaño poderosa tribu de las cercanías del Cuzco, que celebraba en este tiempo la fiesta del *Huarachicu* (3). En el Cuzco era época de preparación para la gran festividad del *Huarachicu* que se celebraba en el mes siguiente. Continuábase fabricando grandes cantidades de chicha según el procedimiento *Cantaray* (4), fuese cual fuese. Los mozos que debían de

(1) Derivado de *uinani*, yo lleno. Garcilasso menciona asimismo la bebida espirituosa que llama *uinapu* (i. 277, iii. 61) y tanto él como Acosta mencionan la *Sora*.

(2) Todos los cronistas concuerdan en este nombre, excepto Betanzos y Fernández, que dicen *Cantaray*.

(3) Como *Aya* significa muerte, varios cronistas creyeron que *Ayamarca* era una festividad en honor de los muertos; pero yo creo que en esto hay que seguir la opinión de Molina, que hace derivar dicha palabra como se indica en el texto. La terminación *Marca* manifiesta que esa voz era nombre de alguna localidad.

(4) Betanzos y Fernández dan a este mes el nombre de *Cantaray*

112 LOS INCAS DEL PERU

ser armados guerreros en el próximo mes se encaminaban a la sacratísima *huaca* llamada Huanacauri a ofrecerle sacrificios y a pedirle licencia para ingresar en el ejército. Alzábase dicha huaca en un cerro situado a cosa de tres leguas del Cuzco y era uno de los Ayares, hermanos de Manco Cápac, convertido en piedra. Este ídolo presidía la festividad del Huarachicu. Los novicios pasaban la noche en la colina sagrada y ayunaban.

Ccápac Raymi, que comprendía desde el 22 de Diciembre hasta el 22 de Enero, era el séptimo mes (1) y comenzaba con el solsticio de verano. En el pectoral le corresponde un signo solsticial, cuyos diamantes señalan en diversos sentidos. En este mes se realizaba el más solemne *Raymi* o festival del año entero: el *Huarachicu*.

Tras una ordalía en que se les ponía a prueba, armábase a los mozos, se les permitía usar calzones llamados *huara* y se les horadaba las orejas. Durante los ocho primeros días del mes ocupábanse sus parientes en prepararles las *usutas* o sandalias de juncos finos, de color semejante al del oro, los *huaras* fabricados con fibras de llamas y en bordarles las camisas que debían vestir al subir al cerro sagrado de Huanacauri; tejíanlas con fina lana amarilla y las orlaban con lana negra, mas fina aún y semejante a la seda. Los mancebos llevaban asimismo mantos de lana blanca, largos y estrechos, que bajaban hasta las rodillas y que se sujetaban alrededor del cuello con un cordón del que pendía una borla roja. Así vestidos y además rapados, se encaminaban a la gran plaza, acompañados por sus parientes y relacionados, quienes vestían mantos amarillos y ostentaban en las cabezas plumas negras de un pájaro llamado *guito*. Acudían también muchas doncellas de once a catorce años, escogidas entre las mejores familias, conduciendo vasijas de chicha. Llamábaselas *Ñusta-calli-sapa* o princesas de incompa-

(1) Todos los cronistas concuerdan en este nombre, salvo Betanzos que escribe *Pucuy Raymi* y Fernández, *Pura Upiay* o «bebida doble»

nable valor. Sacábanse las efigies de las deidades, y mozos y doncellas, con sus familias, agrupábanse en su alrededor. Llegaba por fin el Inca, y daba permiso a los novicios para que ofrecieran sacrificios a *Huanacauri*. Cada uno tenía preparada una llama para ofrendarla, y encaminábanse todos juntos, acompañados por sus familias, a la colina sagrada. Aquella noche dormían en un lugar denominado Matahua (1), al pie de la eminencia. Al despuntar el siguiente día entregaban sus ofrendas al *Tarpuntay* y subían al cerro, todavía en ayunas. La plegaria que dirigían a Huanacauri era esta:

«Oh, Huanacauri, Padre nuestro, que el Creador, el Sol y el Trueno permanezcan siempre jóvenes y no envejezcan. Que el Inca conserve la juventud y que prospere en todas sus empresas. A nosotros, tus hijos, que hoy celebramos tu fiesta, concédenos el estar siempre en las manos del Creador así como en tus manos.»

Enseguida se entregaba a los novicios sacos llamados *chuspas*, y calzones de fibra de áloe y de nervios de llama, llamados *huara*. Luego marchaban aquéllos a un barranco llamado *Quirirmanta* (2), donde se reunían con sus parientes y se les azotaba duramente para probar su resistencia. Seguía a esta prueba el canto llamado *Huari* que entonaban los mozos, de pie, y el resto del pueblo, sentado. Volvían todos al Cuzco, donde flajelaban nuevamente a los jóvenes en la gran plaza. Después se efectuaba una curiosa ceremonia. El pastor de los llamas consagrados a la fiesta llegaba conduciendo a uno de esos animales, llamado *Napa*, revestido con una gualdrapa roja y adornadas las orejas con aretes de oro (3). Precedíanle trompeteros que soplaban caracoles marinos. Sacábase el *Súntur Páucar*, insignia del Inca, y empezaba la danza. Al cabo, los novicios y sus familias regresaban a sus hogares, y comían de la carne asada de los llamas sa-

(1) Paraje donde hicieron alto los Ayares. Véase el capítulo IV.

(2) Vid. la nota anterior.

(3) Huaman Poma tiene un dibujo que representa al Inca hablando con el *Napa* o llama sagrado.

crificados. Las ceremonias de la iniciación duraban todo el mes. La que seguía era la gran carrera a pie. Los novicios pasaban la noche en un desfiladero llamado Quilliyacolvaca y partían de un cerro llamado Anahuarqui, a dos leguas del Cuzco. Cada uno llevaba una vara denominada *Túpac Yauri*, montada en oro o en bronce. Sacrificábanse allí cinco ovejas al Creador y al Sol, en medio de cánticos. La carrera era muy larga, hasta Huanacauri, lugar en donde esperaban las doncellas, *Ñusta-calli-sapa*, con cántaros de chicha para refresco de los exhaustos corredores. Congregábanse allí cantando este estribillo: «Llegad aprisa, jóvenes, que os estamos esperando». Entretanto los mozos, que sumaban varios cientos, se alineaban al pie de la colina. Daba la señal de la partida un funcionario faustuosamente aderezado, y cuando éste bajaba el *Yauri*, cosa de ochocientos postulantes se precipitaban como gamos por la llanura, produciendo un espectáculo emocionante. Pocos pueblos, en el nuevo o el viejo continente, pueden rivalizar con los peruanos en rapidez, de suerte que la competencia entre los corredores por llegar el primero a recibir la chicha de las doncellas, era muy reñida. A la llegada, seguían nuevos cánticos y flajelaciones, y al anochecer regresaban todos los concurrentes procesionalmente al Cuzco, encabezados por el *Súntur Páucar* del Inca y el *Raymi Napa* o llama dorado.

Al día siguiente el Inca en persona distribuía los premios en el cerro llamado *Raurana*. Los aspirantes habían pasado la noche en un lugar llamado *Huaman Cancha* (el sitio de los buitres), al pie del cerro que está a dos leguas del Cuzco. El Inca ascendía a la cumbre, donde estaba la *huaca* llamada *Raurana*, que consistía en dos buitres labrados en la piedra, sobre el altar. El sacerdote encargado de la *huaca* oficiaba las plegarias iniciales y los sacrificios, y los mozos se tenían en hileras ante su soberano. Las plegarias suplicaban que los aspirantes se convirtiesen en guerreros valientes y audaces;

cantábase el *haylli*, y, a una señal del Inca, el sacerdote obsequiaba a cada uno de los adolescentes calzones llamados *huarayuru*, aretes de oro, camisas rojas y mantos igualmente rojos con borlas azules. Dábales también diademas de plumas, llamadas *pilco cassa* y collares de oro y de plata. Entonábanse luego cánticos o himnos, que duraban una hora, y regresaban todos al Cuzco en la misma disposición que el día anterior. Luego venía la gran ceremonia en la *Huacay pata* o plaza principal del Cuzco. Disponíanse pieles de jaguares y de pumas con sus cabezas, en cuyas orejas se colgaban anillos de oro, cuyos dientes se doraban y en cuyas garras se sujetaban aros también de oro, llamados *chipana*. Con esas pieles se disfrazaba cierto número de hombres y mujeres, quienes acompañados por otros que no llevaban disfraces, bailaban una danza ceremonial al són de los tambores. Efectuábase la danza con una sogá que se guardaba en un edificio llamado *Moro Urco*, contiguo al templo del Sol. La sogá estaba tejida con cuerdas de cuatro colores, negro, blanco, rojo y amarillo, terminaba en sus extremos en dos borlas de lana roja, y era toda ella recamada con laminillas de oro y de plata. Esta sogá recibía el nombre de *Huáscar*. Cogidos de ella, de un lado los hombres, disfrazados con las pieles de las fieras, y del otro las mujeres, danzaban, a los sones de una música áspera, durante casi toda la noche, la *Yaqauyra*, enroscándose con la sogá hasta formar una espiral de caracol, y luego desenroscándose. Terminada la fiesta, volvían a guardar la sogá en el *Moro Urco*.

Luego, en la tercera semana del mes, íbanse los novicios a bañar a la fuente llamada *Calis Puquio*, situada a cosa de una legua detrás de la fortaleza del Cuzco, en la quebrada del Huatanay. De allí volvían al *Huacay Pata* y entraban solemnemente, armados con la honda, la maza, el hacha y el escudo, concluyendo las ceremonias con plegarias y sacrificios. La ceremonia final era el horadamien-

to de las orejas, que remataba la metamórfosis de los mancebos en Orejones y guerreros perfectamente equipados, y que concluía, a su vez, con un simulacro de los jóvenes caballeros.

El mes siguiente, que iba desde el 22 de Enero hasta el 22 de Febrero, llamábase *Camay* (1). Era el de los ejercicios y simulacros. Dividíanse los jóvenes en dos ejércitos, el de Hanan Cuzco y el de Hurin Cuzco, y el primer día desembocaban a la gran plaza armados con *Huaracas* u hondas, y empezaban a dispararse piedras, hasta llegar, en ocasiones, a combatir cuerpo a cuerpo para probar el temple de sus músculos. El Inca presenciaba personalmente el espectáculo y mantenía el orden, procurando al mismo tiempo que se enseñase a los jóvenes guerreros a marchar juntos y a manejar el hacha y la porra. En estos simulacros vestían los noveles guerreros túnicas negras, mantos de color de ciervo y ceñían sus frentes diademas fabricadas con las plumas blancas de un pájaro llamado *tocto*. Terminados los simulacros, realizábase una fiesta, en que se bebía chicha a profusión.

El noveno mes era el de la madurez de las cosechas. Llamábasele *Hatun Pucuy* y se le representaba con tallos de maíz de asas curvas (2). Betanzos escribe *Colla Pucuy*. Ambas denominaciones se refieren a la madurez (3).

Pacha Pucuy (4) llamábase el décimo mes, que duraba desde el 22 de Marzo hasta el 22 de Abril y era la época del equinoccio de otoño. En este mes realizábase la cuarta gran festividad anual llamada *Mosoc Nina*, en la

(1) Todos los cronistas concuerdan en este nombre, excepto Betanzos que escribe COYA QUIS.

(2) Las asas están fielmente representadas en los dibujos de Huaman Poma.

(3) Todos los cronistas concuerdan en este nombre, excepto Betanzos que escribe *Colla Pucuy* y Fernández, *Cac Mayquis*. Huaman Poma dice *Páucar Uara*.

(4) Molina escribe *Páucar Uaray* y con él concuerda Fernández. Los cronistas restantes concuerdan entre sí.

que se renovaba solemnemente el fuego sagrado y perpetuo del templo. Este mes se representa en el pectoral con el pedernal y el eslabón.

El undécimo mes o sea la *Ayrihua* (1), que abarcaba desde el 22 de Abril hasta el 22 de Mayo, señalaba el principio de la cosecha. Los noveles guerreros llegaban al pie de la fortaleza, junto a la granja llamada *Sausiru*. La tradición rezaba que fué allí donde la consorte de Manco Ccápac echó la primera simiente del maíz. De allí volvían los guerreros llevando maíz en pequeñas cestas y cantando el *Yarahui*.

Llamábase al duodécimo y último mes del año *Aymuray* (2). Era el dedicado a la recolección de los granos y a su almacenaje en los graneros y los tambos. Huaman Poma trae un dibujo de tan afanosa tarea. El mes está representado en el pectoral por el signo solsticial, por ser su último día el del solsticio. Luego venía el mes de la gran cosecha doméstica, o sea el *Intip Raymi*, con el que empezaba el año nuevamente.

Además de las grandes festividades relativas a las estaciones, los Peruanos celebraban ritos y ceremonias familiares. Al cuarto día de nacido un niño, invitábase a todos sus deudos a que lo viesen en su *Quiru* o cuna. Cuando cumplía un año, recibía nombre, ya fuese varón o hembra, nombre que llevaba hasta mayor edad. A esta ceremonia se le denominaba el *Rutuchicu*. Trasquilábasele entonces y el tío más anciano cortaba el primer mechón. En el *Huarachicu* el adolescente perdía su nombre infantil y recibía otro nuevo que debía usar hasta su muerte. Cuando las niñas llegaban a la pubertad, efectuábase la ceremonia del *Quicuchicu*. Habían de ayunar tres días y al cuarto se bañaban y se vestían con un traje

(1) Todos los cronistas concuerdan en este nombre, salvo Huaman Poma que escribe *Inca Raymi*.

(2) Todos los cronistas concuerdan en este nombre, salvo Huaman Poma, que escribe *Inca Raymi*.

llamado *Ancalluasú* y calzaban zapatos de lana blanca. Rizábase su cabello y se ponía en sus cabezas una especie de aro. Venían luego los parientes y daban a las niñas el nombre que debían llevar hasta el fin de su vida. Obsequiábanles, sin realizar prácticas idolátricas.

Hasta aquí hemos podido ver cómo los ritos domésticos así como las festividades del calendario, se entretendían con la vida del pueblo; y hemos visto la figura del Inca, al menos en el Cuzco, presidiendo todas las ceremonias y asistiendo a ellas como protagonista supremo.

En los gloriosos días del imperio celebrábanse esas fiestas en todas las provincias, si bien, por cierto, con menor magnificencia que en la capital, bajo la presidencia de los Virreyes y de los Curacas.

CAPITULO X

LENGUA Y LITERATURA DE LOS INCAS

SABIA medida política de los Incas fué la de implantar una sola lengua en todo el haz de sus vastos dominios, para cuyo objeto dispusieron de un excelente instrumento. Llamaban a su lengua nacional *Runa-Simi*, que significa literalmente «la boca del hombre» o, como diríamos hoy, la lengua del hombre o sea el lenguaje humano, lengua que era castizamente hablada en las regiones incaica y quechua, esto es, en las comarcas regadas por el Vilcamayo, el Apurímac y los tributarios de estos ríos; pero como los idiomas que hablaban las tribus de regiones más distantes tenían mucha afinidad con aquélla y apenas constituían dialectos, leves fueron las dificultades que encontró la generalización del *Runa-Simi*.

En verdad, yo me inclino a pensar que esos dialectos diversos no eran sino fragmentos o rezagos de una sola lengua primitiva, que fué hablada por el pueblo megalítico y que, al disgregarse el régimen político que la sustentaba, se fraccionó en tantos idiomas como *ayllos* separados por valles de difícil acceso hubo: las mismas palabras habladas en distintos lugares llegaron a expresar distinto significado, al paso que palabras diferentes acabaron por designar en diferentes localidades una misma idea.

Propusieron los Incas borrar tales diferencias, y lograron implantar casi completamente y con automática

rapidez tan ventajosa medida administrativa. El *Runa-Simi* es lengua rica y flexible. Sería enojoso estudiarla en sus detalles; mas es preciso hacer resaltar algunas de sus características. En su alfabeto faltan las letras B, D, F y G (fuerte), y rara vez se emplean las vocales E y O; posee varias guturales fuertes, y ciertas palabras que empiezan con P y T exigen pronunciación enérgicamente enfática (1). El sonido Ch es frecuente. En su gramática no hay géneros ni artículos, y la partícula que forma el plural de los nombres, se declina. Los verbos tienen dos primeras personas de plural, inclusiva y exclusiva, y partículas que sirven para indicar el tránsito de la primera persona a la segunda, de ésta a la tercera, de la tercera a la primera y de la tercera a la segunda. Pero la singularidad de esta lengua, que le confiere tan gran poder de expresión y la hace tan flexible, consiste en el empleo de partículas nominales y verbales. Son numerosísimas, y sirven para alterar las partes de la oración y para modificar el significado de las palabras, en infinitas formas. Como ocurre con otras lenguas americanas, encierra la que estudiamos una gran variedad de nombres indicativos de los grados del parentesco: así, por ejemplo, se emplean palabras distintas para designar a la hermana de hermano y a la hermana de hermana, y viceversa.

El gobierno incaico hizo del *Runa-Simi* un eficaz instrumento administrativo que sirvió para la promulgación de decretos, levantamiento de estadísticas y manejo de cuentas, si bien para estos últimos servicios usó de preferencia los *quipos*. Confiésemos incapaz de esclarecer con nueva luz la cuestión de la medida en que se emplearon para la recordación de los sucesos históricos, mas he de recordar que recientes investigaciones han venido a evidenciar su efectivo empleo para tal fin. No

(1) *Caca* significa cosa completamente distinta de *Ccaca*, voz ésta cuya inicial exige mayor guturación. *Tanta* y *itanta*, *pacha* y *ppacha*, tienen, asimismo, significados diversos.

cabe desconocer su utilidad administrativa ni la admirable eficacia con que llenaron su objeto. Consistía el *quipu* en una cuerda a la que se amarraban cierto número de cordeles anudados, cuyos nudos representaban números (unidades, decenas, centenas, etc.), pues los Peruanos poseían un sistema completo de numeración. Los colores de los cordeles indicaban los asuntos a que se referían los números. Descifraban los quipos funcionarios instruídos en su manejo, que recibían el nombre de *Quipocamayos*; y mediante tal sistema funcionaba la complicada administración de tan dilatado imperio.

Fácilmente se concibe que con un cuerpo bastante de oficiales expertos y hábiles funcionase eficazmente el sistema de que hablamos, como en verdad sucedió. Lo que no se explica tan claramente es cómo se perpetuaban las tradiciones y se recordaban los hechos históricos por medio de aquellos instrumentos mnemónicos, que Blas Valera cita como fuentes de varias informaciones suyas relativas a ritos y a ceremonias y que llevaban varias provincias y hasta ciertos individuos (1).

No obstante hubo de haber intérpretes de quipos, o funcionarios que, conocedores de los sucesos por otras fuentes, valíanse de los nudos sólo como de instrumentos auxiliares de sus recuerdos, que prestaban a éstos exactitud y fijeza. Tales fueron los *Amautas* o letrados—consejeros, que, en realidad, usaban de los quipos como de un sistema recordatorio que daba exactitud a los recuerdos históricos, que se adquirían por otros modos, pues no es dable suponer que el sistema de los nudos multicolores, sirviese más que de una suerte de ayuda para la memoria, como si dijéramos de una memoria técnica. Apesar de esto, es evidente que los *Amautas* conservaron las tradiciones y los recuerdos históricos con sorprendente fidelidad, co-

(1) Valera alude a los quipos del Cuzco, Cajamarca, Quito, Huamachuco, Pachacámac, Chíncha, Sacsahuaman, Cuntisuyo y a los que poseían Luis y Francisco Yutu Inca y Juan Hualpa Inca.

mo lo atestigua el mito de Paccari-tampu. Refieren este mito Garcilasso de la Vega, Cieza de León, Betanzos, Balboa, Morúa, Montesinos, Salcamayhua y Sarmiento, y sus distintas versiones concuerdan hasta el punto de demostrar que sus diversos informantes recibieron de sus antecesores la misma tradición con los mismos detalles. Lo propio acontece con los recuerdos de la guerra chanca y con otros acontecimientos importantes.

Sarmiento nos revela, con la alta autoridad de su testimonio, el procedimiento que empleaban. En el interrogatorio a que sometió en 1571 a treinta y dos miembros de la familia incaica, versó su primera pregunta sobre el modo como conservaban los Incas el recuerdo de los hechos históricos. Respondiéronle los declarantes que los descendientes de cada soberano constituían un ayllu o familia, con el fin de perpetuar la memoria de los sucesos del reinado de su antecesor, cosa que realizaban transmitiendo a sus sucesores las historias en forma de narraciones y cantos, que los Amautas de cada ayllu, especialmente educados para el efecto, aprendían de memoria y transmitían, a su vez, de generación en generación. Refrescaban sus recuerdos con los quipos y también con pinturas hechas sobre tablas. Es fama que estas pinturas se conservaban cuidadosamente; pero, no obstante, ninguna ha llegado a nuestras manos. Garcilasso de la Vega alude a ellas, y en el manuscrito recientemente descubierto de Huaman Poma de Ayala se ven portadas que casi infunden la certeza de que en tiempos anteriores existieron retratos de los Incas y de sus consortes: son curiosos dibujos a pluma de Incas y de Ccoyas, a que acompañan sendas páginas explicativas. Su texto no sólo describe el aspecto personal sino además el color de la túnica y del manto de cada soberano y los del *acsu* (1), y de la *lliclla* (2) de cada Ccoya, lo que estaría absolutamente fuera de

(1) Falda.

(2) Manta.

lugar si sólo aludiera a los dibujos a pluma. Es, pues, evidente que las descripciones de Huaman Poma de Ayala se refieren a pinturas en colores de donde copió sus dibujos, o a una tradición acerca de ellas, y que tales pinturas sirvieron para reforzar y confirmar las tradiciones transmitidas en los ayillos de padres a hijos, mediante los quipos. Tales medios aseguraban la conservación de las tradiciones y de las listas de los reyes primitivos así como la de los sucesos históricos acaecidos en los reinados de los Incas. Afirma también Sarmiento que los hechos históricos más memorables se pintaban en grandes tablas que se guardaban en el santuario del templo del Sol y cuya custodia confiábase a funcionarios expertos en su interpretación y significado.

Parece que los antiguos peruanos alcanzaron progresos en el estudio de la geografía y conocieron el uso de los mapas en relieve. Estudiaron la topografía de las provincias, midieron su extensión y reprodujeron sus accidentes naturales en los citados mapas en relieve, modelados en arcilla (1), que los Incas emplearon con fines administrativos y en especial para regular la traslación de los *Mitimaes*. Garcilasso de la Vega tuvo la suerte excepcional de ver uno de aquellos mapas. Estaba hecho con arcilla, guijarros y estacas y representaba la ciudad del Cuzco con sus cuatro grandes vías; sujetábase a escala y figuraba las plazas y las calles, los ríos y la campiña circundante con sus cerros y sus valles. Confiesa el Inca que era muy de admirar, y que el mejor cosmógrafo del mundo no lo hubiera hecho mejor. Hallábase en Muyna, aldea situada a pocas leguas al sur del Cuzco y allí lo vió Garcilasso.

En la capital habían escuelas o *Yacha Huasi*, fundadas, según es fama, por Inca Rocca, planteles en donde se educaba a los mozos para Amautas y Quipocamayos.

(1) Sarmiento, pág. 120.

Tenían los primeros, vínculos estrechos con la jerarquía religiosa y eran, por lo común, sacerdotes o consejeros del monarca. En dichas escuelas se educaban también los *Harahuec* o poetas.

El *Runa-Simi* sirvió noble y profusamente para conservar el recuerdo de los orígenes y progresos de la civilización andina, que, tan completo al empezar la Conquista, apenas ha llegado hasta nosotros en fragmentos dispersos, debido a la carencia de alfabeto y al vandalismo de los Conquistadores. Acaso la más antigua reliquia que de aquél tesoro poseamos sea el canto mítico transcrito por Valera y que nos ha transmitido Garcilasso. Es una concepción fantástica que atribuye el estampido del trueno a la rotura del cántaro de una doncella por su hermano, concepción pueril en sí, pero que manifiesta el vuelo de la fantasía popular. A la misma antigüedad pertenecen las plegarias que consigna Molina y los himnos al Ser Supremo que trae Salcamayhua. Son también antiguos, a no dudarlo, por encontrarse en el manuscrito de Huaman Poma, un bonito canto de cosecha, otro de caza destinado a acompañar una danza, una cantinela amorosa y un curioso canto que se supone entonado por un condenado a muerte antes de su ejecución. Estos cantos arrojan viva luz sobre el carácter sencillo del pueblo peruano y sobre su imaginación y sus concepciones. El citado canto de amor demuestra imaginación y encierra hermosas metáforas. Muchos otros cantos iguales a éste comprendía la colección del Dr. Justiniani, y algunos pueden verse en el drama *Ollantay*.

Este drama es la reliquia más preciosa y completa de la literatura peruana, cuya antigüedad ha suscitado copiosa controversia. Fué dado a conocer por vez primera en el año de 1837 por el «Museo Erudito» del Cuzco (1). El que estas líneas escribe buscó en 1853 el texto original

(1) Por Don Manuel Palacios, en los N.º 5 y 9 que reprodujo don Pío Meza en sus *Anales del Cuzco*.

e inquirió acerca de las mejores fuentes de información. A la sazón, era Rector de la Universidad de San Antonio Abad del Cuzco un inteligente y docto erudito, el Dr. Julián Ochoa (1), y residía también en la antigua capital incaica una respetable dama que recordaba la insurrección de Pumacahua y cuyo íntimo trato con los indios principales de entonces, juntamente con su profundo conocimiento del folklore y del idioma de sus paisanos, colocábanla en primer lugar entre los representantes de la tradición. Guiado por tan altos maestros inició sus investigaciones el autor de este libro.

Reveláronle ambos la existencia de un último vástago de los Incas que vivía en uno de los valles más recónditos de los Andes orientales, y que era poseedor del texto original del antiguo drama incaico y de muchos otros documentos interesantes. Para buscarlo fuéme preciso trasmontar la encumbrada cordillera que delimita el hermoso valle de Vilcamayo, atravesar extensas y elevadas mesetas cubiertas con pajonales, en donde el zafireo azul de lagunas alpinas contrasta con la sombría escabrosidad de escarpados barrancos, para luego descender, por senderos de caracol, al apartado valle de Laris. Allí se alzaba una iglesia, veíanse varias chozas y una casa que constaba de dos alas situadas a ambos lados de un patio, tras de cuyo tejado asomaba la torre de la iglesia. A distancia, divisábase una densa y profunda cañada que albergaba una casita construída sobre una fuente de aguas medicinales, especialmente eficaces para ciertas dolencias. De otra hermosísima quebrada, oprimida entre altísimos cerros, bajaba un riachuelo. En aquellos tiempos ignorábase aún el curso inferior de aquel río, llamado el Yanatilde, que sólo ha sido explorado recientemente, descubriéndose que es tributario del Vilcamayo.

Tal era Laris, el caserío en que ejercía funciones curales el descendiente de los Incas, acompañado por su

(1) Años después Obispo del departamento del mismo nombre.

nieta. Llamábase Pablo Justiniani y descendía en línea recta de la Princesa María Usca (1), mujer que fué de D. Pedro Ortiz de Orúe, Encomendero de Maras. Quizá recuerde el lector que Maras fué el nombre de una de las tribus que acompañaron a los Ayares desde Paccaritampu. El Dr. Justiniani era, a la sazón, muy anciano, Recordaba el formidable levantamiento de Túpac Amaru en 1782 y era amigo del Dr. Antonio Valdez, quien puso por escrito, por vez primera, el drama *Ollantay*.

Consistía su domicilio en un vasto recinto con puerta al patio, que tenía cuartos pequeños a cada lado y la cocina en el ala opuesta. El menaje constaba de una mesa larga, varias sillas viejísimas, un bufete, enconchado y dos arcas antiguas. En derredor, pendían de los muros retratos de todos los Incas, desde Manco Ccápac hasta Túpac Amaru, incluso la princesa María Usca. Al pie del retrato de Túpac Amaru se leía en quechua esta frase: «¡Oh Señor! ¡Mira cómo mis enemigos vierten mi sangre!» Veíanse también los blasones que concedió a los Incas el Emperador Carlos V y los de Ortiz de Orúe, González, Carbajal y Justiniani.

El anciano cura conversábame sobre el drama *Ollantay*, la literatura incaica y las sublevaciones de Túpac Amaru y Pumacahua. Su huésped, en los ratos de holganza que le permitía la copia de manuscritos, bajaba a dar largos paseos por el bellissimo valle de Yanatilde y se complacía con el espectáculo de la cordialidad reinante entre el viejo párroco y sus feligreses, que cultivaban papas y ocas y apacentaban manadas de llamas en los pastos de las laderas. Elocuente y verboso durante el día, el párroco sufría a veces, al anochecer, de jaquecas, que su nieta cu-

(1) María Usca fué hija de Inca Manco y nieta de Huayna Ccápac. Fueron hermanos suyos los tres últimos Incas, Sayri Túpac, Cusi Titu Yupanqui y Túpac Amaru. Su hija Catalina Ortiz de Orúe casó con don Luis Justiniani, tatarabuelo del Dr. Pablo Policarpo Justiniani, cura de Laris. Una de las tatarabuelas maternas de éste perteneció al ayllu del gran Inca Túpac Yupanqui.

raba, pegándole alrededor de la frente hojas de coca, con lo que hacía disfrutar al abuelo de una ancianidad verdaderamente risueña. En aquel tiempo no se conocían aún las propiedades curativas de la cocaína.

Del antiguo bufete enconchado solía sacar el Dr. Justiniani sus amadas reliquias: un árbol genealógico que probaba su ascendencia incaica, otro en que constaba su descendencia del Emperador Justiniano, a través de una familia genovesa, un libro de antiguos cantares quechuas y el texto del drama *Ollantay*. Yo me apresuré a copiar tan preciosos documentos, y, en tanto yo copiaba, referíame el anciano la reducción del drama a escritura y me enumeraba las copias que del primer texto existían.

Bueno será citar lo que el Inca Garcilaso y otros cronistas escriben sobre el asunto, antes de transcribir la información del Dr. Justiniani. Dice Garcilasso: «No les faltó habilidad a los Amautas, que eran los filósofos, para componer tragedias y comedias, que en días y fiestas solemnes representaban delante de sus reyes y de los señores que asistían a la corte. . . . Los autos de las tragedias cuyos argumentos siempre eran de hechos militares, de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los reyes pasados. . . . Los argumentos de las comedias eran de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares. . . . Supieron hacer versos cortos y largos con medida de sílabas. . . . No usaron de consonante en los versos, todos eran sueltos» (1). Salcamayhua atestigua también la existencia de la dramática indígena, y trae los nombres de cuatro especies distintas de dramas, que llama *Anay Sauca* o comedia, *Hayachuca*, *Llama-llama* o farsa y *Hanamsi* o tragedia. Hay una prueba evidente de la conservación del recuerdo del antiguo repertorio dramático así como de la transmisión, de memoria, de los propios dramas, de generación en generación hasta después de la

(1) Engañábase Garcilasso, pues de vez en cuando usaban de la rima.

Conquista, en la sentencia pronunciada en 1782 por el Visitador Areche contra los rebeldes del Cuzco, en la que prohibía «la representación de dramas así como de cualesquiera otra fiestas que los Indios celebran en memoria de sus Incas». Por consiguiente, no cabe dudar sobre la transmisión de aquellos dramas, de padres a hijos.

El Dr. Justiniani me refirió que el Dr. D. Antonio Valdez, cura de Sicuani, trasladó el drama *Ollantay* de boca de los indios al papel, que lo dividió en escenas, lo adaptó al teatro, y así lo hizo representar ante el infeliz Túpac Amaru, amigo de Valdez y caudillo de la rebelión de 1782 contra España. Parece que Valdez no fué el primero que redujo el drama a escritura, pues existe o existió una versión hecha el año de 1735 y otras, compuestas acaso en la centuria anterior (1).

El padre del Dr. Justiniani fué amigo del Dr. Valdez y sacó una copia del manuscrito del sabio quechuísta, copia de la que yo me serví a mi vez. El Dr. Valdez murió en 1816, y en 1835 el original que le perteneció se hallaba en poder de su sobrino y heredero Don Narciso Cuentas, natural del pueblo de Tinta. Yo descubrí otra copia en poder del Dr. Rosas, cura de Chincheros; y una más en el Monasterio de Santo Domingo del Cuzco, casi ilegible por la humedad; pero la bibliografía del drama *Ollantay* es mucho más vasta.

La época en que se realiza el drama es la que ocuparon los reinados del Inca Pachacútec y de su hijo Túpac Yupanqui. El protagonista es un guerrero llamado Apu Ollantay (2), Virrey que fué del Antisuyo. Sin ser de sangre real concibió este joven noble amor sacrílego por una hija del Inca, llamada Cusi Coyllur o sea «estrella de la alegría». La acción comienza con un diálogo entre

(1) Von Tschudi.

(2) Este nombre de *Ollantay* figura en la lista de declarantes del Virrey Toledo, que depusieron acerca de la historia incaica, y correspondía al ayllu *Antasayac*. No lo he vuelto a encontrar en otra parte.

Ollantay y su paje Piqui Chaqui, rapaz agudo y picaresco, cuyas chistosas salidas hacen correr una vena cómica por el drama. Conversan ambos sobre el amor de Ollantay por la Princesa, cuando entra el Sumo Sacerdote del Sol, quien, realizando un milagro, procura disuadir al audaz guerrero de su vedado amor.

En la segunda escena la Princesa se lamenta a su madre de la ausencia de Ollantay. Luego entra el Inca Pachacútec y expresa a su hija su tierno amor. El coro entona dos cantos, uno de cosecha, en que amenaza a las aves que saquean el maíz y una doliente elegía de amor.

En la tercera escena el enamorado caudillo formula su petición al Inca, y es desdeñosamente rechazado. Ollantay prorrumpe entonces en franco reto, en un soberbio soliloquio. Sigue luego un diálogo divertido entre Piqui Chaqui y su amo, y el acto acaba con un canto de amor. Ollantay reúne un ejército de Antis, y se apodera de la inexpugnable fortaleza que domina el valle de Vilcamayo, que por tal razón se llamó desde entonces Ollantay-tampu, en compañía de otros dos caudillos, Urco Huaranca y Hanco Huayllo. Entre tanto Cusi Coyllur daba a luz una niña a quien llamó Yma Sumac (¡Qué hermosa!), por cuyo delito fué emparedada en una torre por orden de su airado padre, el Inca Pachacútec. La niña fué llevada a la misma prisión, donde creció sin saber que vivía al lado de su madre.

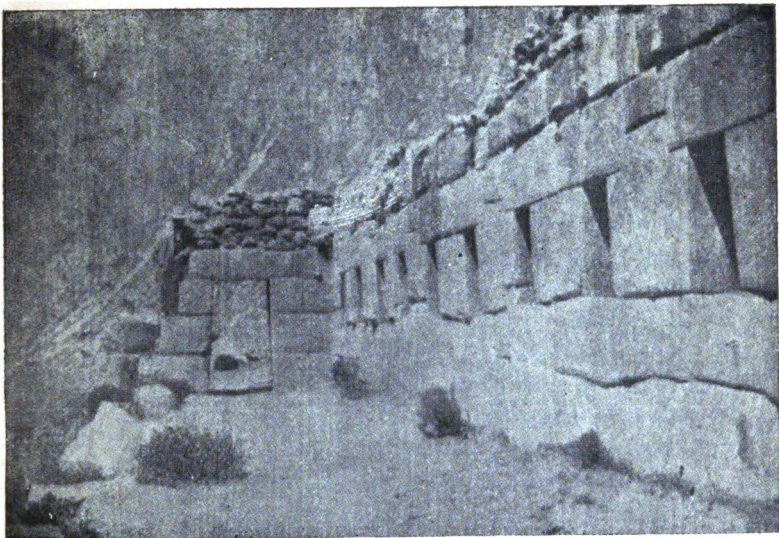
Al pie de una quebrada que desciende al valle de Vilcamayo, yérguese Ollantay-tampu en mitad de un escenario de indescriptible belleza. El cerro en que se asientan las ruinas principales es muy empinado y afecta la forma de un pan de azúcar, cuyas escarpaduras rompen angostas mesetas que dan espacio a los edificios. Poco queda ya de éstos, y su singular disposición, que obedeció a la rareza y estrechez del sitio, dificulta la inteligencia de su plano primitivo. Además las ruinas pertenecen a diversos perío-

dos, y algunas se remontan ciertamente, a la época megálítica.

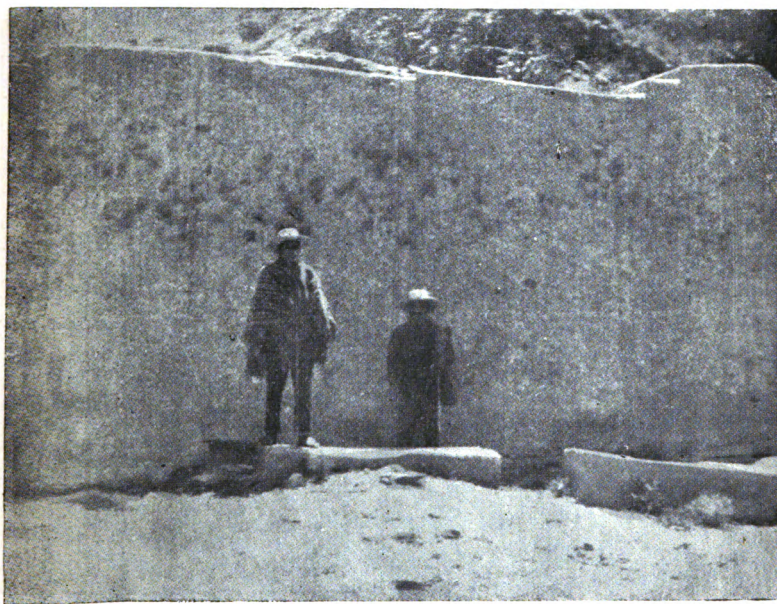
Ollantay-tampu era la fortaleza que defendía el valle sagrado contra las incursiones de las tribus salvajes del norte. Es la ruina más interesante del Perú, ya se le considere desde el punto de vista histórico o legendario. Fué teatro del célebre drama incaico que nos ocupa y también de la heroica defensa del bizarro Inca Manco, cuando el cerco de los Españoles de Hernando Pizarro.

De las alturas de los Andes baja al valle de Vilcamaayo una anchurosa quebrada a cuyos lados álzanse dos encumbrados cerros que estrechan a la pequeña ciudad de Ollantay-tampu. Un escarpado sendero de trescientos pies de altura, sube por la quebrada a la primera meseta pequeña, que está cubierta de ruinas. En esta breve plataforma véanse cinco inmensas losas de piedra, que se recuestan en la pared del cerro. Están inconclusas, miden doce pies de alto, y se unen entre sí por medio de pequeños fragmentos lisos embutidos en las junturas. En sus bases hay otros bloques de enormes dimensiones: uno mide quince pies de largo. Creo que aquí fué la gran sala del palacio fortificado de Ollantay. Una gradería de piedra descende a una pequeña plataforma, que fué otro recinto interior.

Inmediatamente bajo estas mesetas ábrese una muy curiosa terraza, en la que se alza un muro hecho de piedras poligonales que encajan entre sí justamente y cuya hilada inferior está formada por gigantescos bloques. Horadan el muro nueve cavidades, que miden dos pies, dos pulgadas de alto por un pie, cuatro pulgadas de ancho y un pie, una pulgada de espesor y que servían de nicho para los dioses domésticos. Al extremo, cierra el recinto una admirable portada que soporta un dintel monolítico sobre dos piedras inmensas, ligeramente oblicuas hacia adentro. De allí se baja por una larga gradería, labrada en la roca viva. La portada y la terraza en que aquélla se asienta



TERRAZA SUPERIOR DE LA CIUADELA DE OLLANTAY-TAMPU.



GIGANTESCO MONOLITO DE LA CIUADELA DE OLLANTAY-TAMPÜ.

eran la entrada principal y el vestíbulo del palacio. Bajo dicha terraza se extiende una vasta y bien trazada *andenería* o sea una sucesión de plataformas o gradas cultivadas que, en número de dieciséis, descienden hasta el valle, y que debieron abastecer con sus cultivos a la guarnición de la fortaleza. Más allá de la segunda meseta, que yo creo que fué un recinto interior, vése un descampado que formaba un patio fronterizo al palacio, que se extendía hasta el borde de un precipicio, cuyo patio está en parte revestido con cantería y desde el que se divisa un hermoso panorama de los valles circundantes. Arriba, sobre el palacio, estaba la *Inti-huatana*, o círculo con un pilar al centro, que servía para observar los equinoccios, semejante al que existió desde antiguo en la *Inti-pampa* del Cuzco.

A cosa de media milla sobre la quebrada de Marcacocha, empínase el barranco, y en sus paredes perpendiculares pueden verse, labrados en la roca, asientos gigantescos con doseles, con gradas que suben a ellos y pasadizos que los comunican, labrados asimismo en el duro granito. Uno de los asientos se llama *Ñusta-tiana* (el trono de la Princesa), y el otro, *Inca-misana*, por su semejanza con un altar. Camino de la cantera se encuentran dos monolitos labrados que los indígenas llaman *saycusca runcuna* (piedras cansadas). La una mide nueve pies, ocho pulgadas de largo, por siete pies, ocho pulgadas de ancho, y la otra veinte pies de largo por quince pies de ancho y tres pies, seis pulgadas de espesor. Tanto los asientos labrados como las piedras cansadas y parte de las ruinas datan de la época megalítica. El resto puede pertenecer al tiempo de Ollantay.

En el segundo acto encontramos a Ollantay en franca rebelión contra el monarca y establecido del todo en aquel admirable palacio, que durante varios años construyó y fortificó. La fortaleza debió su nombre o bien al drama o bien a algún acontecimiento histórico conservado por

tradición; pero la mayoría de los cronistas primitivos la denominan únicamente fortaleza «Tampu», sin prefijo alguno. Molina y Salcamayhua dan el nombre completo, Ollantay-tampu. Este acto empieza con la aclamación de Inca que en su palacio tributan a Ollantay sus guerreros. En la escena siguiente, Yma Sumac, la hija de Ollantay y de Cusi Coyllur, que había crecido ignorante de la existencia de su madre, conversa con su nodriza, Pitu Salla. Habla la niña de los gemidos y suspiros que oye cuando se pasea en el jardín y de los extraños sentimientos que esas lamentaciones despiertan en su corazón. Su relato constituye el más bello pasaje del drama. Viene luego, en la escena tercera, un divertido diálogo entre Rumi-ñahui, el general del Colla-suyu, y el pícaro Piqui Chaqui, en cuya escena se anuncia el fallecimiento del Inca Pachacútec. Sucedióle su hijo Túpac Yupanqui (1), que había estado ausente muchos años, empeñado en lejanas conquistas, y a quien se supone poco enterado de los sucesos acaecidos en el Cuzco. El nuevo Inca dió a Rumi-ñahui el comando de un ejército para que sometiese a las tropas rebeldes de Ollantay.

En el último acto, Rumi-ñahui pone en juego una astuta estratagema para conseguir su objeto. Dejando a su ejército oculto en la quebrada contigua de Yana-huara, se encamina a la fortaleza, asilo de los rebeldes, y comparece ante Ollantay con el rostro ensangrentado. Declara que ha sido maltratado por el Inca y que, en venganza, desea unirse a la insurrección. Con respecto a este incidente, ciertas personas recuerdan que en 1837 un indio obsequió a D. Antonio María Alvarez, a la sazón

(1) El *Museo Erudito* suscita una duda sobre la autenticidad del drama, basándose en que en éste se hace aparecer a Túpac Yupanqui como sucesor de Pachacútec, cuando Garcilasso coloca a un Inca Yupanqui entre aquéllos dos. En aquel tiempo reputábase a Garcilasso primera autoridad en materias de historia indígena; pero después se ha demostrado que el cronista se engañaba y que Túpac Yupanqui fué hijo y sucesor de Pachacútec, de suerte que lo que parecía argumento contra la autenticidad del drama convirtiéndose en prueba a favor suyo

Prefecto del Cuzco, una vasija de barro en la que había un rostro modelado. Debíó ser el retrato de un general, a juzgar por la *mascapaycha* o tocado real, y aparecía tasajeado. Contaban los indios que era tradición de familia, transmitida de padres a hijos, que el referido retrato era del general Rumi-ñahui (1).

Acogió Ollantay al astuto caudillo como a viejo amigo y camarada. Pocos días después celebrábase en la fortaleza la gran festividad del *Intip-Raymi*. Rumi-ñahui atizó las orgías y las borracheras usuales, manteniéndose por su parte completamente ayuno, y cuando el licor rindió a la soldadesca, abrió las puertas de la ciudad a sus tropas y apresó a Ollantay y sus secuaces.

En la escena siguiente se realiza un diálogo conmovedor entre Yma-Sumac y Pitu Salla, que acaba con el permiso que la nodriza concede a la niña para que visite a su madre en la prisión. En la escena que sigue un mensajero refiere al Inca el afortunado éxito de la estratagema de Rumi-ñahui. Luego comparece el general victorioso trayendo prisioneros a Ollantay y a sus secuaces, y aconseja al Inca que los condene a muerte, pero el magnánimo monarca, no sólo los perdona, sino que devuelve a Ollantay todos sus honores. En mitad de la ceremonia de reconciliación entra de improviso Yma Sumac y suplica al Inca que salve la vida de su hermana y madre de la niña. Encamínanse todos al torreón en que yace Cusi Coyllur, a quien se suponía muerta hacía mucho tiempo. La infortunada Princesa es devuelta a los brazos de su esposo y el monarca bendice la unión de ambos.

No es el drama *Ollantay* ejemplo único en la literatura indígena de una pasión romántica que llega a quebrantar las rígidas costumbres de la corte imperial: otros nos ofrecen los amores de Quilacu y Curi Coyllur, que se refieren en un capítulo posterior (2), y un tercero, que

(1) *Museo Erudito*, número 5.

(2) Véase el capítulo XVI.

debemos a Morúa, la pasión de la Princesa Chuqui-Llantu por el pastorcillo Acoya-Napa. Gran fortuna es que el antiguo drama que acabamos de describir se haya conservado gracias a su reducción a escritura por un inteligente erudito. Los indios incaicos poseían aptitudes notables para la representación dramática, de las que sacó partido el clero español. Coleccionaron los religiosos las tradiciones dramáticas y los cantares populares y compusieron sobre ellos representaciones de carácter sagrado, a imitación de los *autos sacramentales*, a la sazón en boga. Garcilasso menciona esos dramas religiosos y añade que «los rapaces indios repetían los diálogos con tanta gracia, sentimiento y naturalidad que causaban general satisfacción y placer, y que entonaban los cantos con tan plañidera suavidad que el auditorio derramaba lágrimas de gusto viendo la habilidad e ingenio de los mozalbetes».

Tengo en mi poder dos de aquellos dramas, escritos en quechua. Uno fué compuesto por *El Lunarejo*, escritor natural del Cuzco y famoso quechuísta del siglo XVIII, pero mi ejemplar está fechado el año 1707, anterior a la época de aquel autor. Se titula: «El pobre más rico», y fué representado por indios en el Cuzco, ciudad en la que se realiza la escena, en la época de los Incas. Sus personajes son los siguientes:

Nina Quiru Inca	Cora Siella Ñusta
Yauri Titu Inca	Cora Umina Ñusta
Amaru Inca	Un Angel.
Quespillo (gracioso)	Demonios.

El otro drama quechua, que se titula *Usca Páucar* es más antiguo, y me fué entregado por el Dr. Julián Ochoa, del Cuzco, pero es en rigor, un auto sacramental. Sus personajes son:

Usca Páucar	Choque Apu (anciano)
Quespillo (gracioso)	Ccori-ttica
Luzvel Yuncanina	Un Angel.

Poseo también copias de veinte cantares de la colección del Dr. Justiniani y de otros varios, que me fueron enviados por quechuístas de Ayacucho, Cuzco y Puno. Casi todos son cantos de amor, alegres, entusiastas, los menos; los más, elegíacos, preñados de tristeza y desesperación.

Valiéndose de los instrumentos literarios ya estudiados, lograron conservar los Incas, de generación en generación, las genealogías y los sucesos de sus reinados. En sus dramas y cantares manifiéstase el gran progreso que alcanzaron en el arte poética, usando de la versificación, no tan sólo para expresar las pasiones de amor y de desesperación, sino para engastar sus fantásticos mitos y leyendas. En Astronomía poseyeron los conocimientos suficientes para fijar los períodos del año solar. Los Amautas conocieron también bastante las propiedades de las hierbas y raíces medicinales y atestiguan sus adelantos quirúrgicos los cráneos trepanados que se han descubierto en Yucay y otros parajes. Emplearon infusiones de diversas hierbas así como la raíz de una convolvulácea como purgativos y estomacales; usaban otras, para la curación de resfriados y dolencias pulmonares, y aplicaban emplastos, hechos con hojas y semillas de ciertas plantas, secadas, molidas y mezcladas con manteca, en las heridas, o bien las usaban para el reumatismo. Para cortar las fiebres, empleaban tónicos y cierta genciana. En algunas comarcas servíanse, a no dudarlo, de la planta de la quinina como de febrífugo, uso éste no generalizado en el país. En la provincia de Loja usaban la quina, que conocían con el nombre de Quina-quina. En las selvas de Carabaya hacían una infusión con las flores de la chinchona, a la que llamaban *Yara Chucchu*, para curar la fiebre intermitente. La voz *calisaya* con que se conoce a la especie más rica en quinina, se deriva de dos voces quechuas: *ccali*, fuerte y *sayay*, permanecer.

Desde tiempos inmemoriales los miembros de una tribu llamada Collahuaya o Charasani habitadora del Alto Perú, coleccionaron ciertas hierbas y raíces medicinales y, en calidad de médicos viajantes, las difundieron por todos los ámbitos del Imperio incaico. Yo he recogido todos los nombres de las hierbas y de las raíces medicinales que consignan las crónicas de los antiguos historiadores del Perú incaico en especial la de Cobos; he recibido, asimismo, informaciones acerca de aquéllas por conducto de personas con quienes tuve tratos en mis diversos viajes y que conocían las hierbas que usan actualmente los indios, y he examinado las bolsas de los Collahuayas, en Lampa y otras comarcas. Es curioso que la mayor parte de los remedios mencionados por los antiguos cronistas se hallen aún en los sacos de los actuales médicos ambulantes. Afirma el Inca Garcilasso que su pueblo materno usaba muchas plantas medicinales, cuyos nombres no recuerda: menciona, no obstante, los efectos extraordinarios de una hierba, llamada *mateclu*, descripción que reproducimos en el capítulo que trata de la biografía del Inca.

CAPITULO XI

. ORGANIZACION SOCIAL

LA historia de las primeras formas de la sociedad que constituyó el Imperio Incaico es asaz digna de escrupuloso estudio. No obstante, aquí nos limitaremos a bosquejarla apenas. Refiere Sarmiento que los Amautas a quienes interrogó informáronle que, en tiempo remotísimos, la población del territorio peruano estaba fraccionada en pequeñas tribus, organizadas en la forma política que los Españoles llamaron *behetría*, esto es, sin gobierno estable, salvo en caso de guerra, en que elegían un jefe temporal llamado *Sinchi*; pero ésta es una versión harto engañosa y distinta de lo que debieron declarar los Amautas, pues la topografía montañosa de la región andina, tajada por gargantas tan profundas como las del Apurímac y del Pampas, determinó la agrupación de numerosas comunidades aisladas, fenómeno que debió ocurrir asimismo en los valles costeros, que están separados unos de otros por desiertos arenosos.

Esas comunidades no carecían de gobierno, como lo pensó Sarmiento. Desde muy antiguo constaban de familias, unidas por lazos de parentesco, a semejanza de la *gens* romana. Cada comunidad que ocupaba una parte del valle o una área limitada, recibía la denominación de *ayllu*, y era un grupo social que tenía una estructura semejante a la de las comunidades de aldea del Indostán. La necesidad de las industrias agrícola y pastoril suscitó

ineludiblemente una vida de intercambio social y dió nacimiento a un regimen patriarcal en que la tierra pertenecía al *ayllu*. La tierra cultivable se repartía anualmente entre los paterfamilias, en tanto que los pastos y los bosques seguían siendo propiedad común del *ayllu*. Verdad es que los ayillos colindantes guerreaban amenudo por querellas de linderos y derechos de pastos, pero también se confederaban para la mútua defensa y para la construcción de obras de utilidad común, que sobrepujaban las fuerzas de cada ayillo aislado, como eran trabajos de irrigación y cultivo de terrazas. Constituía la unidad social el paterfamilias, llamado *Puric*; y la asociación de los *purics* formaba el *ayllu*, que ocupaba la tierra cultivable llamada *marca*.

Tenemos sobradas pruebas de la remota antigüedad de ese sistema patriarcal, regido por leyes fijadas por costumbres inmemoriales. Ni la agricultura ni la domesticación de los animales hubieran logrado desarrollarse durante siglos fuera de una vida social organizada, que regulaban y dirigían uno o varios caudillos. Por otra parte, los ayillos conservaron religiosamente hasta los días de la Conquista, sus tradiciones y la memoria de sus remotos ascendientes, lo que originó, indudablemente, el culto de los antepasados y todo el ritual consiguiente.

Al correr de los tiempos, los ayillos vecinos uniéronse amenudo, no sólo con propósitos defensivos, sino también con fines sociales e industriales constituyendo un clan, compuesto por esos varios ayillos o familias. Más tarde, varios clanes, se unieron, a su vez, convirtiéndose en una poderosa tribu, que encabezaba un cacique hereditario; y, finalmente, varias tribus formaron, agrupándose, grandes confederaciones como las de los Incas, los Chancas y los Collas, que, tras largas y sangrientas guerras, acabaron por fusionarse bajo el yugo de los Incas.

Estos respetaron la organización social de las numerosas tribus que conquistaron y no pusieron la menor

traba ni alteración en sus instituciones. Su política consistió en sistematizar las antiquísimas que encontraron en aquellos pueblos y en acomodarlas a la nueva estructura política de su gran imperio.

Bajo el regimen incaico, el *ayllu* transformóse en la *pachaca* (cien familias), que presidía el *Llacta-camayoc*, o gobernador de aldea, cuya atribución consistía en dividir anulamente la *marca en topos*, de que daba tres a cada *puric* o paterfamilia, porción suficiente para su sustento y el de los suyos y para el pago del tributo al Estado y a la religión.

Incumbía al *puric* la manutención de los miembros de su familia, que, incluidas las mujeres, dividíanse en diez órdenes a saber:

- 1.° *Puñuc rucu* (viejo que duerme) de sesenta años para arriba;
- 2.° *Chaupi Rucu* (semiviejo) de cincuenta a sesenta. Hacía trabajos fáciles;
- 3.° *Puric* (hombre viril), de veinticinco a cincuenta. Era tributario y jefe de la familia;
- 4.° *Ima Huayna* (casi joven), de veinte a veinticinco. Obrero;
- 5.° *Coca palla* (cosechador de coca) de dieciséis a veinte. Obrero;
- 6.° *Pucllac huamra*, de ocho a dieciséis. Hacía trabajos fáciles;
- 7.° *Tianta raquizic* (el que recibe pan), de seis a ocho;
- 8.° *Macta puric*, menor de seis;
- 9.° *Saya huamrac* el que puede caminar;
- 10.° *Mosoc çaparic*, niño de pechos.

De los órdenes menores que el *puric*, escogíanse anualmente cierto número de varones y hembras para los servicios del Estado y de la religión. Parece que la población creció rápidamente. La *pachaca*, o primitivo *ayllu*, constaba de cien *purics*. A su jefe, el *Llacta-camayoc*, incumbía el cuidar de la buena alimentación de sus individuos, así como llevar el registro de los nacimientos y de las defunciones.

Diez *pachacas* formaban una *huaranca*, que constaba por lo tanto de mil familias, y era gobernada por un jefe elegido entre los *Llacta-camayoc*. El valle o distrito entero abarcaba un número variable de *huarancas*, llamado *huno*, sobre el cual su antiguo cacique hereditario, llamado *curaca*, conservaba ciertas funciones judiciales, además de estar exento de tributo. A la cabeza de cada cuatro *hunos* se alzaba un funcionario imperial llamado *Tucuyricoc*, voz que significa literalmente «El que todo lo ve». Consistía la atribución de este veedor en cuidar que tan complicada máquina administrativa marchase con regularidad y que toda la jerarquía de funcionarios responsables subordinados cumplierse con su deber eficazmente. Sólo en los últimos reinados aparecen los Virreyes de sangre real, llamados *Ccápac-Apu*, al frente de las cuatro grandes provincias en que se dividía el Imperio.

Habían también visitadores periódicos, que inspeccionaban la formación del censo y la recaudación del tributo y que examinaban detalladamente e informaban sobre el estado de la administración en cada distrito; y otros, que, asesorados por funcionarios locales, escogían de las familias de los *purics* a los jóvenes de ambos sexos para que sirviesen según sus aptitudes, las funciones del Estado y de la religión, y los casaban.

Primeramente, escogían a los pastores. Levantaban un censo de todos los llamas y alpacas de cada distrito, y los distribuían en rebaños para el Estado, para la religión y los sacrificios y para los curacas. Enviábanlos enseguida a los mejores pastos a cargo de sus pastores, y entregaban a cada *puric* dos parejas para que las criase. Destinaban a otros mozos a cazadores, soldados, *chasquis* o correos, camineros, alarifes, mineros, artífices y al servicio del culto. Un funcionario llamado *Apu panaca*, elegía a las doncellas que debían servir el especial culto del sol. Finalmente, y en muy distinto modo, escogían servidores, llamados *yana-cuna*, institución que tiene curiosa his-

toria. Parece que una pequeña tribu, que habitaba en las márgenes del río llamado *Yana-mayu* (Río negro), se hizo reo de alta traición contra Túpac Inca, e iba a ser exterminada por orden del soberano, cuando la reina intercedió en su favor, y obtuvo que la sentencia se conmutara en servidumbre perpetua para los miembros de la tribu criminal y sus descendientes. Llamóseles *yana-mayu cuna*, nombre que con el uso degeneró en *yana-cuna*; y así, *yana* llegó a ser vocablo que designaba al propio tiempo a los servidores domésticos y al color negro. Esta institución de los *yana-cuna*, o servidores domésticos, era excepcionalísima y no cabía dentro de la genuina organización incaica.

Pieza no menos importante del mecanismo político fué el trasplante de colonos o *mitimaes* a provincias recién anexadas o de cuya fidelidad al Inca se dudaba. Dicha institución funcionaba como sigue: congregábase en un distrito dado a todos los mozos casados del orden *Yma huayna* junto con sus mujeres, y se les trasladaba a los confines opuestos del Imperio, a las regiones levantiscas, con el objeto de que la lealtad y laboriosidad de los inmigrantes ejemplarizasen a los sediciosos. Y, al contrario, de las provincias recién subyugadas traíanse grandes contingentes humanos a las provincias centrales, a fin de que los nuevos vasallos se viesan rodeados por súbditos leales; o se les enviaba a las selvas del oriente y a los valles desiertos de la costa. Tal ocurrió, en particular, con los Collas, que fueron trasladados en gran número, como *mitimaes* a los términos de Quito, y con los Lupacas, que, de las orillas occidentales del Lago Titicaca, fueron desterrados en masa a los valles de la costa meridional de Moquegua y Tacna, mientras llegaban a sus hogares colonos fieles al Imperio, que procedían de las provincias incaicas de Aymara, Cotapampa y Chumpivilca.

Esta política colonizadora sirvió varios fines. Su primero y más obvio fué asegurar la paz y prosperidad

de las provincias recién anexada; luego, acrecentó el bienestar y provecho de toda la población, mediante el intercambio de productos, que se realizaba en la siguiente forma: los *mitimaes* de los valles costeros enviaban ají (1) y frutas a sus antiguos hogares, y recibían, en cambio, maíz, papas o lana; en tanto que los de la selvas orientales despachaban cargas de coca y de bambú y palo de chonta para la fabricación de armas, y recibían provisiones de toda especie. Realizábanse esos cambios por medio de los *chasquis* o correos, que recorrían constantemente magníficos caminos. Fruto no menos importante del sistema de *mitimaes* fué la difusión de una sola lengua por todo el Imperio, obra que se alcanzó lenta pero seguramente. El *Runa-simi* o lengua general del Imperio contribuyó inmensamente a facilitar el eficaz funcionamiento de su complejo sistema administrativo.

La organización social incaica no fué invento de una dinastía de príncipes sabios. semejante fábrica hubiera sido imposible en el decurso de unas pocas generaciones. Los Incas encontraron el regimen de la comunidad de aldea vigente entre las numerosas tribus que conquistaron, y lo modificaron apenas lo poco que fué menester para incorporarlo en la estructura de su gran Imperio. Su genio político estriba en que se dieron cuenta de la conveniencia de no cambiar nada y de adaptar las antiguas instituciones vigentes a las nuevas condiciones políticas, y en que realizaron este plan con tino y sagacidad rara vez emulados y jamás igualados. Tal regimen hubo de ser, por fuerza, complicado, pero su mecanismo fué montado con tanta maestría y sencillez que funcionó sin tropiezos y casi automáticamente, aun paralizado su centro motor, como lo patentiza con un ejemplo el cronista peninsular Cieza de León. Era rasgo característico de la administración incaica la obligación que recaía sobre los distritos

(1) *Capsicum*.

de socorrer y de repoblar a los colindantes, a quienes afligía algún desastre. El citado cronista afirma haber visto funcionar esa institución. Refiere que cuando la soldadesca invasora asesinaba a los habitantes, incendiaba las viviendas y arrasaba las sementeras de un distrito del valle de Jauja, vió cómo los pobladores del distrito contiguo acudían a auxiliar a las víctimas y a ayudarlas a reconstruir sus casas y a volver a sembrar sus plantas.

El regimen incaico ofrece una similitud general con ciertas formas muy blandas de despotismo oriental, como la que debió imperar en el Irán, bajo el cetro de Jamshid: igual fué allí el sistema de división de la cosecha entre el cultivador y el Estado, idéntico el cuidado patriarcal por el bienestar común; pero, al paso que el regimen de Jamshid es pura fábula, el de los Incas fué un positivo hecho histórico. Mayor afinidad ofrece éste con las teorías de los modernos socialistas, hasta el punto de infundir la ilusión de que los ensueños y utopías de éstos se realizaron en las singularísimas condiciones sociales del Perú bajo el cetro de los Incas, constituyendo el único caso de tal realización en la historia de las sociedades humanas.

La condición de la masa popular bajo los Incas, si bien de tutela y dependencia, fué, al propio tiempo, de grande comodidad material y de bienestar. Los habitantes de la región andina del Perú y los de los valles meridionales de la costa formaron, en realidad, un solo pueblo. Corto de estatura, de rostro oval, de nariz aguileña aunque no prominente, de ojos oscuros, de negrísimo pelo lacio, el indio incaico tenía figura bien compartida, músculos bien desarrollados y podía soportar grandes fatigas. Era muy industrioso, inteligente y afectuoso con los suyos, aficionado a fiestas y propenso a la embriaguez. En medio de su familia, encaminábase el *puric*, alegremente, a su campo de labranza a empezar la faena cotidiana. Ignorábase el ocio, y el trabajo se aliviaba con cantares de siembra y de cosecha, en tanto los pastorcillos tañían sus

pincullu o flautas, mientras desparramaban sus rebaños por los altísimos pastos.

La administración proveía al pueblo con lana para sus vestidos y cuero para sus *usutas* o sandalias, y aun varios artículos de lujo, como la coca, llegaban a manos de aquél en el continuo flujo y reflujo del intercambio comercial, que efectuaban los *mitimaes*. Festividades periódicas rompían la monotonía de las tareas agrícolas: unas tenían carácter religioso; otras, familiar. Entre éstas, el *ritu-chicu* celebraba el primer año de los niños y la imposición de nombre; otras, festejaban su destete, y se llamaban *huarachicu*, si se trataba de un varón, y *quicuchicu*, si de una hembra. Pero la más solemne festividad del año acaecía en la época de la cosecha, cuando el *puric* suspendía las fértiles mazorcas del maíz de las ramas de los árboles y, a su sombra, la familia cantaba y danzaba la *ayrihua*. Los sacerdotes instruían al pueblo en el culto del sol y de los cuerpos celestes; mas la creencia principal de las clases inferiores se cifraba en sus *conopas* o dioses lares que representaban a su juicio los principios esenciales de todas las cosas que necesitaban para su bienestar: los llamas, el maíz, las papas. Tributábanles fervoroso culto, sin descuidar a las *huacas* o ídolos, de que había varias en cada distrito, y sin olvidar, sobre todo, el entierro solemne en los campos de los llamitas de piedra, junto con pequeñas ofrendas, para propiciarse a la benigna divinidad de la tierra.

La mejor prueba del bienestar general de toda sociedad es la densidad creciente de la población. Las *andenerías* o graderías de terrazas cultivadas que en casi todo el Perú se escalonan en las faldas de los cerros y que hoy están abandonadas, son mudos testigos de la antigua prosperidad del país. La población bien alimentada y cuidada, multiplicábase copiosamente. Así en los valles bravíos y más inaccesibles como en las altísimas *punas*, coronadas por nieves perpetuas; en las selvas inextricables como en

confederación presidida por aquéllos, que se hizo poderosa e impuso su yugo a Arequipa y Tacna en la costa del Pacífico, y a algunos de los valles orientales donde crece la coca. Su asiento principal fué Hatuncolla, lugar que está a pocas leguas al noroeste del ángulo noroeste del lago Titicaca. Allí pueden verse figuras labradas en piedra y uno que otro vestigio de la antigua grandeza del reino colla. Justamente encima se alzan las torres o *chulpas* de Silustani, que dominan un lago serrano.

Los Collas sepultaban a sus muertos en cromlechs que consistían en enormes bloques de piedra, de los cuales muchos todavía están en pie. Más tarde construyeron torres circulares de hermosa piedra de sillería, edificios que cubre una albardilla redonda, a guisa de bóveda. Las hay también cuadradas. Las más acabadas se encuentran en Silustani, que, según dijimos, está cerca de Hatuncolla y que probablemente fué cementerio de los caciques collas.

Llamábase Chuchi Ccápac el soberbio caudillo que rehusó altivamente someterse al Inca. Contaba con un copioso ejército de aguerridos montañeses, curtidos en las privaciones, intrépidos y de hermosa estampa, que dispuso en defensa de Hatuncolla bajo su mando y el de sus confederados.

Los Collas bajaban en frecuentes incursiones al valle de Vilcamayo y eran rechazados con igual frecuencia al otro lado del paso, hasta que, al cabo, para contenerlos, construyó el Inca una muralla que cerraba el paso desde las nieves de Vilcanota hasta las nieves del lado occidental. Aceptaron aquéllos la muralla por lindero, pero a poco violaron el pacto y reanudaron sus correrías, lo que movió al Inca a sojuzgarlos. Lizárraga dice que aún en su época podían verse las ruinas de la muralla en el punto culminante del paso, que los Españoles llamaron La Raya.

Al frente de un ejército considerable atravesó el Inca

Pachacútec el paso de Vilcanota y avanzó por el Collao sin encontrar resistencia, hasta dar con las fuerzas enemigas que acampaban frente a Hatun-colla. Envío entonces al caudillo altanero un heraldo con la propuesta de sumisión o de ruptura de las hostilidades. Respondió aquél que era Chuchi Ccápac quien aguardaba que el Inca se le sometiese, como lo hicieran los jefes de las naciones que había conquistado, y acabó su respuesta con una amenaza feroz.

Inmediatamente chocaron ambos ejércitos, cuerpo a cuerpo, en desesperada refriega, que se mantuvo largo tiempo indecisa. El Inca recorría todos los puestos de la batalla, ora impartiendo órdenes, ora luchando o bien animando a sus tropas. Sucedió luego una tregua instantánea: en aquel punto el menor accidente habría inclinado la balanza a un lado u otro. En tan supremo trance el Inca, arengó entusiastamente a su ejército y se precipitó en lo más recio del combate rodeado por sus Orejones. Rehiciéronse sus tropas con renovado ímpetu, y, al cabo, el valiente enemigo vióse obligado a volver espaldas y huír. Chuchi Ccápac cayó prisionero, y Pachacútec entró triunfante en Hatun-colla. Allí permaneció hasta acabar de someter a todas las tribus confederadas; encomendó entonces a un Virrey el gobierno del Collao, reforzándolo con las guarniciones necesarias, y regresó al Cuzco.

No obstante, el Colla-suyu no había de ser sometido en una sola campaña. Pocos años después los hijos de Chuchi Ccápac escaparon y alzaron bandera de rebelión, agrupando de nuevo, en torno suyo a las tribus confederadas. Esta vez la batalla se realizó cerca de Lampa, más al norte, y los Collas fueron derrotados nuevamente, con gran matanza. Pachacútec regresó al Cuzco, pero dejó en la Provincia a dos hábiles hijos suyos, Túpac Ayar Manco y Apu Páucar Usnu, con el encargo de que dilatasen lo conquistado hacia el sur, por los países de los Charcas y Chichas.

Después de entronizado Inca Túpac Yupanqui, los Collas se sublevaron una vez más para recobrar su libertad. Habían construído cuatro plazas fuertes, en pleno país colla, al norte del lago Titicaca, en Llallahua, Asillo, Arapa (que está en una laguna), y en Pucara, aislado cerro peñascoso que se yergue a gran altura sobre el llano. Varios años emplearon los generales incaicos en reducir esas fortalezas. Baluarte de la resistencia final fué Pucara, donde aquélla fué definitivamente quebrantada y deshecha.

Dirigióse luego el Inca a conquistar Tucumán y Chile. Con respecto a la anexión de este último país refiere Montesinos una tradición que tiene visos de historia. Parece que dos caciques chilenos que habían ido a reforzar a los Collas con sus tropas, cayeron prisioneros en manos del vencedor y fueron enviados al Cuzco. El Inca los acogió con generosidad y les dió por esposas a dos *Pallas* (1), medias hermanas suyas. De regreso a Chile tuvieron ambos dos hijos en las princesas incaicas. Al cabo de un tiempo los sobrinos chilenos del Inca resolvieron visitar a su tío el emperador y llegaron, efectivamente, al Cuzco al frente de un lucido séquito, siendo recibidos por el Inca con vivo afecto y por el pueblo con grandes regocijos. Invitaron entonces al monarca a que visitase Chile, diciendo que allá todos deseaban conocerlo; prometió aquél hacerlo el año próximo y sus sobrinos regresaron a Chile acompañados por muchos Orejones y varios Amautas encargados de enseñarles el arte del gobierno. Mas recelando ciertos caciques chilenos de que la amistad del Inca redundase en mal de la nación, se alzaron en armas. Los sobrinos derrotaron a los rebeldes aun antes de que llegase a Chile el Inca, quien apareció, en efecto, al frente de un numeroso ejército. Sometiéronsele todos los caudillos y, al cabo de dos años, dejó a sus sobrinos,

(1) *Palla* equivalía a princesa casada.

en calidad de virreyes, en pacífica posesión del territorio conquistado, cuya anexión daba al Imperio una longitud de dos mil leguas, desde el río Maule hasta Pasto

En lo sucesivo, Collas y Chilenos aportaron valiosos contingentes al ejército del Inca.

Persuadióse Túpac Yupanqui de la conveniencia de asegurar la perpetua tranquilidad del Collao mediante la colonización. Envío, en efecto, grandes masas de Collas y de Lupacas a que colonizasen los deliciosos valles de Arequipa, Moquegua y Tacna, que están en la vertiente occidental de la Cordillera Marítima, y despachó a otros a los valles amazónicos del oriente, a cultivar la coca y lavar el oro en los ríos. Hasta hoy se conservan tradiciones que refieren de qué lugar del Collao salieron los colonos y adónde fueron enviados. La conquista de esta provincia del altiplano tuvo inmensa importancia, pues esa región era la sola que abastecía al ejército imperial con estaño para el bronce de sus armas y herramientas y daba al Imperio con Carabaya sus mejores minas de oro.

Grandemente impresionado quedó Túpac Inca ante el espectáculo de las vastas ruinas de Tiahuanaco, cuyo origen se ignoraba, con las bellezas del gran lago y con la vista del sol naciente sobre los picos nevados del Illimani y del Illampu, y resolvió construir un palacio con baños y jardines en la isla de Coati. Quedáronse en el Collao varios Orejones a cargo de la administración, y llegaron inmigrantes a ocupar los puestos de los desterrados Collas y Lupacas. Esos inmigrantes eran en su mayoría Quechuas, procedentes de diversas tribus del Cunti-suyo. Cierta grupo de Aymaras, venido del alto Pachachaca, fué insertado entre los Lupacas que quedaron en Juli, a la orilla occidental del lago, en donde parece que los idiomas de ambas razas se mezclaron considerablemente. Por los años de 1576 los Jesuítas se establecieron en Juli y fundaron una imprenta; y fué allí donde aprendieron de los inmigrantes aymaras la lengua de los Lupacas mez-

clada con voces quechuas, pues parece que usaban en la conversación palabras de ambos idiomas. Así se explica el porqué los primeros religiosos que aprendieron la lengua colla y después los Jesuítas dieron el nombre de «Aymara» a dicha lengua. Ludovico Bertonio residió en Juli desde 1590 hasta 1612, pero antes de su llegada, según decimos, los Jesuítas habían bautizado con el nombre de «Aymara» al idioma que aquél llama *esta lengua Lupaca*. Publicó Bertonio su «Arte y Gramática» de «Aymara» en Roma, en 1603, y dió a luz una segunda edición con un diccionario en Juli, en 1612. Siguióle en 1616, Torres Rubio con una gramática y con un vocabulario de «Aymara». La voz «Aymara» se aplica hoy común, pero erróneamente, al pueblo que habita la hoya del Titicaca así como a su lengua.

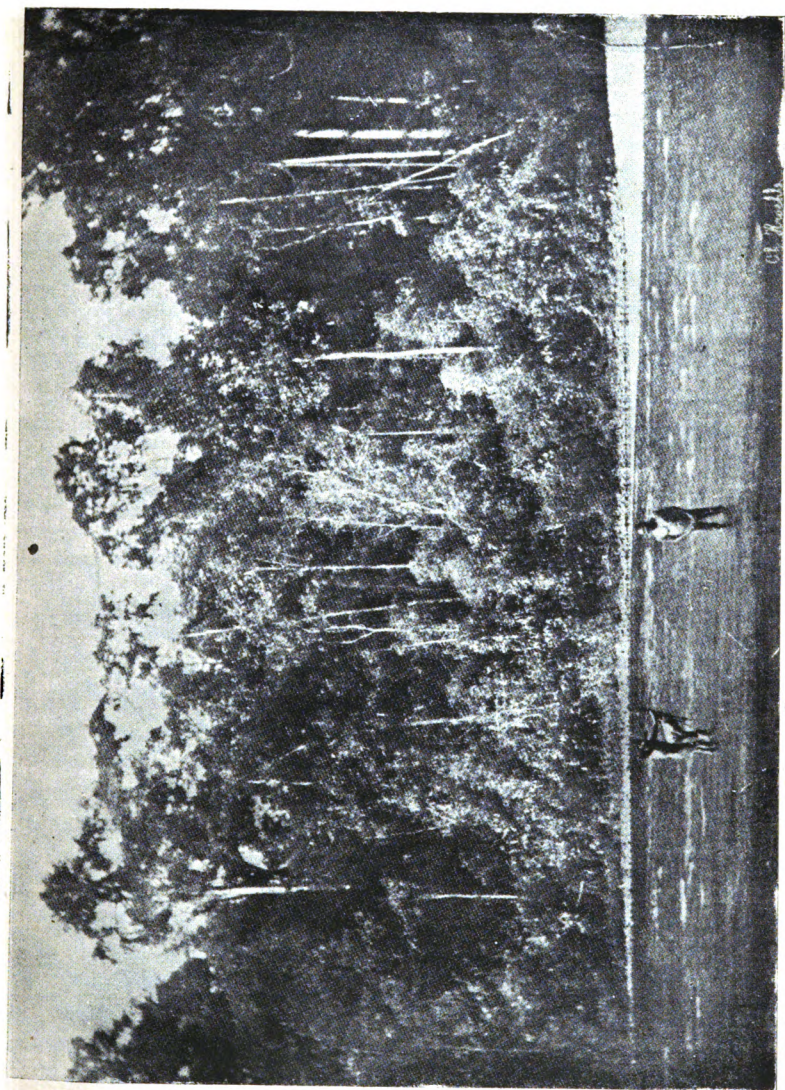
IV

ANTI-SUYO

La cadena de los Andes Orientales está cortada por cinco grandes ríos que al cabo se unen, formando en su confluencia «el potente Orellana». Fluyen hacia el norte hasta unirse, y unidos, deslizan luego al oriente su majestuoso caudal con rumbo al Atlántico. La hoya amazónica que recorren encierra millones de kilómetros cuadrados de selva virgen. Primero entre aquellos ríos es el Marañón, que, por tener sus fuentes en el lago andino de Lauricocha, más al oeste y más lejos que las de los otros afluentes, es considerado como origen del Amazonas; luego viene el Huallaga, que, corriendo hacia el norte, acaba por unirse con el Marañón; más al este, rueda el imponente Ucayali, formado por la confluencia del Perené, el Apurímac y el Vilcamayo que se abren paso a través de los Andes; y, hacia el sur, el Tono, el Arasa, el Inambari, el Tambopata y el Beni no han menester atravesar la Cor-

dillera, pues nacen en las vertientes orientales de los Andes, y junto con el Mamoré y el Itenez forman el ancho Madera. Todos los ríos que atraviesan la cordillera andina conviértense en formidables rápidos al abrise paso por las montañas para desembocar en las vastas llanuras amazónicas. Esos rápidos de la cordillera recibieron el nombre de *puncu*, o sea puertas, que abrió el irresistible empuje de los ríos. El del Marañón llámase Pongo de Manseriche; el del Huallaga es conocido con el nombre de Salto de Aguirre, denominación que explica una interesante leyenda, y desde cuyo paraje el río hácese navegable por espacio de ciento sesenta millas. El Ucayali, ancho caudal navegable hasta una longitud de mil cuatrocientas millas, rompe los cerros por Canchaguayo, y el Vilcamayo, navegable en una extensión de cien millas, penetra a las selvas vírgenes por el Pongo de Mainique.

La vertiente oriental de los Andes irrumpe en las dilatadas selvas amazónicas, formando profundas quebradas y precipicios, que ofrendan al viajero con el magnífico espectáculo de sus grandes estribos cubiertos hasta las cimas por las más lujuriosa vegetación tropical. Véanse allí los preciosos árboles de cascarilla, de lucientes hojas de encarnadas venas y de panojas de flores blancas con sangrientas lacinias, que exhalan deliciosa fragancia; véanse también muchas especies de Melastomas, en particular la Lasiandra, de flores purpúreas y hojas tres veces venadas; mas los árboles y matorrales floridos son innumerables y sobre el denso follaje exaltan las palmeras sus pennadas frondas. De los encumbrados cerros se desprenden cascadas cuyo rápido caudal se pierde en breve entre la espesa vegetación: semejan a veces velos de rocío; otras, cintas de encaje, pero, más frecuentemente, velludos mantos de coposo armiño, cabrilleante a los rayos del sol, que se filtra entre las nubes. Son cuadros de insuperable belleza que se pierden en la llanura, pues la vegetación obstruye la vista con sus frondosos boscajes que su-



SELVA DEL ANTI-SUYO.

ben hacia los árboles gigantes, y sólo en las márgenes de los ríos se goza de hermosos panoramas formados por vastos muestrarios de vegetación tropical.

Las selvas que están al oriente del Cuzco fueron la primera comarca boscosa que atrajo la atención de los Incas. Al este del valle de Vilcamayo la Cordillera de los Andes está materialmente cortada por el del Yanatilde y más hacia el este por el dilatado valle que riega el río Paucartambo. Así el Yanatilde como el Paucartambo fluyen al norte a unirse con el Vilcamayo, cuyos cursos tanto tiempo ignorados sólo se descubrieron hace poco. Desde la última cadena de los Andes, al este del Paucartambo, descíendese rápidamente a la *Montaña*, según llamaron los Españoles a los bosques tropicales. Poblaban éstos pequeñas tribus de indios bravos que vagaban por su territorio, ya pescando en canoas, ya cazando a flechazos o con *pucuna* (blowpipe). Algunas de estas tribus tenían cierta afinidad con las andinas, pero la gran mayoría era de raza distinta.

Cuestión importantísima para los Incas fué el sojuzgamiento de la *montaña* contigua a los Andes, pues en sus valles tropicales cultivábase la coca, que servía de alimento a los Peruanos; y suministraba, además, cargamentos de bambú, palo de chonta para las armas y otras maderas de construcción, plumas para los tocados y la mayor parte del oro que recibían los Incas.

La campaña que realizó Túpac Yupanqui en la conquista del Anti-suyu fué, como todas las suyas, magistralmente concebida y heroicamente ejecutada. El largo valle del Paucartambo, que yace al pie de la última cadena de los Andes, ofrecía base conveniente para las tres columnas del ejército del Anti-suyu que allí debían reunirse. El propio Inca partió al frente de la primera, de un lugar del valle, llamado Ahua-tuna, y bajó a la selva por la hermosa quebrada de Chiri-mayu; la columna central comandada por el Príncipe Uturuncu Achachi, her-

mano del Inca, acampaba en un lugar llamado Amaru, emplazamiento actual de la ciudad de Paucartambo, y debía desembocar por el camino llamado hoy «Tres Cruces»; la columna derecha, conducida por un caudillo llamado Chalco Yupanqui, debía venir de Pilcopata o «cerro florido», y una cuarta columna, encomendada a Apu-ccurimachi, debía invadir, al propio tiempo, la *montaña* de Marcapata, por el sur.

Una vez reunidas las tres columnas en el valle de Paucartambo, habían de partir a un tiempo, siguiendo direcciones convergentes, para efectuar una junción en Opotari, ya en plena selva, a cosa de doce millas de su base de la Cordillera. Los habitantes del valle que pertenecían a la tribu llamada de los Campas o Antis, se sometieron sin resistencia, y los invasores fundaron cerca del río Tono un establecimiento llamado Abisca, para el cultivo de la coca. Comenzó luego el Inca a abrir un camino a través de la selva virgen, con el propósito de llegar al asiento de la próxima tribu, en tanto que los vigías trepaban a los árboles más altos para descubrir por el humo de las hogueras la ubicación de los lugares habitados. Resintiéronse las tropas del cambio de clima y del trabajo de tala del bosque; muchos soldados se enfermaron y murieron. En una ocasión el Inca, al frente de un tercio de sus tropas, se extravió y vagó por el bosque durante muchos días, hasta que, al cabo, se encontró con la columna de Uturuncu, que le indicó el camino, y las fuerzas unidas bajaron por el río Tono.

Resultado final de la campaña fué la rendición y sujeción de las tres ramas de los Campas, tribu de hombres apuestos y musculosos y de mujeres bellas. Esas tres ramas eran. los Opataris, los Mañaris, llamados también Yana-simis o «bocas negras», y los Chunchos. Su sumisión trajo consigo la anexión al Imperio de un gran territorio selvático que encerraba maderas preciosas y suelo adecuado para el cultivo de la coca. Cosa análoga sucedió

en las tierras bajas del río Vilcamayo y en la *montaña* que esté al otro lado de los cerros de Vilcapampa, con los Mañaris, tribu que en adelante mantuvo relaciones amistosas con los Incas. Más al norte vivía una tribu feroz y hostil, la de los Pilcosones.

La columna de Marcapata, conducida por Apu-ccurimachi, marchó al este hacia el Inambari y avanzó hasta un río llamado Paititi, en donde el caudillo fijó los hitos de la frontera del Imperio. Encomendóse a Uturuncu el remate de la conquista con la ayuda de los destacamentos de colonos que rozaban los bosques para plantar coca y que recogían palos de chonta y otros productos. La mayor parte de las estaciones se establecieron en torno de Abisca y en la hoya del Tono; mas también se fundaron en las márgenes del Vilcamayo y en Marcapata.

Anexado ya el Colla-suyu, las selvas de las provincias de Carabaya convirtiéronse en considerable fuente de riquezas para los Incas. Envióse gran número de colonos collas a los hermosos valles a sembrar árboles frutales, a cultivar coca y a extraer y lavar oro. En realidad, fué principalmente de Carabaya de donde procedieron las inmensas remesas de oro que se emplearon en la fabricación de vasos y demás utensilios, en el ornato de los templos y de los ídolos, en la confección de tronos y literas, en el ornato de las ricas vestiduras y en varios otros menesteres. Mucha parte del precioso metal procedió, igualmente, de los pingües valles cuyos ríos forman en su confluencia el Beni.

Más al sur, en las selvas del «Gran Chaco» o ancho campo de caza, vivían varias tribus salvajes y feroces, entre las que se contaban los Chiriguanos, de quienes se decía que eran caníbales. Mostrábanse siempre hostiles y llevaban su audacia hasta el punto de hacer incursiones en las tierras altas de Charcas.

En el río Huallaga vivían los descendientes de los fugitivos Chancas, de que hablamos más atrás. Se asegura

que empujaron a los antepasados de la actual tribu amazónica de los Mayorunas más abajo del curso del gran río; y es muy posible que las actuales tribus huallaguinas de los Cholones y de los Motilones o Lamistas sean descendientes de los Chancas. Más tarde, los Incas ocuparon Chachapoyas, en la hoya del Marañón.

Se conserva el recuerdo de una expedición que envió el Inca Huayna Ccápac al país de los Cofanes, tribu que vivía en las selvas del Napo al oriente de Quito. Montesinos narra también una tradición de un viaje de varios Orejones desde esa comarca hasta el Cuzco, por ríos navegables y a través de espesuras, viaje que hubo de durar varios años. De ser cierto, fué, en realidad, una hazaña admirable, cuyo relato no me parece inverosímil, si se tienen en cuenta la energía y el talento de la raza andina.

La política de los Incas en la región amazónica patentiza la sabiduría de estos monarcas. No hicieron giras o expediciones inútiles, sino las indispensables en provecho del Imperio. De sus establecimientos de la *montaña*, debidamente abastecidos con trabajadores, recibían oro en cantidades inmensas, coca, que era casi indispensable para el pueblo, madera de construcción, palo de chonta para lanzas y otras armas, bambúes, plumas de aves, frutos, hierbas medicinales, gomas y resinas, y enviaban, en cambio, a los colonos carne y papas, maíz, vestidos, sal y otros condimentos. De tal suerte, los bosques de la *montaña* constituían una parte, y nó la menos importante, de su gran sistema administrativo.

CAPITULO XIII

LOS VALLES DE LA COSTA

LA costa del Perú fué tardía conquista de los Incas. Comprendía diversas civilizaciones, entre las que la del Norte, en especial, plantea problemas filológicos e históricos aún insolubles. El aspecto físico de esta región es singular e interesantísimo y requiere detenida consideración, como prefacio al estudio de la escasa materia histórica que poseemos acerca de los antiguos pueblos que habitaron tan maravillosa comarca desde remotísimos tiempos.

Desde el grado 4 hasta el 20 de latitud sur, extiéndose, por espacio de mil quinientas millas, entre la Cordillera Marítima y el Océano Pacífico, una faja de tierra que mide una anchura media de veinte a sesenta millas. Surgió del mar en época no muy remota, pues las mismas conchas que se encuentran actualmente en el Océano se mezclan en su suelo con restos humanos, y Darwin encontró mazorcas de maíz y cuerdas de algodón a ochenta y cinco pies de altura sobre el nivel del mar (1). Aquel levantamiento debió efectuarse en época en que no sólo el hombre habitaba el país, sino cuando ya existían comunidades agrícolas que cultivaban el maíz y el algodón.

La costa peruana es, en verdad, una región sin lluvias, fenómeno cuya causa despertó el interés de la mayor parte de los antiguos cronistas. Acosta trató el asunto muy confusamente; Cieza de León se acerca más al verdadero origen de la sequía, que se encuentra naturalmente en la elevación de los Andes. Los vientos alisios del sudoeste

(1) En la isla de San Lorenzo, que forma la rada del Callao.

te cruzan oblicuamente el Océano Atlántico hasta que llegan a la costa del Brasil, pesadamente cargados de humedad; de allí prosiguen su viaje y acarrean esa humedad a través del continente depositándola en su suelo a medida que avanzan, y surtiendo a los tributarios y fuentes del Amazonas y del Plata, hasta alcanzar, al cabo, los nevados pidos de los Andes, donde la bajísima temperatura allí reinante les escurre la última gota. No encontrando luego, en su recorrido, ninguna superficie evaporante ni temperatura más frígida que la que acaban de sufrir en las crestas andinas, los alisios llegan al Océano Pacífico antes de empaparse nuevamente en agua; la última gota que traían quedó depositada en forma de nieve en las cordilleras, y alcanzan la región costeña como vientos completamente secos.

Mas no se crea, por ello, que la atmósfera de la costa es del todo seca. De noviembre a abril reina calor intenso: y el cielo es despejado, pero en mayo cambia el decorado, levántase una delgada niebla, cuyo espesor aumenta hasta octubre, niebla que nace en las mañanas y se disipa a cosa de las tres de la tarde, y que acaba por resolverse en una finísima llovizna llamada *garúa*. Esta *garúa* cubre desde la playa hasta cerca de los cerros, en donde empieza la lluvia, marcándose perfectamente la línea divisoria de la región de la *garúa* y la de la lluvia, si bien hay lugares en que riegan la mitad de la tierra *garúas* y la otra mitad lluvias. No obstante esto, el aspecto predominante de la costa es el de un desierto sin lluvias, atravesado, de tanto en tanto, por valles feraces. Otro agente modifica y enfría (1), asimismo, el clima costeño. No sólo es el constante viento sur, sino además una helada corriente marítima, cuya temperatura es varios grados más baja que la del Océano que la rodea. Creen algunos que procede de las regiones antárticas, y opinan otros que proviene del agua

(1) El texto dice *caliente*, pero esta palabra está manifiestamente equivocada. (N. del T.)

fría de los abismos oceánicos que sube a la superficie. Sea como fuere, la corriente de Humboldt, así llamada desde 1802, modifica profundamente el clima de la costa peruana y lo hace más frío y seco que el de cualquiera otra región tropical.

Si bien la mayor parte de la costa se compone de desiertos o de áridas hileras de cerros pétreos, está regada, a la vez, por ríos, que, de cuando en cuando, cruzan el desierto, formando valles fértiles de anchura variable. Los desiertos que separan estos valles tienen también extensión variable, midiendo los más grandes más de setenta millas de largo. En su orilla occidental surgen del mar escarpados morros, sobre los cuales se extiende la meseta desierta, aparentemente desnuda de vegetación. La superficie del suelo es dura, por lo común; mas en los desiertos se ven grandes montones de arena movediza, que forman aislados montículos, llamados médanos, con aspecto de media luna, de hermosa simetría, con agudas crestas, y cuya cara convexa mira del lado de los vientos alisios. Una piedra o un esqueleto de mula constituyen su núcleo; pero cambian de sitio incesantemente a merced de los ventarrones, que los transportan en inmensas nubes de arena que se elevan a centenares de pies de alto, arremolinándolos caprichosamente. En reposo, los médanos miden una altura variable de ocho a veinte pies, tienen una cresta afilada y su cara interna es perpendicular, en tanto que la exterior es oblicua. Diseminados en la árida llanura forman intrincados laberintos en los que más de un viajero noctívago se ha extraviado y perecido con su caballería, tras varios días de inútil búsqueda, sirviendo ambos cadáveres de núcleo para nuevos médanos. Al amanecer se escuchan en la lejanía sonidos musicales: provienen de la crepitación, en la abrasada atmósfera, de los granos de arena de las agudas cresta de los médanos.

Aparentemente los desiertos costeros del Perú carecen de toda vegetación: hasta donde alcanza la vista se

extiende una llanura desolada; no obstante, allí crecen dos o tres especies de plantas. Los médanos pequeños tienen capuchas de blancura nívea, que contrastan con el blanco grisáceo de la arena. Esa blancura se debe a una aglomeración innumerable de las pequeñas espigas cilíndricas de una especie de amaranto, cuyos tallos crecen entre la arena del médano, ramificándose en él, y se elevan hasta asomar sólo sus cabezas a flor del montículo. Las otras dos plantas del desierto son especies de *yuca*, de tubérculos comestibles, que viven subterráneamente años enteros, produciendo solamente tallos hojosos en las raras épocas en que la humedad penetra en sus raíces. Al pie de los cerros yérguense los cactus de alto ramaje. Cuando las nieblas se posan sobre aquéllos, las *lomas* o hileras de colinas que bordean la costa, sufren un cambio completo. Como al golpe de una varita mágica, florida vegetación derrámase sobre la tierra, que se cubre con pastos y flores silvestres, por lo común compósitas y crucíferas; pero esto sólo dura breve tiempo, y casi todo el año los desiertos ofrecen desolado aspecto, huérfanos de toda vegetación y sin rastros de ser viviente. Acaso, en las altísimas regiones de la atmósfera, pueda verse el majestuoso cóndor, —única señal de vida en el muerto paisaje.—deslizándose perezosamente sobre el viento.

Imagine el lector la impresión del viajero que, tras caminar penosamente leguas y leguas de tan árida e inhospitalaria región, se encuentra súbitamente a la vista de un valle ribereño. La metamorfosis es mágica. Mira ante sí una vasta extensión revestida con perenne verdura. Alamedas y bosquecillos de palmeras y de sauces bordean los cauces de los riachuelos, en cuyo derredor se extienden huertas, campos de maíz y de algodón, *montes de algarrobos* que franjea el valle y que constituyen una de sus peculiares características.

El *algarrobo* (*prosopis horrida*) es un árbol nudoso que rara vez excede de cuarenta pies de alto, de corteza

rugosa y hojas bipennadas; su tronco jamás crece recto; apenas nacido se engruesa, y como sus raíces agarran mal la tierra arcillosa, se tumba de costado y empieza pronto a echar raíces nuevas dondequiera que su tronco se pone en contacto con el suelo, ofreciendo así un aspecto enroscado y fantástico que lo hace parecer más un tirabuzón gigantesco que un árbol. Produce racimos de florecitas verdeamarillentas que alimentan a enjambres de mosquitos y de escarabajos, que, a su vez, son pasto de bandadas de pájaros, en su mayoría cantores. Dichas flores rematan en cápsulas pendulares, de seis a ocho pulgadas de largo, que encierran diversas semillas pequeñas sumergidas en una sustancia mucílago-esponjosa, que constituye su parte nutritiva. La madera de este árbol es muy recia y durable y da magnífica leña para combustible. Junto con el algarrobo crecen arbustos, que a veces se convierten en árboles, de *vichaya* (*Capparis crotonoides*), comúnmente llamados *zapato de perro* (*Colicodendrum scabridum*), y una *Apocynea*, de lucientes hojas verdes lanceoladas y racimos de florecillas blancas. Cerca de la base de la cordillera la vegetación se torna más densa y variada.

Los feraces valles costeños se diferencian en extensión y en la dotación de agua que reciben. De los ríos que los fecundizan, unos tienen sus fuentes al otro lado de la cordillera marítima y su corriente es abundante y perenne; otros tienen caudal menor, y algunos, cuyas fuentes se encumbran en la cordillera Marítima, se secan de vez en cuando, o tienen un curso de agua precario.

En total, hay cuarenta y cuatro valles costeños (1)

(1) Von Tschudi eleva la cifra a cincuenta y nueve, añadiendo quince a los cuarenta y cuatro que decimos, pero es por considerar entre los valles a barrancos de riachuelos casi siempre secos, como el de Asia a las *quebradas* de Pescadores y Manga, Pisagua, Tacama, Mejillones y Loa, y cuenta a los brazos de ciertos ríos, por ríos distintos, como los de Macara, Quiros y Somata, afluentes del Chira y la de Cinto y Tuqueen, Ingenio, Palpa y Chimpa, tributarios del Río Grande, con los que alcanza la mencionada cifra pero cuyos nombres no da,

176 LOS INCAS DEL PERU

a lo largo de las mil cuatrocientas millas que mide el litoral peruano, los cuales, desde el punto de vista de la antigua historia del Perú, pueden dividirse en tres secciones. Los veinte valles del norte comprenden el territorio del Gran Chimú, cuya historia aún envuelven los velos del misterio; los doce del centro constituyeron los dominios de la confederación de Chíncha, y los doce del sur estaban solamente poblados por *mitimaes*, en los últimos tiempos del Imperio, si bien albergaban también una escasa población de pescadores aborígenes.

Valles del Chimú	Valles de la Confederación de Chíncha.	Valles del Sur
(1) 1 Tumbes	(1) 21 Chancay	(1) 33 Acarí
(1) 2 Chira	(1) 22 Carabayllo	34 Atiquipa
(1) 3 Piura	(1) 23 Rímac	(3) 35 Atico Yauca
(1) 4 Motupe	(2) 24 Lurín	(1) 36 Ocoña
o Leche	(1) 25 Mala	(1) 37 Majes
(1) 5 Lambayeque	(1) 26 Huarco	(1) Vitor
(2) 6 Eten	(3) 27 Tupara	(1) 39 Tambopalla
(2) 7 Saña	(1) 28 Chíncha	(1) Ilo
(1) 8 Pacasmayo	(1) 29 Pisco	(1) 41 Locumba
(1) 9 Chicama	(1) 30 Ica	(1) 42 Sama
(1) 10 Muchi	(1) 31 Río Grande	(1) 43 Tacna
(2) 11 Virú	(2) 32 Nazca	(1) 44 Azapa
(2) 12 Chao		
(1) 13 Santa		
(2) 14 Nepeña		
(1) Pativilca		
(2) 15 Casma		
(3) 16 Culebra		
(2) 17 Huarmey		
(2) 18 Parmunca		
(1) 19 Huaman		
(1) 20 Huara		
(2) Supe		

(1) Ríos que tienen sus fuentes en la región de las lluvias regulares anuales.

(2) Ríos que tienen afluentes en la región de las lluvias.

(3) Ríos que tienen sus fuentes fuera de la región de las lluvias periódicas.

la sábana arenosa de los valles costeros, el ojo del poder central seguía a sus súbditos y su infalible pensamiento, benéfico si inexorable, proveía a todas sus necesidades, percibía su tributo y escogía a sus hijos para las diversas funciones del Estado, según sus aptitudes.

Semejante organización fué, ciertamente, el socialismo tal como lo concibieron los soñadores de ayer y lo preconizan los bisoños idealistas de hoy. Fué, porque coincidieron, en proporción que jamás volverá a darse, sus condiciones esenciales, a saber: despotismo inflexible, aislamiento absoluto, población inteligente y singularísima, estancada en civilización rudimentaria, y una combinación extraordinaria de genio y sagacidad políticos.

Fué arrasada por la invasión española y no volverá a verse. Sólo pocos, muy pocos, entre sus destructores, fueron capaces de apreciar el edificio que destruyeron, su belleza, su simetría y su perfecta adaptación al medio ambiente; pero ninguno logró reconstruirlo. Sus más cultos demolidores fueron los legistas, a quienes los gobernantes encomendaron cierto ensayo de reconstrucción, tales como Ondegardo, Matienzo y Santillán, quienes sólo pudieron pensar, decepcionados, lo que escribió Santillán: «Mucho hubo en su república de tan excelente que merece alabanza y aun es digno de imitación». Intentáronse aún varios tímidos ensayos de imitación, que fracasaron por completo, y el edificio sin par acabó de arruinarse para siempre.

NOTA DEL CAPITULO QUE VERSA SOBRE LA ORGANIZACION
SOCIAL PERUANA

Los historiadores de la civilización peruana de la época de Robertson y de Prescott sostuvieron que toda aquella civilización nació y creció con los Incas, quienes la sacaron, por decirlo así, de la nada; pero una escuela más reciente de críticos ha demostrado lo absurdo de semejante creación, y sostiene, a su vez, que los Incas no crearon sino que sólo sistematizaron organizaciones sociales y tribales que existían desde remota antigüedad.

En 1908 se publicó en Lima un notable ensayo crítico de las obras de estos últimos autores, que sostiene la tesis de la adaptación por los Incas de una organización muy anterior a ellos, con el título de «El Perú antiguo y los modernos sociólogos». Su autor, don Víctor Andrés Belaúnde, domina a fondo el asunto. Comienza exponiendo las conclusiones que sienta el sociólogo alemán Cunow en su libro «Organización del Imperio de los Incas—Investigaciones sobre su antiguo comunismo agrario». Según Cunow, desde remota antigüedad existieron grupos sociales aislados que se basaban en la estructura de las comunidades de aldea de la India y de la marca alemana: tales eran los *ayllus*. Sostiene que los *ayllus*, en su primitiva forma de comunidades de aldea antecedieron a los Incas: que éstos respetaron su organización y se limitaron a sistematizarla. Belaúnde afirma que esta hipótesis ha revolucionado por entero el criterio científico acerca del régimen incaico. La organización comunística no nació con la monarquía incaica, sino que fué muy anterior a ésta. El comunismo del antiguo Perú no fué consecuencia de una organización política dada ni realización de un plan de comunismo estatal: fué, simplemente, resultante de la agrupación de numerosos *ayllus* que en común poseyeron el territorio bajo el cáudillaje del más poderoso. De suerte que el Perú antiguo no es el prototipo de la monarquía patriarcal, como se ha creído hasta ahora, sino el resultado de una organización comunística que los Incas encontraron perfectamente realizada, lejos de concebirla y de imponerla a las tribus que subyugaron, por la fuerza o por la diplomacia, como se ha sostenido. El Perú precolombino no fué el arquetipo del socialismo sino, simplemente, una vasta agrupación de comunidades de aldea.

Tras la obra de Cunow apareció «La evolución de las doctrinas políticas y de las creencias» por el sociólogo Belga Guillermo de Greef, quien consagra un capítulo interesante al Perú, en el que coincide sustancialmente, con la opinión de Cunow.

Belaúnde expone luego las teorías de dos eminentes escritores sudamericanos, D. Bautista Saavedra y D. José de la Riva Agüero, boliviano el primero, y el segundo, peruano.

En su libro «El Ayllu», sostiene también Saavedra que los *ayllus*, en su estructura de comunidades, existieron antes del Imperio incaico; y Riva Agüero explica la agregación gradual de las tribus que lo constituyeron.

Nuestro autor pasa, enseguida, a criticar las opiniones de Prescott, Lorente, Letourneau, Wiener, D'Orbigny, Desjardins, Spencer y Bandelier y las de quien esto escribe y que constan en la historia crítica y narrativa de América de Winsor. Dice que los primeros historiadores no llegaron a estudiar las condiciones sociales del Perú preincaico y que las teorías de Spencer sobre la civilización peruana, que expone en su monumental Sociología, se basan en erróneos conceptos e informaciones inexactas.

El autor de estas líneas había ido acercándose, gradualmente, en el curso de sus estudios, a la citada conclusión de que el socialismo peruano no fué obra de los Incas, sino fruto de una organización social antiquísima, que aquéllos respetaron e incorporaron a su Imperio. Como se ve en el presente capítulo, llegó fundamentalmente a las mismas conclusiones que Cunow y los que con él concuerdan, y que Belaúnde resume y critica tan admirablemente en su interesantísimo e inteligente estudio; pero, a la vez, cree que la preexistencia del comunismo agrario no amengua en lo menor la admirable grandeza del régimen incaico. La sagacidad que movió a los Incas a respetar las instituciones de las muchas tribus que sometieron, y el talento con que adaptaron dichas instituciones a la estructura de su gran Imperio, demuestran excepcional genio político, explican la celeridad de su encumbramiento y la débil resistencia que encontraron.

CAPITULO XII

TTAHUA—NTIN—SUYU

I

CUNTI—SUYU

EL nombre oficial del Imperio de los Incas fué *Ttahua-ntin-suyu*, frase compuesta de la voz *ttahua*, que significa cuatro, de la partícula *ntin*, que indica el plural, y de la palabra *suyu*, que equivale a provincia, frase que, vertida al castellano, viene a significar «Las cuatro Provincias Unidas», esto es, las cuatro grandes circunscripciones, situadas al oeste, al norte, al sur y al oriente del país central de los Incas. La provincia occidental llamábase *Cunti-suyu*, y abarcaba el territorio comprendido entre el Apurímac, la Cordillera Marítima y la Costa. Llamábase *Chinchay-suyu*, la provincia septentrional, que comprendía Huamanga, el valle de Jauja, Huánuco, Cajamarca hasta Quito, y los valles costeros de las comarcas citadas que son litorales. Constituían el *Colla-suyu* o provincia meridional, la hoya del lago Titicaca y Las Charcas hasta Tucumán, Chile y los valles de Arequipa, Moquegua y Tacna. La región situada al este del país de los Incas y toda la extensión amazónica explorada en esa dirección formaban el *Anti-suyu* o provincia oriental.

Geográficamente considerada, la provincia de *Cunti-suyu* se divide, a su vez, en tres regiones situadas al oeste

del Apurímac, entre los meridianos 70 y 76 de longitud O. y regadas todas tres por los tributarios de este río. La primera queda entre los ríos Apurímac y Pachachaca; la segunda, entre el Pachachaca y el Pampas, y la tercera abarca la sección de la Cordillera Marítima encerrada dentro de los meridianos referidos. Según los ayllos principales o tribus que las habitaron, podemos denominar a esas regiones Quechua (1), Chanca y Lucana.

Ocupaban los Quechuas el hermoso valle de Abancay (2) y algunos otros, hasta la fortaleza de Curamba, al otro lado del Pachachaca. La ubicación de esta tribu está en parte fijada en las relaciones que narran la primera campaña de Túpac, en la que este monarca ocupó las fortalezas quechuas de Tuyara (3), Cayara (4), y Curampa (5). Los Quechuas tenían estrecha afinidad racial con los Incas y hablaban el mismo lenguaje que éstos; de ahí que los primeros gramáticos españoles de la lengua general del Imperio la denominaran Quechua, probablemente porque la estudiaron en el país quechua. Mossi interpreta ese vocablo, sosteniendo que se deriva del participio pasivo del tiempo verbal *quehuini* (yo enrosco), que es *quehuisca* (enroscado) y del sustantivo *ichu* (hierba), que, unidos, forman la frase *quehuisca-ychu* (hierba enroscada), por síncope *quechua*, voz que, andando el tiempo, vino a designar una región templada, ni muy cálida ni muy frígida.

El valle de Abancay descubre hermosísimos paisajes. En los cerros del sur, puédense ver de una ojeada plantas de casi todos los climas. Por la base de aquéllos se desliza

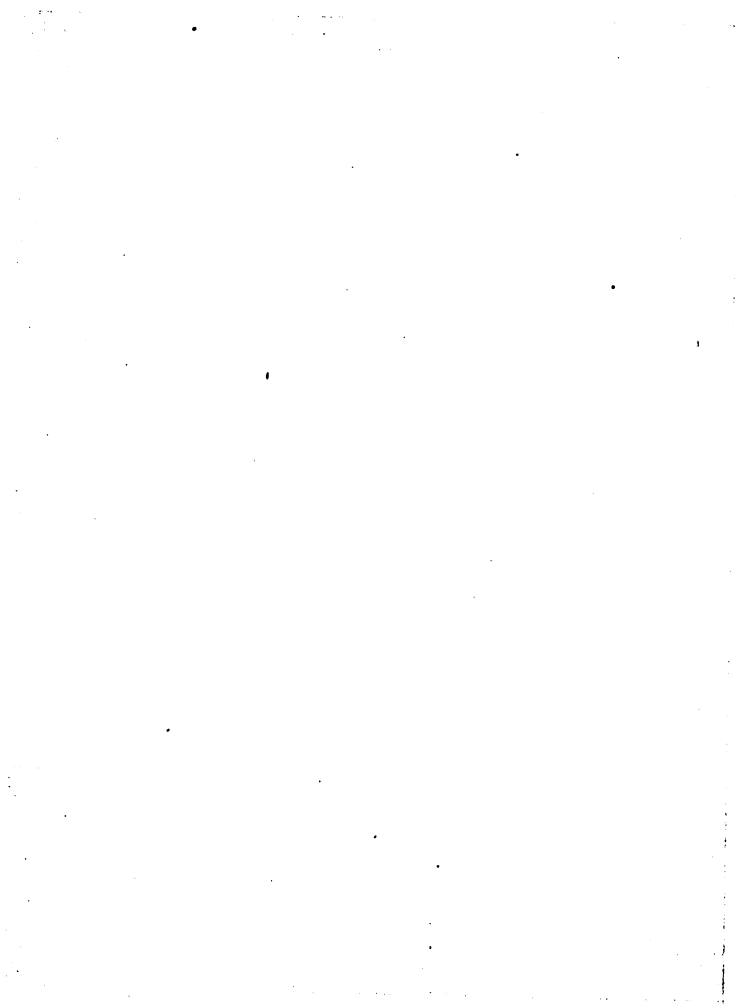
(1) Quechua (*Khechua*, Mossi) significa región templada. Mossi hace derivar esta voz de *qquehuini* (enroscar), de donde viene *qquehuiscca* (enroscado), y de *ichu* (hierba), voces que unidas forman la frase *qquehuiscca ichu* (hierba enroscada), *quechua*, por síncope.

(2) *Apani*, yo acarreo; *apana*, carga; *cay*, partícula que expresa una idea abstracta. A caso indique esta denominación un lugar de carguío o un depósito se cargas.

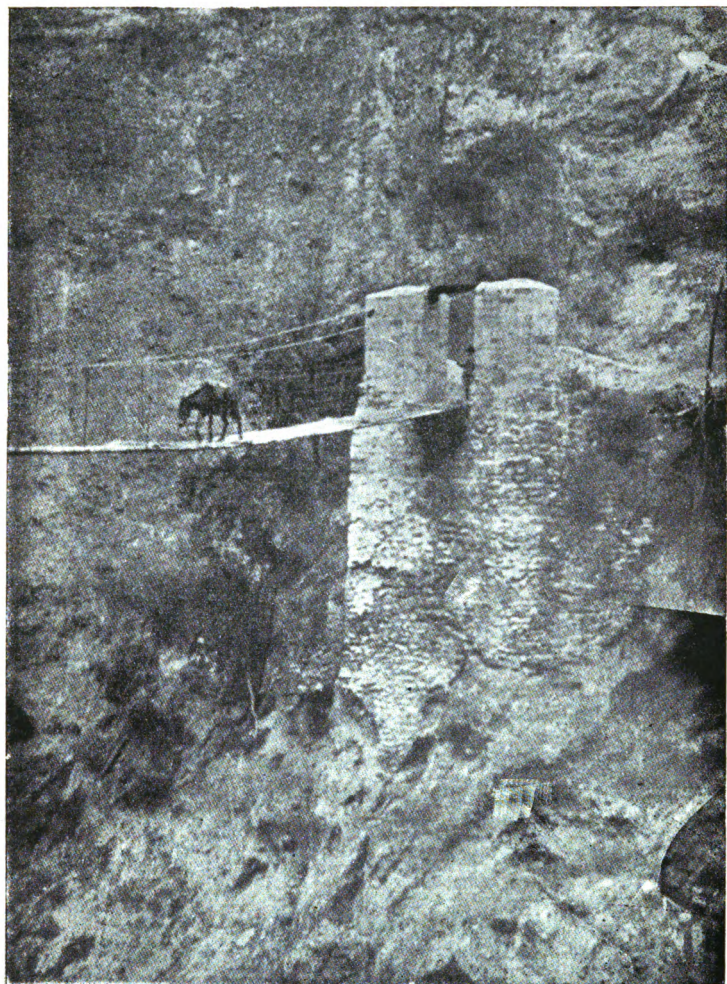
(3) *Tuya*, pinzón; *rac*, aún.

(4) *Ccaya*, después, en el futuro.

(5) Sarmiento, pág. 130. *Cu*, forma reflexiva; *rampa*, litera.



Digitized by Google



PUENTE SOBRE LA QUEBRADA DEL RIO PAMPAS.

el veloz riachuelo, entre ondulantes crenchas de mazorcas y árboles frutales; en las escarpadas laderas superiores se ven cultivos de papas y otros tubérculos comestibles; encima, en los empinados flancos de la montaña, en que campean rocas, crecen pastos, y, arriba aún, las cumbres hienden el cielo. Al otro lado del valle, las faldas de los cerros descienden hasta las márgenes del Pachachaca, desenvolviendo graderías de cultivos. Las abruptas gargantas y las encumbradas punas que se yerguen sobre el Pachachaca y demás tributarios del Apurímac, fueron hogar de cuatro ayillos de ásperos montañeses, parientes cercanos de los Quechuas, a saber: los *Chumpiulcas*, los *Cotapampas*, los *Umasuyus* y los *Aymaras* (1).

La belleza del paisaje comprendido entre los ríos Pachachaca y Pampas encanta más y más según se asciende a las crestas, de donde la mirada abarca el panorama de los valles y gargantas de Angamos, Pincos y Huancarama (2). Sobre una meseta herbosa, que domina el sendero, se asienta la antigua fortaleza de Curamba, baluarte de los Quechuas. Consta de tres terrazas superpuestas, revestidas de cantería, y de una rampa al este, que desciende por un declive a cada terraza. En tiempo de guerra debió ser acantonamiento de tropas de reserva. El accidente geográfico característico de esta región chanca es el amplio y fértil valle de Andahuaylas (3), que por ambas calidades puede albergar a una población vastísima. Otros valles feraces se abren entre Andahuaylas y el río Pampas que, como el Apurímac, corre en el fondo de una quebrada tan profunda que la vegetación de sus márgenes es completamente tropical.

(1) *Chumpi*, montón de piedras; *uilca*, sagrado; *cuta*, tierra; *pampa*, llanura; *uma*, cabeza; *sayu*, lindero. *ayma*, canto; *aray*, enmascarado.

(2) *Anca*, águila; *ma*, veamos, *pincu*, techo; *huanca*, canto de mu-
jer que trabaja en el campo; *ramca*, sueño.

(3) *Anta* o *Anda*, terraza; *hualla*, verde, fresco.

Al otro lado del Pampas, en los valles formados por sus tributarios que bajan de la Cordillera Marítima, y en las vertientes del Pacífico, vivían dos poderosas tribus serranas llamadas Soras y Lucanas (1). Parece que fueron más civilizadas que sus vecinas, como lo atestiguan las imponentes ruinas, que yacen en la región sora llamada Vilcas-huaman, de un palacio incaico, pues ésta fué la sede principal de los Incas en el *Cunti-suyu*; pero allí debieron haber edificios anteriores a la anexión incaica, pues Montesinos menciona a un rey de Vilcas, y sabemos que los Soras no se sometieron sin oponer resistencia. Los Lucanas, sus vecinos, ocupaban ambas vertientes de la Cordillera. En la del Pacífico se abre un gran lago alpino, que pueblan flamencos, llamado *Parihuana-cocha* (2), en cuyas orillas parece que fijaron aquéllos su principal asiento. Abajo se dilata el hermoso valle de *Nazca* (3), que debe su fertilidad al más estupendo acueducto peruano, que a mi parecer fué obra de la habilidad, inteligencia e industria de los Lucanas. Estos serranos fueron famosos por su fuerza física así como por su ingenio e industriosisdad. Especial privilegio suyo durante los últimos años del Imperio fué conducir la litera imperial.

El valle de Nazca es uno de los más asombrosos monumentos de la civilización andina. El agua que lo fertiliza baja perennemente, desde las montañas de Lucanas hasta el llano por canales subterráneos de piedra que miden la estatura de un hombre y cuyo nacimiento es desconocido, y se distribuye por todo el valle por otros conductos pequeños, que metamorfosean el desierto costero en un paraíso. En este valle se ha desenterrado recientemente una alfarería con dibujos característicos, a la que se atribuye considerable antigüedad.

(1) *Sora*, licor más fuerte que la *chicha*; *rucana*, dedo.

(2) *Parihuana*, flamenco; *cocha*, lago.

(3) *Nanasca*, golpe.

II

CHINCHAY—SUYU

Chinchay-suyu, la provincia septentrional del Imperio, comprende las dos grandes cadenas de los Andes y los ricos y fértiles valles que encierran. La orientación, que en el Cunti-suyu era de este a oeste, tórnase aquí casi de norte a sur, paralelamente a la costa. Los valles de esta provincia albergaban densas poblaciones y sus montañas estaban habitadas por tribus de recios montañeses.

En el primer ejército que el Inca Pachacútec despachó a la conquista del Chinchay-suyu, partió un vasto contingente de subyugados Chancas, que comandaba Anco-ayllu, uno de sus caudillos. Los Chancas pelearon bravamente por los Incas, hasta que, irritado su caudillo de su propia sumisión, incitólos a que desertasen las filas incaicas. Tramóse un complot, y, en día prefijado, abandonó el campamento el contingente chanca encabezado por Anco-ayllu, y se dirigió a marchas forzadas a las selvas amazónicas. Inicióse el éxodo en un paraje llamado Huarac-tampu, cerca de Huánuco. En breve se pusieron los fugitivos fuera del alcance de sus perseguidores, y se presume que se establecieron en los valles que bordean el Bajo Huallaga. Allí los encontró en 1556 una expedición española; y un viajero moderno, ha insinuado que los semicivilizados Lamistas o Motilones del propio río son descendientes de aquéllos. Este episodio dejó huella profunda en los anales incaicos, pues lo refieren varios cronistas españoles a quienes informaron los Amautas.

Prosiguiendo al norte de Vilcashuaman, luego de atravesar la profunda quebrada del Pampas por un puente de sogas de áloe, penetró el ejército incaico en la hoya del río Jauja, nuevo tributario del Apurímac. Los diversos riachuelos que afluyen hacia el Jauja, corren en el

fondo de profundas barrancos que separan altas mesetas feraces, donde crecen abundantes sementeras. Al oeste, yérguese abrupta la soberbia Cordillera Marítima. En tan vertiginosas alturas los aguerridos y feroces Morochucos apacentaban rebaños y cultivaban tubérculos comestibles. Tan imponentes como su vecinos, álzanse al este los cerros de Cuntur-cunca, a cuyo abrigo los Iquichanos arrostraron la invasión incaica. Las llanuras y barrancos que median entre ellos fueron hogar de la populosa tribu de los Pocras, que luchó desesperadamente por su independencia.

El último baluarte de los Pocras y Morochucos fué una ladera situada entre dos precipicios, al pie de las cumbres del Cuntur-cunca, donde se efectuó una terrible matanza, que motivó el nombre de Ayacucho o «rincón de los muertos», con que desde entonces se le designa (1). Los Morochucos restantes huyeron al oeste en demanda de sus cerros, acosados por el general incaico, que acampó, finalmente, en un herboso declive, al pie de la primera cuesta escarpada. Cuando, enmedio de sus oficiales, se disponía a empezar la comida nocturna, apareció en los aires un gavián y se puso a describir círculos sobre la cabeza del caudillo. Entonces éste arrojó al ave un trozo de carne de llama, gritándole: «*Huaman-ca*» (¡Hártate gavián!). El pueblo jamás echó en olvido esta tradición que aún hoy relatan los comarcanos, y llamó al lugar, que más tarde fué asiento de una ciudad española, *Huamanka*, (*Huamanga*) en recuerdo del alado comensal del Inca (2).

Avanzando hacia el norte y remontando el valle de Jauja, los Incas derrotaron y sometieron enseguida a la

(1) En el mismo paraje se consumó la independencia del Perú de la dominación española, en la batalla que allí se libró en 1824, entre los ejércitos del Virrey español La Serna y del General colombiano Sucre.

(2) Morúa da una versión muy distinta del episodio. Refiere que el Inca Huayna Ccápac acampó allí en compañía de uno de sus hijos llamado Huaman, y que obsequió a éste la comarca, diciéndole: «*Huaman-ca*».

nación Huanca, que poblaba y cultivaba aquella región feraz. En los cerros del oeste vivían dos tribus famosas, los Yauyos y los Huarochiris, que parece que bajaron a los cercanos valles costeros y prosperaron rápidamente haciendo el intercambio de productos de climas diferentes. Parece asimismo que los Yauyos se esparcieron por los valles de Pisco, Chincha, Huarco (Cañete) y Mala, pues en una quebrada llamada Runa-Huana que sube del valle de Huarco, se ven varias ruinas interesantes, de que hacemos mención en un apéndice. Al decir de Garcilasso, los habitantes de Huarco opusieron desesperadísima resistencia a los ejércitos del Inca, versión que parece confirmar las ruinas de un considerable castillo incaico, llamado Hervay, que corona una colina defensiva próxima al mar, que por un lado linda con un torrente, y por el otro, con un desierto.

Los Yauyos hablaban un peculiar dialecto propio, llamado *Cauqui*. Harto diezmados y esparcidos en villorrios que coronan las alturas, apenas llegarán hoy día a mil quinientos los que hablan este dialecto. Como los Rucanas y Morochucos, son los Yauyos raza inteligente que hace de sus hijos excelentes artesanos cuando los educa en los valles de la costa que antaño fueran su dominio.

Los Huarochiris habitaban en las altísimas gargantas de la Cordillera Marítima que están al norte de Yauyos y que tienen terribles desfiladeros sobre las alturas nevadas, pero cuyo descenso por ambas vertientes descubre gradualmente paisajes cada vez más hermosos: por un lado, conduce al fértil valle de Jauja, y por el otro a los valles de costeros de Chilca, Lurín y Rímac. Parece que el contraste de la imponente majestad de ciertos aspectos de este panorama, con la apacible belleza de otros, impresionó la imaginación de los Huarochiris y dió nacimiento a una mitología llena de curiosas leyendas y fábulas, de las que trataremos en el capítulo dedicado a

las creencias religiosas de la población costeña. El templo del dios-pezu Pachacámac, con su famoso oráculo, así como el del valle del Rímac, que dió a éste su nombre, eran meta de peregrinaciones que venían de todas las regiones del territorio. Parece que ambos oráculos nacieron de la exaltada fantasía de los Huarochiris establecidos en la costa. Algo más al norte de ésta, en Pativilca, hallábase la frontera meridional de las provincias septentrionales del Gran Chimú; no obstante parece que esta región costeña, comprendida entre Pativilca y el Rímac, estuvo durante mucho tiempo en situación indecisa. Los palacios de los caudillos que se enseñoreaban en el valle del Rímac asentábanse sobre grandes montículos sólidamente fortificados. El estudio de las tribus serranas de la Cordillera Marítima reviste especial interés por la circunstancia de haber debido aquéllas mucha parte de su progreso cultural a su señorío sobre los valles de la costa.

Los Incas recibieron el vasallaje de los montañeses sin invadir sus refugios y prosiguieron avanzando hacia el norte. Hallábanse ya a una inmensa distancia de sus bases, pero su estado mayor lo había previsto todo, tanto y tan sagazmente, que adelantaron confiadamente hacia el gran lago de Chinchay-cocha y el Nudo de Pasco que, como el de Vilcanota, eslabona los Andes Orientales con la Cordillera Marítima. No ha de olvidarse que el avance era cuestión de años y nó de meses.

Los conquistadores entraban ahora a otra región, a la hoya del Marañón y a la notabilísima formación geológica conocida con el nombre de «Callejón de Huaraz» (1). Al llegar a Huánuco proyectaron edificar un gran palacio que construyó más tarde Túpac Inca Yupanqui y cuyo asiento fué, al cabo, la capital del gobierno incaico en el Chinchay-suyu.

(1) O de Huaylas, según se le denomina habitualmente. (N. del T.)

Sojuzgaron luego a los Conchucos, tribu que había progresado notablemente en las artes y que había desarrollado originalmente sus creencias religiosas, y prosiguiendo su marcha, ocuparon Cajamarca, tras ligera resistencia. En una campaña posterior, Túpac Yupanqui conquistó a los Paltas y a la turbulenta tribu de los Cañaris, al paso que sometía en los valles de la costa los dominios del gran Chimú. Quito entró, asimismo, a formar parte del Imperio, tras una victoria decisiva.

La prueba más concluyente del genio de los generales incaicos está en el modo como adaptaban su métodos tácticos y estratégicos a las circunstancias imprevistas. Encontrábase Túpac Yupanqui en el palacio que había hecho contruir en Tumipampa, en el país de los Cañaris, cuando oyó hablar de las riquezas de Manta, la tierra de las esmeraldas, y de otras regiones de la costa, y resolvió explorarlas y anexarlas al Imperio. Condujo a su ejército a través de densos bosques, por un camino que iba construyendo según avanzaba, al país de los Chonos (el actual Guayaquil). Imposible parecía la empresa, en país enemigo, en que había que vencer enormes dificultades para aprovisionar a las tropas y obstáculos extraordinarios que oponía al tránsito la densa vegetación. Al llegar a las márgenes del Guayaquil, en el sitio en que este río empieza a ser navegable, encontró el Inca al enemigo apostado en una gran flota de canoas, frente a su propio ejército, impotente para atacarlo; pero para el monarca no había imposibles. Contando con un excelente cuerpo de camineros y una magnífica intendencia, podía despreocuparse de los abastecimientos. Cuanto más insuperables parecían las dificultades, tanto más fáciles de vencer le parecían. Hizo construir canoas y ejercitó a sus soldados en su manejo, hasta adiestrarlos perfectamente. En esto invirtió varios meses. Atacó enseguida la flota enemiga y trabó un combate que duró varios días, en los que la posesión del río pasó, alternativamente, de unas manos a

otras. Los soldados del Inca eran más diestros en el manejo de la lanza que en el del remo, y su hábil caudillo, aprovechando esa ventaja, ordenóles que aferrasen las embarcaciones enemigas para poder luchar cuerpo a cuerpo. El éxito no se hizo esperar, y los Chonos se sometieron. Desembarcó el Inca en el paraje en que se asienta hoy Guayaquil, y, tras un año de descanso, decidió conquistar la isla de Puná, situada en el golfo de Guayaquil, con la ayuda de los caciques Chonos, que se habían convertido en aliados de los invasores. Alistóse una flota de canoas que se tripuló por pilotos expertos. Esta expedición requería más pericia naval que número de tropas; pero nada era obstáculo a la genial estrategia de Túpac, y la isla fué conquistada. Ajustáronse generosas condiciones de paz entre el Inca y los caudillos de Puná, y nació entre ambos amistad cordial, que cimentó luego un matrimonio. Las provincias litorales de Manta y Esmeraldas, situadas al norte, no tardaron en enviar al Inca mensajeros portadores de su vasallaje, y el puerto de Tumbes, al sur del golfo de Guayaquil, fué transformado en estación militar.

Mientras Túpac Yupanqui descansaba en Tumbes, tuvo noticias de que mar adentro, habían unas islas llamadas *Hahua-Chumpi* y *Nina-Chumpi*, o sea la isla exterior y la del fuego. Era el Inca varón de altas empresas y, según el dicho de Sarmiento, «resolvió desafiar la fortuna y ver si le era favorable en el mar». Fué aquélla una expedición fantástica; mas la relación de Sarmiento está corroborada por Balboa, y yo he deducido que el relato del viaje es históricamente cierto.

Para el logro de su empresa, ordenó el Inca a sus soldados que fabricaran una inmensa flota de *balsas*, que consistían en maderos colocados sobre odres henchidos de aire y amarrados unos a otros; y se embarcó luego en ellas con un gran destacamento de su ejército, dejando el grueso en Tumbes, esperando su vuelta.

Navegó el Emperador hacia el oeste, en tan memorable expedición descubridora, y en breve desapareció en el horizonte, ante los ojos de sus súbditos que contemplaban la flota desde los cerros que rodean a Tumbes y que juzgaban la empresa tanto más temeraria cuanto que era la primera vez que presenciaban una campaña marítima. De volver el Inca sano y salvo, convencería a sus súbditos de que para él nada era imposible. Se dice que llegó a las mencionadas islas y que su ausencia duró nueve meses. Sarmiento cree que arribó a las islas Salomón, mas apenas cabe duda de que fueron dos de las Galápagos las que descubrió y exploró. El propio cronista dice que el soberano trajo a su regreso oro, un asiento de bronce y un pellejo y una quijada de caballo, que se conservaron en la fortaleza del Cuzco, pero es muy probable que los indios, ignorantes de la naturaleza de tales objetos, los confundieran con otros semejantes que conocían, y que aquéllos fuesen sólo grandes emidos (tortugas) y otros productos de las Galápagos.

La conquista y sujeción del Chinchay-suyu por los Incas ha de estimarse como la mayor de sus hazañas militares. Duró varios años y comprendió varias campañas. Si se tienen en cuenta las inmensas distancias que debieron alejarse de sus bases, la previsión y cuidado que pusieron en el aprovisionamiento de sus ejércitos, la configuración inaccesible de gran parte del territorio que fué teatro de las operaciones y la forzosidad de adaptar las tropas a nuevos métodos guerreros, amenudo frente al enemigo, no puede menos que asombrar el genio y la destreza de la raza que realizó tal hazaña. La expedición a las islas Galápagos es maravillosa. Aquellos estadistas-guerreros no fueron conquistadores vulgares, antes bien, gobernantes harto preparados para regir el vasto imperio que edificaron con talento y energaís tan extraordinarios.

III

COLLA—SUYU

En el capítulo primero describimos brevemente la hoya del lago Titicaca, sede de la misteriosa ciudad megalítica. Tras la disgregación del primitivo Imperio, sobrevino una larga época de siglos de barbarie. Es posible que las tribus que habitaron entonces las comarcas que circundan el lago fueran, en parte, descendientes de las vasallas de los soberanos megalíticos, y, en parte, descendientes de las invasoras. Era una raza dura de montañeses, fuertes y corpulentos, capaces de soportar grandes fatigas, que, a semejanza de los Incas y de los Quechuas, hablaba dialectos de un idioma primitivamente único.

De aquellas tribus, los *Canas* vivían en la cumbre divisoria de las aguas, que bajan a la cuenca del Titicaca y a la del Vilcamayo. Los *Collas* ocupaban toda la mitad norte de la hoya del Titicaca y era la más fuerte y populosa entre las que poblaban la región de que tratamos. A lo largo de las orillas occidentales del lago residían los *Lupacas*; los *Pacasas* habitaban las de Oriente, y al sur se encontraban los *Pacajes* y los *Quillaguas*. Entre los juncales de un golfo situado al sudoeste del lago vivía también una tribu casi anfibia, llamada *Uru*, que hablaba un idioma peculiar, y en otro punto del Collasuyu hablábase también otro idioma llamado Puquina. En las crónicas quedan recuerdos de grandes invasiones procedentes del sur y hasta de Chile, que asolaron esta provincia, y las tribus que la poblaban estaban avezadas a la guerra de montañas.

Con el tiempo, los Collas predominaron sobre las demás tribus que habitaban el altiplano, hasta el punto de que los primeros cronistas dan a todas el nombre genérico de la primera. Probablemente constituyeron una

CAPITULO XIV

EL CHIMU

UNO de los más arduos problemas que suscita el estudio de las razas americanas, es el origen y la historia del pueblo civilizado que habitó los valles septentrionales de la costa del Perú. En su suelo encontramos extensas ruinas que evidencian genio artístico y cierta floridez de gusto, obras de irrigación de proporciones gigantescas y de admirable plan y vemos cada pie de tierra esmeradamente cultivado. Al describir la región septentrional del Chirra, dice Mr. Spruce que, desde el valle bajo hasta cerca de las fuentes del río, todo el camino está sembrado de acueductos antiguos que conducen el agua a través de precipicios y sobre planos de escarpados declives. Los antiguos pobladores atendieron también al almacenaje del agua de las lluvias en los *años de aguas* (1) por medio de canales que ~~bordeaban~~ la base de los cerros de Mancora y las escarpas de los valles, y de grandes reservorios formados por barrancos cuyas bocas obstruían enormes diques. En aquellos tiempos cultivaba todo el valle una población densa, cuya vida comprueban los *middings*, que a veces miden leguas de largo, y en que se ven diseminados fragmentos de conchas y de alfareía. Los muros vistosamente pintados, los artefactos de oro y de plata, la asombrosa riqueza en la infinita variedad de la

(1) En castellano en el original (N. del T.).

alfarería y los dibujos de las telas de algodón, todo denuncia a una raza grandemente civilizada. Algo de su lengua, de otra suerte perdida, se nos alcanza merced a una gramática que compuso un descendiente de Conquistador, cien años después de la Conquista; en cambio, de su historia nada sabemos. Apenas nos enteramos por los cronistas españoles de que el soberano del pueblo costeño a quien sus vasallos llamaban Gran Chimú, fué sometido por los Incas, cosa de cuatro generaciones antes de la llegada de los Conquistadores; de que el citado soberano poseía grandes riquezas, y de nada más. Además poseemos una tradición, mas nó relativa al Chimú sino a sus feudatarios del valle de Lambayeque.

El núcleo del problema chimú está en las ruinas situadas entre la ciudad española de Trujillo y las orillas del Océano Pacífico, en un lugar en que los ríos Chicama y Mochi confluyen de tal suerte que forman una ancha porción de tierra cultivable, ubicada en el centro de los valles costeros del norte, entre ocho que quedan al norte suyo y ocho al sur (1). La vasta extensión ruinosa atestigüa que allí fué la capital del estado chimú. Quizá el pueblo se llamaba a sí mismo Mochica (2), voz derivada del nombre del río que surtía de agua a la capital, o acaso Nöfoen, vocablo de su lengua que significa hombre. Su idioma era el mochica.

Quienes por vez primera describieron las grandes ruinas del Chimú, con cierto detalle, fueron D. Mariano E. Rivero en sus «Antigüedades Peruanas», Squier, algo

(1) Al Norte quedan:	Al Centro:	Al Sur:
Tumbes		Guañape
Chira		Santa
Piura		Nepeña
Motupe o Leche	Chicama, Virú	Casma
Lambayeque	y Moche	Huarmey
Eten		Culebra
Saña		Huaman
Pacasmayo		Parmunca.

(2) El texto inglés dice *Muchoen* (N. del T.).

más tarde, y más recientemente el viajero francés Wiener. Entre esas descripciones la de Squier es la más exacta e inteligente. Es de advertir que debido a la disposición laberíntica y complicada de habitaciones, pasadizos y recintos y a los destrozos hechos por los buscadores de tesoros, se hace difícilísimo, aun con ayuda de planos, describir claramente las ruinas de que tratamos.

Figurémosnos una vasta llanura fértil de noventa millas de largo, por lo menos, de sur a norte, que riegan tres ríos, el Chicama, el Mansiche y el Virú, y que limita por un lado con los Andes y por el otro con el Océano Pacífico. En su centro y a la orilla del mar, alzábase la gran ciudad del Chimú, en medio de cultivadísimas tierras que sustentaban a una densa población. Para el cultivo de tan dilatada área y para el sostenimiento de los habitantes de la ciudad fué indispensable un eficaz sistema de irrigación. Consistió éste en un acueducto que conducía las aguas del río Moche desde lo alto de las montañas, a través del valle, sobre un elevado terraplén de piedra y barro, de sesenta pies de alto, por un canal revestido de piedra, hasta el declive que domina la arruinada ciudad, en donde las repartía, por canales menores, a los campos de la llanura y a los numerosos depósitos de la ciudad. Bordaba el lado oriental o interior de ésta un alto muro de considerable espesor y de varias millas de largo, que encerraba extensos jardines entrecruzados por canales de riego.

Las ruinas de esta ciudad única consisten hoy en laberintos de paredes que encuadran grandes recintos, los que a su vez encierran muchos edificios, entre enormes montículos diseminados aquí y allá. Estos montículos o pirámides constituyen la más admirable característica de las ruinas. La huaca o montículo que los Españoles denominaron «Obispo» está construída con piedras, ripio y adobes, ocupa una área de 500 pies cuadrados y tiene 150 de altura. En otra huaca llamada «Toledo» se halló

un gran tesoro. En el año de 1577 el excavador García de Toledo extrajo de allí oro por valor de 278,174 *castellanos de oro* (1), de los que pagó 61,622 en reales quintos. Siguióse excavando, de tarde en tarde. En 1797 se encontró el tesoro llamado *El Peje chico* (2); pero hasta ahora no se ha encontrado *El Peje Grande* (3). Se han sacado millones en forma de ornamentos o barras de oro. Los montículos están acribillados por pasadizos que conducen a los depósitos o a las tumbas.

Estos grandes montículos ofrecían un aspecto muy diferente del actual en tiempo de los Chimus. Escalaban las terrazas en que se alzaban, edificios de muros artísticamente pintados, cubiertos con tejados oblicuos. Dábanles sombra galerías sostenidas por columnas hechas de enroscados troncos de algarrobo, y se comunicaban por medio de pasadizos con los corredores y cámaras interiores. Semejantes edificios, rodeados por jardines, hubieron de ofrecer magnífico aspecto, desde la playa.

Squier describe muy fielmente el palacio principal. Imaginemos un vasto recinto de 100 pies de largo por 52 y medio de ancho, encuadrado por muros bordados con recargadas decoraciones de arabescos, hechas con molduras de estuco sobre la pared lisa. En los muros se abren

(1) El *castellano de oro* y el *peso de oro* eran la misma moneda cuyo valor comercial era de 2 libras esterlinas, 12 chelines, 16 peniques y equivalían a 460 maravedís de plata o sea a 14 reales. En suma, el tesoro estaba avaluado en 5,500,000 libras esterlinas.

Las cifras del texto están copiadas de la estadística de los quintos reales que constaba en los libros del Cabildo de Trujillo, que fueron destrozados por los Chilenos. Felizmente Mr. Blackwood había sacado anteriormente extractos y dió de éstos copia a Mr. Hutchinson, Consul de Su Majestad Británica en el Callao. Véanse sus *Dos Años en el Perú*, t. II, pág. 154. En la época de Squier un Coronel La Rosa hacía excavaciones en el mismo sitio y había excavado ya por valor de 30,000 dólares.

El Sr. Clemencín escribió una monografía sobre el valor de la moneda durante la época de los Reyes Católicos (Vid *Memorias de la Acad. de Hist. de Madrid*) que cita Prescott en una nota del capítulo I de su libro.

(2) Vid «Tradiciones» de Palma. (N. del T.)

(3) Vid «Tradiciones» de Palma. (N. del T.)

filas de nichos, en cuyo derredor se entrelazan las líneas de los arabescos. En la pared del fondo se recorta una puerta que conduce a los corredores y pasadizos de los montículos piramidales. Un corredor lleva a un lugar donde funcionó una hornaza metalúrgica, contigua a un recinto emparedado, lleno de vasijas y utensilios de oro y plata.

A cosa de cien varas del palacio yace un ancho y bajo montículo que excavado resultó ser un cementerio. Allí descansaban las momias en sus nichos, pomposamente vestidas y emplumadas, recamados los finos trajes de algodón con ornamentos de oro y plata. Los dibujos bordados en las telas con sedas polícromas representan pájaros que devoran cabezas de lagartos o que despedazan peces. En el centro de la huaca yérguese un edificio que mide dieciséis pies cuadrados por doce de alto, con puertas a cada lado que conducen a un espacio de diez pies por cinco, que tiene una serie de plataformas a cada extremo, lugar destinado, sin duda, a los ritos fúnebres.

A los dos monumentos principales que se alzan entre las ruinas Rivero los llama palacios y Squier, factorías. Están circundados por muros exteriores de adobe que descansan sobre cimientos de piedra y arcilla y que miden cinco pies de espesor por treinta de alto. Una factoría mide 500 varas por 400. Su entrada conduce a una ancha plaza que tienen el centro una alberca, revestida de piedra, que mide sesenta pies de largo por cuarenta de ancho. En derredor de la plaza ábrense veintidós concavidades, que fueron probablemente tiendas que daban a aquélla, y, en un extremo, se ve una terraza con tres habitaciones. Esta plaza con su alberca parece haber sido un mercado. Véanse luego seis patios pequeños, y calles o pasajes, a los que se abren muchos cuartos. De éstos se cuentan no menos de ciento once, cuyas paredes miden 12 pies de alto y están techados con techos puntiagudos. Es muy dudoso el destino de tan raras construcciones. No fueron,

ciertamente, palacios, como lo supuso Rivero. La hipótesis de Squier es, sin duda, la exacta: fueron laboriosas factorías, colmenas de industria. Allí trabajaban los artífices del oro, de la plata, y del bronce, los dibujantes, los tintoreros, los alfareros y los tejedores. Hubieron de pasar generaciones, es decir, siglos, antes de que los industriosos modeladores y dibujantes adquiriesen la suma perfección que desplegaron en sus obras en metal y en barro y en sus tejidos de algodón.

Los motivos ornamentales más frecuentes son peces, lagartos, serpientes, un gran zancudo, un pájaro que devora a un pez. La ornamentación del tocado de los caciques afectaba la forma de un cuchillo de zapatero, vuelto hacia abajo, tal como lo describe Squier, revestido con plumas y diademas de oro y plata. Las tazas y vasos de oro eran hechos con láminas muy delgadas y sus ornamentos y figuras estaban grabados por la cara interna. Amenudo recamaban los vestidos con laminillas de oro. Mr. Spruce describe sartas de planchitas, cubiertas de dibujos, cuyo tamaño y disposición recordaban los collares de las mulsumanas. En una de esas sartas habían grabadas más de cien figuras de pelícanos: cada figura representaba al pájaro en actitud distinta, y como las figuras no estaban grabadas sino estampadas, cada una debió requerir un cuño diferente. Habían vasos y tazas de diversas formas, que afectaban a veces el aspecto de una cabeza humana. Cosíanse en los vestidos, a guisa de orlas, lagartos, peces y serpientes de plata.

Pero la obra más asombrosa de la población costeña del norte peruano fué el modelado y la pintura en barro. Los colores dominantes en sus vasos fueron el blanco, el negro y un rojo pálido, y los dibujos se pintaban con diversos colores sobre fondo blanco. Muchos vasos son dobles, algunos cuádruples y otros ostentan como rasgo característico el cuello doble. No se exagera al decir que en esta cerámica están modelados o pintados no sólo la

fauna y la flora de la costa sino también los usos y costumbres sociales. Allí se representan diversas especies de frutos y legumbres, conchas, peces, lagartijas, venados, monos, loros y otros pájaros y una foca con un pez entre las mandíbulas; en una palabra, véanse innumerables variedades de formas y combinaciones, entre las que apenas se encuentran dos ejemplares iguales. Con todo, mucho más interesantes que éstas son las representaciones de cabezas humanas. Algunas, casi majestuosas, son, a no dudarlo, retratos; otras, muestran la faz crispada por el dolor; otras sonríen o cantan; y a algunas suspende una expresión arrobada, como extática. Hay también figuras que tañen instrumentos musicales y las hay que hilan. Ciertos vasos representan una mano; otros, un pie, que muestra la manera como usaban las sandalias, y muchos figuran la arquitectura, las artes, las costumbres y las ideas religiosas. Squier describe un huaco que representa la escena siguiente: un cacique está sentado en la galería de una casa de techo puntiagudo, edificada sobre cuatro terrazas. El cacique ostenta un tocado de plumas, tiene una lanza en una mano y una copa en la otra. Hacia él se acerca una larga procesión de personas que cantan, que tocan címbalos, tamboriles, flautas de Pan y trompetas de barro. Otro vaso pinta una carrera pedestre; otro, el combate entre un guerrero serpiente y un guerrero cangrejo, que simboliza acaso una contienda mítica entre el mar y la tierra. En el Museo Británico se ve un vaso con figuras aladas, y otro, notabilísimo, que muestra a un guerrero alado en actitud de volar.

Constituyen otro grupo admirable de obras de arte chimus las patenas de plata fundidas en una sola pieza. Squier describe una que representa a un hombre y a una mujer en un bosque de árboles que parecen algarrobos, y otra, que figura a un niño que se columpia en una hamaca suspendida de dos árboles, por uno de los cuales sube una serpiente; debajo, hay una caldera que hierve sobre un

fuego de leños. Tales objetos sólo pudieron servir para ornato de las habitaciones; su fundición sin el empleo de cera será siempre un misterio. Probablemente usaron algún sustituto.

Las armas de guerra eran lanzas, dardos y porras incrustadas con estrellas de bronce. Los guerreros usaban escudos oblongos de estera gruesa. Se han descubierto grandes cantidades de herramientas y de instrumentos agrícolas de bronce, así como cinceles de diversos tamaños, con cabos a manera de mangos, azadas chatas y curvas y cuchillas.

Sus obras textiles eran finísimas y señalábanse por una gran variedad de dibujos, pues el pueblo costeño cultivaba un algodón indígena cuya hebra es insuperable, por unir la longitud a la solidez. A veces las plantas de algodón producían una cápsula de un bello color nankín, que era muy estimado. Los tejedores usaban tintes variados para sus dibujos y fabricaban túnicas y mantos finísimos y primorosos, amenudo recamados con delgadas patenas de oro y plata y orlados con plumas azules y amarillas.

Del estudio de las ruinas de sus edificios, de sus obras de arte y de los grandes tesoros descubiertos, podemos concluir que el Chimu tuvo una corte de extraordinaria magnificencia, y que sus súbditos, aunque abrumados por trabajos rudos, vivían en la comodidad y en la abundancia.

Sobre la religión de este pueblo sólo nos queda una versión en la «Corónica Moralizada del Orden de San Agustín» (1), escrita por Antonio de la Calancha. Calancha fué prior de los Agustinos de Trujillo en 1619, ochenta años después de la Conquista, cuando la población sojuzgada recordaba todavía sus tradiciones. Refiere este cronista que los Chimus adoraban como a su dios principal

(1) Lib. II, cap. XI, pág. 371; cap. XXXV, pág. 484. Lib. III, cap. I, págs. 545, 552 y 556.

a la Luna, a quien llamaban *Si*, por cuanto este planeta regía los elementos y producía las tempestades. El templo de la Luna llamábase *Si An*. Creían que este astro era más poderoso que el Sol, porque el sol no sale de noche, en tanto que la luna aparece de día y de noche. Ofrecíanle en las grandes festividades sacrificios, que consistían en niños envueltos en vistosas telas, juntamente con chicha y frutas. También tributaban culto a ciertas estrellas. Adoraban al océano bajo el nombre de *Ni* y parece que le tributaban sacrificios, así como a la tierra a la que llamaban *Vis*. Rogaban al primero para que concediese buenas pescas y a la segunda para que diese pingües cosechas, y ofrendaban a ésta harina de maíz blanco. Eran también objeto de adoración ciertas rocas^{fr} que llamaban *Alespong*.

El *Si An* o templo de la Luna hallábase situado hacia el Sur, cerca de la orilla de río Moche. Es una construcción rectangular, de 800 pies por 470, que ocupa 7 acres y mide 200 pies de alto. Está fabricado con grandes adobes. Consta de una área llana de 400 pies de largo por 350 de ancho y 100 de alto, más allá de la cual se yergue una pirámide de nueve pisos o terrazas, que ocupa una área de 200 pies cuadrados. Al otro lado de la pirámide, que es la parte^{fr} más alta de la fábrica, hay una plataforma 80 pies más baja, y otra más baja aún. La masa de adobes es probablemente sólida (1). Allí se efectuaban las grandes ceremonias religiosas. Las faustuosas procesiones salían del palacio y se encaminaban hacia el templo de la Luna. Desfilaban los músicos con sus instrumentos, los ministros y los cantores, los guerreros con sus largas lanzas y sus tocados de plumas que pregonaban su encumbrado rango, los sacerdotes y los cortesanos y el propio Chimú, en lo alto de su litera, ostentando la enjoyada diadema y

^{fr} (1) Presúese que encierra pasadizos y salas, y es fama que encubre una bóveda que alberga la momia del más poderoso príncipe Chimú, juntamente con el *Peje Grande*.

luciendo vestiduras de fino algodón, recamadas con patenas de oro y orladas con plumas de vivos colores.

Calancha dice que los médicos, llamados *Oquellupuc*, curaban con hierbas y eran muy venerados; pero que si dejaban morir a los pacientes por ignorancia o negligencia, pagaban su vida con la propia. No da detalles con respecto a los cementerios y a los sepultamientos, por más que este punto sea de la mayor importancia. Como los Incas, los Chimus tenían por deber sagrado conservar sus objetos más queridos. A este rito debemos el hallazgo de tantos cientos de ejemplares de sus primorosas obras de arte. Hace muy poco descubrió Mr. Myring un vasto cementerio al pie de los cerros que dominan el valle de Chicama y trajo a Inglaterra una magnífica colección de alfarería y de artefactos de oro y plata. El pueblo chimu tenía a ciertas islas fronterizas a la costa llamadas Guañaape (1) y Macabí, por cementerios sagrados y los destituyó a tal fin durante más de mil años. Allí se ha desenterrado a diversas profundidades (2), además de alfarería y otros artefactos, numerosas momias, todas femeninas y descabezadas, lo que hace presumir que fueron víctimas de sacrificios en remotos tiempos.

Iguales cementerios se han encontrado a lo largo de toda la costa. En los valles situados al sur de Trujillo existen también ruinas interesantísimas, todas del mismo carácter, e imponentes obras de irrigación. Squier describe un inmenso reservorio o estanque situado en un valle lateral, en la concavidad formada por dos cerros,

(1) Guañaape está situada a 8°30' de longitud S. y a 71°58' de latitud O.

(2) El espesor de la capa de guano depositada en estas islas llega a 730 pies en muchos sitios, y se han excavado reliquias a 100 de profundidad. Se ha calculado que la acumulación de aquel abono es a razón de diez pies por cada cuatro siglos o sea 100 por 4,000 años. Según este cálculo, los objetos encontrados a 40 pies de profundidad, hubieron de estar allí durante 1,600 años. Hoy se pone en tela de juicio el que dichos depósitos estén formados únicamente por excrementos de aves. Estos depósitos están regularmente estratificados; mas no se han encontrado nuevas soluciones al problema.

que abastecía de agua la campiña del valle de Nepeña. Dicho reservorio medía tres cuartos de milla de ancho y cerrábase en la boca de la quebrada con una represa de piedra maciza que medía ochenta pies de grosor en su base, que se asentaba en los cerros rocosos. Alimentaban el citado reservorio dos canales, de los que uno nacía a catorce millas arriba de la quebrada, y el otro procedía de fuentes distantes cinco millas. Las casas de los valles alzábanse sobre terrazas, ostentando sus muros ricamente decorados; veíanse galerías revestidas con enredaderas de pasionarias de refrescante fruto; jardines y chácharas cultivadas que se extendían hasta la playa, sombríos bosques de algarrobos sobre un fondo de nevadas cumbres. Tal conjunto deja una impresión de refinamiento rayano en afeminación, que contrapesan las frecuentísimas representaciones de su cerámica de guerreros armados hasta los dientes. Verdad es también que ciertas escenas modeladas en sus vasos dan una idea baja de la moralidad popular.

Su lengua, que el Obispo Oré llamara *Mochica* (1) y que hace muchísimo tiempo dejó de ser hablada, se conserva en una gramática y algunos vocabularios. Debemos la gramática al religioso Fernando de la Carrera. Era éste biznieto del Conquistador Pedro González de la Carrera, y se crió en Lambayeque, donde aprendió en su infancia aquella lengua, tan excesivamente difícil, sobre todo en su pronunciación, que ninguna persona adulta podía aprenderla. Fernando de la Carrera llegó, al cabo, a ser Cura de Reque, lugar cercano a Chiclayo, donde compuso su gramática, en la que denominó a la lengua *mochica* de

(1) En su *Rituale seu Manuale Peruanum juxta ordinem Sanctæ Romanæ ecclesiæ per R. P. F. Ludovicum Hieronimum Olerum* (Neapoli, 1607). El Obispo Oré fué natural de Huamanga e incansable misionero. Trae el *Padrenuestro en mochica*. Esta voz 'se asemeja a *Muchi*, que es el nombre del río que riega la ciudad. Yo me inclino a creer que *Mochica* fué el nombre con que se conoció al pueblo que gobernó el Chimú.

Oré, *Yunca*, voz que era el nombre quechua del pueblo costeño. La citada gramática se imprimió en Lima en el año de 1644 y es un libro muy raro. En el Museo Británico existe un ejemplar que perteneció a Ternaux Compans. Guillermo Humboldt poseyó una copia manuscrita del mismo, que está en Berlín; otra existe en el Perú, de propiedad del Dr. Villar, por la que éste pagó Lp. 25. Por lo mismo, hemos de agradecer mucho al Dr. González de La Rosa la reimpresión que de aquel libro hizo recientemente. El Dr. Middendorf tradujo y editó asimismo la gramática de Carrera, añadiéndole varios vocabularios y voces coleccionadas en Eten (1). Fué en este pueblecito costeño, cuya población se ha hecho famosa por su industria de sombreros de paja, en donde la lengua mochica se conservó hasta hace poco.

En los valles costeros del norte se hablaba otra lengua que Calancha llama *Sec*. En 1863 Mr. Spruce coleccionó treinta y siete palabras de ese lenguaje, que entonces se hablaba aún en Colán, Sechura y Catacaos, y que no se asemeja en lo menor a las voces equivalentes de los idiomas Mochica, Chibcha o Atacama (2).

El idioma mochica es completamente distinto del quechua, así en lo que se refiere al léxico como en lo que atañe a la construcción gramatical. Tiene tres declinaciones que dependen de la terminación del nombre en una consonante, dos consonantes o una vocal. El adjetivo precede al sustantivo, y los pronombres anteceden al verbo. Las raíces de los tiempos son invariables, la conjugación se hace por medio de los pronombres y la voz pasiva por los verbos sustantivados, que son dos. Las preposiciones siguen al nombre. El vocabulario es riquí-

(1) *Das Muchik oder Chimu Sprache* von Dr. E. W. Middendorf (Leipzig, 1892).

(2) El Chibcha, hoy extinto, fué el lenguaje hablado por las tribus civilizadas de Colombia. El Atacama, igualmente muerto, era el idioma que hablaban las tribus que habitaron la costa meridional del Perú.

simo y tiene suficiente copia de nombres y verbos para expresar ideas abstractas.

Nada sabemos del origen de los Chimus ni de su pueblo: ni el vestigio de una tradición nos ha quedado. Todos sus dibujos y ornamentos se refieren a su medio ambiente y nada indica procedencia extranjera. Su civilización parece haber evolucionado por su propio impulso, sin contactos externos, en el curso de muchos siglos; no obstante el templo de la Luna en el río Moche, así como las grandes pirámides, nos recuerdan construcciones mayas análogas. De haber habido relaciones entre ambos pueblos, éstas debieron efectuarse por mar y en tiempos muy remotos. Existe una tradición costeña, si bien relativa nó al Chimu sino a uno de sus feudatarios, el cacique de Lambayeque, cuyos dominios quedaban al norte del reino chimu, tradición que refiere Miguel Cabello Balboa, en su crónica titulada «Miscelánea Austral». Este hidalgo, tras servir como soldado en las guerras de Francia, se ordenó y se encaminó a Sud América por los años de 1566. Escribió su obra, a lo que parece, en Quito, entre 1576 y 1586 (1).

Refiere Balboa que, en edad pretérita, vino del norte una gruesa flota de embarcaciones bajo el comando de un habílísimo y arrojado caudillo llamado *Naymlap*, a quien acompañaba su mujer, llamada *Ceterni*. Los emigrantes acaso procedían de la región costeña que los Españoles conocían por Esmeraldas o quizá de más arriba. Acompañaban a *Naymlap* ocho dignatarios de su casa real: su intendente, *Fongasigle*; su cocinero, *Ochocalo*; su trompetero y su cantor, *Pitazofi* y *Ningentue*; su literero, *Ninacolla*; su perfumista *Xam*; su bañador, *Ollopcopoc* y *Llapchilulli*, su fabricante de plumerías. Desembarcó el caudillo en la desembocadura de un río llamado *Faquis-*

(1) En 1840 publicó Ternaux Compans una traducción francesa de Balboa. El manuscrito original castellano no se ha editado hasta ahora ni se sabe cuál es su paradero.

llanga en donde edificó un templo llamado *Chot*, en el que entronizó a un ídolo que había traído consigo y que era hecho de una piedra verde y nombrado *Llampallec*, de donde procede el nombre de Lambayeque. Falleció Naymlap tras largo reinado, y le sucedió su hijo *Cium*, quien era casado con una princesa llamada *Zolzdoñi*. Tras largo reinado, *Cium* se sepultó vivo en una bóveda subterránea, con el propósito de morir allí, oculto a su pueblo, quien lo creyó inmortal. Balboa trae además una lista de otros ocho reyes, cuya dinastía acaba con *Tempellec*. Este infortunado príncipe intentó sacar el ídolo del santuario de *Chot*, mas lo impidió un fenómeno extraordinario: desatóse una lluvia que, convertida, al cabo, en diluvio duró un mes, al que siguió un año de sequía y de hambruna. Enterados los sacerdotes del atentado de *Tempellec* contra *Chot*, achacáronle la calamidad ocurrida, y, atado de pies y manos, lo arrojaron al mar. Posteriormente, Lambayeque se sometió al Chimú, junto con los demás valles que gobernaban los descendientes de Naymlap. *Llapchilulli*, el plumerero de Naymlap, fué favorito de este monarca, quien le obsequió el valle de *Jayanca*, en donde los descendientes de aquél reinaron durante varias generaciones.

Apenas extinguida la dinastía de Naymlap, comenzó la invasión incaica, acerca de la cual discrepan los cronistas. Garcilasso dice que el ejército incaico avanzó desde el sur, a lo largo de la costa, con un gran refuerzo de aliados. Cada valle se defendió desesperadamente, pero el ejército chimú vióse obligado a retroceder palmo a palmo, y, al cabo, el gran Cacique hubo de rendirse. Sarmiento hace bajar al ejército del Inca de los cerros que rodean a Cajamarca, subyugar al Chimú y llevarse un enorme tesoro. Balboa dice que los Incas tuvieron muchas guerras con el Chimú pero que los detalles de las campañas se han perdido. Por Montesinos sabemos que los Incas quebrantaron al cabo la resistencia del Chimú cortándole

sus abastecimientos de agua. Lo cierto es que el Chimu se sometió. Huayna Ccápac visitó su territorio; envió desde el Cuzco ejércitos de artesanos y construyó un camino militar a través de los valles y desiertos costeros. Esto sucedió cosa de cuatro generaciones antes de la invasión española, en cuya época Cieza de León vió por sus propios ojos y describió los caminos y edificios incaicos. En el pináculo de su grandeza, hubo de tener el Chimu considerable comercio. De la sierra venían las lanas y los metales; la chonta, la madera de palma, el bambú, los papagayos, monos y demás animales, de las selvas orientales; las esmeraldas y demás artículos de lujo de la costa del norte.

Los valles septentrionales se sometieron al Inca sin resistencia, si se exceptúa el de los Penachis, tribu salvaje que vivía en la falda de la Cordillera. Sospechoso de complicidad con ellos, el cacique de Jayanca fué enviado preso al Cuzco; donde permaneció durante varios años, hasta que su hijo obtuvo su libertad; pero el recién liberto murió cuando regresaba a su país, y sus acompañantes embalsamaron el cadáver y lo condujeron a Jayanca. El cacique de Lambayeque, llamado *Esquen Pisan*, fué llamado al Cuzco por el Inca Huáscar. Acudió gustoso, porque estaba prendado de una doncella noble de la costa, llamada *Chestan Xecfuin*, que residía en la corte en calidad de dama de honor de la viuda de Huayna Ccápac. El joven cacique de Lambayeque buscó a su amada y la encontró. Casáronse los amantes, y al regreso a la tierra natal, la desposada dió a luz un niño que fué llamado *Cuzco Chumpi*.

Luego aparecieron los Españoles acaudillados por Pizarro, procedentes de Tumbes, de donde partieron con dirección al Sur el 16 de mayo de 1532. Llegó Pizarro a los ríos Chira y Amotape, en donde quemó a dos caciques y a algunos otros indios. Fundó sobre el primero de ambos ríos, en Tangarara, la ciudad de San Miguel, que trasladó más tarde a Piura. Visitó Pocheos y Zarán, que es-

tán en el valle de Piura, Copiz y Motupe, y llegó al cabo a Cinto, que se asienta en el valle del río Leche. El cacique de Lambayeque, a la sazón Xecfuin Pisan, pretendió someterse al enemigo, a quien juzgaba incontrastable, pero el pueblo enfurecido incendió su palacio y el cacique pereció entre las llamas. Su hijo Cuzco Chumpi se sometió y fué bautizado con el nombre de Pedro. Sabemos también de su hijo, D. Martín Farro Chumpi. Detúvose Pizarro en La Mamada, en el valle de Jequetepeque y subió de allí a las montañas de Cajamarca, donde llegó el 15 de noviembre de 1532. En 1535 visitó nuevamente los valles de la costa, y fundó la ciudad de Trujillo, cerca de la capital del Chimú, a los 8° 6' de latitud Sur, a la que impuso aquel nombre en recuerdo de su ciudad natal de España. Refiere Balboa que el fundador quedó atónito ante la majestad y belleza de los edificios construídos por los antiguos reyes, mas él llegaba en són de bárbaro destructor. La crueldad de los Españoles extinguió en breve la antigua civilización Chimú. Cieza de León pinta la rápida despoblación de los valles, y dice que en su época esterilizábanse vastos campos por escasez de agricultores. El censo de sólo el valle de Piura, que se levantó por orden del Dr. Loayza, primer Arzobispo de Lima, arrojó una población de 193,000 indios; en 1785, esa cifra se había reducido a 44,497 habitantes, en su mayor parte negros. Hoy la raza está, en realidad, extinta. Las brillantes concepciones artísticas, su magistral ejecución, la incansable industria, la riqueza y la magnificencia, todo feneció y fué a sepultarse en el olvido (1).

Mas la historia de la civilización costeña del Chimú merece hartó ser rehabilitada. Habría que analizar y estudiar concienzudamente la lengua mochica: hacer una

(1) Se dice que el cacique de Mansiche, que se bautizó en 1550 con el nombre de Antonio Chayhuac, fué descendiente del Chimú. Los suyos vivían en Lima a mediados del siglo XVIII.—Feijoo, *Relación de la Ciudad de Truxillo* (Madrid, 1763), págs. 25 y 85. Balboa, pág. 73(n).

CLEMENTS R. MARKHAM 193

completísima clasificación de las obras de arte chimus, en los museos públicos así como en las colecciones privadas; compulsar atentamente todas las crónicas y levantar planos exactos de las ruinas. Las solas obras de arte pueden dar una idea cabal de la condición social, de los usos y costumbres y hasta de los mitos y creencias religiosas de la nación fenecida. Así se rehabilitaría a un pueblo antiguo, cuya historia sería tan interesante, y, en ciertos aspectos, hasta más curiosa, que las de los Aztecas de Méjico o de los Chibchas de Bogotá.

CAPITULO XV

LA CONFEDERACION DE CHINCHA

EL territorio del Chimu terminaba por el Sur en Paramunca, a los 10° 51' de latitud Sur. Desde allí hasta la latitud de 15° Sur la costa comprende los valles perennemente irrigados de Huaura, Chancay, Carabaylo, Rímac, Lurín, Mala, Huarco, Chincha, Pisco, Ica, Río Grande, que, a su vez, abarca cinco valles que convergen en uno, y Nazca, incluso los desiertos que los separan. Comprende asimismo, unos cuantos valles deshabitados, que riegan riachuelos que tienen sus fuentes más allá de la región de las lluvias periódicas, tales como Chilca y Asia (1). Los valles irrigados albergaban antaño densas poblaciones y eran gobernados por caciques independientes que, en ocasiones, confederábanse con diversos fines.

Razones hay para concluir que estos valles más meridionales fueron también poblados desde muy antiguo. En la isla de San Lorenzo, fronteriza a la desembocadura del Rímac, Darwin encontró a una altura de 85 pies las mismas conchas que se hallan hoy en el Océano, y con ellas la certidumbre de la existencia humana demostrada por el hallazgo de mazorcas de maíz y sogas de algodón. La profundidad a que se han descubierto reliquias antiguas en los depósitos de guano de las islas Chinchas,

(1) Primitivamente *Asyac*.

considerárase asimismo como una prueba más de la remotísima existencia humana en esos valles costeros. No obstante los argumentos que se aducen contra estas pruebas (1), la evidencia que poseemos, en especial la que debemos a Darwin, corrobora la tesis de la remotísima población de los mencionados valles costeros.

Mas ¿de dónde procedió aquél pueblo? Creo yo que a esta pregunta responden las montañas de la Cordillera Marítima, con sus quebradas y precipicios que abren sus bocas a los valles del litoral. En un capítulo anterior hemos visto que las cumbres serranas de Huarochirí, Yauyos y Lucanas que dominaban la costa, estaban habitadas por aguerridas tribus de montañeses que hablaban un dialecto del quechua. Estas tribus bajaron, desde tiempos inmemoriales a los valles costeros y se multiplicaron copiosamente, con inmigraciones periódicas de sus hermanos de la sierra.

No poseemos dato histórico alguno que arroje siquiera cierta vislumbre sobre esta población costera; apenas una escueta tradición y el vago reflejo que irradian sus ruinas y los objetos encontrados en sus tumbas. Algo más sabemos, en cambio, tocante a sus supersticiones y creencias religiosas, merced a los interesantes informes que escribieron dos o tres religiosos a quienes se encomendó la extirpación de la idolatría entre esas gentes, informes que afortunadamente se han conservado.

Atestiguan la anterior densidad de la población las obras de regadío, así como el hecho de que las ruinas de las antiguas ciudades se asientan en las laderas de los cerros y en los desiertos, y nó en el área de los valles, como si se hubiera querido reservar para el cultivo hasta el último pie cuadrado de tierra. No obstante, los caciques

(1) Mr. Squier arguye que aquellos objetos pudieron ser enterrados en el guano a las profundidades en que se les encuentra, o que, aun puestos en la superficie, pudieron caer, al resquebrajarse el guano a consecuencia de los trabajos de extracción, a la gran profundidad en donde se les encuentra como si allí hubieran sido sepultados.

levantaban sus fortalezas en el centro de sus dominios. Consistían aquéllas en enormes montículos o *huacas*, como se les llama hoy. En el ancho valle del Rímac, asiento actual de la ciudad de Lima y del puerto del Callao, y en otros valles, encuéntrase muchos de estos vastos montículos edificadas con grandes adobes, cuyos recintos eran cámaras sepulcrales. Sobre su plataforma, bastante alta sobre la llanura, erguía el palacio fortificado del Cacique, desde cuya eminencia podía vigilar las tierras cultivadas y descubrir la llegada del enemigo. Al pie de esos montículos yacen las ruinas del caserío que habitaron los servidores y secuaces del caudillo.

La alfarería y demás obras de arte que se han desenterrado en las tumbas son extraordinariamente interesantes y revelan que hubo intercambio comercial entre los Mochicas y los habitantes más meridionales de la costa. La influencia del Chimu es ostensible. Las reliquias más notables son las que nos han dado a conocer Reiss y Stübel en su libro primorosamente ilustrado, en que exponen los resultados de sus excavaciones en Ancón, lugar situado al norte de Lima. Además de momias, de alfarería y de armas de guerra, encontraron aquellos arqueólogos telas de algodón con diversos bordados, canastillas de mujeres con sus útiles de costura y de tejido y hasta muñecas y otros juguetes infantiles. En los cementerios de los valles más meridionales se ha descubierto numerosísima alfarería y demás reliquias. En el valle de Ica encontré yo un vaso de piedra cuya cara exterior abrazaban dos serpientes labradas. En el de Nazca, más al sur todavía, se han descubierto recientemente varios ejemplares de alfarería pintada, a los que se atribuye gran antigüedad, pero que son inferiores a los artefactos chimus así en dibujo como en ejecución.

Merced a la diligencia del Dr. Francisco de Avila, Cura que fué del pueblo de San Damián de Huaracchirí, por 1608, poseemos varias curiosas fábulas mitológicas

que pertenecen por igual a los valles costeros y a la adyacente provincia serrana de Huarochirí. Riegan esta provincia de Huarochirí, deslizándose entre sus altas cadenas montañosas, los ríos Rímac y Lurín. Parece que era tradición popular en la época de Avilá que en el *Purun Pacha* o sea en los tiempos antiguos, el país de Huarochirí fué *yunca*, es decir, que tuvo clima semejante al de los valles de la costa; tradición que quizá aluda a una era en que los Andes no habían alcanzado aún su actual elevación.

Los pobladores de Huarochirí, que hablaban un dialecto del quechua, conservaban un mito, transmitido de padres a hijos desde la época megalítica, referente al supremo dios de Pirua, «Uira-cocha». Añadían a este nombre las palabras «Cconi-rayac» (1), que significa «lo que pertenece al calor». Invocaban a aquel dios en sus plegarias, llamándolo «Cconi-rayac Uira-cocha» y agregaban: «Tú eres Señor de todo; tuyas son las sementeras; tuyo el pueblo entero».

Mas, con toda su veneración para con el dios, contaban de él grotescas consejas míticas, como se verá por la que pasamos a relatar. Uira-cocha fecundó a una diosa virgen dejando caer sobre ella el fruto de un árbol de lucma (2). Con estupefacción, la diosa que se llamaba Cavillaca (3), dió a luz un hijo. Deseosa de conocer al padre de éste congregó entonces a todas las huacas (dioses) para que el niño reconociese entre ellas a su progenitor. A la divina asamblea acudió Uira-cocha, disfrazado con la apariencia de un mísero mendigo; pero el niño se dirigió sin vacilar hacia él, reconociéndole por su padre. Confusa y despechada al verse exhibida ante los dioses en relación con ser tan despreciable, arrebató Cavillaca

(1) *Cconi*, calor, en quechua; *rayac* es partícula que equivale a «lo que pertenece a».

(2) *Caballeria latifolia* (R.P.)

(3) *Cavi* designa una especie pequeña de oca (*Oxalis tuberosa*); *llaca* es partícula diminutiva.

al niño de brazos de su padre y huyó con él hacia el mar. Entonces Uira-cocha recobró su aspecto divino, y, vestido con áureas vestiduras, partió en persecución de ambos. Su esplendor iluminaba el país entero, mientras perseguía a la fugitiva, gritándole que se volviese a mirarle; pero ella aceleraba, antes, su rapidez, desdeñando mirar a criatura tan vil y asquerosa. Pronto se perdió de vista, y cuando hubo alcanzado la playa de Pachacámac, penetró en el mar con su hijo, y se metamorfosearon ambos en dos islotes rocosos, que aún hoy pueden verse en el mencionado paraje. Pero Uira-cocha seguía persiguiéndolos y, al pasar, preguntaba a los diversos animales que poblaban esa región si la diosa estaba cerca o lejos. Interrogó así al cóndor, a la zorrilla, al león, al zorro, al buitre, y al papagayo. Respondió el cóndor que había visto pasar a la diosa y que Uira-cocha podría alcanzarla, de apresurarse un poco, y Uira-cocha bendijo al cóndor y otorgó a él y a sus hijos gran poder de vuelo. Topó luego el dios con la zorrilla, la que contestó a su pregunta diciendo que Cavillaca estaba muy lejos y que nunca podría aquél alcanzarla, y Uira-cocha airado, maldijo a la zorrilla (1) y la condenó a que exhalase cierta pestilencia que la delatase a los cazadores. La respuesta del león (2) fué, en cambio, favorable, y el rey de los mamíferos fué bendito: habría de ser respetado y temido en vida, durante la cual se alimentaría con los llamas de los pecadores, y, después de muerto, su piel y su cabeza serían honradas, sirviendo de disfraces en las grandes festividades. Más lejos encontró Uira-cocha al zorro (3), quien le dijo que su persecución era inútil, y Uira-cocha maldijo al zorro, condenándolo a ser cazado durante su vida y a que su piel fuese despreciada después de muerto. La respuesta alentadora del buitre (4) valió a este pájaro una señalada bendición. Habría de alimentarse durante su vida con sabrosos paja-

(1) *Anas* (2) *Puma* (3) *Atoc* (4) *Huaman*.

200 LOS INCAS DEL PERU

rillos y, una vez muerto, su piel sería honrada, pues serviría en las festividades de tocado a los bailarines. Por último, ciertos papagayos diéronle malas nuevas, y su maldición consistió en que nunca podrían alimentarse con tranquilidad porque sus propios gritos los denunciarían.

Estos diálogos que trabó el dios en su carrera con pájaros y bestias hubieron de retardarlo lo bastante para que al llegar, finalmente, a la playa encontrase a su mujer y a su hijo convertidos en islotes. Caminó entonces por la orilla del mar hasta que encontró a dos doncellas hijas del dios-pep Pachacámac, quienes al verle huyeron, convertidas en palomas, por cuya razón su madre que había ido a visitar a Cavillaca, convertida ya en roca, recibió el nombre de *Urpi-huachac*, esto es, «madre de palomas». Irritado Uira-cocha por la huída de las jóvenes, buscó un modo cualquiera de vengarse en la madre. Por entonces no había peces en el mar, pero Urpi-huachac criaba algunos en un pozo. El airado dios los arrojó al mar, y de ellos provinieron los que hoy pueblan el océano. La fábula que acabamos de transcribir estaba tan arraigada en la mente popular en los días de Avila, que los comarcanos reputaban sagrados al buitre, al cóndor y al león, y no los mataban nunca. El propio Avila conoció un cóndor que vivía bajo el puente de la aldea de San Damián y que hacían años que no podía volar de puro viejo. El diligente Cura ha conservado en su informe otros varios mitos.

En el mito de Cavillaca se habla también del templo de Pachacámac que estaba consagrado al dios-pep. A la orilla derecha del río Lurín y cerca de la playa, álzase, en la linde que separa el feraz valle de la arenosa pampa, un inmenso montículo de piedras y adobes que sube hasta 200 pies de altura. El templo se asienta sobre tres amplias terrazas que rematan en una plataforma. Los muros laterales aún están apuntalados por contrafuertes; pero los edificios de las terrazas de la plataforma

han sido destruídos. El ídolo emitía oráculos que atraían grandes peregrinaciones desde lejanas tierras. Se dice que los propios Incas lo consultaban. Hacia el este del santuario extendíase una vasta ciudad en la que el culto del creador Uira-cocha se subordinaba al del dios-peze Pachacámac. El emplazamiento del templo era muy vasto e imponente el panorama que se abarcaba desde su cúspide, con el verde nuevo del valle de Lurín a un lado, el desierto al otro, a la espalda las altísimas montañas de Huarochirí y al frente el Océano Pacífico, en el que el sol poniente hundíase tras de los islotes que fueran en un tiempo Cavillaca y su hijo.

Mas el dios-peze y su oráculo decayeron con la conquista incaica. El 30 de Enero de 1533 Hernando Pizarro y Miguel Astete (1) cronista de esta jornada, llegaban al templo de Pachacámac. Refiere Astete que hallaron un ídolo de madera en el interior de un hermoso edificio pintado, ídolo en el que el pueblo miraba a su creador y providencia. Véanse ante él ofrendas de oro, y la entrada al recinto no se permitía sino a los sacerdotes. Ordenó Hernando Pizarro a los suyos que demoliesen el templo y que rompiesen y quemasen el ídolo en presencia de sus adoradores. Sojuzgados los valles costeros, el Inca construyó un templo al sol en la plataforma superior; pero los Españoles encontraron la mayor parte de la ciudad en ruinas y gran trecho de la muralla exterior derruida, indicio de la decadencia del dios-peze y de su oráculo, a fines del Imperio. Afirma Astete que el cacique principal se llamaba Taurichumbi. Del nombre del ídolo Pachacámac, ha provenido la idea errónea de que las tribus de esta región adoraban al Ser Supremo, pues *Pacha* significa la tierra y *Camac* el hacedor y creador; es verdad que con tal nombre designó el pueblo costero a su principal ídolo y oráculo pero ello no prueba que dicho nombre

(1) Debe decir Estete (N. del T.).

encerrase una creencia abstracta en un Ser Supremo. Antes bien, el pueblo costeño degradó la pura religión primitiva de la edad megalítica, convirtiéndola en un hacinamiento de leyendas míticas y en una suerte de idolatría local, mezclada con adivinaciones, oráculos y hechicerías.

El jesuíta Pablo José de Arriaga consagróse tan celosamente como Avila a la extirpación de la idolatría en la costa y entre los Conchucos, y publicó en Lima, en 1621, el informe que presentó al Real Consejo de Indias (1). Allí escribe que cada aylo tenía un ídolo común y particulares ídolos domésticos y que poseía un cuerpo de sacerdotes sacrificadores. Aun mucho después de la Conquista, persistieron los indios en su costumbre de sepultar los cadáveres de sus deudos en lugares rocosos o desiertos, osando a veces desenterrarlos, mediada la noche, de los cementerios católicos, donde los curas los habían obligado a enterrarlos, y se disculpaban diciendo que hacían esa «cuyaspa» por amor a sus difuntos. En las festividades, congregábanse por ayillos y cada cual sacaba a sus momias a las que ofrendaba vestidos, plumas, jarros, vasos, pieles de león y de ciervo, conchas y otros objetos. Invocaban al océano con el nombre de *Mamacocha*, en especial los que venían de la Sierra; a la tierra, con el de *Mamapacha*, en la época del sembrío, para lograr buenas cosechas, y a los *Puquios* o fuentes, siempre que el agua escaseaba. Adoraban a las rocas y a los cerros y les ponían nombres especiales, tejiendo mil fábulas acerca de su primitiva condición humana, transmutada en mineral. Muchas *huacas* o dioses eran de piedra labrada en forma humana, figurando hombres, mujeres y animales; todas tenían nombres propios y no había niño en el aylo que los ignorase. A los custodios de las aldeas llamábanles *Marcaparac*

(1) *Extirpación de la Idolatría del Perú dirigido al Rey N. S. en su real Consejo de Indias por el Padre Pablo Joseph de Arriaga de la Compañía de Jesús* (Lima, 1621), pág. 137.

o *Marcacharac*; y a sus penates o dioses domésticos, *Conopa* o *Huasi-camayoc*. Tributaban sacrificios a enormes piedras diseminadas en los campos, llamadas *Chichic* o *Huanca*, así como a otras colocadas en los canales de riego. Veneraban también a las *Saramamas* y a las *Cocamamas*, esto es, a las «*madres*» o deidades representativas de la *sara* (el maíz) y de la coca. Además de los sacrificadores, habían ejércitos de adivinos y agoreros. Arriaga y su colega Avendaño se jactaban de haber destruído 603 *huacas*, 617 *malquis* (momias), 3418 *conopas*, 189 *huancas* y 45 *mamasaras*.

Como se ve por el informe citado, la población costeña hallábase imbuída en prácticas supersticiosas, lo que no obstaba para que fuera laboriosa e inteligente, excelente cultivadora y artesana, y, sobre todo, admirable constructora de obras de irrigación.

El más bello ejemplo de eficaz sistema de irrigación que darse pueda es el que ofrece el valle de Nazca que, como se ha dicho, fué poblado probablemente por montañeses de Lucanas. Extendíase en dicho valle, al pie de los cerros, una vasta planicie que sólo recibía de la cordillera marítima una dotación precaria de agua, por lo que, en realidad, era un desierto. Los Lucanas lo transformaron en un jardín. Entre todos los paraísos que abundan en el Perú, Nazca es el más hechicero. Los dos canales mayores del acueducto bajan de los cerros por túneles subterráneos, cuyo principio se ignora, al valle, ramificándose en canales más pequeños, también subterráneos en sus orígenes pero que más abajo salen a la superficie, los que a su vez se diversifican en otros, más pequeños aún, que reparten el agua a campos y jardines. Acueductos análogos se encuentran en los grandes valles del Rímac, de Lurín, de Mala, de Huarco (Cañete), de Chíncha, de Pisco y de Ica, pero ninguno es tan perfecto ni tan científicamente construído como el del valle de Nazca.

Parece que los habitantes de este valle costeño reci-

bieron el nombre genérico de Chinchas del gran valle de Chincha que poblaban y que primitivamente ocuparon los andinos de Yauyos. Aquéllos eran diestros en el manejo de las armas y mantenían guerras frecuentes con los súbditos del Chimu y acaso entre sus propias tribus. Fueron conquistados por los Incas antes que los Chimus. Refiere Garcilasso que su confederación opuso desesperada resistencia a los invasores y que no fué subyugada sino tras reñidas campañas sucesivas. El nombre de su caudillo principal y cacique del valle del Rímac fué Cuis-mancu. Una vez sometidos, prestaron como aliados sus contingentes a los Incas, en las guerras de éstos contra los Chimus.

Los Incas erigieron dos importantes palacios-fuertes en esta parte de la costa. Uno estaba situado en la frontera de los Chinchas y los Mochicas, y se llamaba Paramunca. Era la ampliación de un edificio más antiguo que construyó el Chimu, y que así antiguos como modernos describen como una fábrica de imponente aspecto y muros pintados (1). Asentábase el otro sobre una eminencia rodeada de precipicios, en la desembocadura de un río, hoy llamado Cañete. Constaba de dos masas de edificios de estilo incaico, de los que uno encerraba una ancha sala con pasadizos a un lado, que conducían a cuartos pequeños. Entre ambos grupos de construcciones mediaba un descampado o plaza de armas, que miraba a la llanura y al torrente que lame la base de la eminencia. Conócense hoy estas ruinas con el nombre de Hervay (2). Esta fortaleza obedeció al propósito de intimidar a los grandes valles de Huarco (Cañete) y Chincha.

Los valles costeros siguieron prosperando bajo la dominación incaica y el gobierno de sus caciques hereditarios, a quienes confirmó en sus puestos la administración incaica, en calidad de delegados suyos. Parece que cuando

(1) Cieza de León, pág. 247. Proctor, *Viajes*, pág. 175. Squier.

(2) Descritos por Markham en su libro *Cuzco y Lima*.

Hernando Pizarro llegó a Pachacámac, en Enero de 1535, la mayoría de esos gobernadores hereditarios le enviaron emisarios portadores de su sumisión (1).

Parece también que los valles situados al sur de Nazca no tuvieron ni historia antigua ni densa población. Habitábalos una raza aborigen de pescadores, llamados Chángos, y, más al sur, los Atacamas, de cuyo lenguaje se conserva un vocabulario. Esas tribus pescadoras usaban balsas hechas de pellejos henchidos con aire. Finalmente, poblaron estos valles *mitimaes* o colonos, procedentes principalmente del Collao. Varios cronistas primitivos mencionan a Acarí (2), el más próximo a Nazca, que acaso pueda considerarse incluído en la confederación de Chinchá. Luego seguían Atiquipa (3), Atico (4), Ocoña (5), Camaná (6) y Majes. Arequipa, Moquegua y Tacna con Arica, su puerto, estaban habitados por colonos collas, pero, según parece, ni en gran número ni desde tiempos muy remotos.

(1) Astete menciona a los siguientes caciques que acudieron a Pachacámac a ofrecer vasallaje:

El cacique de Mala: Lincoto;
 „ „ „ Pachacámac: Tauri Chumbi;
 „ „ „ Poax: Alincái;
 „ „ „ Huarco (Cafete): Guarili;
 „ „ „ Chíncha: Tambiamvea;
 „ „ „ Guanchapaichu;
 „ „ „ Colixa: Aci
 „ „ „ Sallicai-marca: Yspilo y otros.

(2) Cieza de León 28, 265; G. de la Vega, I. 244, 267; Balboa, 109; Molina, 62.

(3) G. de la Vega, I. 267; II. 12.

(4) G. de la Vega, *ibid.*; Acosta, 167.

(5) Cieza de León, 29, 263; G. de la Vega I, 267; Balboa, 111.

(6) Cieza de León, 29, 265; G. de la Vega, I, 267.

CAPITULO XVI

EL CATACLISMO

A la repentina catástrofe que aniquiló el frágil y complicado organismo de la civilización peruana, precedió una guerra de sucesión. No era la primera que estallara en el territorio peruano, pues aún se recordaba la que antecedió a la entronización de Pachacútec; pero ninguna fué tan prolongada y decisiva como la que nos ocupa, si bien es probable que no trastornase la organización social del Imperio, y sólo afectase momentáneamente a las provincias que eran teatro de las operaciones militares. Fenómeno análogo ocurrió en Inglaterra, cuando la guerra de las Dos Rosas, al decir de Mr. Thorold Rogers: aquella memorable contienda afectó en tan pequeña parte la vida cotidiana de la población y el comercio de la sociedad británica, que en los cientos de crónicas feudales de todas las comarcas del país que leyó Rogers no encontró la menor alusión a tan sanguinaria guerra civil.

El gran Inca Huayna Ccápac partió del Cuzco a emprender su campaña del Norte, alrededor del año 1513, e invirtió doce años en acabar sus conquistas al norte de Quito y en sus cercanías. Al partir de la capital, dejaba hijos en cuatro Ccoyas de la familia real y en otras concubinas. Entre aquéllas era la primera Mama Cusirimay, madre de su hijo mayor, Ninan Cuyuchi; la segunda y favorita, Mama Rahua Ocllo, madre de Inti Cusi Hualpa,

apellidado Huáscar, por la aldea cercana al Cuzco donde nació (1); la tercera, Tocta Cuca, princesa del linaje de Pachacútec y madre de Atahualpa, y Mama Runtu, la cuarta, madre de los príncipes Manco y Paullu.

El Inca expedicionario llevóse consigo a las dos Ccoyas Cusirimay y Rahua, a su primogénito Ninan Cuyuchi, y a su tercer hijo Atahualpa, ambos mayores de edad (2), además de un numeroso séquito de parientes y de consejeros principales; y dejó encomendada la capital a una regencia compuesta de un tío y un hermano suyos que debían ejercer la tutela de sus hijos Huáscar, Tito Atauchi, Manco y Paullu.

Huayna Ccápac realizó admirablemente la gran campaña del norte. Bajo el mando del ilustre caudillo aprendieron los hábiles indígenas de Quito el arte de la guerra y llegaron a ser generales distinguidos, sobresaliendo entre ellos, Quizquiz, Chalcuchima y Rumi-ñahui, al paso que las proezas de Atahualpa no satisfacían a su padre. Entretanto, Huáscar vivía en el Cuzco con boato regio: llegábanle de las provincias felicitaciones y presentes y, con ellos, una hermosísima doncella de Ica, llamada Chumpillaya, a quien acompañaban sus padres.*

Huáscar se enamoró perdidamente de la doncella costeña; dióle el sobrenombre de «Curi Coyllur», o sea estrella de la alegría, y tuvo en ella una hija que recibió el propio nombre de su madre; pero, celosas las demás mujeres, envenenaron a Chumpillaya, y su hija quedó bajo la custodia de una de las hermanas de Huáscar, la prince-

(1) Huáscar-pata, cerca de Muyna, lo que desmiente la leyenda de la cadena de oro que se fabricó para celebrar su nacimiento, leyenda que se forjó para explicar el nombre del príncipe. Desde mucho antes usábase para las danzas, en las grandes festividades, una toga recamada con placas de oro.

(2) Por cierto que no puede ser verdadera la tradición que hace a la madre de Atahualpa natural de Quito o princesa de este reino, pues aquél era un hombre adulto antes de salir del Cuzco. De haber nacido en Quito, habría contado sólo ocho o diez años a la muerte de su padre.

sa Cahua Ticlla (1). La romántica historia de amor de la tierna Curi Coyllur serpea como un hilo de plata a través del sangriento relato de las guerras de sucesión (2).

Huayna Ccápac, postrer emperador incaico, falleció en Quito el año de 1525, tras un reinado de treinta a cuarenta años, cuyos doce últimos consagró, por entero, a sus campañas del norte de Quito. Trasladóse su cuerpo a Tumi-pampa, donde fué embalsamado. Antes de morir, nombró el monarca heredero suyo a su primogénito Ninan Cuyuchi, pero como éste era enfermizo, designó a Huáscar para que ocupase el trono en caso de que aquél muriese. Efectivamente, Ninan Cuyuchi falleció poco después de su padre, y parece que Huáscar fué proclamado unánimemente soberano Inca.

En breve comenzaron los preparativos para la conducción del cadáver (*malqui*) y del *hauaqui* de Huayna Ccápac al Cuzco. Como también había muerto en Quito Cusirimay, su primera consorte, Mama Rahua, la segunda, hubo de presidir el imperial convoy fúnebre, durante el largo trayecto, en compañía de los más ancianos y fieles amigos y consejeros del Inca, entre quienes se contaba Auqui Túpac Yupanqui. Atahualpa se excusó de acompañar el cortejo fúnebre. Ciertos cronistas españoles ponen en su boca arengas en tal ocasión. Probablemente tuvo motivos para recelar de la acogida del nuevo Inca o acaso abrigaba ya ambiciosos planes, pues se había dado cuenta de que los generales quiteños eran afectos a su causa. Parece que al principio Huáscar le otorgó el título de Incap Ranti o Virrey de Quito, pero si alguna vez sintió fraternal afecto por Atahualpa, tal sentimiento hubo de durar muy poco.

Junto con la Ccoya Mama Rahua y su séquito, que

(1) *Cahua*, gris; *ticlla*, una flor.

(2) La leyenda de amor de Curi Coyllur, le fué contada a Balboa por D. Mateo Yupanqui Inca, miembro de la real familia peruana, que residía en Quito.

venían acompañando el cadáver de Huayna Ccápac, llegaron a la llanura de Suriti, cercana al Cuzco, donde se encontraba Huáscar, las nuevas de que Atahualpa se había quedado atrás, lo que exasperó al Inca. Ordenó al punto que arrestasen a Túpac Yupanqui y a sus compañeros, que los interrogasen con respecto a la ausencia de Atahualpa, y, como no le satisficiesen sus respuestas, los hizo ejecutar. Indignése la Ccoya Mama Rahua ante la ejecución de sus amigos y los de su difunto señor y jamás perdonó a su hijo tan injustos y crueles actos. Sólo mucho después consintió en el matrimonio de su hija Chuqui Urpay con Huáscar, el que se realizó después de las exequias del gran Inca Huayna Ccápac. La reina viuda fijó su residencia en la aldea de Siquillapampa, a pocas millas del Cuzco.

Atahualpa resolvió enviar a su hermano una embajada, portadora de valiosos presentes, la que debía ofrecer al Inca la sumisión y el homenaje de su señor; y escogió para tan delicada misión a un apuesto y valeroso mancebo llamado Quilacu Yupanqui, hijo del victimado Auqui Túpac Yupanqui, a quien acompañaban cuatro ancianos caudillos.

Al llegar a Suriti, recibió el enviado un mensaje de bienvenida de la reina viuda, que simpatizaba con el joven. Habíase educado éste en el Cuzco en el palacio de aquélla, y era hermano de leche de Chuqui Urpay, hija de la misma. Invitólo Mama Rahua a que fuese a su mansión de Siquillapampa y residiese allí hasta que el Inca lo recibiese; y envió a su encuentro un grupo de hermosas doncellas entre las que iba la hija de Huáscar, Curi Coyllur, la estrella de oro, la hermosa entre las hermosas del Cuzco. Durante su breve estadía en Siquillapampa, concibió Quilacu ardiente amor por la bella niña y tuvo la dicha de ser correspondido. Fué aquélla para los enamorados una época deliciosa, transcurrida a la sombra de los molles, en padreras alfombradas por el *cantui* y el

amancay, en donde el murmullo de las borbotadoras fuentes mezclábase con el trino de bandadas de aves. Dormía el valle circundado por altísimas montañas, y allí se olvidaba todo lo que no fuese amor.

Mas el encanto rompióse en breve. Llegó la orden de que Quilacu y su embajada se dirigiesen a Calca, población situada en el valle de Vilcamayo, donde residía a la sazón el Inca. El joven enviado depositó a las plantas del soberano los obsequios de que era portador y le aseguró la lealtad de su hermano; pero el Inca miró al embajador con desdén, rechazó los presentes y acusó al portador de espionaje. Ordenó luego que ajusticiasen a los cuatro acompañantes de Quilacu, y que remitiesen a éste al Cuzco a que esperase allí nuevas órdenes. Mientras el mancebo las aguardaba en suspenso, un anciano servidor suyo informaba a Mama Rahua Ocllo del maltrato que su amo había padecido, así como del asesinato de sus compañeros. Púsose, al cabo, en libertad al mozo y se le despidió, ordenándole que regresase donde Atahualpa a prevenirle que pronto rendiría a su soberano cuentas de su conducta.

Entretanto llegó a Siquillapampa un mensaje secreto que avisaba que, de serle posible, Quilacu se apartaría de su camino para ir a pedir la mano de Curi Coyllur a su tía y guardadora, la princesa Cahua Ticlla. La hermosa niña esperó ansiosamente a su amado. Al divisar a lo lejos a un labrador que venía con su arado (*taclla*) al hombro, imaginó que era él; pero, al fin, distinguió a un grupo de caminantes que marchaba por la vía de Chinchaysuyo. Apostada bajo los molles, a la vera de los ondulantes maizales, vió desaparecer a los viajeros tras de la cresta de los cerros distantes, e íbase a entregar a la desesperación, cuando de pronto Quilacu precipitóse fuera del maizal (1), y los amantes cayeron unos en brazos del otro. Acudió la tía Cahua Ticlla, a quien Quilacu refirió todo lo acaecido

(1) El maíz del Cuzco crece a mayor altura que el hombre más alto, y Quilacu hubo de estar completamente escondido en él.

en Calca y en el Cuzco, acabando por pedirle la mano a su sobrina; mas aquélla le respondió que mejor era esperar tiempos más apacibles, prometiéndole que Curi Coyllur, que sólo contaba dieciséis años, le esperaría tres más. Apesar suyo hubo de contentarse el enamorado con tales promesas, y prosiguiendo su camino a Quito dirigióse a la Corte de Atahualpa a informar a éste del resultado de su misión.

El Inca despachó tras de Quilacu un gran ejército comandado por un general llamado Atoc, y las fuerzas de ambos hermanos chocaron en Ambato, cerca de Quito, siendo completamente derrotado el ejército de Huáscar y su general capturado y muerto. Envío entonces Huáscar a Tumi-pampa, un nuevo ejército acaudillado por Huanca Auqui, uno de los numerosos hermanos paternos del Inca. Parece que el infortunado general hizo cuanto pudo, pero fué derrotado en Tumi-pampa, luego cerca de Cajamarca, más tarde en Bombón, hasta ser finalmente arrojado al valle de Jauja. Recibió allí grandes refuerzos que comandaba otro caudillo llamado Mayta Yupanqui, quien enrostró sus derrotas al desgraciado Huanca Auqui. Entretanto el Inca Huáscar celebraba un ayuno expiatorio llamado *Ytu*.

Comandaba los ejércitos de Atahualpa un general quiteño, feroz pero habilísimo, llamado Quizquiz, quien llevaba por teniente a otro jefe de la misma nación llamado Chalcuchima, y la reserva había sido confiada al joven Quilacu. Tres años habían transcurrido ya desde que éste saliera del Cuzco. La tía Cahua Ticlla hallábase moribunda, y Huáscar amenazaba a Curi Coyllur con obligarla a que se casara con uno de sus capitanes; pero ella estaba resuelta a ser fiel a su amdo y a ir a buscarlo. Efectivamente, una noche cortó sus largos cabellos, vistió el traje de uno de sus servidores y, aprovechando del paso del ejército de Mayta Yupanqui por Siquillapampa, escapóse de su hogar y se confundió con las tropas.

Disciplinadas sus huestes avanzó Quizquiz contra los ejércitos unidos de Huanca Auqui y Mayta Yupanqui. Ambas fuerzas trabaron desesperada lucha en un lugar llamado Yanamarca, con indeciso éxito. Hallábase seriamente apretada una de las alas del ejército de Atahualpa, cuando acudió Quilacu con sus reservas. Este refuerzo cambió la situación: los Incas se dispersaron y huyeron, pero Quilacu cayó gravemente herido entre un montón de cadáveres en tanto que sus soldados ocupábanse en perseguir al enemigo, por lo que no advirtieron la falta de su jefe. La marea de la batalla refluyó lejos y el caudillo herido fué abandonado a su suerte.

Abrumado por el peso de los cadáveres y exangüe, Quilacu permaneció mucho tiempo sin sentido. Cuando, al cabo, lo recobró vió a un muchacho que recorría el campo de batalla, como si buscara a alguien entre los cuerpos desfigurados. Llamólo el jefe herido y logró ser escuchado. Acudió el muchacho, vendó las heridas de Quilacu y lo condujo a las orillas de un riachuelo, en donde recogió leña, hizo una fogata y prestó solícito cuidado al doliente. Al pretender Quilacu que le dijera el mozo porqué auxiliaba a un enemigo, sólo obtuvo esta respuesta: «¡Hermano! Soy oriundo de este país. Me llamo Titu; no me preguntes más». Al día siguiente, Titu llevó a Quilacu a una choza abandonada, en donde éste pasó muchas semanas presa de delirio febril, enmedio de los tiernos cuidados caritativos del mancebo.

Entretanto los Peruanos fugitivos rehacíanse en el paso de Ancoyacu, que Mayta Yupanqui se propuso fortificar y defender, pero Huanca Auqui se había descorazonado y ambos se retiraron con sus ejércitos a Vilcasuaman. Entonces el Inca Huáscar se alarmó grandemente. Consultó a las huacas y a los oráculos y éstos le respondieron que si se ponía personalmente al frente de sus ejércitos, ganaría la victoria. Allegáronse precipitadamente refuerzos de Colla-suyu y hasta de Chile, y Huás-

car encontróse a la cabeza de un gran ejército en la llanura de Suriti.

Huanca Auqui, que había retrocedido de Vilcashuaman, fué apostado en el puente de Apurímac para impedir la entrada al enemigo; situóse a los Chilenos en las alturas que dominan el valle de Cotabambas, junto con los contingentes Collas y Charcas, y el grueso del ejército permaneció en el valle de Cotabambas. Desesperando Quizquiz de forzar la profunda garganta del Apurímac frente a un enemigo tan poderoso, destacó a Chalcuchima sobre el Cuzco por la vía de Chumbivilcas, y atacó luego la división principal del ejército de Huáscar, pero fué rechazado con fuertes pérdidas.

Lo que sucedió después no está muy claro. Parece que el Inca se aventuró en una avanzada de reconocimiento, con el propósito de forzar un barranco que desembocaba en el valle de Cotabambas, y cayó en una emboscada hábilmente dispuesta. De pronto, vióse rodeado por sus enemigos, arrancado de su litera y hecho prisionero. Sabedor de su captura, su ejército de desbandó y huyó. Los generales de Atahualpa marcharon en triunfo a la capital y acamparon en un lugar llamado Quisipay. Tanto los caudillos cuzqueños como la madre del Inca, Rahua Ocllo, se sometieron a los vencedores y reconocieron a Atahualpa por soberano, y la anciana enrostró a su hijo su injusticia y sus crueldades, achacando a sus crímenes la causa de su infortunio. El desdichado príncipe pagaba, si bien harto caro, sus faltas. Vió morir en el tormento a todos sus allegados y favoritos, y fué llevado luego, por orden del vencedor, junto con sus principales consejeros, a la residencia de aquél en Cajamarca.

Pero tan cruenta tragedia iba a tener un sorprendente desenlace. Primero, llegaron al Cuzco nuevas del arribo de extranjeros poderosos; luego, del apresamiento de Atahualpa por los mismos, y, por último, del crecido rescate que debía pagar aquél por su libertad. A raíz de sus victo-

rias decisivas, Atahualpa había sido reconocido unánimemente por Inca; y como la máquina administrativa del Imperio había funcionado sin tropiezo durante la guerra civil, como si nada hubiera sucedido, no bien llegaron las órdenes para el envío del rescate, los caminos se cubrieron con portadores de oro, labrado en todas formas y tamaños. Los ejércitos de Quizquiz y Chalcuchima, evacuaron el Cuzco y se dirigieron a Cajamarca, en cierta confusión, dispuestos a obedecer y a auxiliar a su monarca prisionero. Por cierto que es exagerada la versión de las atrocidades que se achacan a los quiteños vencedores durante su permanencia en el Cuzco, por provenir las informaciones de los cronistas españoles de boca de los caciques del bando derrotado. Verdad es también que los parientes y amigos cercanos de Huáscar fueron asesinados y que, por razones no muy claras, los triunfadores profanaron el *malqui* del gran Inca Túpac Yupanqui y victimaron a sus custodios; pero no hubo matanza general de Incas, pues, no bien abandonaron el Cuzco los generales de Atahualpa, los Orejones reasumieron sus cargos y atribuciones y reconocieron por monarca al joven príncipe Manco, al saber la muerte de Atahualpa. El infortunado Huáscar, acompañado por su madre, por sus mujeres y sus principales dignatarios, fué llevado preso a Cajamarca. Entretanto Pizarro, sabedor de la guerra que se hacían ambos hermanos, dijo a Atahualpa que él decidiría el conflicto. Esta amenaza movió a Atahualpa a ordenar a los suyos que victimasen a sus reales prisioneros. La guardia encargada de custodiarlos recibió esa orden en el pueblo de Antamarca, y ejecutó allí a Huáscar, a su madre, a sus mujeres y a sus amigos, logrando apenas salvar de la ejecución general un mancebo, hijo natural de Huáscar, llamado Huari Titu, quien llevó la noticia a Cajamarca y dió pretexto a Pizarro para ajusticiar a Atahualpa.

Al saberse en el Imperio el suplicio del monarca, dejaron de llegar a Cajamarca las remesas de oro y plata, y

se ocultaron las que estaban en camino, pero ya los Españoles había recibido una cantidad equivalente a 3,500,000 libras esterlinas, principalmente en forma de láminas cuadradas u oblongas, que servían para adornar las paredes de las casas. La cantidad ocultada fué, sin embargo, muchísimo mayor, y hasta ahora no se ha descubierto, aunque el secreto se transmitió de padres a hijos, y una pequeña parte del tesoro sirviera en cierta ocasión a la causa popular (1).

La historia de la Conquista así como de la consiguiente guerra civil entre los Conquistadores está narrada en las páginas clásicas de Prescott y de Helps, y no cabe en este capítulo, excepto en lo que atañe a la suerte de los Incas. El ejército que venciera a Huáscar se desparramó por todo el territorio, y sus caudillos Quizquiz y Chalcuchima encontraron su merecido en las manos de hombres tan bárbaros y crueles como ellos mismos, y los Españoles avanzaron sobre el Cuzco.

Mientras se realizaban tan tremendos acontecimientos, el mozo Titu seguía asistiendo al caudillo doliente en la cabaña solitaria. Allí vivían ambos, alimentándose con raíces y leche de llamas. Cuando, al cabo de varios meses, Quilacu entró en convalecencia, Titu hizo algunas excursiones con el objeto de tener noticias, y acabó por descubrirse al guerrero como su prometida Curi Coyllur, que, disfrazada con hábitos masculinos, lograra sustraerse a un matrimonio odioso, buscar a su prometido, salvarle la vida y asistirlo durante su larga enfermedad.

(1) Al disponerse el anciano Cacique Pumacagua a encabezar la insurrección indígena contra los españoles, carecía de recursos para procurar a sus fuerzas armas y municiones. El entonces custodio del tesoro, tras de arrancar al caudillo juramento de secreto, condujo a éste, vendado, al lugar del escondite, para llegar al cual hubo de vadear largo trecho de un río. Al caer la venda de sus ojos, quedó deslumbrado ante el espectáculo del enorme hacinamiento de piezas de oro, de que se le permitió tomar lo suficiente para satisfacer las necesidades de la revolución. Derrotado y muerto por los Españoles, fué el último a quien revelaron el secreto los guardianes del tesoro.

Refirióle que el Imperio había padecido grave trastorno, que Huáscar y Atahualpa habían muerto y sus ejércitos se habían dispersado y que del mar habían venido unos extranjeros de incontrastable poder. Partió luego a Jauja en donde conoció felizmente a Hernando de Soto, uno de los Conquistadores más generosos, de los pocos que protestaron contra el asesinato de Atahualpa. Escuchó Soto su conmovedora historia, por medio de un intérprete, e hizo amigo de ella. Entregó ropas a ambos amantes, quienes después de bautizados con los nombres de Hernando y Leonor, se casaron con toda felicidad; pero Quilacu no sobrevivió mucho tiempo a su boda. A su muerte, Curi Coyllur trabó relaciones amorosas con su benefactor, de las que nació una hija, Leonor de Soto, que casó en el Cuzco con un notario llamado Carrillo, a quien dió varios hijos.

Mas el Imperio no se derrumbó sin que sus hijos hiciesen esfuerzos heroicos para salvarlo. Titu Atauchi, uno de los hijos del gran Huayna Ccápac, era un mozo inteligente y sagaz. Decidió resistir a los asesinos de su hermano y reunió fuerzas considerables con el propósito de impedir el avance de los invasores sobre la Capital. Al frente de ocho mil hombres atacó la retaguardia española, desbarató sus filas en un lugar llamado Tocto, de la provincia de Huaylas, y capturó ocho prisioneros, que llevó consigo a Cajamarca, abandonada ya por los Españoles. Entre aquellos presos iba Francisco de Chávez oriundo de la ciudad de Jerez, uno de los más honrados e ilustres Conquistadores y uno de los doce que protestaron contra el suplicio de Atahualpa. Iba también con él Sancho de Cuéllar, Hernando de Haro y Alonso de Alarcón. Cuéllar había actuado de escribano en el írrito juzgamiento de Atahualpa, y fué juzgado y ejecutado públicamente en el mismo garrote en que fué ajusticiado el Inca. En cambio, Alarcón, que se había roto una pierna, fué solícitamente asistido. Chavez y Haro que protestaron contra

la ejecución del monarca fueron tratados con gran benevolencia. El príncipe Titu Atauchi celebró un tratado con Chávez, el que había de ser más tarde ratificado por Pizarro. Dicho tratado contenía las siguientes cláusulas:

- 1.ª Los españoles y los indios son hermanos;
- 2.ª Se reconoce por Inca al príncipe Manco;
- 3.ª Se respetan todas las leyes incaicas que favorecen al pueblo y que no se oponen al Cristianismo

Dióse luego libertad a Chávez y a sus compañeros, deseándoles buena suerte, y los libertados se encaminaron al Cuzco (1). Por desgracia, el ilustre príncipe Titu Atauchi falleció poco después.

Después que evacuaron la ciudad los sanguinarios generales de Atahualpa reuniéronse en consejo los Incas y Orejones del Cuzco. Sumaban considerable número, pues refiere Sarmiento que cuarenta años más tarde vivían aún numerosos representantes de todos los ayllos principales en el Cuzco y en sus alrededores. Era legítimo hercero de la borla imperial el príncipe Manco, mozo todavía. Sus consejeros acordaron que el poder de los Españoles era irresistible, pero que era posible mejorar la condición del país, sometiéndoseles; y, en consecuencia, subiendo a Manco a la litera real y seguidos por largo cortejo, encamináronse al puente de Apurímac al encuentro de Pizarro.

Los españoles acogieron muy cordialmente al Inca, escoltáronle en su regreso al Cuzco y consintieron en que las ceremonias de su entronización se realizasen con el esplendor acostumbrado. Parece que Pizarro ohró a instancias de Francisco de Chávez y otros hidalgos de su talla al reconocer sagazmente los claros derechos del Inca

(1) Era Francisco de Chávez, el amigo del Príncipe Tito Atauchi, un minucioso observador y un investigador diligente. Escribió una Crónica copiosa, que encomendó a su deudo y amigo, D. Luis de Valera, quien la entregó a Diego de Oliva. Chávez fué asesinado en Lima en el Palacio de Pizarro, cuando pretendía defender la escalera de entrada contra los victimarios del Marqués. Zárate dice que a su muerte era el personaje más importante del Perú, después de Pizarro.

a la sucesión real, pero ello no sirvió de nada. Era Pizarro hombre de gran talento natural y distaba mucho de ser el peor de los Conquistadores, en punto a codicia; era además un político de amplia mirada, restringida sólo por su ignorancia y su falta de educación. De ahí que no comprendiera en lo menor ni el mérito ni la adaptabilidad del complicado sistema administrativo que destruyó. Sucedióle en el gobierno del país ilustrados juristas y políticos, varios de los cuales reconocieron palmariamente la superior política de los Incas respecto de sus conquistadores españoles; mas tal reconocimiento fué tardío. Es posible que de haber ocupado Francisco de Chávez el puesto de Pizarro, las cosas hubieran seguido rumbo mejor, pues las intenciones de los consejeros peninsulares eran buenas; mas tal suposición apenas es probable.

En realidad, los asuntos del Perú iban de mal en peor. Mientras Pizarro se encaminaba al valle del Rímac a fundar allí su capital, sus hermanos permanecían en el Cuzco, y Almagro, su compañero, emprendía su lejana expedición a Chile, acompañado por el príncipe Paullu, hermano de Manco, y por el Uillac Uma (Sumo Sacerdote del Sol), hijo también del gran Inca Huayna Ccápac. Pero Manco, según transcurrían los años, advertía que era un mero juguete de los Conquistadores y que éstos trataban a sus súbditos con tanta crueldad e injusticia que la masa indígena estaba resuelta a intentar sacudir un yugo que se había hecho insoportable; y un día el caudillo escapó de la capital y se puso a la cabeza de un considerable ejército de Orejones presto a asestar un último golpe por la libertad de su nación. Ocuparon los patriotas la fortaleza de Sacsahuaman y asediaron estrechamente a los Españoles en la antigua capital incaica.

La historia del asedio del Cuzco queda referida en el libro de Prescott: fué el esfuerzo postrero. La pérdida de la fortaleza disipó la última esperanza de los patriotas, y

el anciano caudillo incaico, prefirió precipitarse en el abismo a rendirse a sus enemigos, como los antiguos jefes cántabros murieron antes que someterse a los Romanos. Al acercarse Almagro, levantó el joven Manco el sitio del Cuzco y bajando por el hermoso valle de Vilcamayo hizo un último alto en la fortaleza de Ollantay-tampu, en donde con el rechazo del ataque de Hernando Pizarro ganó la postrera victoria peruana.

Obligado a evacuar Ollantay-tampu por Orgóñez, lugarteniente de Almagro, retiróse a la apenas conocida región montañosa de Vilcapampa, en donde defendió su soberanía por espacio de treinta años. En cambio, Paullu, su hermano, unió su suerte a la de los Conquistadores: acompañó a Almagro en su expedición a Chile, y plegándose más tarde a Vaca de Castro, fué bautizado con el nombre de Cristóbal y recibió por residencia el palacio que al pie de la fortaleza domina el Cuzco y que se llama Colcampata, palacio que construyó para su mansión el gran Inca Pachacútec. Erigióse al extremo occidental de su fachada la iglesita de San Cristóbal, destinándola en parte a capilla del príncipe. A su espalda quedaba la sagrada chacra de maíz que cosechaban los noveles caballeros, consagrados en la fiesta del Huarachicu. Allí vivió y murió Paullu, contemplando la completa destrucción de su tierra. Allí nacieron y se criaron sus hijos, D. Carlos Inca, y don Felipe Inca, de los cuales el primero siguió viviendo pacíficamente en Colcampata con su mujer castellana, considerado como señor por los numerosos Incas emparentados en los diversos ayllus. Así, mientras uno de los descendientes del gran Inca Huayna Ccápac entraba en arreglos con los invasores y vivía en sujeción en el viejo palacio que miraba al Cuzco, el otro mantenía heroicamente su independencia en su refugio de Vilcapampa.

Rodeaban a Manco numerosos parientes y servidores, que formaban una corte con cierto aparato imperial. Habíanse erigido edificios que representaban el templo

del Sol, y el palacio del Cuzco, cuyas entradas estaban defendida y custodiadas. Aunque quebradísima, la región que media entre el Apurímac y el Vilcamayo, llamada Vilcapampa, no es improductiva. Allí crecen pastos y se ven barrancos cultivados en andenes, mientras al norte quedan las selvas tropicales, que habita la pacífica tribu de los Mañaris. Vilcapampa, de cuarenta millas de extensión, constituye un nudo de montañas entre los ríos Apurímac que queda al oeste y Vilcamayo, al este, y limita por el norte con una curva de este último río. Intentó Pizarro abrir negociaciones con el Inca, pero Manco desconfiaba profundamente de las promesas españolas y rechazó la oferta del caudillo. Este, en venganza, hizo que sus soldados desnudasen y flagelasen a una concubina de Manco que había caído presa junto con otros indios y que luego la matasen a flechazos, lo que obligó al Inca a tomar represalias en algunos españoles sorprendidos en los caminos del Cuzco.

Derrotado Almagro el Mozo por el Gobernador Cristóbal Vaca de Castro, fué ejecutado junto con diez de sus secuaces, quedando los demás, presos en el Cuzco; pero dos de éstos, llamados Gómez Pérez y Diego Méndez, acompañados por seis soldados, lograron escapar de la prisión y refugiarse en Vilcapampa, en donde fueron acogidos hospitalariamente por el Inca Manco y tratados con suma generosidad, porque el Inca estaba perfectamente informado de los acontecimientos. Al saber éste que había llegado al país un virrey, llamado Blasco Núñez de Vela (1) con instrucciones para poner coto a las crueldades y despojos de los Conquistadores, decidió enviarle una embajada, ofreciéndole ayuda. Escogió para ello a Gómez Pérez, quién fué a Lima y regresó a Vilcapampa

(1) Que llegó a Lima el 17 de mayo de 1544; fué expulsado del poder en octubre del mismo año y murió en Añaquito el 11 de enero de 1546.

portador de la aceptación más cordial del ofrecimiento que le fué cometido; desgraciadamente, el infeliz Virrey fué en breve arrojado del país y finalmente muerto por los Conquistadores encabezados por Gonzalo Pizarro.

Aquel Gómez Pérez era un áspero y malhumorado perdonavidas, de temperamento irritable. Un día que jugaba a los bolos con el Inca, púsose tan intolerablemente atrevido que éste lo empujó, diciéndole: «Vete y acuérdate con quien hablas». Fuera de sí, Pérez cogió el bolo de madera y asestó al Inca un golpe tan violento que lo tendió muerto a sus pies. Los indios se arrojaron sobre los Españoles, que se acogieron a su vivienda, defendiendo la entrada con sus espadas, pero aquéllos prendieron fuego a la casa, y al querer escapar de las llamas los ocho matones, fueron cayendo muertos a flechazos.

Fué el Inca Manco digno representante de sus grandes antecesores. Víctima de una coronación burlesca y de una soberanía bufa por los invasores, apenas llegó a la edad de la madurez renegó de tan oprobiosa vida. Burlando a sus carceleros, reunió un ejército para luchar contra los verdugos de la libertad de su nación. Acaudilló a sus vasallos y a sus leales con soberbio valor y no poca inteligencia y si desistió de la desesperada lucha fué por ahorrar la sangre de su pueblo, pero mantuvo su independencia en Vilcapampa, en espera de los acontecimientos. Y allí murió esperanzado en el nuevo Virrey y en las nuevas leyes, después de diez años de reinado (1).

Inca Manco dejó tres hijos, llamados: Sayri Túpac, Titu Cusi Yupanqui y Túpac Amaru, y una hija llamada

(1) La versión que doy del asesinato de Manco, la he tomado de Garcilasso. De modo distinto la refiere Titu Cusi Yupanqui, hijo del victimado Inca, que presencié el crimen y que a duras penas pudo escapar de la muerte. Jiménez de la Espada da una parte de la narración de Titu Cusi en un apéndice de su edición de *La Guerra de Quito*, mas sin decir cómo la obtuvo ni de dónde la extractó. Parece que Titu Cusi dictó su relato a Vivero. Vid. cap. XVIII.

María Túpac Usca, que se casó con D. Pedro Ortiz de Orúe, Encomendero del pueblo de Maras y dueño de una casa en el Cuzco.

Sayri Túpac sucedió a su padre, pero como no tenía aún edad suficiente para gobernar, sus regentes o tutores se encargaron del gobierno de Vilcapampa.

CAPITULO XVII

GARCILASSO INCA DE LA VEGA

LOS encantos de las princesas cuzqueñas y de sus servidoras cautivaron a los Conquistadores. Tres hijas de Huayna Ccápac se casaron con capitanes españoles. Beatriz Ñusta se desposó con Mancio Sierra de Leguízamo, soldado notabilísimo por su extraordinario carácter; otra Beatriz Ñusta fué, primero, mujer de Martín de Mustincia y luego de Diego Hernández; Inés Ñusta tuvo dos hijos de Francisco Pizarro; Francisca Ñusta, sobrina de Huayna Ccápac, casó con Juan de Collantes y fué abuela del historiador-Obispo Piedrahita, y Angelina, hija de Atahualpa, fué esposa del historiador y quechuísta Juan de Betanzos.

Hualpá Túpac Yupanqui, hermano del Inca Huayna Ccápac, tuvo un hijo que llevó los mismos nombres, y una hija llamada Isabel Yupanqui Ñusta, que fué mujer del hidalgo Garcilasso de la Vega y madre del célebre Inca historiador. Paullu Túpac Yupanqui, hermano del Inca Manco, unió su suerte a la de los Conquistadores, fué bautizado en 1543 con el nombre de Cristóbal y recibió en obsequio el palacio de Colcampata, que domina el Cuzco. Casó con su prima Catalina Mama Usica; tuvo en ella dos hijos, Carlos y Felipe, y murió en Mayo de 1549.

El Capitán Garcilasso de la Vega, hijo tercero de D. Alonso de Hinestrosa de Vargas y de Da. Blanca Sotomayor Suárez de Figueroa, nació en Badajoz y fué hidalgo

de nobilísima estirpe. Cifrabá su orgullo en descender del famoso adalid Garci Pérez de Vargas que ganó en 1348 Sevilla para el santo Rey Fernando. Otro ascendiente suyo fué aquel Garcilasso, que recibió el apellido De la Vega en memoria del famoso combate singular que trabó con un moro descomunal en la vega de Granada:

Garcilaso de la Vega
Desde allí se ha intitulado
Porque en la Vega hiciera
Campo con aquel pagano.

Contaba también entre sus antepasados a D. Diego de Mendoza, el que salvó la vida al Rey D. Juan I en la batalla de Aljubarrota. Cabeza de su familia materna era el Duque de Feria, y era asimismo emparentado con los Mendozas, Duques del Infantado.

Nacido en 1506, era ya el mozo Garcilasso de la Vega asaz diestro en el manejo de las armas, cuando en el año de 1531, a los veinticinco de edad, partió para el Nuevo Mundo, en calidad de capitán de infantería de Alonso de Alvarado, que regresaba a Centroamérica a reasumir su gobernación de Guatemala. Sabedor de las riquezas del Perú, Alvarado zarpó de Nicaragua al frente de una numerosa escuadra y desembarcó en la bahía de Carangues en Mayo de 1534. Acompañábalo Garcilasso, y hubo de compartir las terribles privaciones y sufrimiento de la subsiguiente expedición a Riobamba. Tras el convenio con Almagro y el licenciamiento de las tropas de Alvarado, encomendóse a Garcilasso el remate de la Conquista de la región comarcana de Buenaventura, para cuyo logro, al frente de un puñado de soldados, se abrió paso por enmarañadas selvas, sufriendo penalidades increíbles. Dirigióse luego a Lima y de allí marchó en socorro del Cuzco, que asediaba el ejército indígena de Inca Manco. Regresó a la capital, después de levantado el sitio, y fué teniente de otro Alvarado, en la expedición que despachó Pizarro

para desalojar a Almagro del Cuzco. Derrotado en la batalla de Abancay, padeció dilatada prisión hasta el quebrantamiento definitivo de Almagro en Abril de 1538. Acompañó después a Gonzalo Pizarro en la conquista de Charcas y fué agraciado con tierras cerca de Cochabamba. Avescindóse luego en el Cuzco e hizo vida marital con la Princesa Isabel Yupanqui Ñusta, conocida por los Incas con el nombre de Chimpu Ocllo. Un retrato de la época la representa como una doncella de figura delicada, de grandes y hermosos ojos, la nariz ligeramente aguileña, con largas trenzas negras que bajan sobre los hombros, cubiertos con una manta de lana ricamente ornamentada que un alfiler grande de oro prende sobre el pecho. La casa de los cónyuges alzábase en la esquina noroeste del Cusi-pata o sea en aquella parte de la vasta plaza, que quedaba al lado oeste del torrente Huatanay. Era su puerta la siguiente a la de la casa de la Princesa Beatriz, mujer de Mancio Sierra de Leguísamo. Aun cuando el Capitán Garcilasso se ausentaba frecuentemente y por largo tiempo de su hogar, a causa de las guerras civiles, los sucesos de esta época de su vida enlázanse íntimamente con los de la infancia de su tierno hijo el Inca.

Nació el vástago del hidalgo Garcilasso de la Vega en la princesa incaica, en el solar paterno del Cuzco (1) el 12 de Abril de 1539. Sus primeras impresiones fueron las que suscita en el espectador el hermoso panorama que se contempla desde el balcón de la casa. Desde el largo barandaje que caía sobre la portalada y en el que congregábanse los principales de la ciudad a disfrutar de las corridas de toros y juegos de cañas que se realizaban en la plaza, escrutaba el mancebo el *catu* o mercado que quedaba debajo y oteaba, a la derecha, el convento de la Merced, donde yacían sepultados los descabezados cuerpos de entrambos Alma-

(1) Cuyo anterior dueño fué Francisco de Oñate, que murió en la batalla de Chupas, el 26 de Abril de 1538 en las filas de Almagro el Mozo.

gros y de Gonzalo Pizarro. Divisábase de allí el espléndido pico nevado del Vilcanota, «en forma de pirámide, tan alta que con estar veinticinco (1) leguas della, y aver otras sierras en medio, se descubre mucha altura de aquella punta: no se ven peñas ni riscos, sino nieve pura y perpetua, sin menguar jamás. Llámanle Vilcanuta, quiere decir, cosa sagrada o maravillosa» (2).

Los parientes mayores del joven Inca residentes en el Cuzco eran su tío paterno D. Juan Vargas (3), D. García Sanchez de Figueroa, primo de su padre y su tío materno, Hualpa Túpac Yupanqui, además del Príncipe Paullu y de los maridos de sus primas las Princesas, Mancio Sierra de Leguizamo, Juan de Betanzos y Diego Hernández. Fruto de estos enlaces y otros análogos, fueron varios rapaces que recibieron el nombre de mestizos o hijos de dos razas, como el propio mancebo Inca; quien se juntaba con ellos como igual y condiscípulo. Un año antes del nacimiento de nuestro autor, peleaba su padre en las filas de Vaca de Castro, en la batalla de Chupas, donde fué gravemente herido. Eran tan frecuentes y prolongadas sus ausencias que se vió obligado a encomendar la guarda de su hogar y de sus intereses a un su amigo, D. Diego de Alcobaza. Apellidábalo el joven Inca su «ayo» o tutor, y crióse con sus hijos como hermano de éstos. Fué su padrino D. Diego de Silva vecino y alcalde del Cuzco.

Ardua cosa fué la educación de los jóvenes mestizos entre la turbuencia de las guerras civiles que alejaban a sus padres de la Capital. Encargóse al principio de aquélla un religioso llamado Pedro Sánchez, a quien sucedió luego en la enseñanza y en la disciplina un meritorio canónigo

(1) Sólo dista cosa de quince.

(2) *Vilca* equivale a sagrado y *unuta*, a agua. Venía a ser la fuente sagrada del Vilcamayo.

(3) En aquellos tiempos reinaba mucha indecisión en España con respecto a apellidos. Mientras un hermano tomaba el de su padre, otro usaba el de su madre y un tercero el de su abuela. Así Vargas era el apellidado paterno, Figueroa el materno y Garcilasso de la Vega el de un ascendiente materno.

de la Catedral, llamado Juan de Cuéllar y natural de Medina del Campo. Enseñó éste a sus alumnos latín, por espacio de dos años, entre el crujir de las armas y el estrépito de los combates, a ruego de aquéllos y poniendo en la obra todo su generosidad.—Los alumnos eran dieciocho, a saber:

- | | |
|-------------------------------|---|
| 1. Garcilasso Inca de la Vega | 10. Juan Arias Maldonado |
| 2. Carlos Inca | 11. Gaspar Centeno |
| 3. Felipe Inca | 12. Pedro Altamirano |
| 4. Francisco Pizarro | 13. Francisco Altamirano |
| 5. Juan Sierra de Leguizamo | 14. Un hijo de García Sánchez de Figueroa |
| 6. Diego de Alcobaza | 15. Un hijo de Pedro de Candía. |
| 7. Francisco de Alcobaza | 16. } |
| 8. Juan de Cillorico | 17. } Hijos de Pedro del Barco |
| 9. Bartolomé Monedero | 18. } |

Eran todos despiertos, y Felipe Inca el sobresaliente; y el buen canónigo complacido, viendo sus dotes y la excelente disposición que demostraban para el aprendizaje de la gramática y de las ciencias, solía decirles: «¡Oh hijos, y cómo quisiera ver una docena de vosotros en la Universidad de Salamanca!»

Fuera de la escuela solazábanse los mesticillos a su antojo. Como el recuerdo de Atahualpa era naturalmente odioso para los Incas del Cuzco, los arrapiezos, para escarnecer su memoria, aterrorizaban al vecindario, tarareando por las noches el nombre del difunto monarca, imitando el canto del gallo. Dicha tonada se ajustaba, según el Inca, a la siguiente pauta: 2 corcheas, 1 mínima y 1 semibreve, en total, cuatro notas en una llave. Canturreaban asimismo los nombres de los generales quiteños que constaban de cuatro sílabas, tales como Chalcuchima, Rumiñahui, y Quilliscancha. Amenudo subían a la fortaleza de Sacsahuaman a explorar las ruinas incaicas, que al cabo de diez

años desaparecieran, para servir de material de construcción de las casas de Españoles; aventurábanse en los pasadizos subterráneos y pasaban horas de horas deslizándose por la pendiente del Rodadero. En ocasiones, disfrutaban de placeres menos infantiles, como cuando se iban de caza a Quepaypa, llevando, a guisa de halcones, buitres pequeños de la comarca. Aquél fué el paraje fatal en que los Incas se rindieron y sometieron a los españoles de Atahualpa.

Motivo de gran algazara por entonces fué la llegada de animales y frutos nuevos de España. Los primeros bueyes de labranza, que pertenecieron a Juan Rodríguez de Vilalobos, llegaron cerca del Cuzco en 1550. El mozalbete Inca, en vez de ir a la escuela, fuése a curiosear, confundido entre un inmenso gentío. El suelo que los bueyes araron por vez primera quedaba cabalmente sobre el convento de San Francisco, y los nombres de los bueyes eran *Chaparro*, *Naranja*, y *Castillo*. Maravilloso espectáculo fué aquél para el rapaz; mas caro hubo de pagarlo, pues su padre lo azotó por hacer novillos y el maestro propinóle nueva azotaina, juzgando que no había recibido lo bastante. Nuevo asombro para el muchacho fué un asno que su padre comprara en Huamanga para semental. En aquellos días los caballos eran objetos de lujo, por los que se pagaban crecidos precios, lo que no impedía que los mestizillos los montasen y apostasen carreras por las calles del Cuzco. Antonio Altamirano, padre de los niños Altamiranos, condiscípulos de nuestro autor, era acaudalado. Habíale tocado en propiedad la mitad del palacio de Huayna Cápac, y allí descubrió un considerable entierro de oro y vasos y tazas de plata. Contaba, pues, con holgada renta para criar varios caballos, y sus hijos podían darse el rumbo de prestarlos a sus condiscípulos. Un día en que galopaban por la ciudad, apostando carreras, acertaron a descubrir en un balcón a una hermosa niña que los contemplaba. Quedósela mirando, embebecido, Pedro Altamirano,

vuelto de espaldas, hasta que cayó del caballo, pero el noble bruto se paró de golpe, y el mozo pudo montar de nuevo. Su padre fué el primero que crió gallos en el Cuzco. Desgraciadamente ambos niños Altamiranos murieron a temprana edad, «con hondo pesar de la ciudad toda por las esperanzas que habían dado de ingenio y de virtud».

Nuevas maravillas seguían desfilando ante los atónitos ojos del joven Inca. Un hidalgo llamado Bartolomé de Terrazas fué el primero que introdujo el cultivo de la vid en la ciudad imperial, y envió al Capitán Garcilasso varios racimos para que los repartiese entre los vecinos. Cometió éste a su hijo tal encargo, y el mancebo, escoltado por dos pajecillos indios que llevaban la fruta en sendas fuentes, fuéla distribuyendo de casa en casa, nó sin antes gustar buena parte en el trayecto. Menos afortunado fué con los espárragos. El Tesorero García de Melo apenas logró remitir tres tallos al Capitán, quien los coció en el brasero de su alcoba, envió a su hijo a buscar sal y pimienta, y repartió un trocito a cada uno de sus huéspedes, sin que le tocara nada al mozuelo, ni aun por haber traído el aderezo.

La joven madre del Inca y sus parientes conocían perfectamente las virtudes medicinales de gran copia de hierbas y raíces. Propinaban al mancebo, para remedio de sus dolencias intestinales, una infusión de cierta tremenda raíz blanca, que usaban como drástico. De pronto, producíale intenso malestar; media hora después sufría tales vértigos que no podía tenerse en pie; luego sentía como si dentro de las venas y sobre la epidermis le corriesen hormigas, y acababa por caer en una postración mortal; pero, al acabar su efecto la droga, sentíase del todo restablecido y con soberbio apetito. El propio Inca curó, en cierta ocasión, el ojo ulcerado de un hijo de Pedro Fernández el leal, llamado Martín, con una planta denominada *matellu*, que crece en los riachuelos y que consta de un tallo largo de un pie, que remata en una hoja

redonda. La masticó y se la puso como emplasto en el ojo enfermo, curándolo con dos aplicaciones. Años después, en 1611, encontró a Martín en España, de paje mayor del Duque de Feria, y le oyó decir que veía mejor con el ojo curado que con el ileso.

Según crecía, trocaba el mozo Garcilasso sus paseos y diversiones infantiles por ejercicios más propios de su mocedad, como eran juegos de cañas, que requerían gran destreza. Justó cinco veces en los torneos con que se celebraba la fiesta del Apóstol Santiago, así como en ocasión del bautismo del Inca Sayri Túpac, cuando montó un potrillo que aún no había cumplido tres años.

Era el joven Inca un topógrafo innato, dotado con excelente memoria. Al cabo de cuarenta años de ausencia del Cuzco, describió la ciudad, señalando la ubicación exacta de sesenta y seis casas de Españoles. Poco había cambiado la antigua capital quechua durante la juventud del escritor. Recordaba éste tres de los vastos recintos techados, adyacentes a los palacios de los Incas, recintos que medían 200 pasos de largo por 5 de ancho, y que se alzaban: uno en la Amaru-cancha o palacio de Huayna Ccápac, hoy iglesia de los Jesuítas; otro, en la Cassana o palacio de Pachacútec, suficiente para albergar a 4,000 personas, y otro en el Colcampata. A la sazón transformaban en Catedral la gran sala del palacio de Uira-cocha, situado al este de la plaza mayor.

El primer trastorno civil de consideración que recordaba el joven Inca era el alzamiento de Gonzalo Pizarro contra la autoridad del Virrey Blasco Núñez de Vela y en desconocimiento de las nuevas leyes. Los vecinos del Cuzco hubieron de optar entre la rebelión o la fuga. El Capitán Garcilasso de la Vega, Pedro del Barco, Antonio Altamirano y Hernando Bachicao, decidiéronse por este último extremo, y huyeron a Lima; por desgracia, los tres últimos, padres, según se recordará, de los condiscípulos de Garcilasso a que hemos aludido, cayeron en ma-

nos de Carbajal, el feroz teniente de Pizarro, quien los hizo ahorcar. Garcilasso permaneció oculto varias semanas en el convento de San Francisco de Lima, pero, al cabo, obtuvo el perdón de Gonzalo Pizarro, quien lo obligó a que siguiese su ejército, como prisionero. Entretanto los facciosos del Cuzco habían atacado y sitiado la casa del hidalgo. Habitábanla únicamente el joven Inca con su madre y su hermana, los Alcobazas y dos sirvientes fieles, todos los cuales hallábanse casi exhaustos cuando los sitiadores penetraron en la mansión y la saquearon. Felizmente, llegó, al cabo, Diego Centeno, en compañía de Juan Vargas, tío del mozo, y ambos auxiliaron a la familia que había estado viviendo de limosna.

Avanzó luego Centeno hacia el Lago Titicaca, en cuyas cercanías se libró la batalla de Huarina el 25 de octubre de 1547, en la que venció Gonzalo Pizarro, quien de allí prosiguió triunfalmente al Cuzco. Centeno huyó y Juan Vargas fué muerto, con gran duelo de su hermano y de su sobrino. Garcilasso de la Vega vióse obligado a acompañar a los insurgentes y a ser espectador forzado de la acción en que su hermano rindió la vida en las filas leales. Hubo además de prestar su caballo favorito «Salinillas» a Gonzalo Pizarro y escoltar a éste en su marcha triunfal al norte.

Al acercarse los rebeldes a la ciudad, el joven Inca salió al encuentro de su padre hasta Quispicanchis, lugar distante cosa de diez millas de la capital, yendo a ratos a pie y a ratos en hombros de sus servidores indios. Harto efusivo debió ser el encuentro, pues la familia había padecido mucho durante la ausencia de su jefe. Los soldados facilitaron al niño un caballo para su regreso. Gonzalo Pizarro entró en la capital en són de triunfo, entre un jubiloso repique de todas las campanas de la ciudad, echadas a vuelo. Sobrevino luego una tregua de cerca de cinco meses y medio entre su victoria de Huarina y su derrota y muerte en Sacsahuana. Refiere Garcilasso que el ilustre

rebelde lo trataba como a su propio hijo. El joven Inca frecuentaba la casa de Gonzalo, y, aunque sólo contaba nueve años, comió dos veces en la mesa del Procurador, en compañía de su primo y condiscípulo Francisco Pizarro, hijo del marqués. Holgábase Pizarro haciendo competir a ambos mancebos en carreras y juegos, hasta provocar una verdadera rivalidad entre ellos.

Llegó, al cabo, la derrota de Sacsahuana, el 8 de Abril de 1548, en la que el Capitán Garcilasso escapó a galope tendido de las filas rebeldes para unirse a los realistas, en su caballo favorito «Salinillas» que le había devuelto Gonzalo, desastre a que sirvió de epílogo el entierro del descapitado cuerpo del caudillo en la Iglesia de la Merced. Vinieron luego años pacíficos, en los que el joven Garcilasso fué acreciendo ávidamente sus conocimientos. Oía con el más vivo interés conversar a su madre con sus deudos que venían a visitarla acerca de las grandezas de los Incas, de su gobierno y de sus leyes. No tardó mucho en preguntar, y le refirieron el origen mítico de sus antepasados, la fundación de la ciudad y las proezas de Manco Ccápac. Escuchaba, otras veces, en la sobremesa paterna, las charlas de los Conquistadores, en que revivían las batallas en que habían bregado. Tuvo también ocasión de examinar los quipos de los vasallos de su padre, cuando acudían a pagar el tributo por Navidad o San Juan. Confrontando el monto del tributo con los nudos, logró darse cuenta del sistema indígena de cuentas por medio de los quipos.

Amagaba otra guerra civil. El Presidente de la Audiencia, Pedro de la Gasca, tan inmerecidamente loado por Prescott, había dejado en el país fermentos de descontento e inestable el gobierno. Al fin, estalló la tormenta en el Cuzco, donde los descontentos habían fraguado secretamente un alzamiento, bajo el caudillaje de Francisco Hernández Girón. El joven Garcilasso había perdido a

su madre pocos años antes y su padre había contraído nupcias con una dama española.

Celebráronse en el Cuzco el 13 de Noviembre de 1553 las nupcias de D. Alonso de Loayza, sobrino del Arzobispo de Lima, con una joven dama llamada Da. María de Castilla, y en la noche se efectuaba el gran banquete de bodas. Las señoras comían en una habitación separada de la de los caballeros. Casi al finalizar la comida, encaminóse el joven Inca a la sala del banquete en busca de su padre y de su madrastra. Presidía la fiesta el Corregidor, y el mancebo acababa de sentarse a la mesa, a invitación de aquél, cuando la puerta de la calle se abrió de golpe y Girón se precipitó en la casa con la espada desnuda, escoltado por dos hombres, armados con partesanas. Desbandáronse los convidados, dos cayeron muertos y las luces se apagaron. El Corregidor se refugió en la habitación de las señoras a quienes respetaron los insurgentes, apresando, sin embargo, a aquél. Entretanto, ambos Garcilassos padre e hijo, escapábanse en compañía de otros caballeros por un pasadizo que daba a un corral. Por allí escalaron el tejado de la casa contigua que pertenecía a Juan de Figueroa, para descolgarse luego a una calleja trasera. El joven Garcilasso vigilaba como espía en tanto los fugitivos ganaban la casa de Antonio de Quiñones, cuñado del Capitán, por ser ambos casados con dos hermanas. Poco tardó el mozo en ensillar dos caballos, y antes de media noche Quiñones y el de la Vega partían del Cuzco a todo galope, con rumbo a Lima, dejando al mancebo a cargo de su madrastra. La revuelta de Girón duró un año, y concluyó con la batalla de Pucará, el 24 de Octubre de 1554.

El Capitán Garcilasso fué nombrado Corregidor del Cuzco en 1555 y su hijo empezó a serle muy útil. Poseía aquél encomiendas en Tapacri, cerca de Cochabamba, en Cotonera, en Huamanpalpa y además una hacienda de coca en Abisca, propiedades que inspeccionaba su hijo,

quien le servía al propio tiempo de secretario. Muchísimo se esforzaron ambos en coleccionar suscripciones para erigir un hospital de indios, cuya primera piedra puso el Corregidor. El buen hidalgo trataba con suma benevolencia a los hijos huérfanos y desbalidos de Pedro del Barco.

En Julio de 1555 llegó a Lima el Virrey Marqués de Cañete, D. Andrés Hurtado de Mendoza. Ansiaba vivamente que el joven Inca Sayri Túpac consintiese en salir de Vilcabamba a vivir con los Españoles, y escribió al Corregidor del Cuzco y a la Princesa Beatriz, mujer de Leguizamo, pidiéndoles que dieran los pasos conducentes a ese fin. Era éste un negocio delicado, que exigía hábil diplomacia, pues los tutores del Inca recelaban traiciones. Encomendóse la embajada a Juan de Betanzos, pero los Incas no le dieron entrada en su territorio, y sólo permitieron que Juan Sierra de Leguizamo, hijo de la Princesa, compareciera ante el Monarca, llevando los valiosos presentes del Virrey. Tras larga deliberación, accedió Sayri Túpac a ir a Lima, en una litera. Fué cordialísimamente acogido por el Virrey y el Arzobispo, y obsequiado con una pensión y una hacienda en el valle de Vilcamayo, y emprendió en seguida su regreso al Cuzco. En Huamanga un hidalgo llamado Astete le ofreció el *llauto* o franja imperial, que había ceñido Atahualpa.

Durante su estadía en el Cuzco, alojóse Sayri Túpac en casa de su tía, la Princesa Beatriz, y allí acudían a besar su mano todos los indios de sangre real. Junto con ellos visitaba también el joven Garcilasso a su real primo y ambos libaban chicha en copas de plata. El Inca Sayri Túpac habíase desposado con Cusi Huaracay, nieta del desdichado Huáscar. Ambos fueron bautizados en el Cuzco, y partieron luego a vivir en la mansión que se les destinó cerca de Yucay en donde residieron hasta la muerte del Inca, que ocurrió en 1560. Su hija Clara Beatriz, casó, con D. Martín García Loyola, sobrino de San Ignacio. La hija de éstos, Lorenza, fué hecha marquesa de Oropesa,

por su propio derecho, con alcance a los descendientes de su tío abuelo, Túpac Amaru. Casó con D. Juan Henríquez de Borja, nieto del Duque de Gandía.

Harto melancólico fué para el joven Inca Garcilasso el último año de su residencia en el hogar de su infancia. Tras larga y penosa dolencia, falleció su padre en 1559 y dejó al mancebo, que acababa de cumplir veinte años, solo en el mundo. Resolvióse que convirtiera en dinero todas las propiedades paternas y fué a probar fortuna en Castilla. Al ir a despedirse el mozo del Corregidor Polo de Ondegardo, mostróle este profanador de cadáveres las momias de tres Incas y de dos Ccoyas, que hallara, tras largas rebuscas. Díjole que eran las de Uira-cocha, Túpac Yupanqui, Huayna Ccápac, Mama Runtu y Mama Ocllo. Los Incas vestían los trajes ceremoniales y ceñían llautos.

El 23 de Enero de 1560 partió el Inca Garcilasso del Cuzco, para no volver más. Nos quedan algunas impresiones del viaje del joven desterrado, que escribiera más tarde, anciano ya. Hizo su primer alto a nueve leguas del Cuzco en Marca-Huasi, hacienda de Pedro López de Cazalla, secretario de La Gasca. El administrador le hizo recorrer los viñedos, mas no ofreció uvas al huésped que tanto las deseaba, alegando que se destinaban a la fabricación de vino, pagado ya. Vemos luego a Garcilasso torcer el rumbo a la costa, hacia el valle de Huarco o Cañete, en donde oyó hablar de las magníficas cosechas de cebada. Durante la navegación soprtó una calma de tres días frente al cabo Pasaos, a 0°20' de latitud sur. Menciona su estadía en Panamá y en Cartagena, y en 1562 llega a Madrid, en donde vió a Hernando Pizarro y a Las Casas. El buen Obispo dió a besar su mano al mozo, mas cuando supo que venía nó de Méjico sino del Perú, acertó a decirle muy poco.

Parece que nuestro autor no fué muy cordialmente acogido por sus ilustres deudos peninsulares ¡Cuánto hubo de extrañar entonces su dichosa infancia transcurrida en el Cuzco enmedio de sus amigos ya desaparecidos! Al

principio consiguió algunas cartas de recomendación de su primo Figueroa y de su tío el Inca Hualpa Túpac Yupanqui.

Elevó luego un recurso al Rey, pidiendo la restitución del patrimonio materno y el reconocimiento de los leales servicios de su padre. Dicho recurso pasó al Consejo de Indias, el que estaba a punto de resolverlo favorablemente, en atención a las pruebas exhibidas, cuando intervino un perverso jurisconsulto llamado Lope García de Castro, más tarde Gobernador del Perú desde 1564 hasta 1569. Preguntó éste al Inca que qué auxilio podía esperar de la Corona cuando su padre había militado en las filas de Gonzalo Pizarro en la batalla de Huarina. Replicó Garcilasso que esa aseveración era falsa; arguyó Castro que tres historiadores lo afirmaban y acabó diciendo que el solicitante no era nadie para impugnar a tales autoridades. Y la petición fué denegada. En tan amargo trance de su vida, y aun muchos años después, tuvo por fiel amigo a D. Alonso Fernández de Córdoba, Señor de la Casa de Aguilar y Marqués de Priego, quien, como Figueroa, era primo de Garcilasso, por la bisabuela de éste.

Al cabo, consiguió el Inca una Capitanía en el ejército de Felipe II y guerreó en la campaña contra los Moriscos bajo las órdenes de D. Juan de Austria. Apartóse poco después de la vida militar, pobre y endeudado y se consagró a quehaceres literarios. Fué su primera obra una versión del Italiano de los «Diálogos de Amor» de *León el Hebreo* (1). Esta traducción se publicó en 1590. En su dedicatoria al Rey, hizo el Inca una relación completa de su linaje.

Su libro siguiente, que acabó en 1591, fué una relación de la expedición de Hernando de Soto a La Florida. Es fama que debió la mayor parte de sus informaciones a un veterano que sirvió bajo las órdenes de Soto. Editóse dicha obra por vez primera en Lisboa, en 1605, y se reimprimió varias veces. La mejor edición es la de 1722.

(1) En el original dice: *El León Ebreo*. (N. del T.).

D. Pascual de Gayangos me obsequió un curioso manuscrito autógrafo del Inca que parece destinaba éste a servir de dedicatoria epistolar de «La Florida». Está dirigida al jefe de la familia Vargas y comprende una relación genealógica completísima de la Casa de Vargas, a la que sigue un extracto de los capítulos de la historia y una explicación del sistema observado por el autor al dividir su obra en seis libros. En la parte genealógica se encuentran varias interesantes digresiones personales e históricas.

Sabemos por este documento que su tío D. Alonso de Vargas, funcionario militar de larga y múltiple carrera, no teniendo hijos, adoptó al Inca por su heredero.

Desde mucho antes de su muerte vivió Garcilasso en la Ciudad de Córdoba, en una casa alquilada, «mi pobre casa de alquiler», como solía llamarla. No llegó a casarse. Según transcurrían los años, preocupábale más y más el país de su cuna, y ya desde 1596, como podemos verlo en el documento aludido, tenía resuelto escribir la historia de aquel país (1).

En aquel año o en el siguiente un jesuita que residía en Córdoba, llamado Maldonado de Saavedra, natural de Sevilla, entregó al Inca la Historia del Perú de Blas de Valera, escrita en el más elegante latín. Refiere el Inca que sólo fué posible salvar la mitad del manuscrito del pillaje que siguió a la toma de Cádiz por los Ingleses; pero es sabido que el sitiador permitió a los religiosos que se llevasen consigo sus papeles, y el Dr. González de La Rosa opina que Garcilasso debió recibir la historia íntegra. Garcilasso habla con gran respeto de la ciencia y del talento de Blas Valera y cita veintiún pasajes del libro de éste, en su mayor parte largos e importantes. Para redactar la historia de los sucesos del reinado de cada Inca, escribió a sus antiguos camaradas del Perú, pidiéndoles que le ayudaran con informes acerca de las conquistas de los Incas en sus co-

(1) Vid. Introducción a los «Diálogos de Amor» de León El Hebreo.

marcas natales, pues cada provincia tenía sus quipos y conservaba sus anales y tradiciones. Dice que se los enviaron, y que así pudo escribir la historia narrativa de los Incas. Su amigo íntimo Diego de Alcobaza, que abrazó órdenes sagradas, envióle un valioso informe sobre las ruinas de Tiahuanaco de sus otros informantes no habla nuestro autor. El cruel edicto de Toledo había expatriado y dispersado a sus demás condiscípulos. Difícil es evitar la sospecha de que la narración de los acontecimientos históricos en los «Comentarios» se basa en la ignorada historia de Blas Valera, antes que en los informes de los condiscípulos del cronista. Más lejos dice nuestro autor que su plan es referir los relatos que acerca del origen de los Incas escuchó en su infancia a su madre y a los deudos de ésta.

Su obra comprende dos partes: la primera trata de la historia de los Incas y de su civilización, y la segunda es un relato de la conquista española y de las consiguientes guerras civiles. Titúlase «Los Comentarios Reales del Perú». La primera parte fué aprobada y recibió licencia de la Inquisición en 1604 y se publicó en Lisboa en 1609, dedicada a la Duquesa de Braganza. La segunda apareció en Córdoba en 1617, después de muerto su autor, «por la viuda de Andrés Barrera y a su costa».

En realidad, esta obra es, en buena parte, un comentario. En lo tocante a sucesos y descripciones de ritos religiosos y de costumbres, Garcilasso cita largamente a otros autores y a veces critica las versiones de éstos. Cita a los siguientes autores las veces que se indican: a Blas Valera, veintiuna; a Cieza de León, treinta; a Acosta, veintisiete; a Gomara, once; a Zárate, nueve; a Fernández, dos y a sus amigos Alcobaza y Figueroa, siete; pero los parajes más interesantes de su libro son, con mucho, sus reminiscencias personales, que están diseminadas en ambas partes de la obra.

Hasta hace poco los «Comentarios Reales» fueron la autoridad suprema en materia de civilización e historia

incaicas. El privilegiado entroncamiento del historiador con los Incas por la línea materna, la copia de datos que trae, así en lo relativo a la historia de los hechos como en lo que atañe a los usos, costumbres y religión de las antiguas gentes del Perú y el peculiar encanto de su estilo explican cabalmente tan prolongada supremacía. Prescott cita a Garcilasso dos veces más que a cualquiera de los cronistas restantes. Pero el Inca escribió su historia cuarenta años después de salir de su tierra natal. Hoy la de Sarmiento supedita a aquélla, en buena parte, y las de Molina, Morúa, Valera y Salcamayhua y otras recientemente exhumadas son más fidedignas en lo que toca a la religión, a los usos y a las costumbres de la civilización indígena, por haberlas escrito sus autores sobre el terreno y con mayor versación que el Inca. El Dr. González de la Rosa ha expuesto las razones en que se funda para dudar de la integridad de Garcilasso en lo tocante a lo que éste aprovechó del manuscrito de Valera; pero, con todo, el Inca seguirá siendo autoridad importante en materia de historia peruana y fascinará perpetuamente a sus lectores con el encanto de sus reminiscencias personales, que ninguna crítica logrará empañar (1).

En Córdoba hubo de observar el Inca la vida un tanto apartada del letrado, que no debió ser triste en manera alguna, cuando sus trabajos históricos empapaban su mente de continuo con los dichosos recuerdos de su infancia. Allí tuvo el gusto de abrazar fraternalmente, por lo menos, a uno de sus condiscípulos. Este fué Juan Arias de Maldonado, hijo de Maldonado El Rico, que fué despojado de su hacienda y arrojado del país por la cruenta tiranía de Toledo, pero que obtuvo licencia para volver al Perú y residir en él tres años con el objeto de recobrar alguna parte

(1) Para conocer a fondo el asendereado asunto de la autenticidad de Garcilasso y su pretendido plagio de Valera, consúltese el magistral libro «La Historia en el Perú» (Lima, 1910) de D. José de la Riva Agüero y Osma, quien parece haber cerrado definitivamente el debate.

de sus propiedades. Antes de partir, fué a Córdoba a visitar al Inca, en compañía de su mujer. Padeían grande pobreza y el Inca abastecióslos con toda la ropa blanca que poseía y con hartos lienzos y tafetanes. Desembarcó la pareja en la bahía de Payta, en donde Juan Arias murió del placer que le causó ver de nuevo su tierra natal.

El año de 1603 halló al Inca hondamente interesado en las gestiones que hacía su familia materna para obtener de la Corona una modesta pensión. Habían ido a España para sostener sus derechos Melchor Carlos Inca, hijo de su antiguo y desgraciado condiscípulo Carlos Inca, y D. Alonso de Mesa, hijo de uno de los Conquistadores más generosos. Los pocos Incas sobrevivientes dieron poderes a Garcilasso, a Alonso de Mesa y a Melchor Carlos Inca para que lo representasen en sus demandas de exención de muchos tributos abrumadores y humillantes que los agobiaban; y enviaron también a sus apoderados probanzas de su linaje en un lienzo de seda blanca de vara y media de largo, en el que aparecían pintados los Incas aderezados con sus antiguas vestiduras. La carta adjunta fué fechada el 16 de abril de 1603, y suscrita por cuatro Incas, que representaban otros tantos aylllos. Por entonces, vivían 567 (1) agnados de la familia real. En 1604 Melchor Carlos Inca fué agraciado con una pensión anual de 7,500 ducados sobre el tesoro de Lima, e investido con el hábito de Santiago, mas no se le permitió que volviera al Perú, y falleció en Alcalá en Henares en 1610. Su único vástago murió el mismo año, con lo que se extinguió la rama principal del Príncipe Paullu (2). Nada lograron conseguir los Incas

(1) Esta cifra está seguramente equivocada; el 5 debe ser 2; pero los 267 agnados comprenderían no sólo a los del Inca, sino a los descendientes de todos los Orejones. 85 Incas declararon ante Sarmiento y 118, no todos Incas, ante Toledo, lo que da la cifra de 200 y un resto de 67 no declarantes.

(2) El Dr. Justo Sahuaraura, Arcediano del Cuzco, afirmaba que Melchor Carlos Inca, tuvo un hermano llamado Bartolomé Quispe Atauchi de quien aquél descendía por línea de varón que bajaba hasta Luis Ramos Titu Atauchi abogado cuzqueño que murió sin descendencia.

solicitantes, quienes, en su mayoría y junto con sus deudos mestizos, perecieron en la miseria y el destierro.

Garcilasso Inca de la Vega fué devoto hijo de la Iglesia. Preocupóse mucho en sus últimos años en construir en la catedral de Córdoba una capilla lateral para su sepultura, que resolvió consagrar a las almas del Purgatorio. Sabemos por su testamento (1) que disfrutaba de bastante holgura, que poseía una joya de oro engastada con un diamante y un reloj de pared que perteneció a su abuelo. Su alacena encerraba vajilla bastante para su rango, y de las paredes de las habitaciones pendían sus arreos militares de las guerras moriscas: un alfanje, una hacha de armas, un yelmo grabado, una alabarda y espuelas. Cerca del sillón de vaqueta colgaba una jaula de canarios y se veían también dos estantes para libros y un armario para papeles. El 18 de setiembre de 1912 compró al Obispo la capilla de la Catedral. Fuera de su testamento nos quedan de él muchos otros documentos legales, incluso el testamento, fechado en 1570, de su tío y guardador, D. Alonso de Vargas. El lecho del Inca hallábase bien provisto con sábanas de lienzo, almohadas, colchones y cobertores.

Componían el hogar del ya anciano historiador D. Diego de Vargas, a quien había criado, Beatriz de Vega, una esclava llamada María de Córdoba, María de Pandos, un niño huérfano, también criado por el hidalgo y un mozo llamado Francisco. Por su testamento emancipó a Marina y legó a todos los demás cortas pensiones, fuera de sus camas y cofres, la cebada, el tocino, y el vino de su bodega, para que se lo repartiesen por igual.

Ordenó que diariamente se dijeran misas en su capilla mortuoria; que una lámpara ardiese perpetuamente

Decía que una hermana de Luis Ramos, de nombre María, se casó con Nicolás Sahuaraaura padre de D. Justo. Este peleó en la batalla de Ayacucho cuando mozo y se ordenó más tarde. Murió en 1853. Yo conocí a sus sobrinas.

(1) Descubierto por el Dr. González de la Rosa, quien en 1908 sacó copia del «Archivo de Protocolos» de Córdoba.

sobre el altar; que se pagase sueldo al sacristán encargado de cuidar la capilla y señaló fondos para todo ello, nombrando albaceas testamentarios al Deán y al Capítulo de la Catedral.

El 22 de Abril de 1616 falleció el Inca Garcilasso de la Vega en su casa de la parroquia de Santa María de Córdoba, a los diez días precisos de haber cumplido setenta y siete años, y fué sepultado en su capilla de la Catedral, cuyo maravilloso recinto fascina a los viajeros con su selva de pilastras, sus recuerdos de Beni Umeyyah y su exquisito mirab de Hakem II, dejándoles apenas recordar al generoso Inca. La capilla queda al lado norte del templo y es la tercera del este. Sobre la verja de hierro y la puerta destácanse las armas del hidalgo. Al lado izquierdo del blasón, Vargas acuartela a Figueroa, a Saavedra y a Mendoza y abrazan todo el escudo las armas concedidas por el monarca español a los Incas: dos sierpes en campo de azur que sostienen con sus bocas los dos extremos del arco iris, del que pende un llauto, bajo del sol y la luna. La losa sepulcral yace en el centro de la capillita. A ambos lados del altar se lee, en dos tablas, el epitafio. La del lado del evangelio, reza:

«El Inca Garcilasso de la Vega, varón insigne, digno de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas. Hijo de Garcilasso de la Vega, de las casas ducales de Feria e Infantado y de Elisabeth Palla, hermana de Huayna Ccápac, último Emperador de Indias. Comentó la Florida, tradujo a León Hebreo y compuso los Comentarios Reales.

Y la de la epístola:

«Vivió en Córdoba con mucha religión; murió ejemplar; dotó esta capilla; enterróse en ella; vinculó sus bienes al sufragio de las ánimas del Purgatorio: son patronos perpetuos el Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia. Falleció a XXII de abril de MDCXVI».

De la bóveda pende una lámpara, que arde día y noche, en cumplimiento de la última voluntad del Inca.

CAPITULO XVIII

EL ULTIMO INCA

LA terrible sentencia dictada contra los infortunados Peruanos y sus amados monarcas era ya inevitable, y cayó sobre ellos como alud aplastador, poco después de diez años de salido el Inca Garcilasso del país. A la muerte de Sayri Túpac su hermano Cusi Titu Yupanqui, varón de temple muy distinto, fué aclamado soberano Inca en Vilcapampa. En vano Juan de Betanzos y Rodríguez, por encargo del Virrey, comparecieron ante él para persuadirlo de que debía seguir el ejemplo de su hermano mayor; el Inca se aferró a su decisión de conservar su independencia (1). A la sazón Carlos Inca, el discípulo de Garcilasso, sucedía a su padre, el Príncipe Paullu, en el palacio de Colcampata, junto con su esposa, dama española nacida en el Perú y llamada María de Esquivel. De aquel palacio quedan hoy pocas ruinas, pero su emplazamiento es muy interesante, por haber sido teatro de la agonía de los Incas.

A considerable altura sobre la ciudad, de la que se descubre un vasto panorama que limita la nevada cumbre del Vilcanota, y al pie de la empinada cuesta que conduce a la fortaleza de Sacsahuaman, extiéndose un pequeño descampado, delante de la iglesita de San Cristóbal. Al lado

(1) Acaba de exhumarse y está en vías de publicación una carta dictada por Titu Cusi Yupanqui y dirigida al Licenciado Castro, que gobernó el Perú desde 1564 hasta 1569.

norte se alzaba el palacio de Colcampata. Todavía se puede ver en una terraza embaldosada un muro hecho con piedras de diversos tamaños, que encajan exactamente unas en otras, de setenta y cuatro varas de largo por dieciséis pies de alto. Horadan el muro ocho concavidades equidistantes, que semejan portadas, harto superficiales para cobijar a una persona, pues sólo tienen dos pulgadas y media de hondura. No fueron puertas, si se exceptúa una, porque el muro es un mero revestimiento, ni parecen haber sido simplemente ornamentales. En mi opinión, esas cavidades servían para guardar ciertos emblemas reales o religiosos. El detalle es interesante, porque muros como este se encuentran en los palacios de Chincheros, Limatambo y Yucay.

La tercera cavidad, a contar del oeste, es una puerta que conduce a una escalera estrecha y empinada que sube a una terraza, convertida hoy en chacra de maíz y que queda al nivel de la cima del muro mencionado. Dicha terraza fué en otro tiempo jardín fronterizo al palacio. Muy poco queda de las ruinas de éste. Apenas un muro de sillería, admirablemente labrada, que mide cuarenta pies de largo por diez y medio de alto. Las piedras están hermosamente cuadradas en forma de perfectos paralelogramos, de igual altura todas, pero de longitud variable y perfectamente encajadas entre sí. El muro tiene una puerta y una ventana. Los estribos del portal soportan un dintel de piedra de cerca de ocho pies de largo, y una piedra semejante forma el umbral. La ventana queda a cosa de seis pies del suelo y mide dos pies, tres pulgadas de ancho por dos pies, dos pulgadas de alto. Los cimientos y trozos del muro ocupan una extensión de sesenta y cinco pies; detrás de ellos superponense tres terrazas, sembradas con árboles frutales, que llegan al pie de la cuesta escarpada, en cuya cima se alzó antaño la ciudadela.

Este palacio⁴ fué obra del gran Inca Pachacútec y data de la época en que dicho soberano reedificó la ciudad



COLCAMPATA (CUZCO).

entera (1). Con las ruinas yacentes podemos reconstruir imaginativamente el palacio, con su pórtico que atravesaba el muro ornamentado, sus hermosos jardines y terrazas, su larga fachada de cantería, admirablemente ajustada y su vasta sala que, según cuenta Garcilasso, todavía estaba intacta en su época. Pachacútec lo llamó *Llactapata* y expresó su voluntad de ser allí sepultado. La denominación posterior de Colcampata pudo provenir de los graneros (*colca*) que existieron allí en tiempos más recientes.

Allí vivió Carlos Inca en compañía de su mujer, María de Esquivel, como jefe de la rama de su familia que se sometió a los Españoles. Sus parientes, arrancados de sus hogares cuzqueños, vivían en los suburbios y en las aldeas circunvecinas. El Inca recibía sus frecuentes visitas y hasta parece que tuvo una triste corte. Era Carlos depositario de un importante secreto. Paralizado el envío del rescate de Atahualpa a Cajamarca, al saberse en el Imperio su alevoso asesinato, aprovecharon los Incas el tiempo que transcurrió hasta la llegada de Pizarro al Cuzco, para esconder en la capital y sus cercanías el enorme tesoro acumulado, que sumaba millones. Formaba parte de ese tesoro la gran estatua de oro, *Huauqui* del Inca Huayna Ccápac, que por eso no fué encontrada nunca. Grande fortuna fué para Carlos Inca que los Españoles no supieran el secreto ni quién era su depositario. Refiérese que en una ocasión en que su mujer le enrostraba su pobreza, Carlos, haciéndola jurar previamente que guardaría el secreto, la condujo vendada al escondite y la deslumbró con la vista del inmenso tesoro. Al partir al destierro, transmitió el secreto a su sucesor (2).

(1) Atribúyese al mítico Manco Ccápac, suposición que contradicen la arquitectura y el estilo del edificio.

(2) Tradición relatada por Felipe de Pomares. Squier sacó una copia del manuscrito del Museo Británico.

Mi amiga la señora Astete de Bennet era hija del coronel cuzqueño Pablo Astete, descendiente de aquel Miguel Astete que acompa-

Hora es ya de presentar al protagonista de la tragedia. D. Francisco de Toledo era uno de los hijos menores del Conde de Oropesa, y pertenecía a una Casa cuya cabeza fué el sanguinario Duque de Alba. Era ya entrado en años D. Francisco cuando en 1569 llegó al Perú en calidad de Virrey, y resolvió visitar todas las regiones del vasto territorio cuyo gobierno le estaba encomendado. Acompañábanlo en su gira Agustín de la Coruña, Obispo de Popayán, el cronista José de Acosta, los licenciados Polo de Ondegardo y Juan de Matienzo, el cosmógrafo Pedro Sarmiento, el secretario Navamuel y algunos otros funcionarios. Era Toledo un trabajador infatigable, pero de estrechísimo criterio, cruel e implacable, y abrigaba entre sus más caros proyectos el de justificar los derechos de la Corona de España sobre el Perú, demostrando que los Incas fueron usurpadores. Con tal objeto hacía prestar confesión jurada a los indios principales de cada lugar que visitaba; mas como los declarantes no eran *Amautas*, únicos depositarios de la historia del Imperio, sus testimonios carecen de valor o lo tienen escaso. Al terminar su

ñó a Hernando Pizarro a Pachacámac y escribió un interesante relato de dicha expedición. El coronel Astete fué amigo de Túpac Amaru que se alzó contra los Españoles en 1782 y del Cacique Pumacagua, que se sublevó contra los mismos en 1815.

Mi amiga recordaba a Pumacagua como a un anciano corto de estatura, de nariz larga y ojos expresivos. Apenas podía hablar castellano, pero lo escribía perfectamente. En 1815 contaba setenta y siete años. Un indio que había heredado el secreto, mostróle el inmenso tesoro incaico escondido. Llevado por éste una noche, vendado, aguas arriba del Huatanay, por largo trecho, vióse de pronto rodeado por infinidad de vasos, tazas, platos y lingotes y estatuas grandes de oro puro. Tomó sólo lo indispensable para equipar a sus tropas, y, de regreso al Cuzco, se encaminó directamente a la casa del Coronel Astete. Contábame la señora que recordaba su entrada en la habitación, mojado aún y llevando el oro, a referir su aventura. Su guía fué el último poseedor del secreto, pues al morir Pumacagua ajusticiado, no lo reveló a nadie, desesperando de su patria.

Mateo García Pumacagua, Cacique de Chincheros, fué derrotado por el general español Ramírez, en Umachiri, el 4 de Marzo de 1815, apresado y ahorcado. Su rebelión fué el heraldo de la Independencia.

Mi anciana amiga la señora Astete, creía que nadie encontraría el tesoro de los Incas. «Nadie lo merece» decía.

recorrido, remitió Toledo a España todas las deposiciones, que recientemente se han publicado (1). Este Virrey llegó al Cuzco a principios de 1571 y su entrada a la ciudad fué festejada con corridas de toros, torneos y otras fiestas.

Casi a la sazón la mujer de D. Carlos Inca daba a luz un hijo, y el padre rogó al Virrey que se dignase aceptarlo por compadre, apadrinando al niño en su bautismo. Accedió el Virrey, y la ceremonia bautismal realizóse en la Iglesita de San Cristóbal, cuyo edificio está hecho con antigua cantería y debió en un tiempo formar parte del palacio. Recibió el niño los nombres de Carlos Melchor. Todos los ayillos incaicos asistieron a la ceremonia, y al encaminarse al palacio el séquito, comenzaron los regocijos, danzas, fuegos artificiales y «muchas diversiones costosas y de nueva invención». Subió el Virrey a los jardines del palacio por las gradas del muro ornamentado, escoltado por sus alabarderos, como una ave de mal agüero. Su retrato lo representa como un hombre de cincuenta años, moreno y corto de estatura, estrecha la frente, la nariz de halcón, negros los ojos y saturnino el gesto. En aquella ceremonia debió vestir ropilla de velludo negro y ostentar la cruz verde de Alcántara, bordada sobre la capa, asimismo negra.

Se dice que el Inca Titu Cusi Yupanqui y su joven hermano Túpac Amaru concurrieron a la fiesta, confundidos entre la muchedumbre. Impresionóle a aquél la ceremonia, y, poco después, despachó enviados al Cuzco en demanda de religiosos que lo instruyesen en la religión cristiana. Cometiése el asunto a dos Hermanos, Juan de Vivero, que había bautizado a Sayri Túpac y era Prior del convento de los Agustinos, y Diego Ortiz, también agustino, quienes partieron sin dilación a Vilcabamba, acom-

(1) *Informaciones acerca del señorío y gobierno de los Ingas hechas por mandado de D. Francisco de Toledo. 1570-1572.* Impresas en un volumen con Montesinos y editadas por Jiménez de la Espada (Madrid 1882).

pañados por tres legos y un sirviente mestizo llamado Pando. Con ellos fué asimismo Diego Rodríguez de Figueroa, en calidad de Magistrado Principal y jefe de la misión, y entraron todos en el refugio de Vilcabamba, en medio de una cordial acogida. Rodríguez escribió un informe de la misión, que conservamos, y en el que narra cómo cuando comparecían los cortesanos a presencia de Titu Cusi, hacían al entrar *mucha* o sea reverencias al Sol y después al Inca. Los Españoles pusieron en juego las artes todas de la persuasión para inducir a Titu Cusi a que imitase el ejemplo de su hermano y se entregase a los Conquistadores, pero aquél se negó y aplazó y dilató tanto las negociaciones que, al cabo, la embajada española hubo de retirarse sin haber conseguido nada, dejando sólo en la corte al Hermano Ortiz y a Pando. El Inca fué bautizado por el padre Vivero con el nombre de Felipe.

Acometió poco después al monarca una dolencia mortal, y como el intérprete Pando solía referir historias maravillosas acerca de los poderes milagrosos de los sacerdotes cristianos, ordenóse al hermano Ortiz que curase al Inca con un milagro. Empezó aquél a decir misas diarias con tal propósito, pero el Inca murió, y como la culpa se imputase naturalmente al religioso y al intérprete, ambos fueron victimados (1). Mientras tanto, los Españoles, ignorantes del fallecimiento del Inca, enviaron otra embajada. Alarmáronse los Incas grandemente, y como el enviado Atilano de Añaya intentara forzar la entrada del puente de Chuquichaca, diéronle muerte.

Celoso el difunto Inca de su hermano menor, Túpac Amaru, hábalo confinado en la Casa del Sol, de acuerdo con los antiguos usos, manteniéndolo allí recluso, so pretexto de su inexperiencia. Este, que, a juzgar por la fecha

(1) No parece verosímil que muriesen en el tormento, aun cuando lo afirman los cronistas de convento, pues cuando éstos relatan un *martirio* o un milagro, sobre todo si se refiere a un miembro de su orden, paréceles pequeño todo horror. Tan sólo los indios pudieron saber lo cierto y ellos no hubieran hablado sino forzados por el tormento.

de la muerte de su padre, debía contar por lo menos veinticinco años, era ya casado y tenía dos hijas y un hijito. Victimados Ortiz, Pando y Añaya, los cuadillos Incas sacaron a Túpac Amaru de su prisión (de donde resulta que éste no pudo ser responsable por la muerte de aquéllos, antes del todo inocente) y lo aclamaron soberano Inca. Ciñeron su frente con el *llauto* o franja real, suspendieron de sus hombros la *yacolla* o manto y sujetaron en su muñeca la *chipana* o brazalete. Desplegaron luego sobre su cabeza la *achihua* o parasol, en tanto lo investían con el *tumi* o espada, el *chuqui* o lanza, la *hualcanca* o escudo y las *usuta* o sandalias. Finalmente, condujéronlo en la *huantuy* o litera a la *tiana* o trono, donde lo coronaron solemnemente con la *mascapaycha* o mitra imperial, que se colocaba sobre el *llauto*.

Los asesinatos de Ortiz y de Pando dieron al Virrey Toledo el pretexto que buscaba para invadir y conquistar el refugio de Vilcapampa. Reunió, en efecto, cuantas fuerzas pudo y púsolas bajo el comando de Martín Hernando de Arbieta, veterano de las guerras civiles. Llevaba éste por capitanes a Juan Alvarez Maldonado, padre del condiscípulo de Garcilasso del mismo nombre; a Martín García de Loyola, capitán de la guardia del Virrey; a Mancio Sierra de Leguizamo, también padre de otro condiscípulo de Garcilasso, y a otros nueve. Bajaron todos al frente de sus tropas por el valle de Vilcamayo hasta llegar al puente de Chuqui-chaca, llave de Vilcapampa por el lado occidental, mientras otro destacamento custodiaba las salidas que se abren al Apurímac y al Abancay. Opusieron los Incas cierta resistencia a los sitiadores y acabaron por retirarse a su campamento bajo un nutrido fuego de arcabucería y falconetes. Al día siguiente, huyeron por un sendero angosto, oculto por un lado entre sotos y cortado por el otro por un precipicio; siguiéronlos los Españoles en formación casi constante de una fila, hasta que en cierto lugar desembocó de improviso de los

jarales un heroico caudillo indio llamado Hualpa y embistió a Loyola, jefe de la vanguardia. Mientras reñían ambos, un paje de Loyola llamado Carrillo, desenvainó la espada de su señor y atravesó a Hualpa por la espalda, salvando así, aunque nada hidalgamente, la vida del caballero de Calatrava. La persecución continuó. El joven Inca se retiraba por un valle llamado Simaponte, en demanda de la tribu amiga de los Mañaris de la Montaña, que había echado canoas a un río, a fin de que el soberano lograra escapar.

Acudió Loyola en su seguimiento, al frente de cincuenta hombres, y alcanzó y apresó a los fugitivos, tras breve resistencia, el 4 de Octubre de 1571. Cuando el general Arbieto hubo saciado con la sangre de los indios, regresó al Cuzco, llevando preso al Inca Túpac Amaru, con su familia y sus caudillos. Ordenó que vistieran al joven monarca con las ropas imperiales y le pusieran los aretes de oro, y, con una soga al cuello, condujolo, en innoble triunfo, a presencia de Toledo. Entretanto D. Carlos Inca había sido injustamente lanzado de Colcampata, para que su palacio sirviese de cárcel al Inca prisionero. Abrióse un juicio írrito que dirigió Gabriel de Loarte, uno de los paniaguados de Toledo, quien condenó al Inca ser decapitado, y a la horca a todos sus jefes. Los ejecutores del suplicio torturaron a éstos con tan salvaje crueldad, que perecieron en el trayecto a la horca, y sus verdugos sólo pudieron colgar los cadáveres.

En su prisión, acosaron al desdichado Inca dos frailes, que, al cabo de dos días, lograron que se bautizase. Al tercero, fué sacado de Colcampata y conducido por las calles a la plaza mayor entre cuatro religiosos, uno de los cuales fué el padre Cristóbal de Molina, el quechuísta e historiador. Habíase alzado el patíbulo frente a la catedral. En los descampados y en las calles apiñábase una compacta muchedumbre de indios afligidos, para ver pasar a su soberano. Cuando el Inca subió al cadalso en-

tre dos frailes, el verdugo, un indio cañari, desnudó la espada. «Entonces», escribe un testigo ocular, «toda la muchedumbre de indígenas prorrumpió en tal lamentación que parecía llegado el día del juicio». Muchos invocaban a sus huacas más veneradas, exclamando:

«AY HUANACAURI MAYTAM RICUY SAPRA AUCACHIC CHOMANA HUACHAYOCTA CONCAYQUITA INPAC CUCHON».

«¡Oh Huanacauri! ¡Mira cómo los perversos y crueles enemigos degüellan al Inca!»

Los propios españoles se horripilaron, pues estaban todos convencidos de la inocencia del Inca y no hallaban delito que imputarle.

En tan amargo trance acudieron al Virrey todos los altos dignatarios de la iglesia cuzqueña, que eran el obispo de Popayán, los Provinciales de las órdenes religiosas y el Rector de los Jesuitas. De hinojos suplicaron al feroz Toledo que se apiadara del Inca y le perdonara la vida y le instaron a que enviase al reo a España, para que el Rey en persona lo juzgase. Pero no valían ruegos con el terco e implacable Virrey. Juan de Soto, jefe de los Alfereces Reales, partió a caballo, y armado con una larga vara, con la que se abrió calle entre la multitud, galopando furiosamente sobre la infeliz indiada, llegó al pie del cadalso y ordenó el suplicio en nombre del Virrey.

Cuando se anunció a Túpac Amaru que su fin había llegado, dió un paso hacia adelante y levantó el brazo derecho. Instantáneamente reinó un profundo silencio. El Inca profirió entonces, con voz fuerte:

«CCOLLANAN PACHACAMAC RICUY AUCCACUNAC YAHUARNIY RICHASCANCUTA».

«¡Oh Dios justiciero! ¡Mira cómo mis enemigos derraman mi sangre!» (1)

(1) Tales fueron, en verdad, las últimas palabras de Túpac Amaru, según lo recordaban los miembros de su familia. Dos testigos oculares narraron la ejecución, el capitán Baltasar de Ocampo, y Fray Gabriel de Oviedo, Prior de los Dominicos del Cuzco. El último no pudo oír lo

Según el dibujo de Huaman Poma, el Inca fué acostado de espaldas y, mientras dos hombres lo sujetaban de los pies y manos, un tercero lo decapitó. La inmensa muchedumbre que presenciaba el suplicio alzó un clamoroso grito de dolor. El verdugo separó la cabeza del tronco y la colocó en un palo, y el tronco decapitado fué conducido a la casa de la madre del Inca, la reina Cusi Huaracay, entre un doble plañidero de todos los bronce de la ciudad. Al día siguiente se le dió sepultura en la capilla alta de la Catedral y ofició las exequias el Capítulo. También rezó misas pontificales el bondadoso Obispo de Popayán. A la mañana siguiente se repitieron las honras fúnebres y las misas de *requiem*.

La cabeza del Inca quedó clavada en un palo en la plaza mayor. Aquella noche Mancio Sierra de Leguizamo, que dormía en una casa situada al lado derecho de la catedral, despertóse antes del alba y creyó escuchar un rumor como el que hace una gran multitud. Levantóse y atisbó. Con profundo estupor, vió que la plaza entera estaba llena de una muchedumbre compacta, que, de rodillas, hacía *mucha* o reverencias a la cabeza del monarca. Dió cuenta de este raro incidente al Virrey, quien ordenó al punto que sepultasen la cabeza junto con el cuerpo.

Así acabó la famosa dinastía incaica. Fué una estirpe de monarcas hábiles y prudentes que gobernaron su vasto imperio con leyes tales y con tal sagacidad y talento como jamás ha visto el mundo, antes o después que ellos. Por eso la historia de su nacimiento, de su gobierno y de su triste fin, es muy digna de estudio.

Pero el «execrable regicida» como llaman a Toledo las

que dijo el Inca porque había acudido con las demás personas donde el Virrey, a interceder por el reo. Ocampo pone en boca de éste un discurso pueril en que cuenta cómo su madre lo maldijo cierta vez por una fruslería y dice que la maldición se había realizado. Este cuento habría podido referirlo en otra ocasión, pero nó en esta. Oviedo lo hace prorrumpir en una disertación acerca de la falsedad de la idolatría, que estaría bien en labios de un predicador mas nó en los de un mozo que se disponía a morir. El infortunado Inca no sabía hablar castellano.

genealogías incaicas, no estaba aún satisfecho. Había lanzado a Carlos Inca de sus propiedades, con menosprecio de toda ley o derecho, y ahora lo desterraba a Lima, huérfano de recursos. Expulsó con él a su hermano Felipe Inca, el sobresaliente condiscípulo de Garcilasso, y a otros treinta y cinco Incas notables, que perecieron miserablemente en la pobreza. Más lastimosa aún fué la suerte de los cuatro hijitos de los Incas: ni su tierna edad ni su inocencia lograron salvarlos de la inhumana persecución de Toledo. Esos niños eran: Quispi Titu, hijo del Inca Titu Cusi Yupanqui; Martincito, Magdalena y Juana, hijos del ajusticiado Túpac Amaru Inca. Acogió a los varones en su casa de Lima D. Martín Ampuero, hijo de Francisco Ampuero y de su mujer que, a su vez, era hija de D. Francisco Pizarro en la Princesa Inés hija de Huayna Ccápac; pero ambos huérfanos murieron a temprana edad.

Las niñas Magdalena y Juana Túpac Amaru fueron generosamente amparadas en la casa del Dr. Loayza, primer Arzobispo de Lima, quien se encargó de ellas. Juana se casó con el curaca de Surimani, llamado Condorcanqui, ascendiente del infortunado José Gabriel Condorcanqui, que, con el nombre de Túpac Amaru, encabezó la sublevación de 1782 contra los Españoles.

Con todo, no estaba aún satisfecho el inhumano Virrey. Proyectaba extripar todas las ramas de la familia real peruana, y con tal objeto decretó el destierro de todos aquellos mestizos que fueran inteligentes y dichosos condiscípulo del Inca Garcilasso. Sólo pudieron quedarse unos pocos que hubieron abrazado órdenes religiosas; los demás fueron enviados a morir en los pantanos de Darien o en los páramos helados del sur de Chile. Esta persecución de los mestizos fué tan estúpida como cruel, pues un gobernante sagaz hubiera podido sacar de ellos excelente partido.

Toledo permaneció todavía seis años en el Perú, dictando infinitas leyes y ordenanzas que llegaron a formar

un abultado volumen y que fueron peor que inútiles, porque enmarañaron en su fárrago las pocas buenas y justas, siendo medida, en su mayor parte, de la sagacidad y tino político de su autor, como se ve por ejemplos como este, tomados al azar:

«El indio cristiano que tuviese acceso con india infiel o estuviese amancebado con ella, por la primera vez, lo trasquilén y den cien azotes.

«Item, por cuanto los indios e indias ponen a sus hijos sobrenombres conforme a los ritos y agüeros que tenían en tiempo de su infidelidad y del Inga, poniendo a algunos de ellos sobrenombres de la Luna y otros de pájaros, animales, piedras, sierpes y ríos....mando que de aquí adelante no puedan poner sobrenombres a sus hijos.....

«Que para los dichos oficios de cabildos, ni algunos dellos, no puedan ser elegidos ni nombrados ningunos indios q'hubieren sido castigados por la justicia o sacerdotes, por idólatras, y Muchadores de Guacas o hechicerías o confesores o dogmatizadores por haber hecho llantos, taquíes o bailes en su gentilidad.....»

El fin del gobierno de Toledo llegó en Setiembre de 1581, gobierno que abarcó un período de cerca de doce años. Fué versión muy acreditada que Felipe II lo recibió muy fríamente y le dijo que lo había enviado a Perú nó a matar Reyes sino a servirlos. Huaman Poma pinta al Virrey cesante, sentado en un sillón, en actitud de sumo despecho, lo que de haber sido cierto nos complacería mucho; desgraciadamente, hay pruebas de que la política de Toledo mereció en conjunto la aprobación de la Corona, aunque fuera criticada en sus detalles.

No cabe duda de los desastrosos efectos de la bárbara administración de gobernantes del jaez de Toledo, y de la política española en general. El último Conquistador sobreviviente dió claro testimonio de ello. Fué Mancio Sierra de Leguizamo, quien, al otorgar su testamento en el Cuzco, el 18 de setiembre de de 1589, lo encabezó con el siguiente preámbulo:

APENDICE C

Tan bien queda descrita la arquitectura de los Incas en el libro de mi viejo amigo Squier (1) que huelga un capítulo sobre aquélla. A nadie aconsejaría que buscara en otra parte, si se exceptúa a los antiguos escritores y al Sr. Larrabure y Unánue tan exacto siempre, descripciones de ruinas, que ha hecho Squier, pues las de éste serán siempre incomparablemente superiores. Al respecto, puedo hablar con cierta autoridad, pues he recorrido y examinado personalmente la mayor parte de aquellas en que se ocupa Squier.

Al propio tiempo, el lector que consulte a Squier, cuidará de no confiar en sus datos históricos, pues aquí es casi siempre inexacto y en ocasiones completamente falso, por haber acudido a los cronistas primitivos en demanda de ilustración, para sus descripciones de ruinas en vez de hacer servir éstas a un estudio concienzudo de aquéllos.

Propóngome, no obstante, redactar una lista de ruinas incaicas, acompañadas con breves referencias, a modo de guía para los estudiantes. Ya he descrito las ruinas megalíticas y las de Gran Chimu.

Cuzco

1. Ruinas del palacio de *Colcampata*, que datan probablemente de la época del Inca Pachacútec, así como el de *Patallacta*. Véase mi «Cuzco y Lima», pág. 100. Squier p. 449. Están también descritas en este libro.
2. *Templo del Sol*. «Cuzco y Lima» p. 119; Squier, págs. 439 a 445, con planos.
3. *Yacha-huasi* o escuela. Squier p. 447.
4. El muro de *Pampa Maroni*. Squier p. 446.
5. *Muros de casas incaicas*. Squier p. 444. Vid. mi plano en el vol I de mi versión de los

(1) **Titúlase:** «Perú. Incidentes de Viajes y Exploraciones por la tierra de los Incas» por E. George Squier (Macmillan, 1877).

274 LOS INCAS DEL PERU

- «Comentarios Reales» que muestra los edificios incaicos del Cuzco.
6. *Grandes salas* del Cuzco que describe Garcilasso de la Vega.
 7. Fortaleza de *Piquillacta* en el camino sur del Cuzco Squier p. 420.
 8. *Ollantay-tampu*, descrito en este libro y en el cap. X del «Cuzco y Lima», en las págs. 179 a 184. Squier, p. 453 a 510.
 9. Palacio de *Chincheros*. Squier, p. 483 y «Cuzco y Lima».
 10. *Yucay*: una pared ornamental.
 12. *Cacha*. Un curiosísimo templo de columnas y un depósito alto, que describe Garcilasso Squier, p. 402.
 13. *Copacabana*. Squier, p. 325.
 14. *Coati*. Squier, p. 359 a 365.
 15. Chulpas de *Sillustani*. Vid. mis «Viajes por el Perú y la India», págs. 111 y 112; Larrabure y Unánue p. 424. Squier p. 376.
 16. *Sondor-huasi*. Vid. mis «Viajes por el Perú y la India», p. 193. Squier p. 394 y 395.
 17. *Hatun Colla*. Squier p. 385.
 18. Palacio de *Limatambo*. «Cuzco y Lima», p. 93, Squier p. 86.
 19. Fortaleza de *Curamba*. «Cuzco y Lima» p. 83.
 20. *Choque-quirau*. Importantes ruinas en el Apurímac, a cosa de treinta millas de Abancay, descritas por Castelnau; recientemente visitadas por un viajero americano el Dr. Bingham; casi definitivamente estudiadas por el Dr. Max Uhle.
 21. *Vilcas-huaman*. Descri tas por Cieza de León y en las «Relaciones Geográficas». No visitadas por Squier. Vid. Wiener p. 264 a 271.
 22. El palacio de *Huánuco*. Squier p. 216. Larrabure y Unánue, p. 243. Enock. Cap. XXII.
 23. *Chavín*. Enock «Andes y Amazonas», p. 72 y 73.
 24. Fortaleza-palacio de *Hervay*. «Cuzco y Lima», p. 29; Squier, p. 83; Larrabure y Unánue p. 316.

Valle de
Vilcamayo

Hoya del Lago
Titicaca

25. *Lunahuaná*. Larrabure y Unánue, págs. 299 a 322. *Inca Huasi*, donde se ven columnas.
26. Fortaleza de *Parmunca*. Cieza de León, p. 247; Proctor, p. 175; Squier, p. 101; Larrabure y Unánue, p. 279.
27. *Pachacámac*. Max Uhle, Squier, que describe un arco.

Describen bien los puentes y caminos incaicos Zárate y Cieza de León, en la página 153 de su crónica, pasaje que cita íntegramente Garcilasso (I. lib. IX cap. 13). Véase también Velasco, «Historia de Quito» I, p. 59.

Respecto a la cerámica y al arte metalúrgico de los Incas, pueden verse las magníficas colecciones de la Sra. Centeno y del Dr. Muñiz, ambas un tiempo en el Cuzco. La primera está ahora en Berlín. Una vez conquistada la Costa, los Incas llevaron al Cuzco a varios alfareros y orfebres chimus, por lo que la distinción entre los artefactos puramente incaicos y aquellos que sufrieron la influencia del arte chimu, requiere un esmerado estudio en los museos

APENDICE D

APU OLLANTAY

DRAMA COMPUESTO EN LA ÉPOCA DE LOS INCAS, SOBERANOS DEL PERU, POR LOS AÑOS DE 1470 DE J. C.; PUESTO POR VEZ PRIMERA POR ESCRITO POR EL DR. VALDEZ, CURA DE SUCUANI EN 1770; COPIADO DEL MANUSCRITO ORIGINAL POR EL DR. JUSTO PASTOR JUSTINIANI; DE CUYO TEXTO LO COPIO, A SU VEZ, EL AUTOR DE ESTE LIBRO, EN LARIS, EN ABRIL DE 1853 Y LO TRADUJO LIBREMENTE EN LENGUA INGLESA EN 1910.

Los Incas poseyeron una literatura dramática y representaron sus dramas. Garcilasso de la Vega, Molina y Salcaymahua transcriben en sus crónicas las informaciones que recibieron de los Amautas acerca de los dramas incaicos. Varios de esos dramas y partes de otros conserváronse en los recuerdos de los miembros de la familia de los Incas y de otras familias. Apenas llegados al Perú, descubrieron los religiosos peninsulares, en especial los Jesuítas de Juli, la aptitud dramática del pueblo peruano, y bajo los auspicios de aquéllos compusieron y representáronse dramas que comprendían cantares y otros fragmentos de la antigua dramática indígena.

Mas los genuinos y completos dramas incaicos sólo fueron conservados por los miembros de la casta de los Amautas y representados hasta el año de 1781 en que acaeció el alzamiento de Túpac Amaru. Redujo por vez primera a escrito y arregló para la escena el drama *Ollantay*, el Dr. D. Antonio Valdez, Cura de Tinta, y el propio drama fué representado por

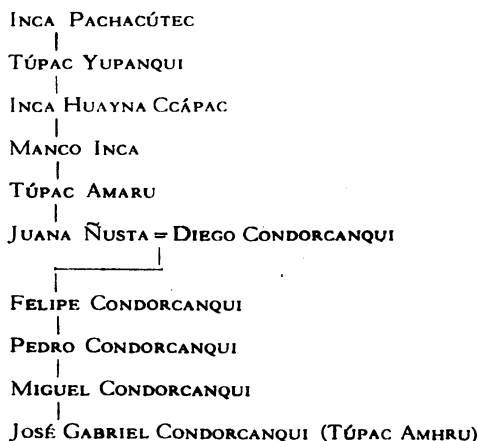
278 LOS INCAS DEL PERU

vez primera ante José Gabriel Condorcanqui (1) amigo de Valdez, por el año de 1775. Con el nombre de su ascendiente materno, el Inca Túpac Amaru, alzóse en rebelión el infortunado Condorcanqui y fué derrotado, preso y ajusticiado con tortura en la plaza mayor del Cuzco. En la monstruosa sentencia que lo condenó al último suplicio se prohibía «la representación de dramas así como de otras fiestas que los indios suelen celebrar en memoria de sus Incas» (2), lo que prueba claramente que dichos dramas se representaban hasta 1781.

El manuscrito original de Valdez fué copiado por su amigo D. Justo Pastor Justiniani, cuya copia heredó el hijo de éste. En el convento de Santo Domingo del Cuzco hay otra copia, pero está malograda y amenguada por omisiones y erratas del copista. El Dr. Valdez falleció a avanzadísima edad, en 1816; y en 1853 su manuscrito original hallábase en manos de su heredero y sobrino D. Narciso Cuentas, natural de Tinta.

La copia de Justiniani se hallaba en el propio año, en poder del Dr. D. Pablo Justiniani, Cura de Laris, hijo de D. Justo

(1) Linaje de Condorcanqui:

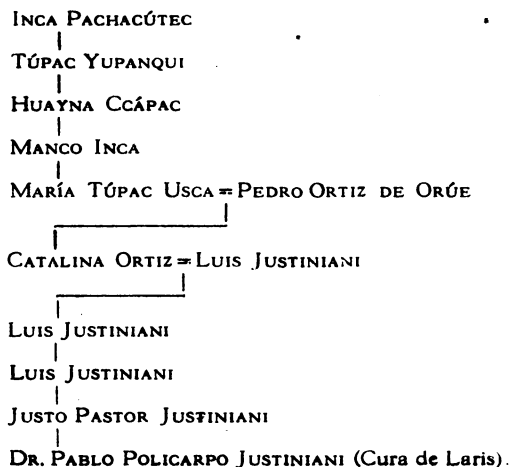


(2) *Sentencia pronunciada en el Cuzco por el Visitador Don José Antonio de Areche contra José Gabriel Túpac Amaru.* Vid. Colección de obras y documentos de D. Pedro de Angelis, vol. V. (Buenos Aires, 1886-7).

Pastor y descendiente de los Incas (1). En el año ya dicho llegué yo a Laris, recóndito valle andino, y saqué en Casa del Cura una copia del drama *Ollantay*, de cuya copia hice mi primera y muy errónea versión literal en 1871 y hago ahora ésta, libremente.

La primera noticia impresa acerca de *Ollantay* vió la luz en los Nos. 5 y 9 del *Museo Erudito*, periódico que se publicaba en el Cuzco en 1837 por D. José Palacios. El segundo informe sobre el drama apareció en las «Antigüedades Peruanas», obra que publicaron en colaboración en 1851, el Dr. Von Tschudi y el arequipeño D. Mariano Rivero. En 1853 publicó Tschudi en Viena en su «Die Kechua Sprache» el texto íntegro, que fué copiado del ejemplar existente en el convento de Santo Domingo del Cuzco. Copiólo para Tschudi el muniquense Dr. Ruggendas. El manuscrito aludido era una versión descuidadísima y en pésimo estado, casi ilegible por la humedad. D. José Barranca publicó en 1868 una versión castellana del texto dominicano que hizo copiar Tschudi. Este sabio naturalista suizo publicó una edición revisada de su traducción en Viena en 1875, acompañándola con otra alemana. Yo edité en 1871 el texto de Justiniani con una traducción literal, verso a verso, plagada de errores, que después corregí; y en 1874 un peruano, D. José Fernández Nodal, publicó el texto quechua acompañado con su traducción castellana.

(1) Linaje del Dr. D. Pablo Justiniani:



En 1878 Gabino Pacheco Zegarra publicó su versión de *Ollantay*, acompañándola con una traducción libre en francés. Copió su texto quechua del manuscrito del drama que halló en la biblioteca de su tío. Como natural del Perú y sabedor del quechua, Zegarra tuvo muchas ventajas. Fué crítico muy severo y amenudo descortés de su predecesores.

No obstante, la obra de Zegarra es valiosísima. Fué no sólo quechuista sino también muy leído y juicioso. Sus notas sobre palabras especiales y sobre construcción de frases son amenudo interesantísimas; mas sus conclusiones con respecto a ciertos pasajes que están en el texto de Justiniani, y nó en los demás son ciertamente erróneas. Así, amputa completamente el diálogo entre el Uillac-Uma y Piqui Chaqui, suprimiendo la parte humorística que está en el texto de Justiniani e incurre en otras omisiones análogas, simplemente porque los pasajes respectivos no están en su texto. Trae al fin de su libro un útil vocabulario de todas las voces que contiene el drama.

Grave obstáculo que dificulta el estudio del libro de Zegarra es su invención de letras especiales para expresar las modificaciones fonéticas, según él las entendía. Sólo él pudo entenderlas y hacen la lectura de su propio texto difícil e insoportablemente fatigosa.

El último texto publicado de *Ollantay* fué el que dió a luz el Rev. J. H. Gybbon Spilsbury en Buenos Aires, en 1907, acompañado con versiones castellana, inglesa y francesa en columnas paralelas.

Tiene razón Zegarra al decir que los ensayos de traducción verso por verso de *Ollantay* hechos por von Tschudi y yo «no aciertan a dar una idea exacta del drama indígena al público europeo, y están reñidas a un tiempo con la índole de las lenguas modernas de Europa y con la del quechua». Fiel a esta opinión suya, Zegarra da una traducción francesa muy libre.

En la presente traducción mía (1) creo haber conservado siempre el exacto sentido del original sin necesitar doblégarle al yugo de las palabras. El original está en versos octasílabos. Los cantares y los discursos principales están en cuartetas de versos octasílabos, de los que el primero rima con el cuarto y segundo con el tercero. He procurado en lo posible conservar los versos octasílabos, ya que éstos dan una idea más exacta del

(1) Que no insertamos entre los Apéndices por la manifiesta inutilidad de verter al castellano un texto que ya lo ha sido directa y notablemente por traductores como el sabio D. José Sebastián Barranca y el poeta Constantino Carrasco. (N. del T.)

original, y he tratado asimismo, de conservar la forma de los cantares y de los discursos.

La acción del drama empieza hacia fines del reinado del Inca Pachacútec, el más grande de los Incas, y la escena se realiza en el Cuzco y en Ollantay-tampu, en el valle de Vilcamayo. El argumento versa sobre el amor que concibe un alto caudillo, aunque no de real estirpe, por una hija del Inca. Tal pretensión no habría sido sacrílega en reinados anteriores, pues el matrimonio del soberano o de su heredero, con su hermana y el de las princesas sólo con príncipes de sangre real fueron leyes dictadas por vez primera por Pachacútec (1). El poder imperial y la grandeza de este monarca moviéronlo a encumbrar a la familia real sobre la nobleza.

El drama empieza con un diálogo entre Ollantay y su paje Piqui Chaqui, mozaibete agudo y gracioso. Ollantay expresa su amor por la Princesa Cusi Coyllur y ordena a Piqui Chaqui que le lleve una misiva; éste hace ver a su amo el peligro de su audaz pasión y esquivo el asunto de la conducción del mensaje. Entra en seguida el Uillac-Uma o Sumo Sacerdote del Sol, quien enterado del amor de Ollantay, lo amonesta en una escena de gran solemnidad y efecto.

La escena siguiente ocurre en el palacio de la Reina. Aparece la Emperatriz Anahuarqui en compañía de su hija, la Princesa Cusi Coyllur, que se lamenta amargamente de la ausencia de Ollantay. En esto entra el Inca Pachacútec, quien ignora que su hija no sólo se ha casado secretamente con Ollantay sino que ya está encinta, cosa que oculta su madre celosamente. El Inca prorrumpe en extravagantes expresiones de amor para con su hija. Luego entran mozos y doncellas bailando y cantando un canto de cosecha; cantan después un *yarahui* muy melancólico, cantares ambos que se prestan a que la Princesa

(1) Las consortes de los Incas recibían el nombre de *Ccoyas*, La *ccoya* del segundo Inca fué hija del cacique de *Sañoc*; la del tercero lo fué del cacique de *Oma*; el cuarto se desposó con una doncella de *Tacucaray*; la esposa del quinto fué hija de un cacique cuzqueño; la del sexto fué del cacique de *Huayllacán*; el séptimo se casó con una hija del cacique de *Ayamarca* y el octavo buscó su consorte en *Anta*. Esta princesa antefia fué madre de Pachacútec. La esposa de este soberano, nombrada *Anahuarqui*, fué hija del cacique de *Choco*. Cuando aquél heredó el trono no existía aun la regla del matrimonio de los emperadores con sus hermanas; él fué quien la estableció, haciendo que su hijo Túpac Yupanqui se casase con su hija Mama Ocllo, institución del todo inusitada. La severidad con que castiga a su hija en el drama queda explicada por la violación de aquella ley que acababa de implantar.

los interprete como fúnebres presagios de su suerte y la de su esposo.

En la tercera escena, Ollantay presenta su demanda al Inca Pachacútec en cuartetos octasílabos, en que los versos primero y cuarto segundo y tercero riman entre sí, y es rechazado sarcásticamente. El caudillo aparece luego en las alturas que coronan el Cuzco. En un soliloquio declárase implacable enemigo del Cuzco y del Inca. Llega Piqui Chaqui con nuevas de que el palacio de la Reina está abandonado y que Cusi Coyllur ha desaparecido, en tanto que buscan a Ollantay. Mientras dialogan amo y criado óyese una canción tras de una rocas, que celebra la belleza de Cusi Coyllur. Se escucha enseguida música de clarines y rumor de tropas que se acercan, y Ollantay y Piqui-Chaqui se dan a la fuga. En la escena siguiente aparece el Inca despedido por la huída de Ollantay y ordena a su general Rumiñahui que parta inmediatamente a apresarle. De pronto, entra un *chasqui* o correo, trayendo noticias de que Ollantay ha levantado un considerable ejército en Ollantay-tampu y de que los rebeldes lo han aclamado Inca.

El segundo acto se abre con una escena imponente en el palacio—fuerte de Ollantay-tampu: las tropas aclaman Inca a Ollantay, y éste nombra general de su ejército al caudillo serrano, Urco Huaranca. El novel general explica los planes que ha concebido para contrarrestar al ejército del Cuzco, que se aproxima y su plan defensivo. En la escena que sigue, Rumiñahui, prófugo entre los cerros, describe su derrota y el triunfo completo de la estrategia de Ollantay y de Urco Huaranca, en un soliloquio en cuartetos octasílabos. La última escena del segundo acto se realiza en los jardines del Convento de las Vírgenes del Sol. Aparece una niña de pie en una puerta que da a la calle. Laniña, como se ve después, no es otra que Yma Súmac, la hija de Ollantay y de Cusi Coyllur, que tiene ya diez años e ignora aún a sus padres. A ella viene Pitu Salla, su sierva, que la riñe por su afición a atisbar por la puerta. El coloquio que sigue revela que Yma Súmac odia el convento y rehuye la vida monástica. Ha oído también los gemidos de alguna doliente e importuna a Pitu Salla para que le diga quién es. Yma Súmac sale apenas entra Mama Ccacca a acribillar a Pitu Salla con preguntas sobre su trabajo de persuasión de la niña para que abraze la vida monástica. Esta Mama Ccacca es una de las matronas o *Mama Cuna* y también carcelera de Cusi Coyllur.

El tercer acto comienza con una escena jocosa entre el Uillac-Uma y Piqui Chaqui, que se encuentran en una calle del

Cuzco. Piqui Chaqui necesita obtener noticias, sin decir nada, y sale con la suya. Entérase de la muerte del Inca Pachacútec y de la accesión de Túpac Yupanqui y corre a llevar esta nueva a su señor

Sigue una conferencia entre el nuevo Inca Túpac Yupanqui, el Uillac Uma y el derrotado general Rumi-ñahui quien promete reparar su desastre y traer al Cuzco a los rebeldes, vivos o muertos. Resulta después que Rumi-ñahui había tramado una pérdida estratagema. Ocultó a sus tropas en cuevas y gargantas contiguas a Ollantay-tampu, prestas a invadirla, a una señal dada; tasajeó y mutiló su rostro, cubrióse con barro, y llegó así a las puertas de Ollantay-tampu, afirmando que había sufrido ese trato del nuevo Inca y que llegaba en demanda de protección (1). Ollantay lo acogió con la mayor benevolencia y hospitalidad. A poco, Ollantay y su pueblo celebraban el *Raymi* o solemnísimas fiestas del Sol, con muchos regocijos y libaciones. Aparentó Rumi-ñahui participar de las fiestas; mas cuando a la mayoría de las gentes rindió la embriaguez abrió las puertas de la fortaleza, dió entrada a sus tropas y apresó a los rebeldes.

La siguiente escena se verifica en el jardín del convento, en donde Yma Súmac importuna a Pitu Salla para que le revele el secreto de la reclusa. Al fin, cede Pitu Salla y abre una puerta de piedra. Aparece Cusi Coyllur encadenada al muro y casi agonizante. Fué reclusa allí por orden del Inca Pachacútec, su padre, al nacer Yma Súmac. La reaniman con alimentos y bebidas y se descubre el parentesco entre madre e hija, al oír la prisionera el nombre de la niña, pues ella se lo impuso.

Aparece después el Inca Túpac Yupanqui en la sala de ceremonias de su palacio, sentado en la *tiana* o trono y acompañado por el Uillac Uma. Comparece ante ellos un *chasqui* o mensajero que refiere el éxito de Rumi-ñahui, en cuartetos octasílabos. El propio Rumi-ñahui entra enseguida y es felicitado por el monarca. Luego llegan los prisioneros escoltados por sus guardianes: Ollantay, Hanco Huayllu, Urco Huaranca y Piqui Chaqui. El Inca les enrostra su traición y pide a Uillac Uma que los juzgue. El Sumo Sacerdote aconseja el perdón.

(1) En 1837 obsequiaron una vasija de barro a D. Antonio María Alvarez, a la sazón Prefecto del Cuzco, unos indios que declararon que la conservaban en su familia desde tiempo inmemorial como retrato del general Rumi-ñahui, que tan importante papel desempeña en el drama que estudiamos. La figura que representa dicho vaso debió corresponder a un general, a juzgar por el tocado de la frente, llamado *mascapaycha*; y su rostro presenta *tasajos*.—*Museo Erudito* N.º 5.

Rumiñahui propone la ejecución inmediata. El Inca parece acceder a esta insinuación y ordena que los ajusticien, mas al punto exclama: «¡Detenéos!», perdona a los culpables, otorga a Ollantay la más alta dignidad en el Imperio después de la suya y da a Urco Huaranca, el generalato del ejército. Sucédense regocijos en festejo del perdón y, en mitad de aquéllos ábrese paso paso Yma Sumac hasta la sala de trono, y arrojándose a los pies del soberano, le ruega que salve la vida de su madre. El Inca consulta a Ollantay el asunto, pero éste no reconoce a Yma Sumac y merced a la intervención del Uilac Uma, el Inca accede a acompañar a la niña.

La última escena se realiza en los jardines del convento. Penetra en éstos el Inca con Yma Sumac, acompañado por la Gorfé. Ordena a Mama Ccacca que abra la puerta de piedra y los servidores sacan a Cusi Coyllur, quien prueba ser hermana del Inca y esposa de Ollantay. Sobrevienen explicaciones y todo acaba felizmente.

La antigüedad del drama *Ollantay* no es ya discutible. El general Mitre escribió un erudito trabajo sobre su autenticidad, en el que sentó varios argumentos para demostrar que *fué* escrito después de la Conquista; pero la crítica ha refutado todos esos argumentos. Además concurren otras razones, alegadas algunas por Zegarra, a demostrar que la antigüedad del drama es indiscutible. En cuanto a la del nombre Ollantay-támpu, dado a la fortaleza incaica en recuerdo del drama, está probada por su empleo en las crónicas de Molina (1560) y en la de Sakamayhua.

El actual Vicepresidente del Perú, D. Eugenio Larrabure y Unánue ha escrito un notable trabajo acerca de la literatura referente al drama que nos ocupa, y cree que *Ollantay* puede ser objeto de una perfecta representación, de magníficos efectos escénicos.

TEXTOS MANUSCRITOS DE OLLANTAY

1. El original de Valdez, que en 1853 era propiedad del tinteño D. Narciso Cuentas, heredero de aquél.
2. El de Justiniani que en 1853 estaba en Laris y que fué copiado del de Valdez.
3. La copia de Markham del texto de Justiniani (impresa en 1871).
4. La copia de Rosas del texto de Justiniani.

5. La copia del Convento de Santo Domingo del Cuzco (texto dominico).
6. La copia de Von Tschudi del texto dominico, impresa en 1853.
7. El texto de Zegarra, impreso en 1778.
8. El segundo texto de Von Tschudi.
9. El texto de Spilsbury.
10. El texto de Sahuaraura copiado por el Dr. González de la Rosa.

Arrojan luz sobre el nombre *Ollantay* las declaraciones tomadas por el Virrey Toledo en su jira de Jauja al Cuzco, de Noviembre de 1570 a Marzo de 1571. En pos de informaciones relativas al origen del gobierno incaico hizo interrogar a doscientos testigos, cuyo linaje o ascendencia constan en las declaraciones. Entre éstos hallamos a seis del ayllu *Antasayac*. *Sayac* equivale a estación o división y *Anta* es una aldea cercaña al Cuzco. Aquellos seis testigos de *Anta* se llamaban:

ANCAILLO;	USCA;	HUACRO;
MANCOY;	AUCA PURI;	ULLANTAY;
y además:	ANTONIO PACOTRICA y	PUNICU PAUCAR
	Caciques de <i>Anta</i>	

Así vemos que el nombre de *Ollantay* pertenecía a *Anta*. Ahora bien, los Incas debían mucho al cacique de *Anta*, pues éste había recobrado al primogénito de Inca Rocca, del poder del cacique de Ayamarca y lo había devuelto a su padre. Por tan señalado servicio el cacique de *Anta* fué hecho noble, exaltado al más alto rango y declarado deudo de los Incas. Además la hija del cacique de *Anta* se casó con el Inca Uira-cocha y fué madre de Pachacútec. Dando por cierto, según parece probable, que *Ollantay* fué hijo del cacique de *Anta*, vendría a ser primo del Inca y de altísimo rango, si bien no llegaba a agnado de la familia real. Esto es, a mi ver, lo que se saca en claro. Pachacútec aspiraba a levantar a su familia sobre las demás, y estableció en consecuencia, la prohibición de los matrimonios de los Incas con sus súbditos, por nobles que fueran; y así se explica su excesiva severidad para con su hija, transgresora de la nueva ley.

APENDICE E

FOLKLORE INCAICO

La siguiente historieta encantadora es la única en su género que poseemos de la genuina literatura incaica. Narráronla al quechuísta Fray Martín de Morúa, por 1585, ancianos Amautas versadísimos en folklore incaico, quienes le dieron este título:

FICCION Y SUCESO DE UN FAMOSO PASTOR LLAMADO ACOYA-NAPA (1), CON LA HERMOSA Y DISCRETA CHUQUI-LLANTU (2), ÑUSTA, HIJA DEL SOL. (3)

En la cordillera y sierra nevada que está encima del valle de Yucay, llamada Sabasiray (4) guardaba el ganado blanco del sacrificio que ofrecían los Ingas al sol un indio natural de Laris (5), llamado Acoya-napa, el cual era mozo bien dispuesto y muy gentil hombre, andaba tras su ganado, y mientras pacía tocaba una flauta que tenía, muy suave y dulcemente, no sintiendo pena ninguna de los accidentes amorosos que la mocedad sentir le hacía, ni tampoco sentía placer en tenerlos.

(1) En la copia manuscrita de que me sirvo dice *Acoytrapa*, mas esta voz *trapa* no es quechua. Proviene, a mi ver, de una errata del copista, que escribió *t* en vez de *a* y *r* en lugar de *n*, lo que daría *Acoya-napa*. *Acoya* significa provisión, en este caso, pasto, y *napa* era el nombre del llama sagrado de los sacrificios o de su efigie en oro o plata.

(2) *Chuqui* significa lanza y *llantu*, sombra u obscuridad, por donde *Chuqui-llantu* vendría a significar «la sombra de la lanza», acaso alusión a la esbeltez de sílfide de la princesa.

(3) La copia de esta leyenda folklórica la debemos a la amabilidad del doctor don Horacio H. Urteaga, Director del Archivo Nacional, quien nos facilitó una copia del manuscrito de Morúa, de la cual sacamos la nuestra.

(4) *Pitu Siray*, significa pareja. Esta parte de la Cordillera es así llamada a causa de dos picos gemelos.

(5) Para más detalles sobre Laris, consúltese el capítulo X.

Le sucedió un día que cuando más descuidado estaba tocando la flauta, llegaron a él las dos hijas del Sol que en toda la tierra tenían manidas adónde acogerse y guardas en todas ellas. Podían estas dos hijas del sol espaciarse de día por toda la tierra y ver sus verdes prados, mas no podían faltar de noche en sus casas, y al tiempo de entrar en ellas las guardas y los pastores las cataban y miraban si llevaban alguna cosa que dañar las pudiese, y como habemos dicho, llegaron adonde el pastor estaba, muy descuidado de verlas; y ellas les preguntaron por el ganado y pasto que traía.

El pastor, que hasta entonces no las había visto, aunque turbado, hincó las rodillas en el suelo entendiendo que eran alguna de las cuatro fuentes cristalinas en toda la sierra muy celebradas que en aquel ser se habían convertido o manifestado y así no respondió palabra, mas ellas tornaron a preguntar por el ganado, y le dijeron, que no temiese que ellas eran las dos hijas del sol, señoras de toda la tierra, y por más asegurarle le tomaron por el brazo, y le dijeron otra vez que no temiese. Al fin el pastor se levantó y besó las manos a cada una de ellas, quedando muy espantado de la gran hermosura que tenían, y al cabo de haber estado un buen rato en buena conversación, dijo el pastor que era ya tiempo de recoger su ganado y que le diesen licencia para ello, y la mayor dellas llamada Chuquillanto se había pagado mucho de la gracia y buena disposición del pastor; y por entre tenerle en razones le preguntó que cómo se llamaba y de qué tierra era y el pastor respondió que era natural de los Laris y que su propio nombre era Acoya-napa. En esto puso ella los ojos en un tirado de plata que traía encima de la frente, llamado entre los indios *campu*, el cual resplandecía y ondeaba con mucha gracia y vió que al pie estaba un arador muy sutil, y mirándolo de más cerca, vido que los aradores estaban comiendo un corazón, y preguntóle Chuquillanto que cómo se llamaba aquél tirado de plata. Respondió el pastor diciendo que se llamaba *Utusi*, que hasta ahora no hemos sabido qué significación tenga este vocablo y es de espantar que lo que llaman *campu* dijese que se llamaba *Utusi*; y algunos quieren decir que significa el miembro genital, vocablo que enamorados antiguamente inventaron; finalmente, signifique lo que quisiere (y vamos a nuestro cuento). La ñusta le volvió su *Utusi*, y se despidió del pastor, llevando muy en la memoria el nombre del plumaje y el de los aradores; e iba pensando cuán delicadamente estaban dibujados y al parecer della vivos y comiendo el corazón que habemos dicho. En el discurso del camino iba hablando con su

hermana acerca del pastor, hasta que llegaron a sus palacios, y al tiempo de entrar en ellos, los *Pongo Camayoc* (1) o porteros las cataron y miraron si llevaban alguna cosa que dañar las pudiese, porque según ellos en muchas partes hallaron haber llevado muchas mujeres a sus queridos y amados metidos dentro de los chales que en nuestra lengua se dicen fajas y otras en las cuentas de las gargantillas que llevaban puestas, y recelosos desto, los dichos porteros las cataron y miraron, y al fin entraron dentro de los dichos sus palacios, donde hallaron a las mujeres del sol que las estaban aguardando con sus ollas de oro muy fino, guisadas todas las cosas que en la tierra se daban, de mucho regalo. Chuquillanto se metió en su aposento, que no quiso cepar, y el achaque que es dicho fué decir que estaba muy molida y cansada de andar. Todas las demás cenaron con la hermana, que dado caso que algún pensamiento tenía de Acoya-napa no era tal que inquietarla podía, aunque todavía daba algunos suspiros por disimularlo. Mas la dicha Chuquillanto estaba que a un solo punto ni momento no podía sosegar, por el gran amor que al pastor Acoya-napa había cobrado, y tenía mal al fin por no dar muestra de lo que dentro en su pecho tenía. Como mujer tan entendida y discreta, que lo era en todo género de extremos, se echó a dormir y se quedó dormida. Había en esta morada, que eran palacios grandes y suntuosos del sol, muchos aposentos ricamente labrados y vivían en ellos todas las mujeres del sol, que eran muchas, traídas de todas las cuatro provincias que eran sujetas al Inga, como fueron de la de Chíncha-suyo, Conde-suyo Ante-suyo y Colla-suyo, para las cuales había dentro cuatro fuentes de agua dulce y cristalina que salían y corrían hacia las cuatro provincias en las cuales se bañaban en la fuente que corría hacia la provincia de donde eran naturales. Llamábanse las fuentes desta manera: la de Chíncha-suyo, que estaba hacia la parte del occidente, *Siclla* (2)-*puquio*, que significa fuente de quinjos y la otra se llamaba *Llallacha* (3)-*puquio* que significa fuente de olas, ésta estaba a par del oriente, que se llamaba Colla-suyo. La otra, que estaba la parte del septentrión, se llamaba *Ocururu* (4)-*puquio*, que significa fuente de berros, y la otra que estaba a la parte del mediodía, se llamaba *Chidra* (5)-*puquio* que significa fuente de ranas. En esta fuente se bañaban las que hemos

(1) *Puncu*, puerta; *camayoc*, funcionario.

(2) *Siclla*, flor azul.

(3) *Pececillos*.

(4) *Ocoruro*, hierba acuática.

(5) *Chuclla*, mazorca de maíz; *puquio*, fuente.

dicho; y volviendo a nuestro propósito, estaba la hermosísima Chuquillanto, hija del Sol, metida en un profundo sueño y soñaba que vía un ruiseñor volar y mudarse de un árbol en otro y que así en el uno como en el otro cantaba muy suave y dulcemente y que después de haber cantado un buen rato con mucha armonía y regocijo se le puso en sus faldas y regazos, el cual le dijo que no tuviese pena ni imaginase en cosa ninguna que se le pudiese dar; y que ella había dicho que sin remedio perecería, si no la diese algún remedio, a lo cual respondió el ruiseñor que él lo remediaría y que le contase su pena, y al fin ella le dijo el grandísimo amor que había cobrado a la guarda del ganado blanco que se llamaba Acoya-napa y que sin ninguna duda veía ya su muerte, porque para remediarse no había otro remedio sino irse viendo con el que tanto quería, y porque de otra manera sería sentida de alguna de las mujeres de su padre el sol, y así la mandaría matar el dicho su padre. A lo cual la respondió el ruiseñor(1) que se levantase en medio de las cuatro fuentes arriba dichas y allí cantase lo que más en la memoria tenía, y que si las fuentes concordasen y dijese lo mismo que ella cantase y dijese, que seguramente podía hacer lo que quisiese, y diciendo esto se fué, y despertó la ñusta como espantada, y a gran prisa començóse a vestir, y como toda la gente estuviese durmiendo a sueño suelto, tuvo lugar de levantarse sin ser sentida, y así se fué y se puso en medio de las cuatro fuentes y empezó a decir, acordándose de los arados y tirador de plata en el cual estaban los aradores comiendo el corazón sobredicho y decía: «*Micuc usutucuyuc Utusi cusin*»(2) que significa arador que está comiendo el *Utusi* que se menea, dicho es; y luego començaron todas las cuatro fuentes a decirse lo mismo a gran prisa en cuadro, y para ver si era verdad lo que acerca desto cuentan estos indios quise poner aquí a las espaldas las cuatro fuentes, y los nombres y el canto triste de Chuquillanto, para ver por la figura si se comunicaban unas a otras y así ver cosa maravillosa, como la figura la ñusta.

(Aquí los indios que contaron la historia pintaron un dibujo que representa a la Princesa sentada entre las cuatro fuentes) (3).

(En la página siguiente se ve un cuadro que encierra una especie de estrofa, formada por las cinco palabras (puestas en

(1) *Checollo*, pajarillo semejante al ruiseñor.

(2) *Micuc*, comida; *isutu*, *Isuti* (Arador); *cuyuc*, que se mueve; *utusi*, el *Utusi* (corazón); *cusin* (?)

(3) N. del A.

otros tantos renglones) que cantaron las fuentes. En las cuatro esquinas del cuadro están figuradas las cuatro fuentes con sus respectivos nombres y los de las cuatro provincias del Imperio hacia donde corrían. Arriba, en una suerte de frontispicio, dice: MEZEDIE; más abajo: «El triste canto de Chuquillanto y las cuatro fuentes que al derecho y al revés y a la larga se respondían». Al centro, la estrofa que dijimos, cuyas palabras tienen la particularidad de poder leerse de arriba abajo y de derecha a izquierda. Abajo, continúa el texto del cuento, así:) (1)

Respondíanse estas cuatro fuentes con tanta conformidad que no discrepaban en un punto de lo que las unas decían las otras al derecho y al través, a la larga y hacia arriba de la misma manera que la figura los muestra. Quedó Chuquillanto muy contenta de la conformidad de las fuentes.

E viendo la Ñusta que le eran muy favorables las fuentes se fué a reposar un poco que de la noche quedaba, dejando las dichas fuentes con el entretenimiento ya dicho.

El pastor después que se fué a su chozuela trajo a la memoria la gran hermosura de Chuquillanto y estando metido en este cuidado empezó a entristecer, y el nuevo amor que se iba arraigando en su duro y no atrevido pecho le hacía sentir y querer gozar de los últimos fines de amor, y con este pensamiento topó su flauta y empezó a tocar tan tristemente que a las duras piedras enterneció y en acabando de tocarla fué tan grande el sentimiento que hizo, que cayó en el suelo amortecido y cuando volvió en sí dijo, vertiendo infinitas lágrimas, lamentando: «¡Ay, ay, ay de tí desventurado y triste pastor desdichado y sin contento y cómo se te acerca ya el día de tu muerte, pues la esperanza te niega lo que tu deseo pide! ¡Cómo puedes pobre pastor remediarte, pues el remedio es imposible alcanzar siquiera haberlo!» Y diciendo esto se tornó a su chozuela, y con el grandísimo trabajo que había pasado se le adormecieron los miembros y así se quedó dormido.

Tenía este pastor en los Laris a su madre, la que supo por orden de los adivinos el extremo en que su hijo estaba y de que sin remedio acabaría la vida si no diese orden en remediarla; sabida la causa de su desventura tomó un bordón muy galano y de gran virtud para tales cosas, y sin detenerse tomó camino de la sierra y dióse tan buena maña que llegó a la choza al tiempo que el sol salía y entró dentro y vió a su hijo que estaba amortecido, y todo el rostro bañado en lágrimas vivas, y se llegó a él

(1) (N. del T.)

y le despertó y el pastor que abrió los ojos y vió a su madre, empezó a hacer gran sentimiento. La madre lo consoló lo mejor que pudo diciéndole que no tuviese pena que ella lo remediaría antes que pasasen muchos días, y diciendo esto se fué y de unas peñas empezó a coger unas ortigas, comida apropiada según estos indios para la tristeza, y cogiendo gran cantidad dellas hizo un guisado, y no estaba bien cocido cuando las dos hermanas, hijas del sol, estaban ya en los dos umbrales de la chozuela porque Chuquillanto así como amaneció se vistió y cuando le pareció que era hora de irse a pasear por los llanos verdes de la sierra, salió y enderezó hacia la chozuela de Acoya-napa, porque su tierno corazón no le daba lugar a otros entretenimientos, y luego que hubieron llegado a la choza se asentaron a la puerta della fatigadas del camino, y como viesan dentro a la buena vieja, la saludaron y dijeron si tenía que darles de comer. La vieja hincó las rodillas en el suelo y les dijo que no tenía más de un guisado de ortigas, y aliñándolas dió de ellas, y ellas empezaron a comer con grandísimo gusto. Chuquillanto empezó a rodear la dicha choza con sus lagrimosos ojos, sin dar muestra de lo que deseaba ver y no vido al pastor porque en aquel instante que ellas se manifestaron, se metió por orden de la madre dentro del bordón que había traído, y así entendía ella que debía de haberse ido con el ganado y no curó de preguntar por él, y como hubiese visto el bordón, dijo a la vieja que era muy lindo el bordón y que de dónde lo había traído, y la vieja respondió que fué bordón que antiguamente era de una de las mujeres y queridas de Pachacámac, Guaca muy celebrada en los llanos y por herencia le venía a ella. Como lo supo pedírselo con mucho encarecimiento que le hizo, al fin la vieja se lo dió. Tómololo en las manos y parecióle muy mejor que antes, y al cabo de estar un rato dentro de la choza, se despidió de la vieja y se fué por el prado adelante mirando a una parte y a otra, para ver si parecía el pastor que tanto quería.

No tratamos aquí de la hermana particularmente porque no hace a nuestro propósito y así trataremos de Chuquillanto tan solamente, la cual está triste y muy pensativa viendo que en todo el camino no parecía y así fué hacia su palacio con grandísimo dolor de no haberlo visto, y al tiempo de entrar en los palacios las guardas las cataron y miraron, como lo suelen hacer todas las veces que de fuera dentro entraban, y como no viera cosa de nuevo más del bordón que claramente traía, cerraron sus puertas y se fueron de todo fraude engañados. Ellas entraron en sus recámaras y allí les dieron de cenar larga y espléndida-

mente. Después de haber pasado parte de la noche todas se fueron a acostar, y Chuquillanto tomó su bordón y lo puso junto a la cama, porque le parecía muy bien y así se acostó, y pareciéndole que estaba sola empezó a llorar, acordándose del pastor y del sueño que había soñado; mas no estuvo con este cuidado mucho tiempo porque el bordón se había ya convertido en el ser que era de antes, y así empezó a llamar a Chuquillanto por su propio nombre y ella cuando se oyó nombrar tomó en sí grandísimo espanto, y levantándose de su cama fuese por lumbré y la encendió sin hacer ruido, y como se acercase a su cama vido al pastor que estaba hincado de rodillas delante della, viéndole muchas lágrimas y ella que lo vió fué turbadamente y satisfaciéndose de que era su pastor, le dijo, y preguntó cómo había entrado dentro y él respondió que el bordón que había traído dió orden en ella. Entonces Chuquillanto le abrazó y cobijó con sus mantas de tisú muy labradas y de cumbi muy finísimas y allí durmió con ella, y cuando quiso amanecer, se entró otra vez al bordón, viéndole entrar dentro su Nusta y Señora, la cual después que el sol había ya bañado toda la tierra, se tornó a salir de los palacios de su padre y se fué por el prado adelante tan solamente con su bordón, y en una quebrada que hay en la sierra estuvo con su amado y querido pastor que en su ser ya se ha convertido. Sucedió que una de las guardas había ido tras ella. Al fin aunque en lugar escondido, dió con ellos y como viese lo que pasaba dió grandes voces, y ellos que lo sintieron fuéronse huyendo hacia la sierra que está junta del pueblo de Calca, y cansados de caminar se asentaron encima de una peña y se adormecieron y como oyesen gran ruido entre sueños, se levantaron, tomando ella una ojota con una mano, que la otra tenía calzada en el pie, y mirando a la parte del dicho pueblo de Calca, el uno y el otro fueron convertidos en piedra, y el día de hoy se parecen los dos estatuas, desde Guallabamba y desde Calca y de otras muchas partes, e yo lo he visto muchas veces (1). Llamáronse aquellas sierras *Pitu Siray* y así se llaman hoy en día.

(1) Aquí Morúa habla por propia experiencia. Yo también he recorrido varias veces el paraje comprendido entre Calca y Huayllapampa, pero como entonces no conocía aún la leyenda, no paré mientes en las estatuas.

Caja de papel
Mantenimiento de papel
Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel

Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel

Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel
Caja de papel

TALLERES GRAFICOS
DE SANMARTI Y Cia.
-LIMA- MCMXX

722639

LimCat

25

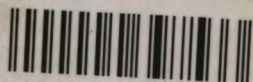
72-252



A0000004397533

~~DCI 3 1970~~

1884



A0000004397523